ROGER LANCELYN GREEN



«—¡Salve, rey y reina de Logres! —les saludó Merlín—. Vuestros asientos os esperan, así como a otros ciento cincuenta caballeros: los caballeros de la Tabla Redonda. Sobre cada silla encontraréis en letras de oro el nombre del caballero a quien corresponde. Y cuando un caballero caiga en batalla o muera, y arméis un nuevo caballero para que le sustituya, el nombre de este último aparecerá en el respaldo, y el del caído desaparecerá de él. Mas que nadie tema, que los nombres de los caballeros de la Tabla Redonda vivirán para siempre».

Roger Lancelyn Green

El rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda

ePub r1.0
Titivillus 27.07.2021

Título original: *King Arthur and His Knights of the Round Table*
Roger Lancelyn Green, 1987
Traducción: José Sánchez Compañy

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Intrépido lector:

Cuando contamos un cuento, a menudo podemos añadir detalles, exagerar otros…; somos libres de contar nuestra propia historia. Eso es lo que ha ocurrido con el rey Arturo: el libro que tienes entre las manos es el resultado de muchas historias que se contaron durante siglos y siglos. Su autor, Roger Lancelyn Green, es el último de los numerosos escritores que han recogido este mito a lo largo de los siglos.

En este libro encontrarás las más maravillosas historias de caballeros que van en busca de aventuras y que, en muchas ocasiones, tienen que luchar contra hechizos mágicos y encantamientos de amor. El mundo de Arturo era un lugar en el que las ofensas se resolvían sobre el caballo y espada en mano. Y, por antiguo que nos pueda parecer, las historias de los caballeros que se sientan alrededor de la Tabla Redonda siguen haciendo que nos mordamos las uñas y que, de noche, soñemos con viajar a la cabaña del Caballero Verde y con montar en el barco de Tristán para encontrar a Isolda.

¡Lanza en ristre, que comenzamos!

Nota del autor

La historia del rey Arturo y las aventuras de sus caballeros han sido narradas tantas veces que, a primera vista, no parece que haya motivo para volver a contarlas una vez más.

Sin embargo, dejando aparte versiones poéticas de leyendas aisladas debidas a autores como Dryden, Morris, Tennyson, Swinburne y Charles Williams, prácticamente ningún escritor en lengua inglesa ha hecho otra cosa que condensar la narrativa de sir Thomas Malory, acortándola y adaptándola a la edad de su audiencia, aunque siguiéndole siempre con mayor o menor fidelidad.

No obstante, se ha demostrado recientemente que el mismo Malory no concibió su libro sobre el rey Arturo como una obra unificada, sino más bien como una colección de narraciones dispersas, basadas en distintas fuentes francesas: existe cierta coherencia, pero no un plan específico.

Exactamente ése es mi propósito, hacer de cada aventura parte de una estructura global: el reinado de Arturo, el reino de Logres, el modelo de la caballería y la rectitud enfrentado a la barbarie y al mal que lo rodean y que, al final, acabarán por engullirlo. Sin embargo, este objetivo no deja de ser un mero punto de partida sobre el que ir tejiendo las aventuras, gestas y hazañas mejor conocidas de los más famosos caballeros de la Tabla Redonda; a este núcleo se añaden algunos pocos episodios menos divulgados que encajan bien en el conjunto.

En general, me he basado en Malory con la excepción de algunas historias aisladas no incluidas en su libro; pero no me ha parecido necesario ceñirme a él servilmente, de la misma forma que él tampoco fue excesivamente escrupuloso a la hora de recombinar e interpretar sus múltiples fuentes francesas.

El punto de partida es el Arturo histórico, el Caudillo o *Dux bellorum* cuya posición en la Britania del siglo V —cuando la civilización romana opuso su última resistencia a la invasión sajona— describe R. G. Collingwood en su *Roman Britain*. También he recurrido a la pseudohistoria de Geoffrey

de Monmouth y a la crónica en verso de Layamon. De estas fuentes he sacado unas pocas ideas y detalles para el Libro primero, aunque en esencia es Malory al cien por cien, excepto por la descripción de Balin en la Capilla del Grial, que proviene del *Merlin* francés, y por la prisión de Merlín a manos de Nimue, basado en el romance en prosa *Merlin*, escrito en inglés medio.

En el Libro segundo, «Sir Gawain y el Caballero Verde» está tomado del famoso poema en inglés medio del mismo nombre. «La primera empresa de sir Lanzarote» es de Malory, pero el relato de su llegada a Camelot (que Malory omite) proviene del romance en prosa francés *Le Livre de Lancelot du Lac*. «Sir Gareth», la siguiente historia, parece ser invención del propio Malory; me he limitado a seguirle, condensando un poco y suavizando algo el final. Para tratar de Tristán he abandonado a Malory y me he basado en una versión anterior (que aparentemente él no conoció) de Gottfried von Strassburg. La historia de «Gereint y Enid» (no incluida por Malory) es una adaptación del galés *Mabinogion*, con un par de detalles del *Erec et Enide* de Chrétien de Troyes. «Sir Gawain y la dama Ragnell» (que no aparece en Malory) está basado en un poema y una balada en inglés medio y no parece haber sido reelaborado desde la época en que fue compuesto. Como tampoco se habían vuelto a contar muchas de las primeras aventuras de Perceval, para las que he recurrido a otro poema en inglés medio y a numerosas escenas del francés *Conte du Graal*. «La historia de Lanzarote y Elaine» viene directamente de Malory, lo mismo que mi Libro tercero, «La Búsqueda del Santo Grial», excepto para los avatares de Gawain en el Castillo del Grial, que son del alemán *Diu Crône*, de Heinrich von dem Türlin. Las aventuras finales de Perceval son del alemán *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach. (Estoy muy agradecido por las sinopsis que de estos poemas ofrece el *Studies on the Legend of the Holy Grail* de Alfred Nutt).

El Libro cuarto es directamente de Malory: «La última batalla» está calcada casi palabra por palabra en lo que constituye una de las más acabadas tragedias de la literatura inglesa. La muerte de Lanzarote y el planto de sir Héctor son también de Malory, aunque el relato del hallazgo de las tumbas en Glastonbury está sacado de una crónica latina medieval, y la historia del pastor y la caverna es una versión de la leyenda popular recogida por sir Edmund Chambers en su *Arthur of Britain*, libro con el que tengo una profunda deuda de gratitud, al igual que con el magnífico trabajo de J. D. Bruce, *The Evolution of Arthurian Romance*.

Éstas son mis fuentes, que he utilizado de manera muy similar a como Malory utilizó las suyas. En lugar del «ciclo artúrico» francés, yo he

dispuesto de la propia obra inmortal de Malory. También he tenido la ventaja de conocer no solamente los romances en los que él se basó, sino que he podido lanzar mi red más lejos en busca de versiones e incidentes de una de las más importantes series de leyendas de la literatura universal. Ningún escritor puede rivalizar con el talento narrativo del autor de *Le Morte D'Arthur* según la versión que nos dejó hace casi exactamente quinientos años. Pero con las grandes leyendas pasa lo mismo que con los mejores cuentos de hadas: cada época debe volver a contarlas, pues siempre hay en ellas algo nuevo por descubrir; cada reelaboración las presenta a la siguiente generación con renovada viveza y frescura, y es ahí donde radica su inmortalidad.

LIBRO PRIMERO

LA VENIDA DE ARTURO

CAPÍTULO 1

Las dos espadas

Desde que el malvado rey Vortiger invitó por vez primera a los sajones[1] a establecerse en Gran Bretaña para que le ayudaran en sus luchas contra los pictos[2] y los escotos[3], la isla no volvió a conocer largos periodos de paz. Densos bosques cubrían amplias extensiones del país, pero también había grandes zonas de campo abierto salpicadas de pueblos y ciudades, fincas y casas de campo, tal y como las habían dejado los romanos poco tiempo antes. Cuando los sajones vieron estas riquezas, ya no se resignaron a volver a sus tierras salvajes e incultas de Dinamarca y Alemania. Año tras año, nuevas oleadas de invasores se deslizaban con sigilo en sus largos barcos sobre las olas del Mar del Norte para matar a los britanos[4] o expulsarlos de sus casas.

Vortiger había muerto, y también Aurelio Ambrosio, el último de los romanos. Entonces Uter Pendragón, a quien algunos llaman hermano de Ambrosio, se convirtió en caudillo de los britanos. Derrotó a los sajones en muchas batallas y trajo la paz a los territorios sobre los que reinaba en el sur de la isla de Bretaña: a Londres, y a Winchester, que entonces se llamaba Camelot, y a Cornualles, donde Gorlois, su leal vasallo[5], era duque. Mas Uter se vino a enamorar de la mujer de Gorlois, la hermosa Igraine, y hubo desavenencia entre los dos nobles, hasta que murió Gorlois, y Uter se casó con su viuda.

Uter la visitó por primera vez en el castillo encantado de Tintagel, la tenebrosa fortaleza que se erigía en la costa de Cornualles, y Merlín fue testigo de este amor. Un hijo nació de la unión de Uter e Igraine, aunque de lo que sucediera con este niño sólo el mago Merlín podía dar noticia, pues fue él quien, en lo más cerrado de la noche, se llevó al recién nacido por un pasadizo secreto que se descolgaba por el acantilado; y nadie más había que supiera dar noticia del destino de aquel infante.

Uter no tuvo más descendencia, aunque Igraine había tenido de Gorlois otras tres hijas. Dos de ellas ya eran mayores cuando Igraine se convirtió en reina, y estaban casadas: Morgawse con Lot, rey de Orkney, y Elaine con Nantres, rey de Garlot. Las dos tuvieron hijos que en su día se contaron entre los más animosos caballeros de la Tabla Redonda. Pero la tercera, el hada

Morgana, tan sólo era una niña cuando murió su padre, y fue enviada a un convento de monjas para su educación. A pesar de ello, por diferentes medios aprendió artes mágicas, que cuando fue mayor utilizó para sus fines perversos.

El rey Uter Pendragón sólo disfrutó de un breve periodo de felicidad junto a la bella Igraine, pues los sajones pronto volvieron a mover guerra contra él enviándole esta vez un traidor como sirviente, el cual envenenó al rey y a muchos de sus vasallos.

Después se sucedieron los días más funestos y miserables que hubieran conocido esas tierras. Los caballeros del rey Uter lucharon entre ellos por el derecho a ceñir la corona; y los sajones, al percatarse de la falta de un caudillo que uniera tras de sí a los britanos, avanzaron más y más en su conquista de Bretaña.

Siguieron años de miseria y desasosiego, hasta que llegó la hora señalada. Entonces Merlín, el buen encantador, emergió de los valles profundos y misteriosos del norte de Gales, región que en aquellos días se conocía como Gwynedd, cruzó Powys, o sur de Gales, y recorrió el camino que le separaba de Londres. Y tan grande era su fama que ni sajones ni britanos se atrevieron a estorbarle la marcha.

Merlín llegó a Londres y habló con el arzobispo, y de mutuo acuerdo convocaron una gran reunión de caballeros para el día de Navidad. Tantos fueron los congregados que no había sitio para todos ellos en la iglesia de la abadía, de forma que muchos tuvieron que seguir los oficios desde el patio de la iglesia.

En mitad del servicio se elevó de repente un murmullo de admiración fuera de la abadía, pues en el patio se pudo ver —aunque nadie advirtiera su llegada— una gran losa cuadrada de mármol, y sobre ella, un yunque[6] de hierro, y clavada en el yunque, con la punta profundamente hundida en él, una gran espada de resplandeciente acero.

—Que nadie se mueva hasta que termine la Misa —ordenó el obispo cuando tuvo noticia de aquel prodigio—. Mas encomendémonos a Dios con redobladas energías para que nos ayude a encontrar el camino entre los terribles males que asolan nuestra tierra.

Cuando acabó la liturgia, el arzobispo y los señores y caballeros que estaban en la abadía salieron a ver aquella espada maravillosa. En torno al yunque, en el mármol, vieron letras grabadas en oro puro que decían:

EL QUE SACARE ESTA ESPADA DE LA PIEDRA
Y DEL YUNQUE ES EL REY LEGÍTIMO DE TODA BRETAÑA.

Al leer este mensaje, muchos trataron de extraer la espada, pero ni uno consiguió aflojarla ni siquiera el grosor de un cabello.

—No está el rey entre los aquí reunidos —dijo el arzobispo—, pero no dudéis de que Dios nos ha de enviar un nuevo monarca. Que se despachen mensajeros por todo el país, que se sepa lo que está escrito en esta piedra. El día de Año Nuevo celebraremos un gran torneo y entonces sabremos si nuestro rey se encuentra entre los que vienen a las justas[7]. Hasta entonces, es mi consejo que elijamos diez caballeros para guardar la espada, y que sobre ella erijamos un rico pabellón que la proteja.

Así se hizo, y el día de Año Nuevo se reunió una gran multitud de caballeros. Pero ninguno fue capaz de arrancar la espada de la piedra. Entonces se apartaron un poco de allí, y levantaron tiendas, y celebraron un torneo o batalla fingida en el que midieron sus fuerzas y su habilidad con la lanza de madera o con la espada ancha.

Y sucedió que entre los que vinieron al torneo estaba el buen caballero sir Héctor, y su hijo Kay, que hacía pocos meses que había sido armado caballero; y con ellos venía Arturo, el hermano pequeño de sir Kay, un joven muchacho de apenas dieciséis años.

Mientras cabalgaba hacia las justas, sir Kay advirtió de repente que se había dejado la espada en sus aposentos, y le pidió a su hermano Arturo que se la trajera.

—Enseguida —respondió el joven Arturo, siempre dispuesto a hacer lo que fuera por los demás, con lo que volvió al galope a la ciudad. Pero la madre de sir Kay había echado la llave a la puerta para ir ella también al torneo, así que Arturo se vio imposibilitado de entrar en la casa.

«Mi hermano necesita una espada —pensaba Arturo mientras volvía lentamente, preocupado sobremanera por su hermano—. Sería una gran vergüenza y motivo de crueles chanzas el que un caballero tan joven viniera a las justas sin espada. Pero ¿dónde le puedo encontrar una?… ¡Ya lo tengo! Había una clavada en un yunque en el patio de la iglesia. La cogeré: allí no vale para nada».

Así que Arturo espoleó[8] su montura y se presentó en la iglesia. Ató el caballo al riel y corrió a la tienda que había levantada sobre la piedra, y se encontró que los diez caballeros que tenían encomendada su guarda también habían ido al torneo. Sin pararse a leer lo que ponía en la piedra, Arturo sacó la espada sin ningún esfuerzo, corrió hasta su caballo y, en un instante, estuvo junto a sir Kay, a quien entregó el arma.

Arturo desconocía el significado de ese acero, pero Kay, que poco antes había intentado arrancarlo del yunque, lo reconoció de una mirada. De inmediato fue hasta su padre, sir Héctor, y le dijo:

—¡Mirad aquí, señor! ¿No es ésta la espada que había que sacar del yunque? ¡Es claro pues que yo soy el rey legítimo de toda Bretaña!

Pero sir Héctor conocía demasiado bien a su hijo Kay, por lo que en vez de creerle volvió con él a la iglesia y allí, con la mano sobre la Biblia, le hizo jurar solemnemente decir la verdad sobre la manera en que se había hecho él con la espada.

—Mi hermano Arturo me la ha dado —respondió Kay con un suspiro resignado.

—¿Y tú? ¿Cómo conseguiste *tú* la espada? —preguntó sir Héctor a su hijo menor.

—Señor, os lo diré —respondió Arturo, temeroso de haber cometido alguna falta—: Kay me ordenó ir a por su espada, pero, al no poder traérsela, me acordé de esta otra que había visto clavada sin que a nadie sirviera en un yunque en el patio de la iglesia. Pensé que mi hermano le daría buen uso, así que se la traje.

—¿Había algún caballero guardando la espada?

—Ni uno —respondió Arturo.

—Bien. Vuelve a meter la hoja en el yunque para que veamos cómo la sacas —ordenó sir Héctor.

—Como gustéis —respondió Arturo, sorprendido por todo el alboroto que se estaba montando en torno a una espada, y la volvió a meter en el yunque.

Entonces sir Kay la cogió por la empuñadura y tiró con todas sus fuerzas. Pero, por más que forcejeó y pugnó por moverla, no consiguió aflojarla ni el grosor de un cabello. También lo intentó sir Héctor, sin obtener mejores resultados.

—Sácala —le ordenó a Arturo.

Y Arturo, cada vez más desconcertado, cogió la espada por el pomo y la extrajo del yunque como si la sacara de una vaina[9] bien engrasada.

—Bien entiendo ahora —dijo sir Héctor, hincándose de rodillas ante Arturo e inclinando la cabeza en señal de reverencia— que ningún otro sino vos es el rey legítimo de esta tierra.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué os arrodilláis ante mí, padre mío? —exclamó Arturo.

—Es la voluntad de Dios que aquel que extraiga esta espada de la piedra y del yunque sea el legítimo rey de Bretaña —dijo sir Héctor—. Además,

aunque os amo tiernamente, no sois hijo mío, pues Merlín os trajo a mí cuando no erais más que un niño de pecho, y me encomendó que me ocupara de vos como si fuerais de mi propia sangre.

—Entonces, si es cierto que soy rey —dijo Arturo inclinando la cabeza sobre el puño en forma de cruz de la espada—, juro solemnemente dedicarme al servicio de Dios y de mi pueblo, a enmendar agravios, a combatir el mal, a traer la paz y la prosperidad a esta tierra… Buen señor, desde que tengo memoria habéis sido un padre para mí, permaneced a mi lado con el amor y los consejos de un padre; y a vos, Kay, mi hermano adoptivo, os pido que seáis senescal[10] de todas mis tierras y caballero verdadero de mi corte.

Tras lo cual fueron al arzobispo y le contaron todo lo ocurrido. Mas los barones y caballeros, llenos de envidia y rabia, se negaron a aceptar que Arturo fuera su rey legítimo. Por ello se pospuso la decisión hasta la Pascua; y tras la Pascua hasta Pentecostés, o Domingo Blanco, como se decía por aquel entonces; y aun así, aunque muchos reyes y caballeros vinieron a probar sus fuerzas, sólo Arturo fue capaz de sacar la espada del yunque.

Entonces las gentes empezaron a aclamarle: «¡Arturo! ¡Nuestro rey es Arturo! ¡Es la voluntad de Dios que sea nuestro rey! ¡Dios salve al rey Arturo!». Y se arrodillaron ante él, nobles y villanos juntos, ricos y pobres, y le pidieron merced por haberse demorado tanto en proclamarle. Y Arturo los perdonó de corazón y, arrodillándose él mismo, le entregó al arzobispo la espada maravillosa para recibir de él la alta y sagrada Orden de la Caballería. Y entonces vinieron condes y barones, caballeros y escuderos, y rindieron vasallaje a Arturo jurando servirle y obedecerle como era su deber.

Entonces el rey Arturo reunió en torno a él a todos los ejércitos de Bretaña —a la flor de los caballeros experimentados que había servido a su padre, y a los más jóvenes cuyo mayor anhelo era probar su lealtad y su valía— y con ellos se lanzó contra los sajones y contra los bandidos y ladrones que llevaban tantos años asolando las tierras y cometiendo todo tipo de actos de crueldad y villanía.

Pronto volvió a restablecer la paz y la seguridad en el sur de Gran Bretaña, tras lo cual instaló su capital en Camelot. Pero los demás reyes que reinaban también en la isla y sus alrededores —los reyes de Orkney y Lothian, de Gwynedd y Powys, de Gorre y Garlot— sintieron celos de ese muchacho desconocido que se hacía llamar rey de toda Bretaña, y le hicieron saber que vendrían a él con presentes, pero que sus presentes los darían con recios mandobles[11] de espadas afiladas entre los hombros y la cabeza.

Entonces Merlín se presentó súbitamente ante Arturo y le condujo a la ciudad de Caerleon, en el sur de Gales, a una fuerte torre bien provista para un sitio. Los reyes enemigos también fueron a Caerleon y cercaron la torre, pero no pudieron expugnarla ni matar a Arturo ni a ninguno de sus fieles seguidores.

Pasados quince días se abrió la puerta de la torre y Merlín se presentó en lo alto de la escalinata. Desde allí preguntó a los reyes y caballeros hostiles por qué venían en armas contra el rey Arturo.

—¿Por qué has hecho de ese muchacho, ese Arturo, nuestro rey? —gritaron.

—¡Estad en silencio y escuchad, todos vosotros! —ordenó Merlín, con lo que se hizo un gran silencio entre todos los allí reunidos, un silencio de asombro y maravilla mientras escuchaban las palabras del buen encantador.

—Os he de contar grandes cosas que aún desconocéis —comenzó el mago —. Arturo es en verdad vuestro rey, rey de pleno derecho de todas estas tierras. Sí, y aun de Gales y de Irlanda, de Escocia y de Orkney también, y de Armórica, al otro lado del mar; y de muchas otras tierras sobre las que también se ha de extender su señorío. ¡Arturo es el único y legítimo hijo del buen rey Uter Pendragón! Por mis artes sagradas tuve noticia de su nacimiento y de las venturas de su reinado. Uter fue a Tintagel bajo la apariencia de Gorlois tres horas después de la muerte de éste: de esa forma consoló a la reina Igraine y ganó su corazón para hacerla su esposa. Pero, y esto lo supe entonces por mi ciencia, su hijo Arturo, que aquí tenéis, vendría al mundo para muy grandes cosas y muy elevados destinos. Poco después de su nacimiento en la oscuridad de Tintagel, Uter, que prestaba oídos a mis consejos, me confió a su hijo. Yo lo llevé a Avalón, a la Tierra del Misterio. Y los habitantes de esa isla, a los que no conocéis, pero a los que bien podéis llamar hadas y elfos, urdieron un hechizo puro y portentoso en torno a aquel niño, una magia de increíble poder. Tres dones concedieron a Arturo: el primero, ser el mejor de todos los caballeros; el segundo, ser el rey más grande que esta tierra jamás conozca; y por último, vivir muchísimos años, muchos más de lo que nadie pueda llegar a imaginar. Estas virtudes, las que corresponden a un príncipe bueno y generoso, se las concedieron a Arturo los habitantes de Avalón. Y en Avalón los herreros elfos están forjando ahora Excalibur, la espada de su derecho: la limpia y brillante hoja que sólo se ha de levantar en defensa de la justicia, que resplandecerá sobre la tierra hasta que llegue la hora en que sea reclamada de nuevo… ¡Arturo es vuestro rey! Sus dominios irán creciendo con el paso de los años: no sólo Bretaña y las islas

del mar, no, ni Armórica y la Galia, sino Logres, la Tierra Bendita, el Reino de Dios sobre la tierra, que Arturo os mostrará por un breve espacio de tiempo hasta que vuelva a caer la oscuridad.

Y Merlín calló, y un gran silencio siguió a sus palabras, pues todos los allí reunidos presentían que estaban al comienzo de una época de grandes prodigios, y que Arturo era algo más que un simple rey que gobernase porque su padre hubiera sido rey, o porque fuera el más fuerte de entre todos ellos.

Arturo los observaba por detrás de Merlín, desde lo más alto de la escalinata. De repente, todos al unísono, hincaron la rodilla ante él en muestra de reverencia y juraron ser sus fieles y leales súbditos todos los días de su vida.

Entonces el arzobispo coronó a Arturo y la multitud le aclamó una vez más: y ése fue el auténtico comienzo de su reinado.

—Mañana empezaremos a juntar nuestras fuerzas —dijo el rey Arturo—, y, cuando estemos preparados, marcharemos al norte y al este a luchar contra los sajones y a expulsarlos de Bretaña. Luego construiremos castillos y atalayas en la costa para que nunca más vuelvan a nuestra tierra. Reconstruiremos las iglesias que han destruido y erigiremos otras nuevas para mayor gloria de Dios. Nuestros caballeros recorrerán los caminos castigando a quienes estorben la paz o cometan vilezas. Y si algún hombre o mujer se encuentra en apuros, o tiene quejas o sufre ofensa alguna, que venga a mí, ya sea el más elevado de mis barones o el más humilde de mis súbditos, pues nunca se dejará de remediar su mal o de atender su cuita.

El rey Arturo celebró ese día un gran banquete en el Castillo de Caerleon, pero antes de que la fiesta hubiera terminado sucedió el primer prodigio de los muchos que habían de acontecer en la tierra maravillosa de Logres durante su reinado.

De repente se presentó en el patio, montado sobre un caballo, un joven escudero que llevaba de las bridas otro corcel en cuya silla iba atravesado el cuerpo de un caballero que acababa de ser muerto.

—¡Venganza, mi señor rey! —exclamó el escudero cuando Arturo salió del salón para enterarse de lo que sucedía—. ¡Quiero venganza! Aquí traigo a sir Miles, muerto sobre su corcel, un caballero tan esforzado y valiente como no se podrá encontrar igual sobre la tierra. En el bosque a no muchas leguas de aquí, el rey Pellinor ha plantado su pabellón junto al camino, al lado de una fuente de agua fresca, y da muerte a todos los caballeros que aciertan a pasar por allí. Por ello os ruego deis cristiana sepultura a mi señor y que alguno de vuestros caballeros vaya a vengar esta desgracia.

Había un escudero en la corte de Arturo, de nombre Griflet, no mayor que el mismo Arturo, que se hincó entonces de rodillas ante el rey y le suplicó por los servicios que le había prestado que le hiciera caballero para poder ir a luchar con Pellinor.

—Te falta edad para semejante batalla —respondió el rey Arturo—, y tampoco tienes aún la fuerza necesaria.

—¡Aun así, señor, hacedme caballero! —suplicó Griflet.

—Mi señor —musitó Merlín al oído de Arturo—, sería una gran pena perder a Griflet, pues ha de ser hombre de valía cuando llegue a su edad, y fiel caballero vuestro toda la vida. Además, Pellinor es el hombre más fuerte del mundo de entre los que portan armas y es seguro que Griflet resultará muerto si llegan a cruzar espadas.

El rey Arturo asintió y se volvió hacia su joven escudero:

—Griflet —le dijo—, arrodíllate y te armaré caballero según tu deseo. —En cuanto concluyó la ceremonia, Arturo continuó—: Ahora, sir Griflet, ya que os he hecho caballero, me debéis un don.

—Mi señor, pedidme lo que deseéis y es vuestro —respondió Griflet.

—Prometedme entonces por vuestro honor de caballero —ordenó Arturo— que, cuando encontréis al rey Pellinor junto a la fuente del bosque, lidiaréis solamente con lanza, a pie o a caballo, y que no lucharéis con él de ninguna otra manera.

—Así lo prometo —dijo Griflet; y a continuación montó sobre su caballo con gran rapidez, agarró su lanza, embrazó el escudo con la zurda y partió levantando una gran polvareda. Al llegar a la fuente vio un rico pabellón, y ante él un caballo ya presto y ensillado junto a un árbol en el que había apoyados una gran lanza y un escudo pintado de colores brillantes.

Sir Griflet golpeó el escudo con el cuento**[12]** de su lanza con tanta fuerza que aquél se vino al suelo haciendo mucho ruido. Al oír ese alboroto, el rey Pellinor salió de su pabellón; se trataba de un hombre alto y fuerte, imbuido de la fiereza de un león.

—¡Señor caballero! —gritó—. ¿Por qué derribáis mi escudo?

—Señor, porque es mi deseo medir mis fuerzas con vos.

—Más os valdría no hacerlo —respondió el rey Pellinor—. No sois más que un caballero joven e inexperto, mucho menos fuerte que yo.

—Aun así lucharé contra vos —dijo Griflet.

—Bien, no es ése mi deseo —dijo el rey Pellinor mientras se ajustaba la armadura—; pero que suceda lo que tenga que suceder. ¿De quién sois caballero?

—Señor, ¡soy de la corte del rey Arturo! —exclamó Griflet. Y con esto se apartaron a ambos extremos del camino, dieron media vuelta, bajaron las lanzas y se lanzaron el uno contra el otro a todo correr de sus caballos. La lanza de sir Griflet golpeó el escudo del rey Pellinor y se rompió en mil pedazos, pero la lanza del rey Pellinor atravesó el escudo de Griflet y se fue a partir tras hundirse profundamente en su costado, con lo que sir Griflet y su montura acabaron rodando por el suelo.

El rey Pellinor se llegó hasta sir Griflet y se inclinó sobre él, que se había quedado quieto allí donde había caído, y le quitó el yelmo.

—Bien, era un joven animoso —dijo Pellinor—. Si vive, será un caballero de proeza. —A continuación colocó a Griflet atravesado en la silla y mandó el caballo de vuelta a Camelot, sin necesidad de que nadie lo guiara.

El rey Arturo sintió gran ira cuando vio a sir Griflet tan malparado. De inmediato se puso su propia armadura, bajó la visera del casco para que nadie pudiera verle el rostro y, espada en mano, cabalgó hasta el bosque para tomar cumplida venganza del rey Pellinor.

Pero en su camino se encontró con tres bandidos que atacaban a Merlín y que parecían a punto de matarlo con sus grandes palos.

—¡Huid, rufianes! —gritó Arturo, arremetiendo furioso contra ellos; y los tres cobardes se dieron la vuelta y huyeron en cuanto vieron que los embestía un caballero.

—¡Ah, Merlín, a pesar de toda vuestra magia y sabiduría hubierais muerto de no haber acudido yo en vuestra ayuda! —dijo Arturo.

—No lo creáis —respondió Merlín, con su misteriosa sonrisa bailándole en los labios—. Podría haberme salvado fácilmente, si ése hubiera sido mi deseo. Sois vos el que va a una muerte segura, pues os guía vuestro orgullo, si Dios no lo remedia.

Pero Arturo prefirió ignorar la advertencia de Merlín y siguió adelante resueltamente hasta que llegó al rico pabellón junto a la fuente. Allí le esperaba el rey Pellinor sentado sobre su gran caballo de guerra.

—¡Señor caballero! —exclamó Arturo—. ¿Por qué estáis aquí, justando y derribando a todos los caballeros que pasan por esta fuente?

—Porque ésa es mi costumbre —respondió Pellinor con voz firme—. Y si hombre alguno desea hacerme desistir de ella, ¡que lo intente a su propia costa!

—Yo os la he de hacer cambiar —exclamó Arturo.

—Y yo he de defenderla —respondió Pellinor sin alterarse.

Entonces se apartaron un trecho para embestirse a todo correr de sus caballos, con tanta fuerza que las dos lanzas se hicieron astillas al chocar contra el escudo del rival. Entonces Arturo echó mano a la espada, pero Pellinor le dijo:

—Todavía no, crucemos lanzas otra vez.

—Con gusto lo haría —dijo Arturo—, si tuviera otra conmigo.

—Lanzas no nos han de faltar —respondió Pellinor, y le ordenó a su escudero que trajera otras dos de la tienda.

Una vez más justaron los dos reyes, y una vez más se rompieron las lanzas en pedazos sin que ninguno de los dos cayera derribado del caballo. Justaron una tercera vez, y la lanza de Arturo se quebró, mas no la del rey Pellinor, que le alcanzó con tanta fuerza en medio del escudo que caballo y caballero rodaron por tierra.

Arturo se puso en pie de un salto dominado por el furor; sacó la espada y dando grandes voces desafió a Pellinor, que echó pie a tierra y sacó su propio acero. Entonces comenzó una batalla terrible, con gran intercambio de tajos[13] y mandobles; se acuchillaban y tajaban con saña y los trozos de escudo y armadura saltaban por todas partes. Los dos tenían tales heridas que la pisoteada hierba de delante de la tienda aparecía teñida de sangre. Descansaron un poco para enseguida volver a embestirse con gran valor, y las hojas chocaron con tal violencia que la de Arturo se rompió en dos pedazos, dejándole con el pomo inútil en la mano.

—¡Ajá, ahora estáis a mi merced! —gritó el rey Pellinor—. ¡Vuestra vida o vuestra muerte de mi voluntad dependen! Y os he de matar ciertamente a no ser que os arrodilléis y os rindáis ante mí, confesando ser un caballero menguado.

—De dos formas se afrontan estos trances —gritó Arturo ciego de vergüenza y rabia—. Una es dar la bienvenida a la muerte cuando llega, la otra es rendirse, pero eso ¡jamás! —Y de un salto pasó por debajo de la espada de Pellinor, le cogió por la cintura y lo arrojó contra el suelo. Allí forcejearon un buen rato hasta que Pellinor, que seguía siendo el más fuerte, le arrancó el casco a Arturo y, echando mano a la espada, se dispuso a cortarle la cabeza.

Entonces apareció Merlín de repente y le puso la mano a Pellinor en el hombro.

—Caballero —le dijo—, tened vuestra mano y no descarguéis ese golpe, pues con él moriría la esperanza de Logres y precipitaríais a esta tierra de Bretaña a la mayor ruina y desolación que jamás haya conocido.

—Pues ¿quién es éste? —preguntó Pellinor.

—Éste es el rey Arturo —respondió Merlín.

Por un instante Pellinor estuvo tentado de asestar[14] el golpe, pues temía que, de vivir Arturo, nunca le perdonaría. Pero Merlín sonrió con calma, y puso la mano en la cabeza a Pellinor; de inmediato toda la furia y el miedo desaparecieron de su mente: se recostó contra el árbol junto a la fuente de agua cristalina y quedó sumido en un profundo sueño.

Merlín ayudó a incorporarse al rey Arturo, que estaba muy malamente herido, y, tras subirle a su montura, le condujo a lo más espeso del bosque.

—¡Ay, Merlín! ¿Qué habéis hecho? —preguntó Arturo, que por fin se veía libre del orgullo y la arrogancia que tan cerca habían estado de causarle la muerte—. Con vuestra magia habéis matado a este buen caballero; preferiría perder mi reino antes de que alguien tan valiente y esforzado muriera de tal manera.

—No tengáis cuidado —respondió Merlín—. Pues todas las cosas suceden por voluntad de Dios para mayor gloria de Logres. Más posibilidades tiene él de sobrevivir que vos mismo, pues vos estáis gravemente herido mientras que él no hace sino disfrutar del sueño. Ya os advertí de la fuerza de su brazo. Éste es el rey Pellinor, que en su día os prestará grandes servicios. Y sus hijos, sir Tor y sir Lamorak, se contarán entre los más arrojados de vuestros caballeros.

Entonces Merlín llevó a Arturo a una ermita donde vivía un anciano que era un notable curandero, o sanador de heridas. En tres días Arturo recobró las fuerzas, con lo que pudo volver a cabalgar y batirse con la valentía de siempre.

—¡Ay, que me he quedado sin espada! —se lamentó Arturo mientras iban por el bosque.

—No tengáis cuidado —respondió Merlín—. La espada que habéis perdido carecía de mayor mérito y ya sirvió para su propósito. Mas no lejos de aquí os espera vuestro propio acero: los duendes de Avalón la han forjado sólo para vos, y a vos os está destinada hasta que la devolváis poco antes de ir allá vos mismo. Su nombre es Excalibur y nadie puede resistir sus golpes; con ella traeréis paz y libertad a la tierra de Logres. Ha llegado la hora señalada para que Excalibur llegue a vuestras manos, pues ahora sostendréis su pomo con total humildad, y en adelante la desenvainaréis únicamente para defender la causa de la justicia.

Se internaban cada vez más en las profundidades del bosque. Al cabo de poco tiempo el terreno empezó a elevarse a ambos lados de su ruta, hasta que

se encontraron recorriendo un estrecho valle que serpenteaba entre los montes sombríos. Por fin llegaron a un pasaje estrecho entre las rocas y, más allá, en el centro de un anillo de montañas, Arturo advirtió un extraño lago. Estaba rodeado de colinas oscuras y desoladas, pero sus aguas eran del más claro y luminoso color azul, y sus orillas estaban cubiertas por una densa alfombra verde cuajada de millones de flores. Al otro lado del lago las montañas se abrían a una gran llanura, y al fondo se veía más agua, medio oculta por jirones de niebla y salpicada por multitud de islas.

—Éste es el Lago del Palacio de las Hadas —explicó Merlín—. Al otro lado del lago, más allá de los collados de las cumbres más alejadas, está la llanura de Camlann, donde se librará la última batalla, y donde vos habéis de caer bajo el golpe del Caballero del Mal. Y más allá aún se encuentra Avalón, escondida entre las brumas y rodeada por las aguas misteriosas… Bajad ahora a encontraros con la Dama del Lago, que yo he de quedar aquí, aguardándoos.

Arturo confió su caballo a Merlín y descendió por el empinado sendero que llevaba al borde de la laguna mágica. De pie junto a la orilla dirigió su mirada sobre las quietas aguas azules, y allí, justo en el centro del lago, advirtió una mano y un brazo vestido de brocado[15] blanco. Y la mano sujetaba por encima del agua una espada maravillosa, de empuñadura de oro y riquísima pedrería, y un cinturón y una vaina incrustados de joyas extrañas.

Y también vio a una hermosa doncella que llevaba un vestido de pálida seda azul ceñido con un cinturón dorado, que se le acercó caminando sobre las aguas hasta que llegó junto a él en la orilla.

—Yo soy la Dama del Lago —dijo— y vengo a deciros que vuestra espada Excalibur os aguarda. ¿Deseáis tomar esa espada y ceñírosla al costado?

—Doncella —dijo Arturo—, ése es en verdad mi deseo.

—Largo tiempo hace que guardo este acero —dijo la Dama del Lago—. Prometed ahora otorgarme un don cuando vaya a solicitároslo y Excalibur será vuestra.

—Por mi fe —respondió Arturo—, juro concederos cualquier cosa que me pidáis.

—Si es así, subid a esta barca —dijo la Dama del Lago. Y Arturo vio una barcaza flotando ante él, y subió a ella. La Dama del Lago se quedó atrás, en la orilla, mas la barca surcó mansamente las aguas tranquilas como si manos invisibles jalaran de la quilla, hasta que Arturo llegó junto al brazo cubierto de seda blanca. Inclinándose, Arturo tomó la espada y la vaina, y de inmediato la mano y el brazo se hundieron sin ruido bajo las aguas quietas.

Entonces la barca devolvió a Arturo a la orilla donde había quedado la Dama del Lago, pero ella también había desaparecido. Arturo ató la barca a una raíz que se curvaba sobre las aguas y remontó alegre y ligero la empinada cuesta que llevaba al paso entre las montañas, y mientras subía se iba ciñendo Excalibur al costado.

Merlín le esperaba con las monturas. Se metieron por la floresta recorriendo sus sinuosos senderos hasta llegar cerca del río que corría entre el bosque y Caerleon, y por fin alcanzaron el camino recto y empedrado que llevaba a la ciudad.

—En poco tiempo —dijo Merlín— nos encontraremos con el rey Pellinor que vendrá en dirección contraria a la nuestra. Ya ha dejado de desafiar a todo aquel que pasa por el bosque, pues ha visto una Bestia Aulladora que ahora tendrá que seguir durante muchos años.

—Entonces combatiré con él de nuevo —gritó Arturo—. ¡Pues ya que tengo a Excalibur conmigo lucharé con él y le venceré fácilmente!

Merlín negó con la cabeza.

—Dejadle pasar —dijo—; ése es mi consejo. Es un caballero valiente y esforzado, y en los días por venir os prestará grandes servicios: él y sus hijos estarán entre los más arrojados caballeros de vuestra corte.

—Haré lo que me aconsejáis —dijo Arturo, aunque con la vista puesta en Excalibur lanzó un suspiro.

—¿Qué os place más, la espada o la vaina? —preguntó Merlín.

—¡La espada! —respondió sin vacilar Arturo.

—Demostráis no ser sabio —dijo Merlín gravemente—. La funda vale diez veces más que la espada, ya que mientras la llevéis puesta nunca perderéis mucha sangre, sin importar la gravedad de vuestras heridas. Guardad bien esa funda, y cuidadla bien tras mi partida, pues una mujer malvada, vuestra pariente cercana, intentará robaros ambas, la espada y la vaina.

Siguieron cabalgando y al cabo se encontraron con el rey Pellinor, que pasó a su lado como si no los hubiera visto.

—Me extraña que no nos haya hablado —dijo Arturo.

—No ha reparado en vos —respondió Merlín—, pues mi magia seguía actuando sobre él; pero, si vuestro orgullo os hubiera llevado a detenerle, entonces bien que os habría visto.

No tardaron en llegar a Caerleon, donde sus caballeros le dieron gozosos la bienvenida. Cuando oyeron sus aventuras, se maravillaron de que se hubiera enfrentado a semejantes peligros él solo. Pero los más nobles y

valientes de entre ellos se regocijaron en extremo por tener semejante rey: capaz de arriesgar la vida en alguna aventura singular igual que hacían los demás caballeros.

CAPÍTULO 2

Balin y Balan

El rey Arturo se quedó en Caerleon muchos meses, con la intención de reunir a sus seguidores de todas las partes del país y de prepararse para las grandes batallas que se avecinaban, pues tenía intención de ir por toda la isla de Gran Bretaña, y también a Armórica, al otro lado del mar, que ahora llaman Bretaña, y castigar a los crueles y los malvados, y expulsar o someter a los paganos sajones.

Mientras se estaba preparando para la guerra, el rey Rience del norte de Gales, uno de los enemigos más despiadados y arrogantes de Logres, envió una carta al rey Arturo. Y éste era su mensaje: que Rience había vencido a once reyes más pequeños y les había cortado la barba para hacerse una orla que adornara su manto real; y que le perdonaría la vida al rey Arturo a condición de que le enviara su barba, la duodécima, para completar el manto, en prueba y señal de que Rience era su amo y señor. Y si no lo hacía así, había de entrar en la tierra de Arturo a sangre y fuego hasta ganar no sólo su barba sino también su cabeza.

—Es el mensaje más vil y deshonroso que jamás he recibido —dijo el rey Arturo a sus portadores—. Volveos a Rience el Salvaje y decidle que yo seré el que vaya contra él con todos mis caballeros y que moveré dura guerra contra él hasta cortarle la cabeza; a no ser que me rinda vasallaje. Pues no se lo debo yo, que soy por derecho rey de toda Gran Bretaña y por voluntad divina el hacedor del reino de Logres, reino en el cual no hay lugar para monstruos de su calaña.

Los emisarios partieron y no pasó mucho tiempo antes de que llegaran nuevas de que el rey Rience estaba juntando un gran ejército, y de que avanzadas de sus malvados seguidores ya habían entrado en los dominios de Arturo y estaban devastando las tierras de sus súbditos leales, arrasando y quemando cuanto encontraban a su paso.

Pero había otros poderes del mal que tramaban contra Logres, poderes mágicos de los que era más difícil guardarse y hurtarse que del rey Rience o los sajones.

Mientras Arturo celebraba cortes con sus caballeros en su castillo de Caerleon, llegó hasta ellos una doncella que traía un mensaje. Cuando lo hubo entregado, dejó caer al suelo la capa que le cubría los hombros, y todos advirtieron con asombro que llevaba una gran espada ceñida al costado.

—¿Cómo es que lleváis esa espada, señora? —preguntó Arturo—. Un instrumento de guerra tal no se aviene con una doncella de vuestra hermosura.

—Dado que me habéis preguntado —replicó la doncella—, os responderé. Llevo esta espada en prenda de mi aflicción. No me libraré de ella hasta que encuentre a un caballero que sea capaz de sacarla de su funda. Y este hombre ha de poseer extremadas cualidades de pensamiento y de acción; y no ha de albergar malicia ni traición ni intenciones malignas. He estado en la corte del rey Rience, donde me dijeron que había buenos caballeros, pero ninguno consiguió extraer la hoja de la vaina.

—En verdad que es gran maravilla —dijo Arturo—, aunque no tan extraño tratándose de los seguidores de Rience. Mas permitid ahora que alguno de mis caballeros la coja por la empuñadura.

Entonces un caballero esforzado la asió y tiró con todas sus fuerzas, pero no pudo sacarla.

—No hay necesidad de tirar ni la mitad de fuerte —dijo la doncella—. La mano del hombre designado la sacará sin esfuerzo. Pero debe tratarse de un caballero gentil, bien nacido y sin maldad en el corazón.

Uno tras otro, todos los caballeros intentaron sacar la espada, aunque sin éxito.

—¡Ay! —gimió la doncella—. Creí que en la corte del rey Arturo encontraría un caballero tan recto que pudiera desenvainar esta arma.

—Por mi fe —replicó Arturo, amoscado por estas palabras—, aquí están algunos de los mejores caballeros del mundo, aunque no sea su destino poder auxiliaros, lo cual me apena profundamente.

Pero vino a suceder que un joven caballero llamado Balin, a quien nadie tenía en mucho, pues acababa de salir de prisión por matar a un primo del rey Arturo, entró en el salón mientras sucedía todo esto.

—Hermosa doncella —dijo entonces—, os ruego que, por vuestra bondad, me permitáis también a mí que intente sacar la espada. No soy más que un pobre caballero de Northumberland, aunque fuerte y apasionado. Y bien pudiera ser que este pobre atuendo esconda a un hombre mejor de lo que parece.

—Decís palabras sabias —dijo la doncella—. Probad vos también vuestra fortuna.

Entonces Balin cogió la espada por el cinturón y la funda, y la extrajo con facilidad. Y cuando observó aquella hoja afilada y centelleante, la amó tanto que le pareció el objeto más precioso de este mundo. Muchos caballeros empezaron a murmurar, mostrándose celosos de Balin, pero la doncella dijo:

—Ciertamente sois un caballero noble en extremo, el mejor de estas tierras, y habéis de realizar grandes y portentosas hazañas… mas ahora, noble y cortés señor, os suplico que me devolváis mi espada.

—Eso no ha de ser —respondió Balin—, jamás me apartaré de ella.

—No mostráis sabiduría al guardarla —dijo la dama—, pues con ella daréis muerte a vuestro mejor amigo, al hombre que más amáis en este mundo. Esa espada será vuestra perdición: es un arma mágica que me entregó la Dama de la Isla de Avalón.

—Me enfrentaré a cualquier peligro —replicó Balin—, pero ¡jamás renunciaré a este acero!

Entonces la doncella rompió en mil lamentos y partió de la corte con gran pesar. Y mientras Balin se mantenía apartado a un lado regocijándose en la contemplación de su espada, y los demás caballeros comentaban en círculos lo ocurrido, la Dama del Lago entró de repente en la sala y se plantó delante del rey Arturo.

—¡Majestad! —exclamó—. ¡Vengo a exigiros la palabra que me disteis cuando os entregué vuestra espada y vos me prometisteis concederme un don!

—Cierto es —dijo Arturo—. Por lo tanto, pedid lo que deseéis y lo tendréis, si está en mi mano dároslo.

—Bien —dijo la Dama del Lago—, concededme la cabeza de este caballero que hace un instante extrajo la espada. Hubiera preferido la cabeza de la dama, pero ya es demasiado tarde para eso.

—En verdad —respondió el rey Arturo, sorprendido y turbado por estas palabras—, mi honor me impide concederos la vida de ninguno de los dos, pues sir Balin es mi invitado.

—¡No me contentaré con menos! —exclamó la Dama del Lago.

Al oír Balin este intercambio, pareció como si la locura se adueñara de él.

—Mujer pérfida y malvada —dijo dando grandes voces—, ¿os gustaría que me cortaran la cabeza, no es así? Pues bien, ¡seréis vos la que perdáis la vuestra!

Y allí y entonces, en presencia del rey Arturo, dio un salto y, de un solo tajo, le cortó a la mujer la cabeza.

—¡Dios, que haya caído sobre mi corte semejante vergüenza! —exclamó indignado el rey Arturo, mientras sus caballeros expresaban su disgusto y su

rechazo—. ¿Qué es lo que habéis hecho? Habéis deshonrado a toda mi corte, pues esta doncella había venido a visitarme y era una dama de gran valía. ¡Jamás os perdonaré esta ofensa!

—¡Majestad! —respondió Balin—, no os mostréis enojado conmigo, pues esta dama era el más falso de los seres vivos, causante de la muerte de muchos hombres y mujeres valientes.

—Cualquiera que sea el motivo —dijo Arturo—, habéis cometido una gran traición. Partid ahora de mi corte y del reino de Logres, pues no seréis caballero verdadero hasta que redimáis vuestro honor mediante alguna prodigiosa hazaña o larga penitencia.

Balin salió presuroso, montó en su caballo y abandonó Caerleon. Alejado de la puerta de la ciudad, ordenó a su escudero que le dejara.

—Ve a casa, a Northumberland —le dijo—, y cuenta a los míos lo que aquí ha pasado. Yo, por mi parte, iré en busca del rey Rience y le mataré, o moriré en el intento, pues es seguro que, si consigo darle muerte, el rey Arturo volverá a aceptarme como amigo.

Pero en la corte del rey Arturo había gran rabia y agitación. Y en mitad de todo ello, sir Lanceor, un orgulloso caballero irlandés que estaba celoso de que Balin hubiera ganado la espada, pidió permiso al rey Arturo para ir tras él y buscar venganza por su vileza.

—Haced lo que podáis —dijo Arturo—, pues estoy muy enojado con Balin. Mucho me gustaría lavar el baldón que ha caído sobre Logres por causa de ese tajo cobarde.

Sir Lanceor partió de la corte con la mayor rapidez que pudo y no tardó mucho tiempo en alcanzar a Balin.

Mientras tanto Merlín se presentó repentinamente ante Arturo y le dijo:

—Un gran mal ha caído sobre Logres y uno aún mayor le seguirá. La dama que trajo la espada ha plantado la semilla de grandes y terribles sucesos. Había conseguido esa espada, mediante falsedades, de la Dama de la Isla de Avalón. Es una espada maldita cuyo destino debe apurarse hasta el final para que en días por venir pueda sobrevenir sobre Logres una gran bendición por medio de esa espada, empuñada por Galahad, el más verdadero de los caballeros de Logres. Pero ¡ay de Balin!, pues la fatalidad ha caído sobre él. Sobre él, que hubiera sido uno de los más valientes y esforzados de vuestros caballeros. Marcha hacia su muerte y nadie puede salvarle… Aun así, seguiré sus pasos y veré lo que puedo hacer por ayudarle.

Mientras esto sucedía, sir Lanceor había alcanzado a Balin, que se iba adentrando por las colinas de Gales.

—¡Deteneos! —gritó en cuanto su voz pudo ser oída—, o de lo contrario yo os haré detener, sea ése o no vuestro deseo. El escudo que lleváis ante vos de poco os servirá, pues por detrás os voy siguiendo.

—Más os hubiera valido quedaros en casa —dijo Balin, haciendo girar su caballo para enfrentarse a él—. ¿De dónde venís? ¿Y con qué objeto?

—Soy de la corte del rey Arturo —respondió Lanceor— y vengo a castigaros por el golpe vil que habéis asestado hoy en su presencia.

—Mucho me apena haber ofendido al mejor de los reyes —dijo Balin—, pero aquella doncella a la que di muerte era la mujer más perversa del mundo.

—¡Preparaos, miserable caballero! —fue todo lo que Lanceor se dignó responder.

De modo que los dos hombres se enfrentaron sobre la colina; y el final de ello fue que Balin atravesó a sir Lanceor de un lanzazo que lo hizo caer muerto del caballo.

Balin se quedó en pie junto a él, lleno de pesar por la muerte de un valiente caballero. Pero un pesar aún mayor había de venir, pues, estando allí, una hermosa doncella remontó la colina al galope sobre una briosa yegua blanca. Cuando vio a Lanceor sangrando junto al camino, dejó escapar una exclamación de dolor y, desmontando, se echó a tierra a su lado.

—¡Ah, Balin! —sollozó—; tristísimo golpe has asestado. ¡Has matado a dos cuerpos con un solo corazón, y a dos corazones en un solo cuerpo, y con ello dos almas se han perdido!

Entonces cogió la espada de Balin, que estaba olvidada en el suelo, y, antes de que éste pudiera detenerla, se arrojó sobre la punta y cayó muerta junto al cuerpo de sir Lanceor, a quien había amado más que a la vida.

Si grande era ya la pena de Balin, lo fue doblemente ahora que había causado la muerte de tales amantes. Y no quería buscar alivio, ni siquiera cuando su hermano Balan le encontró allí; Balan, a quien amaba más que a nadie en este mundo.

—Muchos tristes sucesos os han ocurrido —dijo Balan—, pero es nuestro deber afrontar los más crueles obstáculos que Dios tenga a bien enviarnos.

—Así es —dijo Balin—, mas cabalguemos ahora, pues es mi deseo encontrar y matar al malvado Rience del norte de Gales para que el rey Arturo me perdone por la muerte de la Dama del Lago.

—Iré con vos —dijo Balan—, y correremos aventuras juntos, como corresponde a dos hermanos.

Se fueron adentrando por lo más profundo de las colinas, cruzando bosques espesos y pasos umbríos, y de repente se toparon con Merlín, pero,

como el mago iba disfrazado, no le reconocieron.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó Merlín.

—No les contamos nuestros asuntos a los extraños —replicaron los dos caballeros, a lo que Balin añadió:

—Pero dinos: ¿quién eres tú, que tanto preguntas?

—En este momento prefiero no decíroslo.

—Mala señal es ésa —dijo Balin—: seguro que no sois hombre verdadero si os negáis a revelar vuestro nombre —dijo, echando mano a la espada.

—Pero yo sí sé decir cuál es el vuestro —respondió Merlín sin perder la calma—. Vos sois Balin, el Caballero de la Espada; y éste es Balan, vuestro hermano; y ahora os dirigís a enfrentaros con el rey Rience. Pero de poco servirá vuestra labor a no ser que sigáis mis consejos.

—¡Y vos sois Merlín! —dijo Balin, inclinándose con respeto—. Con gusto nos dejaremos aconsejar de vuestra sabiduría.

—Seguidme —dijo Merlín— y llevaréis a cabo una hazaña digna de la caballería… y aunque el Caballero de la Espada ha realizado proezas indignas de tan alta orden, Logres sacará de ellas tanto bien como mal ha recibido. Sir Lanceor yace muerto junto a su amada, la dama Columbe; el rey Marco de Cornualles ha encontrado los cuerpos y sobre ellos ha erigido una hermosa tumba, y allí tendrá lugar en días por venir la batalla más grande que enfrente a dos caballeros —a Lanzarote y a Tristán, a quien la tierra no conoce todavía —; y el rey Marco también conocerá allí el sufrimiento. Pero ¡ay de vos, Balin!, pues vos habéis de asestar el Golpe Doloroso. Mas, para procurar la sanación de dicho golpe, vendrá el Santo Grial a Logres y será el buen caballero sir Galahad quien acabe esa misión; tras lo cual la oscuridad volverá a abatirse una vez más sobre este reino.

Todo esto que les decía el buen encantador llenaba a Balin y Balan de desconcierto y admiración, de forma que los dos cabalgaron en silencio hasta la caída de la noche.

—Desmontad ahora —dijo Merlín—, desembridad los caballos, dejadlos y seguidme.

En mitad de un bosque sombrío hallaron un pequeño claro que inundaba con su luz la luna.

—Aguardad aquí —dijo Merlín—, pues en mitad de la noche ha de venir acá el rey Rience en secreto con unos pocos de sus hombres para tomar por la fuerza a la Señora de Vance, que va en busca de su esposo y que ha de pasar por aquí sin más guarda que dos caballeros.

El rey Rience se presentó con veinte guerreros armados, y Balin y Balan los atacaron con tal furia que muchos quedaron muertos por el suelo antes de que emprendiera la huida el resto. Pero el rey Rience fue a luchar con Balin y, tras una gran batalla, cayó herido a tierra.

—Esforzados caballeros —dijo Rience—, os lo ruego, no me matéis. Mucho podéis ganar si vivo, pero muy poco si muero.

—Decís la verdad —dijo Balin—; vendréis con vida a ver al rey Arturo.

—Yo le llevaré a Caerleon —dijo Merlín— pues vosotros debéis quedaros hasta la gran batalla que tendrá lugar aquí, en la que haréis un gran servicio al rey Arturo.

Merlín fue a Caerleon a ver a Arturo, que estaba a punto de marchar hacia el norte de Gales.

—Aquí os traigo a vuestro peor enemigo —dijo—, que fue derrotado y hecho preso por dos buenos caballeros que conoceréis en la gran batalla que ahora vais a librar. Será ante las murallas del Castillo Terrabil, y allí os impondréis a doce reyes.

El rey Arturo partió hacia el norte, y los doce reyes se aprestaron a darle batalla. El rey Rience ya no estaba entre ellos, pero malos consejos habían persuadido a Lot de Orkney de que se uniera a ellos, lo cual era una triste decisión, pues era un hombre valiente y un rey noble y bondadoso, y el marido de Morgawse, medio hermana de Arturo.

Una muy larga jornada duró la batalla del Castillo Terrabil, y durante la mayor parte del tiempo pareció que Arturo fuera a tener la peor parte. Pero inesperadamente dos caballeros salieron a galope tendido del bosque cercano y entraron en la batalla por la retaguardia del ejército rebelde, repartiendo tantos y tan furiosos tajos que los doce reyes pensaron que un nuevo ejército venía contra ellos, con lo que rompieron filas y huyeron.

Por la tarde, de los doce reyes sólo el rey Lot seguía con vida, y sólo los suyos seguían en el combate, pues nadie podía derrotarle. Entonces apareció súbitamente el rey Pellinor, que iba siguiendo a la Bestia Aulladora por todo el mundo tal y como le imponía su destino, y peleó con Lot, y le dio un mandoble tan poderoso que Lot cayó a tierra y murió, y los ejércitos de Orkney huyeron en desbandada hacia la oscuridad.

—Habéis ganado una gran batalla para Logres —dijo Merlín al rey Arturo —, pero la victoria pertenece al Caballero de la Espada y a su hermano, y al Caballero de la Bestia Aulladora.

—¿Y ésos quiénes son? —preguntó Arturo—. Al rey Pellinor le conozco; pero a los otros no.

—Es Balin, el que desenvainó la espada de la dama —dijo Merlín—; y Balan, su hermano. A Balin lo volverás a ver una vez más, mas no a Balan. Los dos morirán el mismo día, una muerte triste y desgraciada. La más triste de todas las historias será la de Balin y Balan, pues aquel que desenvainó esa espada es el más desafortunado de todos los caballeros.

—En verdad que vuestras palabras me causan gran tristeza —dijo el rey Arturo—, pues es mucha la gratitud que le debo por sus hazañas de este día, y poco he merecido su esfuerzo y su valentía.

Tras la batalla, Arturo marchó a través de las grandes florestas que cubrían gran parte de Gran Bretaña en aquellos días para enfrentarse a los sajones del norte. Un día, cuando habían establecido su campamento en el bosque y el rey Arturo descansaba en su tienda en un claro, escuchó los cascos de un caballo y, al mirar, vio cabalgar lentamente a un caballero que suspiraba y se lamentaba en voz alta, como si una gran desgracia le afligiera.

—¡Deteneos un momento, buen señor! —exclamó Arturo—, y decidme por qué os apenáis de esta manera.

—Nada podéis hacer por ayudarme —dijo el caballero, que siguió cabalgando desmayadamente.

Poco después llegó Balin, quien se arrodilló ante el rey Arturo.

—¡Ahora, por mi cabeza —dijo el rey—, de corazón os doy la bienvenida!

—No me es posible quedarme —dijo Balin—, pues una terrible maldición me persigue y el mal se abatirá sobre todos aquellos que estén largo tiempo junto a mí. Pero mi buen señor, os lo ruego, encomendadme alguna misión que emprender para que así pueda contribuir a traer la grandeza de Logres antes de que el destino me alcance.

—Mucho me apena que no podáis quedaros conmigo —dijo el rey Arturo —, pero Merlín me ha hecho saber vuestra malaventura. Hace poco ha pasado por aquí un caballero quejoso, llorando y lamentándose de una gran desgracia. Es pues mi deseo que le sigáis y le traigáis a mí para que podamos ayudarle, si es que hay alguien que pueda hacerlo.

Balin se alejó al galope y no tardó en encontrar al caballero, que iba por el bosque junto a una doncella.

—¡Señor! —gritó Balin—, dad media vuelta y volved conmigo junto al rey Arturo, pues desea saber la causa de vuestra aflicción.

—No habrá tal —dijo el caballero—, pues eso me causaría un gran perjuicio sin traerme bien alguno.

—Señor, os lo ruego —dijo Balin—: obedecedme o de lo contrario tendremos que luchar, y entonces os habría de llevar forzado.

—¿Seréis mi fiador si voy con vos? —dijo el caballero—. Es mucho el mal que habita en este bosque, y no puedo huir de la magia negra.

—Ciertamente, os ofrezco mi protección —dijo Balin— o moriré en el intento.

Con esto volvieron grupas y se encaminaron hacia el pabellón del rey, mientras la doncella los esperaba en el bosque. Pero una vez llegados junto a Arturo, en su misma presencia, les atacó alguien invisible y le dio una gran lanzada al caballero que acompañaba a Balin, atravesándole el cuerpo de parte a parte.

—¡Ay! —se quejó el caballero—, incluso bajo vuestra protección soy muerto. Ha sido el falso caballero Garlon, el cual, por malas artes negras, cabalga invisible. El mal me ha alcanzado, como yo me temía. Pero tomad ahora mi caballo, que es más veloz que el vuestro, volved junto a la doncella del bosque y continuad mi misión como ella os mande, hasta que venguéis mi muerte.

Entonces el caballero cayó muerto a tierra, y con gran pesar Balin montó en su caballo y volvió con la doncella, a quien contó todo lo que había sucedido.

Cabalgaron juntos hacia el Castillo de Meliot, pero antes de llegar allá alcanzaron a otro caballero que venía de cazar. Se le unieron para hacer juntos el camino, pero no tardó mucho Garlon, el caballero invisible, en atacarle también, de forma que cayó a tierra muerto.

—También por esta vileza me he de vengar de Garlon, el cobarde y traidor —dijo Balin; con lo que llegaron a la puerta del Castillo de Meliot. Balin atravesó el primero el puente levadizo y dando grandes zancadas entró en el castillo; la dama le seguía por detrás, pero, en cuanto Balin hubo pasado bajo el gran arco, cayó el rastrillo[16], de forma que una gran reja de madera y hierro se interponía ahora entre él y la doncella.

Entonces aparecieron muchos hombres que se apoderaron de la dama, y le pareció a Balin que estaban a punto de matarla. Como no podía romper el rastrillo corrió hacia la escalera más cercana y desde una ventana saltó veinte pies para caer en el foso seco, entre los hombres, con la espada desenvainada.

—Buen caballero —dijo el que los capitaneaba—, no lucharemos con vos, ni es nuestra voluntad haceros daño a vos o a la doncella. Pero hace ya muchos años que la señora de este castillo yace enferma, y es la usanza de la tierra que todas las doncellas que pasan por aquí intenten curarla, lo cual se

puede conseguir con la sangre de una virgen pura de noble cuna… y sin que la virgen sufra por ello.

—Bien, si la dama lo consiente —dijo Balin—, podréis hacerle la sangría. Mas no le hagáis ningún daño, pues, por mi vida, que ningún mal ha de sucederle.

Entonces entraron al castillo, y la doncella entregó parte de su sangre en una fuente de plata. Mas no sanó la dama en aquella ocasión, pues eso sólo lo había de lograr la hermana del caballero puro sir Perceval, cuando, en días por venir, ella y su hermano pasaran en busca del Santo Grial.

Tras esto, el caballero de Meliot, señor del castillo, agasajó a Balin y a la doncella con un buen banquete y un agradable alojamiento. Pero, mientras estaban sentados a la mesa, Balin oyó los quejidos lastimeros de un hombre que gemía en una estancia vecina.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó.

—Hace muy poco tiempo —dijo el caballero de Meliot— entré en una justa en el Castillo de Carbonek, y por dos veces derribé a un caballero de la corte del rey Pelles. Entonces ese vil caballero juró vengarse hiriendo a quien me resultase más querido. Al día siguiente vino invisible y atacó a mi hijo, que no se puede curar de aquel lanzazo hasta que tenga la sangre de ese caballero, cuyo nombre ni siquiera conozco.

—¡Ah! —exclamó Balin—, yo sé cómo se llama ese infame: Garlon es su nombre, y de igual manera ha dado muerte a dos caballeros. De hecho, ahora voy en su busca, pues quiero matarlo y vengar el agravio que ha cometido con esta doncella.

—¡Yo os diré dónde encontrarle! —exclamó el caballero de Meliot—. El rey Pelles celebrará pronto un gran banquete en el Castillo de Carbonek, al que puede asistir todo caballero que lleve consigo la dama de su elección. Allá podréis hallar a este Garlon, vuestro enemigo y el mío.

Partieron a la mañana siguiente y en quince días llegaron al Castillo de Carbonek, donde fueron recibidos en el banquete. Pero el caballero de Meliot se tuvo que quedar fuera, pues no llevaba dama consigo.

Balin fue conducido a un hermoso aposento donde le ayudaron a despojarse de la armadura y le vistieron con ricos ropajes. Según era la costumbre, le quitaron la espada, pues nadie podía entrar armado a la fiesta. Pero Balin ocultó una daga larga bajo sus ropas, y de esta forma entró con su doncella en el gran salón donde estaban reunidos los caballeros y sus damas.

—¿No hay un caballero en esta corte de nombre Garlon? —preguntó entonces Balin.

—Allá le tenéis —le respondieron—, aquel caballero de gesto cruel y terrible. Aunque sin duda se trata del más maravilloso de los hombres vivientes, pues puede cabalgar invisible y matar de esa forma a quien se le antoje.

—Por supuesto —dijo Balin—; así que ése es Garlon —y dijo entonces para sí—: Si le mato aquí, donde me vean todas estas damas y caballeros, no escaparé con vida; pero si le dejo ir ahora puede que nunca vuelva a tener una oportunidad semejante, y mucho daño hará si queda con vida.

Ahora bien, mientras estaba sentado observándole y preguntándose qué hacer, Garlon reparó en la atención que le prestaba Balin, y vino hacia él, le golpeó en la cara y le increpó:

—Caballero, ¿por qué me espiáis de esa manera? ¡Vergüenza sería…! ¡Comed vuestra carne y haced lo que vinisteis a hacer!

—Vergüenza sería ciertamente no vengar este insulto… y todas las demás villanías que habéis cometido —gritó Balin, poniéndose en pie de un salto—. En cuanto a hacer aquello a lo que vine… ¡esto era y nada más!

Y, con estas palabras, sacó la daga y acuchilló a Garlon en el corazón, con lo que éste cayó muerto a tierra. Se produjo una gran conmoción en el salón.

—Señor, ¿cómo os atrevéis a matar a Garlon, mi invitado? —gritó indignado el rey Pelles—. ¡Semejante ultraje os ha de costar la vida! ¡Jamás saldréis vivo del Castillo de Carbonek!

—Si así ha de ser —exclamó Balin—, venid y matadme si os atrevéis.

—No lo dudéis —vociferó el rey Pelles—; nadie lo hará sino yo, pues Garlon era uno de mis caballeros. —Y según decía esto, el rey Pelles agarró una gran espada que colgaba de la pared del salón y lanzó un fiero mandoble a Balin, que se protegió la cabeza con la daga. Pero tan recio era el golpe que el arma de Balin saltó en mil pedazos.

Cuando Balin se vio desarmado, se dio la vuelta y echó a correr, buscando una espada o una lanza con la que poder defenderse; y el rey Pelles se fue tras él enloquecido, dominado por la ira.

Balin escapó del gran salón y el rey Pelles le persiguió por pasillos de piedra, enrevesadas escaleras de caracol y la multitud de habitaciones del misterioso y gran castillo. Por fin Balin llegó a una alta torre que estaba apartada de la parte habitada de la fortaleza, donde nadie había vivido desde hacía muchos siglos. Subió y subió por la torre, hasta que, cerca de la cúspide, se detuvo ante una puerta cerrada, y una poderosa sensación de maravilla y miedo empezó a apoderarse de él. Pero, al oír el sonido metálico de la

armadura del rey Pelles en los escalones de piedra, empujó la puerta y entró de un salto en la estancia. Al atravesar el umbral oyó una Voz que le dijo:

—No entres en esta habitación, ¡pues no eres digno! —mas no había nadie en el aposento.

Balin miró a su alrededor y vio una mesa de plata en una alcoba bajo un arco del más hermoso mármol labrado. En la mesa había un finísimo mantel de paño blanco que no mostraba signo alguno de polvo o de edad; sobre él se veía un gran cáliz bajo un paño de seda: y le pareció a Balin que la copa irradiaba una luz intensa, tan potente que casi no podía soportar mirarla directamente.

Estaba temblando, sin saber por qué; y le parecía que no deseaba otra cosa más que arrodillarse ante la mesa y el cáliz y orar solicitando la bendición de Dios. Pero también distinguió sobre la mesa una extraña lanza que colgaba hacia abajo sin nada que la sustentase, y entonces volvió a oír al rey Pelles a su espalda, que de una gran zancada franqueaba el umbral de la puerta. Entonces Balin saltó hacia la lanza con intención de cogerla.

—¡Pecador, no la toques! —le volvió a advertir la Voz. Pero Balin la ignoró, pues parecía no tener más pensamiento que el de enfrentarse al rey Pelles y matarlo.

Éste se quedó parado en la puerta; había dejado caer la espada y todo su odio se había desvanecido. Pero Balin, en su locura, cogió la lanza y asestó el Golpe Doloroso, hincándosela profundamente al rey Pelles en el costado.

Entonces temblaron los cimientos del Castillo de Carbonek y todo él se conmovió y se vino abajo: a su alrededor se hizo la oscuridad, y un gran vendaval pareció arrebatar a Balin, zarandeándole y lanzándole sin sentido contra el suelo, mientras un espantoso alarido de agonía retumbaba en sus oídos y se perdía entre mil ecos en la distancia.

Tres días permaneció Balin sin sentido entre las ruinas, que eran casi lo único que quedaba ahora del castillo; y al cuarto día llegó Merlín, y lo sacó a rastras fuera de allí, y lo montó sobre un caballo.

—Señor, desearía llevarme conmigo a mi dama —dijo Balin con un hilo de voz, cuando recobró el sentido.

—Miradla allá, donde yace muerta —respondió Merlín—, y con ella muchos otros: habéis asestado el Golpe Doloroso y con él habéis devastado tres condados. Pues la copa que visteis era el Santo Grial del que bebió vino Nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena, y la lanza sobre la que habéis puesto vuestras impuras manos una vez Le hirió en el Costado mientras colgaba de la Cruz por todos nuestros pecados. Ahora Pelles, el Rey Tullido,

yace postrado con una herida incurable en la sala del Castillo de Carbonek, hasta que Galahad el caballero puro venga a curarle dentro de muchos años. José de Arimatea, en cuya sepultura reposó el cuerpo de Nuestro Señor hasta que se volvió a levantar, trajo la lanza y el cáliz a Bretaña y murió acá, en el Castillo de Carbonek. Ese lanzazo ha desencadenado el mal que se abatirá sobre Logres, pero el Grial espera la más pura de las santidades y purezas con las que será bendecido Logres durante un breve espacio… antes del final. Mas seguid adelante: vuestro destino os aguarda; también mi propio destino se está acercando.

Con el corazón encogido cabalgó Balin por las Tierras Baldías y, al pasar, la gente le gritaba:

—Ah, Balin, has traído gran estrago y desgracia a este país: ¡no dudes que la venganza caerá sobre ti!

Por fin dejó atrás aquellas villas y campos desolados y se introdujo en las densas florestas, y cabalgó por ellas durante ocho días hasta que llegó a un castillo que se erigía junto a la orilla de un río ancho y caudaloso. Al salir del bosque, oyó un cuerno de monte que tocaba a *mort*, que es el toque que siempre se hace a la muerte de un ciervo.

—Ese cuerno suena por mí —se dijo Balin apesadumbrado—, pues yo soy la pieza, y eso que aún no estoy muerto.

Un largo puente sobre el río llevaba al castillo. Al acercarse Balin, salió a recibirle una gran compañía: cien doncellas que cantaban más dulcemente que el triste ruiseñor y cien caballeros que cabalgaban detrás de ellas ricamente vestidos.

La Dama del Castillo llegó hasta Balin y le dijo:

—Bienvenido seáis, señor, a mi morada: aquí podréis descansar en paz de vuestras cuitas y trabajos. Pero antes de eso, pues ésa es la costumbre, debéis luchar con el Caballero del Río, nuestro campeón, que habita en la isla que hay en mitad de la corriente: todos los que entran en el castillo han de pasar por él primero.

—Mala costumbre es ésa —dijo Balin— de que un caballero no pueda pasar por aquí sin combatir con un extraño.

—Tan sólo esta batalla necesitáis.

—Bien —respondió Balin—, puesto que he de luchar, estoy dispuesto. Mi caballo está fresco, aunque mi corazón esté cansado y yo ansíe el sueño.

—Noble señor —se dirigió a Balin un caballero—, creo que vuestro escudo es demasiado pequeño para esta batalla: tomad el mío, os lo ruego.

Balin dio las gracias al caballero, embrazó el escudo y bajó hacia el río comprobando su armadura para asegurarse de estar bien preparado para la batalla. Cuando llegaba al vado[17], una doncella se inclinó sobre el pretil del puente y le dijo:

—¡Ay, caballero Balin! ¿Por qué habéis dejado vuestro escudo? Os habéis puesto en gran peligro, pues por vuestra divisa os habrían reconocido. ¡Ay, de todos los caballeros, con certeza sois el más desafortunado!

—Mucho siento haber venido jamás a este país —dijo Balin—, pero no puedo volverme atrás ahora o todos pensarían que pudo conmigo el miedo.

Llegó a la isla, donde le esperaba un caballero con armadura negra, la visera bajada y sin divisa ni emblema en el escudo.

Sin cruzar palabra enristraron[18] las lanzas, arremetiendo el uno contra el otro tan violentamente que, al chocar, las lanzas se quebraron y cada uno salió disparado del caballo con tal fuerza que quedaron sin sentido en tierra largo rato. Pero al cabo se pusieron otra vez en pie y combatieron ferozmente con los aceros. Primero alcanzó Balin al Caballero Negro con su infausta espada, de forma que la sangre corrió hasta el suelo; luego fue él quien recibió un terrible mandoble que le hizo tambalearse y caer al suelo.

Mientras se levantaba para continuar la pelea, Balin observó que el puente y las almenas del castillo estaban ocupados por dulces damas y apuestos caballeros que observaban el combate en silencio. A él se pusieron de nuevo los dos caballeros, intercambiando tan grandes golpes que uno sólo de ellos habría bastado para acabar con un hombre menos recio. Siguieron sin que disminuyera un punto su fiereza hasta que sus armaduras aparecían rotas y caídas por el suelo, y los dos tenían ya siete crueles heridas de las que a borbotones se les escapaba, hasta teñir de rojo la hierba, la sangre de la vida.

Por fin el Caballero Negro se desplomó exhausto, incapaz de mantenerse en pie por más tiempo; Balin, con no muchas más fuerzas, se quedó apoyado en la espada, sin la cual también él hubiera caído.

—¿Qué caballero sois vos? —preguntó con voz ronca—. Pues hasta este día jamás me crucé con ninguno tan esforzado, excepto quizás con mi propio hermano.

—Mi nombre —dijo el Caballero Negro— es Balan, hermano del buen caballero Balin.

—¡Ay, que haya tenido que vivir para ver este día! —gimió Balin, y cayó a tierra desmayado por la pérdida de sangre y el horror de lo sucedido. Con gran fatiga y dolor, arrastrándose lentamente sobre las manos, Balan se acercó

a Balin, le desenlazó el casco y contempló su rostro. Balin se despertó y dijo llorando:

—Oh, Balan, hermano mío, a quien amo más que a ningún otro hombre de este mundo, me habéis matado, y yo a vos, y ya para siempre los hombres hablarán con pesar de nuestra muerte.

—¡Ay! ¡Que tuviera que suceder algo así! —se quejó Balan—. Si hubierais llevado vuestro escudo, yo os hubiera reconocido por las armas en él pintadas; y si yo no hubiera vencido y dado muerte al caballero que guardaba esta isla en el pasado, no habría sido yo su guardián, armado todo de negro.

Entonces se llegaron hasta ellos la Dama del Castillo y sus acompañantes, y Balan dijo:

—Señora, la misma madre dio a luz a los dos que ahora mueren en la misma hora, muertos los dos por los golpes del otro, a quien no reconocieron. Enterradnos, os lo suplico, en la misma tumba y escribid sobre ella que aquí yacen dos hermanos a los que la mala fortuna llevó a matarse sin que lo supieran, de forma que todos los que pasen por aquí se detengan a rezar por nuestras almas.

Con esto murió Balan, y Balin poco después, y la Dama del Castillo dispuso que su tumba se erigiera sobre aquella isla en el río. Y puso el nombre de Balan sobre la tumba, mas no el de su hermano, pues lo ignoraba.

Entonces apareció Merlín inesperadamente por allí y les indicó que escribieran el nombre de Balin, y que él era el desgraciado caballero que había dado el Golpe Doloroso. Después tomó la desafortunada espada que se había roto durante la lucha y puso una nueva hoja en la empuñadura, riendo quedamente mientras lo hacía.

—¿Por qué reís? —preguntó la Dama del Castillo.

—Por esta causa —respondió Merlín—: nadie empuñará en adelante esta espada, salvo Lanzarote, y su hijo Galahad. Eso sucederá cuando los caballeros de Logres emprendan la Búsqueda del Santo Grial. También porque en el castillo tenéis una cama en la que nadie yacerá sin volverse loco, salvo Lanzarote… Pero al final Lanzarote blandirá esta espada, y el caballero más valiente de Logres, el hombre al que Lanzarote ama más en el mundo, caerá bajo su filo, y ése será Gawain. Y poco después tendrá lugar la última batalla en la llanura de Camlann, tras lo cual la oscuridad se abatirá una vez más sobre el reino de Logres.

Merlín dejó la vaina de la espada de Balin en el castillo para que Galahad la encontrara. Pero clavó la espada con la hoja nueva en una gran roca que

una poderosa magia hacía flotar sobre el agua: y nadie supo adónde fueron la roca y la espada hasta que llegaron a Camelot en el día señalado.

Cuando todas estas cosas estuvieron hechas, Merlín vino al rey Arturo y le hizo saber todo lo del Golpe Doloroso que Balin había asestado al rey Pelles, y cómo Balin y Balan habían luchado y muerto en la isla del río.

—¡Ay! —exclamó el rey Arturo—. Es la historia más triste que nunca oí contar de dos caballeros; y todavía están por conocerse en Logres dos caballeros que se les puedan comparar.

CAPÍTULO 3

La primera aventura de la Tabla Redonda

Cuando el rey Arturo hubo conquistado el norte de Gales y derrotado a Rience y a los otros reyes rebeldes, marchó al norte y al este con sus caballeros, y derrotó a los sajones en seis grandes batallas. Por toda Bretaña, Escocia incluida, los sajones huían en sus barcos o juraban lealtad y vasallaje al rey Arturo. Ya no se le podían enfrentar, pues nunca sabían dónde estaba, ni cuándo sus caballeros con él a la cabeza habían de salir por sorpresa de la floresta, justo tras haber recibido nuevas ciertas de que se hallaba descansando de alguna batalla a cientos de millas de distancia.

De esta forma, Arturo trajo largos años de paz a toda la isla. Aunque siempre había bandidos y forajidos, caballeros crueles y malos encantadores acechando en las profundidades de las florestas y las montañas, dispuestos a estorbar la paz y a manchar el reino de Logres con nuevas maldades y perfidias.

El rey Arturo retornó a sus dominios del sur a través de una tierra próspera y apaciguada, y estableció su capital en la ciudad de Camelot, que ahora llamamos Winchester, y los mejores y más valientes de sus caballeros se reunieron allí en torno a él.

Por el camino pasó por Camelerd, donde habitaba su amigo el rey Leodegrance, que tenía una hija bellísima llamada Ginebra; y Arturo amó a Ginebra desde el momento en que la vio, y su recuerdo apenas le dejaba comer o descansar tras volver a su palacio de Camelot.

—La tierra está en paz —le dijo a Merlín— y mis guerras acabadas durante algún tiempo. ¿No es adecuado que el rey piense en tomar esposa?

—Adecuado es, ciertamente —respondió Merlín—. Un hombre de vuestra liberalidad y nobleza no debería estar sin esposa, ni tampoco debe faltarle señora al reino de Logres… Mas venid aquí, decidme: ¿hay por ventura alguna princesa a la que améis más que a las otras?

—Sí, sin duda la hay —respondió Arturo—. Amo a Ginebra, la hija del rey Leodegrance. Es la doncella más hermosa, dulce, tierna y pura de toda la tierra. ¡Con ella me he de casar, o moriré soltero!

—No hay duda de que está entre las más bellas —dijo Merlín—. Aun así, sería deseable que amaseis a otra, pues por su misma belleza ha de venir el fin del reino de Logres, cuando el mejor caballero de vuestra corte la ame, trayendo la vergüenza sobre ella y sobre sí mismo; trayendo la guerra entre vos y él; trayendo el día del triunfo del traidor de Camlann, no mucho después de la llegada del Santo Grial, lo cual señalará la culminación de la gloria de Logres y también su caída. Y con todo, Ginebra es la más hermosa doncella de la tierra, y cuando el corazón de un hombre se fija en una mujer así, como el vuestro se ha fijado en ella, no se le puede hacer desistir.

—Verdad decís con esas palabras —dijo Arturo—, pues a Ginebra he de tener como reina y a ninguna otra.

Merlín fue entonces al rey Leodegrance y le hizo saber del amor de Arturo.

—Éstas son las mejores nuevas que he tenido en mi vida —respondió el rey Leodegrance—: que un rey de tan alto linaje y calidad como Arturo ame a mi hija. Todas mis tierras serán del rey Arturo; y todos mis vasallos, sus caballeros. En la fiesta de Pentecostés le llevaremos a Ginebra, y en ese día se ha de celebrar el matrimonio.

Mientras tanto, en Camelot, el rey Arturo celebró un banquete por Pascua. Pero antes de que tomasen asiento los caballeros de su corte a la larga mesa del salón, surgió entre ellos una gran disputa sobre el lugar que debían ocupar en la mesa, pues todos consideraban un gran honor estar cerca de la cabecera, y no pequeña ofensa sentarse en el otro extremo.

—Esto será enmendado para Pentecostés —dijo Merlín cuando le llegaron nuevas de la porfía—, pues en ese día dispondré en esta sala una mesa tal que andando el tiempo vendrá a ser el centro de la gloria de Logres, una mesa cuya fama pervivirá mientras dure el mundo.

La fiesta de Pentecostés se acercaba, y se reunieron en Camelot muchos caballeros y algunos jóvenes que deseaban llegar a serlo; entre estos últimos se encontraban Gawain, sobrino del rey Arturo, y Tor, hijo del rey Pellinor. A los dos armó caballero el rey Arturo la mañana de sus nupcias, y decretó que éstos, sus dos más recientes caballeros, deberían acabar una gran proeza para mostrar su valía: la primera aventura que se presentara ante él.

La boda resultó una espléndida ceremonia, con dos arzobispos para unir las manos de la pareja y cuatro reyes para portar espadas de oro ante ellos mientras salían de la abadía, donde los esperaba el pueblo para aclamarlos.

Cuando llegaron al salón del banquete, Merlín los estaba esperando puesto en pie ante una gran mesa de madera y piedra que casi ocupaba la estancia de

pared a pared.

—¡Salve, rey y reina de Logres! —los saludó Merlín—. Vuestros asientos os esperan, así como a otros ciento cincuenta caballeros: los caballeros de la Tabla Redonda. Sobre cada silla —pues así se han de llamar los asientos de esta mesa— encontraréis en letras de oro el nombre del caballero a quien corresponde. Y cuando un caballero caiga en batalla o muera, y arméis un nuevo caballero para que le sustituya, el nombre de este último aparecerá en el respaldo, y el del caído desaparecerá de él. Mas que nadie tema, que los nombres de los caballeros de la Tabla Redonda vivirán para siempre. Sentaos todos sin recelo, pues en una mesa redonda nadie puede quejarse de estar en el extremo menos noble, o de que alguien está situado por encima. Y haceos cuenta de que del alto honor de esta Tabla oiréis antes de transcurrido mucho tiempo.

—Quedan cuatro sitios vacíos —advirtió Arturo, cuando todos sus caballeros hubieron ocupado su lugar.

—No lo dudéis —dijo Merlín—, pues así ha de ser para mayor gloria de Logres. El rey Pellinor llegará el día de hoy para descansar de su persecución de la Bestia Aulladora, y para él es uno de estos cuatro asientos. ¡Contemplad cómo su nombre aparece ahora en letras de oro sobre la silla! De los tres que quedan, ya se pueden distinguir los nombres de sir Lanzarote del Lago y de sir Perceval de Gales sobre otras dos. Lanzarote estará con vosotros en la próxima fiesta de Pentecostés; sir Perceval todavía no ha nacido: aunque su padre será el más valiente de los caballeros que ahora se sientan a esta mesa. Cuando llegue Perceval, sabréis que sólo resta un año para la llegada a Camelot del Santo Grial. En cuanto al último lugar, ésa es la Silla Peligrosa, y significa la muerte para cualquier hombre que se siente en ella, salvo para aquel para el que está destinada: el mejor de todos los caballeros, que ha de llegar el día señalado.

Entonces Merlín fue hacia la puerta e introdujo en la sala al rey Pellinor, que se arrodilló para que el rey Arturo le armara caballero antes de ocupar su asiento en la Tabla Redonda. Gawain se sentó a un lado de los tres asientos vacíos y Merlín condujo a Pellinor al otro, diciendo:

—Ésta es vuestra silla, pues vos sois más digno de ocuparla que cualquier otro de los aquí presentes. Ahora bien, en días por venir sir Tristán se sentará en ella.

Entonces dio comienzo el gran banquete; pero antes de terminar Merlín se levantó en medio de los festejantes y todos escucharon en silencio sus palabras.

—Hoy —dijo Merlín— es el día de la primera empresa. Muchas extrañas aventuras comenzarán en los días por venir mientras estáis aquí sentados a comer, alrededor de la Tabla Redonda, mas yo no estaré con vosotros para verlas. Ahora no os mováis, pues vais a ser testigos de un suceso peregrino y asombroso.

Mientras aguardaban sentados y en silencio, un ciervo blanco entró en el salón corriendo, y tras él una perrita blanca, una perrita cazadora, y tras ellos una jauría de sesenta grandes sabuesos negros que ladraban con gran alboroto. El ciervo blanco corrió alrededor de la mesa y, al acercarse otra vez a la puerta, la perrita lo alcanzó y le mordió con fiereza en el flanco, lo que le hizo dar un gran salto a un lado, derribando a un caballero llamado sir Abelleus, que comía sentado a una pequeña mesa. De inmediato el caballero agarró a la perrita y salió del salón a grandes zancadas, montó su caballo y se alejó con mucha prisa. Los sabuesos negros siguieron hasta el bosque al ciervo blanco, aunque antes de que el eco de sus ladridos se hubiera apagado en la distancia, entró en el salón una dama que venía sobre un blanco caballo. La dama se llegó hasta el rey Arturo y se quejó a él en estos términos:

—Mi rey y señor, no sufráis que se me robe de esta forma, pues mía es esa perrita que aquel caballero se ha llevado consigo.

—¡No es éste asunto que nos incumba! —replicó el rey Arturo, que mucho se temía verse él mismo obligado a perseguir a sir Abelleus el día mismo de sus nupcias.

Apenas había acabado de hablar cuando entró en el salón un extraño caballero, completamente armado y jinete sobre un gran corcel, que forzó a la dama a salir con él, sin hacer cuenta de sus súplicas y protestas.

A Arturo no le molestó su marcha, pues mucho les estaba importunando, pero Merlín le amonestó severamente:

—No deberíais ignorar lo sucedido tan a la ligera —dijo—. Semejante aventura debe ser perseguida hasta el final, a riesgo de que se convierta en la vergüenza de Logres, y en la vuestra y de todos vuestros caballeros.

—Haré lo que me aconsejéis —respondió el rey Arturo.

—Entonces envía a sir Gawain para que vaya a traer el ciervo blanco —le instruyó Merlín—; y a sir Tor para que vuelva con la perrita y el caballero que se la ha llevado, si es que no se ve obligado a matarlo; y que el rey Pellinor venga con la dama y, vivo o muerto, con el caballero que la ha raptado. Pues estos tres caballeros correrán aventuras llenas de maravilla. A su regreso os contaré más cosas relativas a la Tabla Redonda. Mas después tendré que partir

de vuestro lado, pues esa doncella no es otra que la dama Nimue, que me llama a mi largo sueño…

Los tres nuevos caballeros, al recibir las instrucciones de su misión, se armaron, subieron a sus cabalgaduras y partieron hacia el bosque.

Sir Gawain llevó consigo a su joven hermano Gaheris para que le sirviera de escudero. No habían recorrido mucho trecho cuando se toparon con dos jinetes que combatían fieramente con espadas.

—¡Deteneos! —gritó Gawain, interponiéndose entre ellos—. ¿Cuál es la causa de vuestra querella?

—Señor —respondió uno de los caballeros—, no ha mucho que pasó por aquí un ciervo blanco seguido de cerca por una jauría de sabuesos negros. Nosotros supimos, mi hermano y yo, que se trataba de una aventura hecha para las bodas del rey Arturo, y los dos deseamos grandemente seguir la empresa del Ciervo Blanco. Entonces empezamos a discutir sobre cuál de los dos era mejor caballero, y de dicha discusión surgieron los grandes golpes que presenciasteis.

—¡Qué vergüenza para ambos: hermanos y caballeros luchando de esta manera! —exclamó Gawain—. Id y presentaos prisioneros ante el rey Arturo.

—¿Y si no lo hacemos? —replicó el caballero más joven.

—¿Cómo así? Entonces he de luchar contra los dos hasta que lo hagáis o quedéis muertos en el suelo —respondió Gawain.

—Iremos sin demora al rey Arturo —dijeron— y le diremos que nos envía el caballero que sigue la misión del Ciervo Blanco. —Le hicieron una reverencia y partieron hacia Camelot: y sir Gawain continuó con su aventura.

Se introdujo en las espesuras de la floresta, con Gaheris detrás de él, y al poco escucharon los ladridos de los sabuesos negros delante de ellos, y supieron que iban en la dirección correcta.

Al fin salieron de la floresta, a orillas de un ancho río, y vieron al ciervo blanco atravesarlo a nado y a los perros lanzarse al agua en busca de él. Mientras sir Gawain se disponía a entrar en la corriente apareció un caballero en la otra orilla que le gritó:

—¡Eh, el de allá! ¡No vengáis a por el ciervo blanco, a no ser que queráis luchar conmigo!

—Eso no me causa ningún temor —respondió Gawain—, lucharé si es menester, antes que abandonar mi demanda.

Caballo y caballero se lanzaron al río y, una vez en la otra orilla, los dos caballeros tomaron distancia y se abalanzaron el uno contra el otro en un galope tan recio que Gawain sacó al otro jinete por las ancas de su montura.

—¡Rendíos ahora! —gritó Gawain.

—¡Jamás! —respondió el caballero, tratando de ponerse en pie—. Soy sir Alardin de las Islas y nunca me rendiré con vida a un caballero novicio como vos.

Así que Gawain saltó de su caballo y se enfrentaron con las espadas, intercambiando fortísimos golpes. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Gawain asestara tal mandoble a Alardin de las Islas que le atravesó el casco, y también la cabeza, siendo ése el final de sus días.

—¡Ah! —exclamó con orgullo Gaheris—. Ése ha sido sin duda un golpe poderoso para un caballero tan joven.

Continuaron la búsqueda del ciervo blanco siguiendo a seis sabuesos negros que parecían haberle cogido el rastro. Por fin llegaron a un gran castillo en cuyo patio los perros alcanzaron y mataron al venado. Entonces el señor del castillo, un hombre fornido de gesto fiero, salió de su cámara, rugiendo de rabia, y empezó a asestar cuchilladas a los perros, a la vez que gritaba:

—¡Ay, mi ciervo blanco! ¡El que ofrecí a mi dama y del que cuidaba con tanto esmero! ¡Muerte cruel han de tener sus matadores!

—¡Cesad en vuestra locura! —le increpó disgustado sir Gawain—. Satisfaced vuestra ira conmigo en vez de con estos brutos, pues no hicieron sino aquello a lo que les impele su naturaleza.

—¡Decís verdad! —aulló el señor del castillo—. Ya que he matado a vuestros perros, ¡sólo me queda matar al perro de su señor!

Entonces él y Gawain se enzarzaron en un fiero combate con las espadas; y sucedió que el señor del castillo usaba muchos trucos ruines que pusieron gran furia en el corazón de Gawain. Al fin, tras infligirse mutuamente graves tajos, Gawain golpeó al caballero con tanta fuerza que éste se vino al suelo con gran estrépito de su armadura. Entonces suplicó clemencia y llamó a Gawain dulce y gentil caballero en lugar de los injuriosos apelativos que poco antes le había dedicado.

—¡Os voy a matar! —gritó Gawain, ciego de ira, e hizo girar su espada en un molinete con intención de cortarle la cabeza. Pero en ese momento la dama del castillo, que había estado observando la batalla, salió corriendo y cubrió con el suyo el cuerpo de su marido. Su cuello se interpuso en la trayectoria de la espada de modo que Gawain no pudo detener el mandoble y fue la cabeza de ella la que saltó y rebotó sobre las piedras.

Entonces Gawain, abrumado por la vergüenza y el horror, permitió levantarse al señor del castillo y le perdonó la vida.

—Ya no importa si acabáis conmigo ahora —dijo— pues habéis matado a mi esposa bien amada, a quien quería más que a nada en esta vida.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Gawain.

—Soy sir Ablamor del Pantano —fue la respuesta.

—Entonces dirigíos a la corte del rey Arturo, contadle la verdad de lo aquí acontecido y decidle que os envía el Caballero del Ciervo Blanco.

Sir Ablamor montó en su caballo y se alejó; pero Gawain entró apesadumbrado en el castillo.

—Soy un caballero deshonrado —decía—, pues he dado muerte a una dama. Si hubiera tenido piedad de sir Ablamor, esto no hubiera sucedido.

—Aquí estamos en peligro —dijo Gaheris, mas no había terminado de hablar cuando cuatro caballeros armados entraron a grandes zancadas en el salón y acometieron fieramente a Gawain.

—Vos, un caballero recién armado —exclamaron—, ¡sois la vergüenza de la Orden de la Caballería! Un caballero sin piedad es un caballero sin honra; pero, matar a una dama… ¡Vergüenza eterna os persiga! No dudéis que habréis de tener gran necesidad de merced antes de partir de este castillo. —Con esto se fueron hacia Gawain con tal furia que al cabo le hirieron gravemente y los tomaron prisioneros, a él y a Gaheris.

Allí mismo les hubieran dado muerte de no ser por la llegada de cuatro bellas damas que intercedieron por sus vidas.

—¿Cómo os encontráis, señor caballero? —preguntó a Gawain una de las damas.

—¡Nada bien! —fue su respuesta.

—¿Y cómo así? Vuestra es la culpa, pues gran villanía cometisteis al matar así a esta dama… Mas, decidme, ¿no sois de la corte del rey Arturo?

—En verdad lo soy. Soy sir Gawain, hijo del rey Lot de Orkney y de su reina Morgawse, hermana del rey Arturo.

—Volved en paz a la corte —dijeron las damas—, pero esta penitencia os imponemos: que llevéis con vos el cuerpo de la mujer a la que matasteis, y su cabeza también; dadles una sepultura honorable en Camelot y contadle al rey Arturo todo lo aquí acontecido.

De esta forma Gawain y Gaheris volvieron apesadumbrados hacia Camelot.

Mientras tanto, sir Tor marchaba en otra dirección en busca del caballero que había robado la perrita. No había ido lejos cuando se topó sin esperarlo con un enano que, con una vara que llevaba en la mano, propinó tan fuerte

golpe en la cabeza al caballo de sir Tor que la pobre bestia retrocedió tambaleándose casi el largo de una lanza.

—¿Por qué golpeáis así a mi caballo? —preguntó encolerizado sir Tor.

—¡Porque no habéis de pasar por aquí a no ser que justéis con los caballeros de aquellos pabellones! —respondió el enano.

Entonces sir Tor divisó dos pabellones que se levantaban a la vera del camino, junto a los cuales colgaban de un árbol sendos escudos, y una gran lanza junto a ellos.

—No me he de demorar justando —respondió sir Tor—, pues me debo a una aventura que en forma alguna puedo postergar.

—Aun así, ¡no pasaréis! —gritó el enano, y sopló con fuerza un gran cuerno de caza que a su lado tenía.

De inmediato salió un caballero del pabellón más próximo, embrazó su escudo, saltó sobre su corcel, tomó la lanza y se vino como una avalancha contra sir Tor, que apenas tuvo tiempo de enristrar su propia lanza y espolear el caballo para recibirle. A pesar de todo, justó tan bien que acertó al desconocido caballero en el centro del escudo y le sacó volando sobre las ancas del caballo.

De la misma forma se desembarazó del segundo caballero, que quedó tendido en el suelo cuan largo era junto a su compañero.

—Ahora —dijo sir Tor mirándolos desde lo alto de su montura— levantaos y marchad a la corte del rey Arturo, y decid que yo os envío, el Caballero de la Aventura de la Perrita; si no lo hacéis así, aquí mismo os he de matar.

Ambos caballeros juraron obedecerle, y ya se disponía sir Tor a seguir su camino cuando el enano vino hasta él para decirle:

—Señor, concededme un don, os lo suplico.

—Sin duda —respondió sir Tor—, ¿qué es lo que deseas?

—Tan sólo que me permitáis ser vuestro escudero —dijo el enano—; permitidme ir con vos, pues ya no deseo servir a estos cobardes caballeros.

—Eres bienvenido —dijo sir Tor—, coge un caballo y ven conmigo.

—¿Por ventura vais en busca del caballero que tiene la perra blanca? —dijo el enano—. ¡Yo os conduciré a su encuentro!

Cabalgaron por el bosque y al poco llegaron a donde se levantaban dos pabellones de seda blanca junto a un priorato. Un escudo blanco colgaba de uno de ellos; y un escudo rojo, del otro.

Entonces sir Tor desmontó y, mientras el enano le sujetaba la lanza y las bridas del caballo, él se llegó hasta el pabellón del escudo blanco y miró en su

interior. Allí vio tres doncellas dormidas sobre otros tantos lechos. Sin despertarlas, fue hasta el otro pabellón, donde encontró a una única doncella, también dormida; a su vera tenía la perra blanca, que al ver a sir Tor se puso a ladrar con tanta fuerza que despertó a la dama.

Sir Tor cogió la perrita, que había venido corriendo hasta él, y se la entregó al enano.

Al momento salió la dama del pabellón, junto con las otras tres damas a las que había despertado el alboroto, y le dijo:

—Caballero, ¿por qué me quitáis mi perrita?

—Debo hacerlo —respondió sir Tor—, pues en su busca he venido desde la corte del rey Arturo.

—No iréis lejos sin sufrir las consecuencias de esta descortesía.

—Aceptaré con entereza cualquier ventura que me depare el destino —respondió sir Tor, que hizo dar media vuelta a su caballo y marchó por el camino por el que había venido.

No habían avanzado mucho en dirección a Camelot cuando oyeron el sonido de unos cascos a sus espaldas, y la voz de sir Abelleus, el caballero que había cogido la perrita la vez primera.

—¡Caballero, deteneos! ¡Devolvedme la perra que le habéis arrebatado a mi dama!

Al oírle, sir Tor se dio la vuelta y puso la lanza en ristre. También sir Abelleus, y se enfrentaron con tal ímpetu que los dos salieron despedidos de sus caballos. Entonces desenvainaron las espadas y empezaron a intercambiar tan recios golpes que trozos de armadura volaban por los aires como las astillas de los árboles bajo el hacha del leñador. Al final sir Tor derribó a sir Abelleus.

—¡Rendíos! —gritó.

—¡Jamás! —respondió sir Abelleus con voz entrecortada—. ¡Nunca mientras me quede un hálito de vida y no me devolváis ese animal!

—Eso no lo haré —dijo Tor—, pues tengo encomendado llevarlo al rey Arturo y enviaros a vos a él como caballero vencido.

En ese momento llegó a todo galope una doncella montada en un caballo.

—¡Señor caballero! ¡Señor caballero! —gritó a sir Tor—. Por el amor del rey Arturo y la gloria de su corte, ¡concededme el don que os solicite! Como caballero que sois, ¡atended mi demanda!

Y sucedió que, cuando sir Abelleus vio a la doncella, se echó a temblar y muy lentamente rodó sobre sí mismo y se alejó a gatas.

—Bien —dijo sir Tor—, pedid vuestro deseo, hermosa doncella, y os lo otorgaré.

—Os lo agradezco —respondió ella—. Deseo pediros la cabeza de este falso caballero, Abelleus, pues es el caballero más ruin que vive sobre la tierra, y el más cruel de los asesinos.

—Ahora me arrepiento de mi promesa —dijo sir Tor—; ¿no puede reparar la ofensa con que os pueda haber ultrajado?

—No es posible —dijo la doncella—, pues mató a mi hermano ante mis propios ojos, y no tuvo voluntad de perdonarle la vida, a pesar de que se lo supliqué durante media hora arrodillada en el fango. ¡Así pues, cortadle la cabeza de una vez, os lo ruego! O de lo contrario os tacharé de falso caballero en la corte del rey Arturo.

Al escuchar estas palabras, sir Abelleus, que ya se había apartado un trecho de sir Tor, se incorporó y le suplicó que le perdonara la vida.

—Ahora no me es posible —dijo sir Tor—, o faltaría a mi promesa. Además, hace poco rechazasteis la clemencia que de corazón os ofrecía.

Entonces Abelleus se dio media vuelta y echó a correr, pero enseguida le alcanzó sir Tor y de un solo tajo le cortó la cabeza.

—Ahora, señor —dijo la dama—, venid y descansad un poco en mi castillo, que está aquí cerca.

Sir Tor fue con ella, y fue agasajado por su marido, un viejo caballero que le estaba agradecido por haber vengado el asesinato, y que le manifestó que siempre hallaría buena acogida entre él y su esposa.

Después sir Tor cabalgó hacia Camelot en el frescor de la tarde, y por detrás le seguía el enano con la perrita. Llevaban poco trecho cuando se encontraron al rey Pellinor, padre de sir Tor, que junto a una fuente lloraba sobre los cadáveres de una dama y un caballero.

—¡Ay, padre mío! —dijo sir Tor—. ¿Qué mal os ha sucedido?

—Esta vergüenza es sólo mía —dijo el rey Pellinor—. Cuando salí de Camelot para traer conmigo a la dama Nimue, era tal mi afán por dar buen término a esta aventura que por nada ni por nadie me detenía. Al pasar junto a esta fuente me llamó esta dama: «¡Socorredme, caballero, socorredme por el amor de Nuestro Señor!», mas yo no escuché sus ruegos. Y ahora ella misma ha muerto por su propia mano, creo que por el pesar que le ha producido la muerte de este caballero, a causa de sus graves heridas.

Entonces la dama Nimue apareció en la linde del bosque y le preguntó al rey Pellinor la causa de su aflicción.

—Haced como yo os indique —dijo ella, una vez que él hubo acabado su relato—: coged estos dos cuerpos y llevadlos a Camelot para que allí reciban honorable sepultura.

—¿Qué suerte tuvisteis en vuestra aventura? —le preguntó sir Tor cuando le hubo contado a su padre lo ocurrido en la suya de la perrita.

—No fue difícil —respondió el rey Pellinor—. Cabalgaba por el bosque cuando me topé con la dama Nimue, a la que sujetaban dos escuderos.

»—Hermosa dama —le dije—, debéis venir conmigo a la corte del rey Arturo.

»—De grado iría con vos —respondió ella.

»—No podéis llevárosla —intervinieron los escuderos— hasta que hayáis hablado con aquellos dos caballeros que allá abajo luchan por ella.

»Me di la vuelta y distinguí dos caballeros que peleaban furiosamente con espadas, hasta el punto de que toda la hierba del claro se veía pisoteada y llena de sangre. Me acerqué a ellos y les pregunté por qué luchaban.

»—¡Por aquella dama que vos no habéis de tener! —respondieron.

»Entonces, sin decir nada más, se volvieron contra mí y me atacaron, sin darme tiempo a desmontar. Uno de ellos dio un salto y me mató el caballo, y se echó a reír mientras decía:

»—Ahora estáis a pie, igual que nosotros.

»—¡Guardaos! —grité yo indignado—, pues vais a recibir un mandoble que no os será fácil olvidar, por matarme el caballo. —Y le di tal tajada que le atravesé el casco y le abrí la cabeza en dos hasta la barbilla.

»Pero el otro caballero no quiso combatir conmigo.

»—Soy sir Meliot de Logres —dijo—, y no hacía sino intentar salvar a la dama Nimue de este hombre a quien habéis muerto. Tomad ahora su caballo, ya que él ha matado el vuestro, y cabalgad con mi prima, la dama Nimue, hasta la corte del rey Arturo. Un día me veréis a mí también allí.

»Entonces emprendimos la vuelta sin prisa, hasta que te encontramos junto a la fuente.

Ya más cerca de Camelot alcanzaron a sir Gawain, que cabalgaba apesadumbrado llevando el cuerpo de la dama atravesado ante él sobre la silla. Juntos recorrieron las calles a la luz suave del atardecer y llegaron al gran salón del castillo, donde Arturo y sus caballeros cenaban en torno a la Tabla Redonda.

Entonces, antes de que pudieran ocupar sus sillas, les pidieron a cada uno de ellos que contaran las aventuras que habían corrido.

—Ah, rey Pellinor —exclamó la reina Ginebra—, gran falta cometisteis al no salvar la vida de la dama junto a aquella fuente.

—¡Ay! —se lamentó Pellinor—, estaba tan ofuscado con mi misión que por nada me detenía, pero me lo he de reprochar el resto de mis días.

—Motivo tenéis para ello —intervino Merlín gravemente—, pues esa dama no era otra que vuestra hija Elaine, a quien habéis buscado todos estos años, y su marido era el buen caballero sir Miles de las Landas.

—Vuestro hijo, sir Tor, se ha conducido muy dignamente —intervino Arturo con gentileza, pues era su intención mitigar algo el dolor del rey Pellinor—; muy de nuestro grado le concedemos un lugar en esta mi Tabla Redonda. Sentaos también vos, pues jamás volveréis a desoír a quienes imploran vuestro auxilio. Pero ¿qué me decís de mi sobrino Gawain? ¿Por qué está tan afligido? ¿Y por qué carga con el cuerpo decapitado de una dama?

—Yo la maté —explicó Gawain con acento compungido, y les hizo el relato de todas sus aventuras, sin omitir nada—. Esto me ha sucedido como castigo por no tener piedad del vil caballero al que me proponía dar muerte. En lo sucesivo juro ser siempre compasivo, y perdonar a aquellos que piden compasión. Es más, esta penitencia me impongo: luchar en especial por toda doncella o dama que venga a mí en busca de socorro, y servirla con honor y humildad de caballero.

—Bien habéis aprendido los tres vuestra enseñanza —añadió Merlín amablemente—, y sir Gawain ha sufrido la más cruel de todas ellas, él, que en los días por venir será el más noble, esforzado y clemente de todos los caballeros.

»Pero atiéndanme todos ahora: en este día primero de la Tabla Redonda os impongo a todos la Orden de Caballería. Todos vosotros, y todos aquellos que en lo sucesivo se sienten a esta mesa, sois los Caballeros de Logres, y para mayor gloria de Logres, el Reino de la Rectitud, no os desviéis de las altas virtudes de este reino. No cometáis ultraje alguno, ni asesinato, ni acto cruel o desalmado; huid de la traición y de cualquier trato desleal o deshonesto; sed misericordiosos con los que busquen misericordia, y, si no lo hacéis así, no os volváis a sentar a esta Mesa. Prestad siempre amparo a damas y doncellas, socorred a las viudas y dueñas que os lo demanden, abandonadlo todo para enmendar los agravios que pueda sufrir mujer alguna en el mundo, y nunca, bajo pena de muerte y desgracia eterna, ofendáis a mujer alguna, o sufráis que sea afrentada. Ni, ya sea por amor o ganancia, entréis en combate si no es en defensa de la rectitud y la justicia.

—Todo esto juraréis sobre el Bendito Sacramento —dijo el rey Arturo—, y todos los años, durante la fiesta de Pentecostés, vendréis a Camelot a renovar este voto. Después ocuparemos nuestros puestos en torno a la Tabla Redonda, y juro que no he de comer en tal día hasta que se haya presentado ante nosotros alguna misión arriesgada o aventura singular digna de mis caballeros.

—Hacedlo así —dijo Merlín— para que el reino de Logres perviva por siempre como ejemplo en la memoria de los hombres. Pues de una cosa podéis estar seguros: aunque muráis todos, la fama y el ejemplo de Logres vivirán eternamente.

»Mas ahora debo partir de entre vosotros para dormir mi largo sueño hasta el día señalado, cuando vuelva a formarse sobre la tierra el próximo Círculo de Logres. Son estos asuntos que quizás estén más allá de vuestra comprensión, aunque esto otro lo entenderéis sin problema: no quebréis vuestros votos de caballería, ni falléis en vuestra lealtad al rey Arturo, símbolo y autoridad del reino de Logres.

Con estas palabras Merlín cruzó lentamente el salón y se hundió en la oscuridad de la noche, y la dama Nimue, aquella a la que el rey Pellinor había traído a Camelot, se levantó en silencio de su asiento y salió tras él.

CAPÍTULO 4

La magia de Nimue y del hada Morgana

Al día siguiente de la fiesta de Pentecostés en la que se constituyó la Tabla Redonda en Camelot, el rey Arturo se internó a caballo por la floresta, apenado por las extrañas palabras de Merlín. Mientras cabalgaba, Merlín apareció repentinamente ante él.

—Vengo a despedirme —dijo el encantador— y a ofreceros mis últimas palabras de advertencia: tened buen cuidado de la espada Excalibur y de su funda mágica, y desconfiad de la mujer malvada que os la ha de robar, la que dará a luz al Caballero Malvado, que os derribará en el campo de Camlann. No obstante, ella estará con vos al final, su maldad purgada, y, junto con otras, os acompañará hasta Avalón… De estas otras, las Damas de Avalón, una me espera: la dama Nimue, pues ella me ha de enterrar en vida…

—¿No podéis escapar de ella por vuestras artes mágicas? —preguntó Arturo—. ¡Oh, Merlín, no quiero perderos!

—No, es mi destino —respondió Merlín—. Es para mayor gloria de Logres… y para la vuestra, pues debéis quedaros solo y demostrar así vuestra valía.

Entonces Merlín se adentró más y más en la floresta, siguiendo a la dama Nimue, hasta que alcanzaron la tierra de Gwynedd, o el norte de Gales, que señoreaba el rey Ban, en cuyo castillo se alojaron. A la mañana siguiente, antes de reemprender la marcha, Merlín habló con la esposa del rey Ban, llamada Elaine.

—Tenéis un hijo —dijo él—, un joven maravilloso que la Dama del Lago se llevó lejos de vos cuando dormía en la cuna, de modo que lo tuvo con ella muchos años. Desearía ver a este muchacho antes de apartarme de las sendas de los hombres, pues su nombre es Lanzarote, y otra Elaine, en tiempos por venir, le dará un hijo llamado Galahad, y estos dos caballeros serán los mejores de entre todos los de la Tabla Redonda y la mayor gloria del reino de Logres.

Cuando Merlín vio a Lanzarote le dio su bendición y le persuadió para ir a la corte del rey Arturo antes de la siguiente fiesta de Pentecostés, y allí pedir

que le armaran caballero, para lo cual debía contar que ése había sido el último deseo de Merlín antes de echarse vivo en su propia tumba.

Entonces, mientras el rey Ban y la reina Elaine y el joven Lanzarote se admiraban por estas palabras, Merlín partió de su lado y se internó en las colinas del norte de Gales, siguiendo a Nimue, que iba tocando el *cwyth*, el arpa mágica de Gales, y cantando extrañas melodías de un poder extraño y asombroso.

Por fin llegaron al lugar señalado, y allí, a la sombra de un hermoso espino blanco plagado de flores, Nimue se sentó y Merlín apoyó la cabeza en su regazo. Entonces la encantadora, cantando y tocando el arpa, tejió en torno a él y al espino nueve círculos de una magia formidable. Y Merlín durmió, y volvió a despertar, y le pareció que habitaba en la más hermosa torre del mundo, y la más fuerte.

—Señora —dijo—, me habéis privado de mi magia, de forma que ya nunca podré salir de esta torre. Quedaos conmigo y no me dejéis solo en estos encantamientos.

—Debo partir pronto —respondió Nimue—, pues el rey Arturo se encuentra en grave peligro, y ahora que vos ya no estáis a su lado tengo que acudir en su ayuda. El hada Morgana está urdiendo sus hechizos malignos con la intención de atraparle. Me he de ausentar ahora e ir rápidamente junto a él. Mas a vos os proporcionaré descanso para que durmáis muchos siglos hasta que amanezca el día de vuestro despertar.

Entonces, como si caminara en un sueño, Merlín se incorporó y bajó por una estrecha escalera que se abrió en la tierra a sus pies; bajó y bajó hasta un agujero oscuro que había bajo una inmensa peña, y se tumbó sobre una gran losa de piedra parecida a una mesa, y se quedó dormido. Entonces Nimue cerró con su magia el pasaje que llevaba a la luz y partió velozmente hacia Camelot, dejando a Merlín descansar en su oscura tumba. Y allí yace hasta el día de su despertar, cuando se vuelva a formar el Círculo de Logres en esta isla. Pero, si Merlín reposa en la mágica Floresta de Broceliande o en la Isla de los Bardos, en el Despeñadero de Cornualles, o bajo el Bosque de Bragdon, nadie lo puede saber hasta ese día.

Mientras tanto, el rey Arturo cazaba en las misteriosas florestas del sur de Gales con sir Uriens, su cuñado, el esposo del hada Morgana, y con el arrojado caballero sir Accalón de Gaula. Iban persiguiendo un poderoso venado, milla tras milla hasta que estuvieron perdidos en el bosque, y tal ahínco pusieron en la cacería que al final sus caballos cayeron muertos bajo

ellos. Y aun así siguieron acosando al ciervo, pues estaba ya tan cansado que ni correr podía.

Salieron de entre los árboles, bajaron una ladera herbosa y vieron al ciervo caer muerto a tierra. Entonces, al mirar a su alrededor, advirtieron que la pendiente descendía hasta una gran superficie de agua y que una pequeña embarcación de rico aparejo de seda y oro torzal alcanzaba en ese momento la orilla. Arribó justo donde ellos estaban, varándose en la arena de forma que pudieron subir a bordo, aunque a nadie vieron que les diera la bienvenida.

—Señores —dijo el rey Arturo—, entremos en este extraño barco y corramos la aventura que se nos ofrece.

Así que subieron a bordo, y les pareció una embarcación de excepcional belleza, muy ricamente engalanada y tapizada con raras sedas. El sol se había escondido mientras bajaban hacia el agua, y la noche cayó en cuanto subieron al barco, tan rápidamente que en pocos minutos la oscuridad era absoluta. De repente aparecieron grandes antorchas a lo largo de las bordas, de forma que una luz muy clara iluminaba los puentes. La barca se deslizaba mansamente sobre la quietud de las aguas cuando doce hermosas doncellas salieron de los camarotes y les sirvieron los mejores vinos y manjares que un hombre pudiera desear. Al mismo tiempo una música dulce sonaba quedamente, y el barco todo estaba impregnado del aroma de flores desconocidas.

El rey y sus dos acompañantes estaban cansados después del día de monte, y tras cenar y disfrutar la fresca brisa nocturna sobre el puente, cada uno de ellos fue conducido a un rico camarote. Antes de que pasara mucho tiempo, los tres yacían en un cómodo lecho sumidos en el más maravilloso y profundo de los sueños.

Por la mañana Uriens se despertó para encontrarse en Camelot, en su propia cama junto a su esposa, la hechicera Morgana, y mucho se maravilló de cómo había deshecho dos jornadas de viaje en una sola noche de sueño. Su mujer le dirigió una sonrisa profunda y enigmática, mientras una luz extraña y maligna le bailaba en los grandes ojos oscuros. Mas nada le dijo, aunque bien sabía ella lo ocurrido.

Un muy diferente despertar tuvo el rey Arturo, pues se encontró en una prisión negra y lúgubre, una mazmorra húmeda y malsana enterrada en lo más profundo de un gran castillo. En la oscuridad oyó los lamentos de veinte caballeros que también yacían allí padeciendo cruel cautiverio.

—¿Quiénes sois, que de esa manera os quejáis? —preguntó el rey Arturo.

A lo que uno de ellos respondió:

—Somos veinte caballeros a quienes aquí tienen presos, y entre nosotros hay alguno que lleva en este lugar no menos de ocho años.

—¿Y cuál es la causa de ello? —preguntó Arturo.

—El señor del castillo —respondió el caballero— es un hombre malvado llamado sir Damas, que injustamente tiene el castillo y las tierras que lo circundan a costa de su hermano mayor, el buen caballero sir Ontzlake, y coge cautivos a todos aquellos que vienen al castillo, y los encierra en este miserable calabozo…

Mientras hablaban vino una dama con una lámpara, y le dijo al rey Arturo:

—¿Cómo os encontráis, señor?

—Casi ni lo sé —respondió—. Ni tampoco os puedo decir cómo he llegado a este lugar inmundo.

—Señor —dijo ella—, se os dejará en libertad, así como a todos estos caballeros sólo con que combatáis por mi señor. Pues en este día su hermano ha de enviar un campeón para que luche por él, y aquel que gane se convertirá en señor de todas estas tierras.

—Ahora me habéis puesto ante una difícil decisión —dijo Arturo—. Vuestro señor, sir Damas, es un mal caballero y no desearía levantar mi espada por su causa; mas prefiero morir peleando que consumirme en este calabozo. Si sir Damas se aviene a liberar a todos los que aquí tiene presos, me batiré por él hasta la muerte en esta disputa.

—Así se hará —dijo la doncella.

—Entonces estaría dispuesto —dijo Arturo— con que tuviera caballo y armadura.

—Ninguno de los dos os ha de faltar —le aseguró ella—. Seguidme.

Salieron del calabozo a la claridad del sol en el patio.

—Ciertamente, doncella, que antes de ahora os he visto —dijo Arturo—. ¿No estuvisteis nunca en la corte del rey Arturo?

—No —respondió la doncella—. Jamás estuve allí en toda mi vida. No soy sino la hija de sir Damas, señor de este castillo.

Pero al decir esto mentía, pues era una de las damas que atendían a la reina Morgana el Hada.

En el mismo instante en que Arturo se encontró en la mazmorra del castillo de sir Damas, sir Accalón de Gaula se despertó de su sueño encantado y se encontró tumbado en un agradable jardín, aunque al borde mismo de un pozo negro, de forma que, de haberse movido un poco, habría caído en él y habría encontrado la muerte en la profunda negrura.

Cuando sir Accalón se percató de dónde estaba, se santiguó y dijo:

—Que Dios guarde al rey Arturo y al rey Uriens, pues las damas del barco nos han traicionado. Con seguridad eran espíritus malignos y no mujeres. Si alguna vez consigo salir de esta aventura, mataré a toda mujer que tenga tratos con la magia negra y los malos encantamientos.

Mientras estos pensamientos ocupaban su mente, vino un enano de boca grande y nariz chata que lo saludó de esta forma:

—Vengo de parte de vuestra señora, la reina Morgana el Hada, que os saluda bien como a su amor y os suplica que en este día luchéis por su causa con un extraño caballero. Con este fin os envía la propia espada del rey Arturo, Excalibur, y su vaina, y os pide que no temáis, sino que luchéis hasta la muerte sin mostrar clemencia. También me encomendó que os dijera que su marido yace en lecho de muerte, herido por mano de un traidor, y que cuando él muera se desposará con vos y seréis rey de Gorre en su lugar.

—Ciertamente prometí luchar por ella —dijo sir Accalón—, y en verdad ella te manda, pues llevas la espada Excalibur. Todos estos encantamientos deben de ser obra suya para que entable batalla con su enemigo desconocido y le dé muerte.

—Señor, así es, como decís —respondió el enano—, y hacéis bien en entrar en este combate. —Con esto se llevó a sir Accalón del borde del pozo, y después le condujo al salón del castillo, donde sir Ontzlake le esperaba con seis escuderos. Cuando sir Accalón hubo comido y bebido, éstos le armaron con recia armadura, le montaron sobre un poderoso corcel y le guiaron al campo de batalla que se abría a medio camino entre los castillos de sir Ontzlake y sir Damas, en una hermosa pradera verde.

Mientras tanto seis escuderos de sir Damas habían conducido también a Arturo al salón de su señor, le habían dado comida y bebida, una buena armadura, y le habían acompañado hasta la puerta. Salía Arturo por la arcada cuando se llegó a él otra doncella, la cual, tras hacerle una reverencia, le dijo:

—Señor, tu hermana, mi señora, la reina Morgana el Hada, os saluda. Y me envía a traeros vuestra espada Excalibur, que vos dejasteis con ella, pues ha oído que en este día debéis entablar batalla. Aquí tenéis la espada, y también la vaina. Mi señora está en este mismo instante hincada de rodillas rezando para que tengáis buena ventura.

El rey Arturo dio las gracias a la doncella, y fue al combate con el corazón más ligero ahora que tenía su propia espada y la vaina mágica que hacía que quien la portara no perdiera mucha sangre, sin importar la gravedad de sus heridas.

Estos dos caballeros, el rey Arturo y sir Accalón, revestidos con armaduras desconocidas, las viseras bajadas y ninguna enseña en el escudo que revelara de quién se trataba, se encontraron en la verde pradera, sin reconocerse. Primero justaron con las lanzas, con tanta fuerza que ninguno pudo mantenerse sobre la silla. Entonces echaron mano a la espada, y se enzarzaron en dura batalla, intercambiando grandes golpes. Pero la espada del rey Arturo no cortaba tanto como la de Accalón, que mordía a través de la armadura de Arturo a cada tajo, de modo que la sangre le empezó a correr abundantemente y a teñir la hierba. Pero Accalón apenas sangraba, a pesar de que Arturo también le había herido en un par de ocasiones.

Y cuando el rey Arturo vio su sangre sobre la hierba y sintió que la espada que blandía en la mano no hendía el acero como solía, mientras que la de Accalón sacaba sangre a cada golpe, conoció que traición y magia negra habían cambiado las espadas, pues cada vez era mayor su certeza de que era la auténtica Excalibur la que brillaba en la mano de su oponente.

—Ahora, señor caballero, estad atento, pues os voy a asestar un gran tajo —le anunció con arrogancia sir Accalón. Sin replicar, Arturo golpeó con tanta fuerza que él mismo retrocedió tambaleándose, pero Accalón respondió con un mandoble que dio con Arturo en tierra.

Pronto estuvo en pie otra vez, e intercambiaron muchos y muy furiosos golpes, pero siempre era el rey Arturo el que perdía tanta sangre que era maravilla que pudiera mantenerse en pie. Sólo un caballero tan valiente podía soportar semejante dolor y seguir luchando.

Por fin los dos se detuvieron a recobrar el aliento, y todos los que se habían reunido para ver la batalla hablaban bien de ellos, aunque lamentaban que uno de esos dos caballeros tan esforzados tuviera que morir. Y entre los presentes estaba la dama Nimue de Avalón, la encantadora que había dejado a Merlín bajo la piedra, que había llegado cuando el combate ya había comenzado.

—¡No es momento de que os permita descansar! —exclamó sir Accalón de repente, y con esto se vino fieramente hacia Arturo. Pero el rey, en un arrebato de dolor y de rabia, hizo un molinete con la espada y golpeó a Accalón tan reciamente en el casco que le derribó al suelo. Pero a causa del golpe la espada se le rompió en pedazos, quedándose sólo con el pomo y la cruceta en la mano.

Accalón se puso en pie de un salto y corrió hacia Arturo, que se protegió con el escudo, aunque ya estaba seguro de no tener escapatoria.

—¡Caballero! —le mortificó Accalón—, rendíos a mí como vencido y menguado, o de lo contrario os cortaré la cabeza.

—Jamás —respondió Arturo—. No he de faltar así a mis votos. Preferiría morir cien veces que hacer menoscabo de mi honor, y éste no me ha de fallar aunque me falle la espada. Además, si me matáis estando yo desarmado seréis vos el que quede deshonrado.

—Correré ese riesgo —exclamó Accalón—. ¡Echad a correr ahora, pues ya no sois mucho más que un cadáver! —y asestó a Arturo un tremendo mandoble, pero el rey lo detuvo con el escudo y golpeó a Accalón en la visera con la espada rota con tal fuerza que éste retrocedió tres pasos.

Ese momento aprovechó Nimue para, merced a su magia, aflojar la vaina de su costado, de forma que cayera a tierra delante de Arturo, que la cogió y se la puso al cinto. Accalón atacó a Arturo una vez más, dándole tan gran golpe que le hubiera partido la cabeza hasta la barbilla de no ser porque Nimue, haciendo un gesto con la mano, hizo que se le torciera la espada entre los dedos y que cayera al suelo con la punta clavada en tierra. Arturo se hizo con la espada de un salto, y de inmediato por su tacto supo que se trataba de su propio acero, Excalibur.

—¡Ajá! —gritó—. Has estado lejos de mí demasiado tiempo, y mucho daño me has causado. —Luego se dirigió a Accalón—: Señor caballero, ahora sois vos quien está al borde de la muerte, pues esta espada mía os va a recompensar por el daño que me habéis infligido y por la sangre que he perdido.

Con esto saltó hacia delante y le dio tan fuerte golpe que Accalón cayó a tierra sangrando por nariz, orejas y boca. Arturo se plantó sobre él con Excalibur en alto dispuesto a golpear, y gritando:

—¡Ahora vais a morir!

—Bien podéis matarme —dijo Accalón con voz entrecortada—, pues jamás me rendiré. Yo también hice el voto de caballería de no rendirme mientras esté con vida. Así pues, dadme muerte, pues no he de vivir avergonzado.

—Sois un caballero valiente y honorable —dijo Arturo, bajando la espada—. Decidme, ¿de qué tierra sois, y a quién servís?

—Señor, soy de la corte real del rey Arturo, y Accalón de Gaula es mi gracia.

—Decidme, ¿quién os dio la espada? —preguntó el rey, con gran tristeza al recordar la magia del barco.

—Triste espada ha sido —dijo Accalón—, pues por ella me ha venido la muerte.

—Bien puede que así sea —dijo el rey—, mas ¿cómo llegó a vuestras manos?

—Me la dio la reina Morgana el Hada —respondió Accalón apenado—. Hace mucho que la amo, y ella a mí. Y prometí luchar y matar a quien ella quisiere, aunque fuera al mismo Arturo, el rey. Y por esta razón me envió esta espada en este día, diciéndome que su esposo, el rey Uriens, yacía muerto y que sin duda yo sería rey si vencía en este combate. Pero decidme, ¿quién sois vos, cuya muerte ella tanto deseaba?

—Ay, Accalón —dijo Arturo—, ¿no sabéis que yo soy el rey?

Cuando Accalón oyó esto, dijo a grandes voces:

—Buen y dulce señor, mi rey Arturo, tened merced de mí, pues no os conocía.

—Merced tendréis —respondió Arturo—, ya que veo que esta batalla no fue obra vuestra, sino de mi hermana. Ah, Accalón, también a mí me ha engañado con su hermosura y sus artes sutiles. El buen Merlín me previno contra ella, pero yo no había de escuchar sus advertencias. Ahora la expulsaré de mi corte, o la mataré si causa la muerte de algún hombre.

Entonces el rey Arturo hizo la paz entre sir Damas y sir Ontzlake, y luego sus escuderos los llevaron, a él y a sir Accalón, que estaba aún más gravemente herido que él, a una abadía que había en la floresta cercana. Y Nimue vino con ellos y los atendió. Sir Accalón murió de sus heridas antes de que saliera el sol, pero Arturo se recuperó lentamente.

Mientras tanto, la reina Morgana el Hada, que le creía muerto, seguía en Camelot urdiendo sus malvados planes. El día mismo de la batalla encontró al rey Uriens, su marido, dormido en el lecho; de inmediato llamó a una de sus doncellas y le dijo:

—Ve, tráeme la espada de mi señor, pues nunca vi mejor ocasión para acabar con él.

—¡Ah, mi señora! —lloró la dama—, no hagáis una cosa así. ¡No escaparéis si matáis a vuestro marido!

—Ése no es asunto tuyo —respondió Morgana—. ¡He decretado que éste será su último día! ¡Así que tráeme la espada, rápido!

Corrió pues la doncella, pero fue a buscar primero al príncipe Uwain, y le dijo:

—Señor, venid rápidamente y vigilad a vuestra madre, mi señora, pues quiere asesinar al rey, vuestro padre. Para ello voy ahora en busca de su

espada.

—¡Llevádsela, rápido! —dijo sir Uwain—, o de lo contrario os matará también a vos.

Con manos temblorosas la doncella le llevó la espada al hada Morgana, que fue corriendo a donde Uriens yacía dormido. Pero, cuando levantaba la espada para descargar el golpe, sir Uwain saltó de detrás de las colgaduras y le sujetó el brazo.

—Ah, diablo —siseó descompuesto por la indignación—. ¿Qué vileza es ésta? Si no fuerais mi madre os daría muerte aquí y ahora. ¡Creo que diablo sois y no mujer!

—Tened piedad de mí —suplicó Morgana—. Fue el maligno el que me incitó a realizar este acto; los espíritus de la oscuridad están siempre dispuestos a confundir a los que sabemos demasiado de sus artes secretas.

—Jurad ahora por el Sagrado Sacramento que nunca volveréis a intentar una acción semejante —dijo Uwain. Y este voto hizo el hada Morgana.

Al poco llegó una de sus damas y le dijo que Accalón estaba muerto y que el rey Arturo descansaba en una abadía en el bosque.

«Cuando vuelva a Camelot —pensó— es seguro que me matará por intrigar contra él y buscar su muerte. Partiré enseguida de la corte antes de que llegue…».

Entonces se puso en camino con sus hombres de armas y sus damas, pero a la reina Ginebra le dijo que iba a cabalgar por el bosque.

Iba de camino la reina Morgana el Hada cuando llegó a la abadía en la que Arturo yacía recobrándose de sus heridas. De repente se le ocurrió a Morgana que al menos podría robarle la espada Excalibur.

—El rey yace dormido en su lecho —le dijeron—, y ha dado orden de que nadie lo despierte.

—Yo soy su hermana —respondió Morgana con gran dulzura—. Permitidme tan sólo velar su sueño y orar junto a su lecho por su pronta recuperación.

Así pues, la llevaron donde él estaba y los dejaron a solas. Morgana encontró a Arturo dormido con Excalibur desnuda en la mano derecha, mas la vaina se hallaba apoyada contra una silla junto a la cama.

«Esto por lo menos le puedo escamotear», pensó, y escondiendo la vaina bajo su capa salió calladamente de la abadía, montó su caballo y se perdió en la oscuridad.

Entonces despertó el rey Arturo y echó de menos la vaina. Se enojó grandemente y preguntó quién había estado allí mientras él dormía. Le dijeron

que había sido la reina Morgana el Hada.

—¡Ay! —se lamentó Arturo—, con falsedad habéis velado mi sueño.

—Señor —respondieron—, no osamos desobedecer las órdenes de vuestra hermana.

Entonces Arturo pidió caballos, y él y sir Ontzlake galoparon por el bosque en busca del hada Morgana y sus acompañantes.

Pronto los divisaron, y entonces la persecución se tornó rápida y furiosa. Cada vez se iban acercando más Arturo y Ontzlake, hasta que por fin ella se percató de que no había escapatoria. Entonces se dirigió hacia un lago profundo y lanzó la vaina a su centro, gritando:

—No importa lo que me suceda, por lo menos me he de asegurar de que mi hermano jamás vuelva a tener esta vaina. —Y la funda se hundió, pues mucho pesaba por el oro y las piedras preciosas.

Después la reina Morgana condujo a sus seguidores a un valle cubierto de grandes rocas, y por su magia se convirtió a sí misma y a todos ellos en piedras también, de forma que cuando el rey Arturo y sir Ontzlake llegaron hasta ellos, unos pocos minutos más tarde, ni al hada Morgana ni a ninguno de los suyos pudieron distinguir.

—Esto es obra de malas artes —dijo Arturo, santiguándose. Tras buscar la funda de Excalibur en vano largo tiempo, volvieron a la abadía, y de allí a Camelot, donde Ginebra y toda la compañía de la Tabla Redonda tuvieron gran contento de volverlos a ver.

Pero, mientras estaban sentados a comer aquella noche en el gran salón, llegó una dama que le hizo una profunda reverencia al rey Arturo.

—Mi señor —dijo con mucha humildad—, vengo de parte de tu hermana, la reina Morgana, a pedirte perdón por las intrigas que ha movido contra vos. Tras este día nunca más volverá a intentar haceros daño, pues ha salido de su cuerpo el espíritu que la inclinaba a hacer el mal. Y como muestra de su gran amor y arrepentimiento verdadero os envía este manto, el más hermoso del mundo: aquel que lo lleve no volverá a sufrir dolor alguno.

Cuando vieron el manto todos se maravillaron, pues era de gran belleza, todo recamado de piedras preciosas y bordado en oro y plata. Y el rey Arturo se mostraba contento por el regalo del manto, y extendió la mano para cogerlo. Pero la dama Nimue, que había vuelto con él a Camelot, intervino de repente:

—¡Mi rey y señor, no os pongáis ese manto hasta que sepáis más acerca de él! Que se lo eche esta dama sobre los hombros antes de recibirlo vos, o cualquiera de los aquí presentes.

—Sea como me aconsejáis —dijo el rey Arturo—. ¡Señora, desearía ver el manto sobre vos!

—Señor —respondió ella—, no soy digna de llevar las ropas de un rey.

—Aun así, éstas os las habéis de poner —ordenó decidido Arturo. Y así, la dama se vio obligada a rodearse los hombros con el manto. De inmediato se produjo una deslumbrante llamarada, y la dama cayó al suelo, reducida a un montón de humeantes cenizas.

Tras esto, la reina Morgana nunca volvió a osar entrar en el reino de Logres, mas volvió a su castillo en la tierra de Gorre, y lo guarneció fuertemente.

LIBRO SEGUNDO

LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA

CAPÍTULO 1

Sir Gawain y el Caballero Verde

Las aventuras del rey Arturo no terminan una vez que hubo derrotado a los sajones y traído la paz a Bretaña, pues, aunque había establecido el reino de Logres —la tierra de la virtud y la piedad, la rectitud y la nobleza—, no cesaban los engaños del mal en su lucha contra el bien. Harían falta muchos libros para dar cuenta de todas las aventuras que sucedieron durante el reinado de Arturo, ese breve intervalo luminoso que brilla como un lucero del cielo en medio de las Edades Oscuras. No podemos, por ejemplo, relatar aquí cómo el mismo Arturo luchó con el Gigante del Monte de San Miguel, que raptaba viajeros indefensos y se los llevaba a su tétrico y siniestro castillo; ni tampoco cómo le hizo la guerra al emperador Lucio y fue recibido en Roma; ni siquiera su combate con el espantoso Gato de Losane.

Pero año tras año crecía la fama de su corte, y se extendía por remotas tierras, y los caballeros más animosos y esforzados del mundo venían a ella y, mediante sus actos de gentileza y valentía, se esforzaban por ganarse un lugar en la Tabla Redonda.

Muchas historias se cuentan de estos caballeros: de Lanzarote y Gawain, de Tristán y Gareth, de Perceval, Uwain, Marhaus, Cleges, Agravain, y muchos, muchos más. Los más famosos de los aquí mentados corrieron más aventuras de las que se pueden incluir en un solo libro.

Uno de los primeros y más arrojados caballeros fue sir Gawain, pues no en vano se ha dicho que sólo sir Lanzarote, sir Galahad y sir Perceval podían aventajarle. Vivió muchas aventuras fascinantes, aunque aquí sólo hay espacio para relatar una de ellas.

Se hallaba el rey Arturo un año en Camelot para celebrar la Navidad, rodeado de los caballeros más bravos y de las damas más bellas de su corte, y dispuso que los principales festejos tuvieran lugar el día de Año Nuevo. La reina Ginebra, vestida con un resplandeciente traje de fina seda, tenía su asiento bajo un dosel bordado y recamado con piedras preciosas: grande encontraban su hermosura quienes la contemplaban, con el reflejo gris de sus ojos, y todos los caballeros se inclinaban con reverencia ante ella antes de ir a ocupar sus lugares en la mesa. Junto a Ginebra se sentaba Arturo, complacido

de ver aquella noble reunión y la alegría que reinaba en la sala. Mas no deseaba iniciar el banquete, según era su costumbre, hasta que se hubiera narrado alguna hazaña caballeresca, o hubiera partido alguno de sus caballeros en alguna singular y terrible aventura.

Los trovadores habían dejado de tocar sus instrumentos y toda la compañía permanecía en silencio en el salón, silencio interrumpido tan sólo por el crepitar de la madera en los hogares. Entonces, de repente, resonó sobre las losas de piedra del patio el sonido metálico de unos cascos herrados, los grandes portalones se abrieron de par en par y entró en el salón una extraña y portentosa figura.

Era un jinete enorme, caballero sobre un imponente corcel. Un hombre de miembros recios y grandes manos, tan alto que casi parecía un gigante de la tierra. Sin embargo, montaba con la prestancia de un caballero, aunque no llevaba armadura, y su cara, si bien fiera, resultaba agradable a la vista. Aun así, la más grande maravilla era su color: completamente verde. Lucía jubón[19] y capa verde sobre malla verde sujeta con verde jarretera[20]. Calzaba espuelas doradas y llevaba el verde cinturón ricamente dispuesto de joyas engarzadas. También eran verdes la silla de montar adornada con finas incrustaciones, y los arreos del caballo. También los cabellos, que le colgaban hasta los hombros, eran de un color verde brillante, y la barba, y la cara y las manos. Y el poderoso corcel también era verde de la cabeza a los cascos; y las crines, ordenadas en abundosos bucles con brillantes hebras de hilo dorado.

No llevaba más armas que una gran hacha de oro y acero verde, y una rama de acebo sobre la cabeza. Lanzó la rama contra el suelo veteado de la sala y miró arrogante a su alrededor, a los caballeros sentados en torno a la Tabla Redonda y a las damas y caballeros que se sentaban en las mesas de ambos lados, y a Arturo, que estaba junto a Ginebra sentado en un estrado por encima del resto. Entonces gritó con voz atronadora:

—¿Dónde está el dueño de esta banda? ¡Con él quiero hablar y con ningún otro!

Todos quedaron suspensos y en silencio, observando sobrecogidos al extraño jinete. Algún poderoso encantamiento debe haber, pensaron, pues, si no, ¿cómo puede existir un hombre así, montado sobre un caballo, tan verde como la hierba, más verde que cualquier hierba de este mundo?

Por fin el rey Arturo, cortés como siempre, saludó al Caballero Verde, le dio la bienvenida y le rogó que se sentara a compartir con ellos su banquete.

—No habrá tal —rugió el extraño como respuesta—, no vengo a entretenerme; ni, por el signo de la rama verde, a mover guerra contra

vosotros, en cuyo caso sin duda hubiera traído yelmo y armadura, de los cuales tengo en abundancia en mi castillo del norte. Pero hasta esas tierras lejanas ha llegado noticia de la fama y el valor de esta corte, de la gallardía de sus caballeros y también de sus altas virtudes.

—Señor —replicó Arturo—, aquí encontraréis a muchos que justarán y entrarán en batalla con vos, si ése es vuestro deseo.

—No lo es —respondió el Caballero Verde con su potente voz—. ¡No veo aquí sino niños imberbes que rodarían a mis pies al primer golpe! No, vengo más bien en estos días solemnes en que celebramos el nacimiento de Nuestro Señor a proponeros un juego navideño, una prueba de valor para vuestra fiesta. Si alguno de los presentes es tan resuelto y arrojado como para intercambiar golpe por golpe, yo le entregaré esta noble hacha, que no es tan pesada que no se pueda blandir cómodamente; sí, y yo mismo me quedaré quieto y, sin protegerme, recibiré un hachazo donde él quiera herirme. Sólo pongo una condición: ese caballero debe jurar, y vos, su rey y señor, garantizar, estar dispuesto a recibir un golpe semejante, si está en mi mano darlo, pasados doce meses y un día a partir de hoy.

Un silencio aún mayor se hizo entre los presentes; si su sorpresa había sido grande antes, su estupor era ahora aún mayor. Mas ninguno se atrevía a recoger el desafío, tan terrible parecía el hombre y tan pavorosa la enorme hacha que sostenía en la mano. Entonces el Caballero Verde rompió a reír en son de mofa.

—¿Es ésta la insigne corte del rey Arturo? —vociferó—. ¿Y éstos sus tan afamados caballeros de la Tabla Redonda? Ahora queda su gloria humillada para siempre, pues la sola mención de unos golpes basta para sellarles la boca.

Estas palabras hicieron que el rey Arturo se pusiera en pie de un salto.

—¡Señor! —gritó—, este disparate vuestro tendrá adecuada respuesta. Si ningún otro acepta vuestro desafío, ¡entregadme el hacha y preparaos para recibir el golpe!

Pero entonces se incorporó sir Gawain y exclamó:

—Mi rey y señor y noble tío, ¡concededme un don! Permitid que esta aventura sea mía, pues todavía está por lavar mi antigua vergüenza; aún he de probar mi valía como caballero de la Tabla Redonda, pues aún me falta sentirme digno de ser campeón de Logres.

—Me llena de satisfacción que esta aventura sea vuestra, querido sobrino —respondió Arturo. El Caballero Verde sonrió ferozmente, saltó de su corcel y se reunió con Gawain en mitad de la sala.

—Yo también siento gran contento de hallar un hombre decidido entre toda esta compañía —dijo—. Decidme vuestro nombre, señor caballero, antes de que cumplamos nuestro trato.

—Soy Gawain, hijo del rey Lot de Orkney y sobrino del rey Arturo —fue la respuesta—. Y juro aquí, por mis votos de caballero, que no asestaré sino un hachazo, y que afrontaré con entereza otro semejante que vos deseéis devolver transcurridos doce meses a partir de este día.

—Sir Gawain —exclamó el Caballero Verde—, me llena de gozo que sea vuestra mano la que dé este golpe. Venid ahora y descargad el tajo: después os diré quién soy yo y dónde podréis encontrarme. Tomad ahora el hacha y veamos lo bien que sabéis blandirla.

—Que me place —dijo Gawain, sosteniendo el arma con las dos manos y probando su recorrido mientras el Caballero Verde se arrodillaba y se recogía el pelo sobre la coronilla para ofrecer así mejor su cuello desnudo. Con todas sus fuerzas hizo Gawain revolotear el hacha y la descargó con tanta fuerza que la hoja cercenó carne y hueso e hizo saltar chispas al chocar contra las losas, mientras la cabeza del Caballero Verde saltaba de sus hombros y se alejaba rodando por el suelo.

Pero el caballero ni se tambaleó ni cayó; como un relámpago saltó hacia delante con los brazos extendidos, cogió su cabeza por los cabellos y, sujetándola de esa forma, volvió a montar sobre el caballo. Entonces, cabalgando con total soltura como si nada hubiera ocurrido, volvió la cara hacia Gawain y le dijo:

—Ved de mantener vuestra palabra e id a buscarme dentro de un año. Soy el Caballero de la Capilla Verde, y como tal me conocen las gentes en el norte. Por Gales debéis buscarme, y en el bosque de Wirral, y no dejaréis de encontrarme allí si no sois un cobarde y un traidor a la palabra dada.

Con esto hizo girar el corcel y salió al galope por la puerta, y los cascos del caballo iban arrancando chispas de las piedras. Se alejó en la oscuridad, con la cabeza todavía colgando de una de sus manos, balanceándose libremente al viento.

En la fiesta todos quedaron mudos de asombro ante tan extraño suceso, y hubo de pasar algún tiempo antes de que la sala se volviera a llenar con la risa y el bullicio de esa estación festiva.

El año transcurrió rápidamente: los árboles reverdecieron con la primavera, las hojas perdieron brillo durante las calurosas jornadas del estío, enrojecieron y amarillearon con los primeros días del otoño, y el día de San Miguel el rey Arturo dio una fiesta en Caerleon con muchos de sus caballeros

en honor de sir Gawain, que debía partir al día siguiente en su espantosa aventura. Uwain y Agravain y Gereint estaban allí; Lanzarote y Lionel y Lucán el Bueno; sir Bors y sir Bedevere y el obispo Balduino. Arturo y Ginebra le bendijeron y le desearon que la Providencia le guiara. Gawain vistió su armadura: torneada, refulgente y con incrustaciones de oro; se ciñó la espada al costado y tomó el hacha del Caballero Verde en la mano; entonces montó sobre *Gringolet*, su caballo de guerra, y se dirigió hacia los bosques del sur de Gales. Llevaba el escudo por delante, colgado del cuello, y en su centro la enseña del Pentáculo, la estrella de cinco puntas de Logres.

De esta forma partió Gawain, y atravesó el reino de Logres, no en busca de gozo alguno, sino de un peligro mortal al final de su viaje. Tras muchas jornadas llegó a las tierras salvajes del norte de Gales, y recorrió valles solitarios y bosques intrincados, obligado a menudo a dormir bajo las estrellas durante la noche, y a luchar con bandidos y hombres salvajes durante el día.

El hosco invierno había cerrado sobre él cuando llegó al mar, en el norte. Dejó a la izquierda la isla de Anglesey y, por Clwyd, llegó hasta la Santa Cabeza, cerca de la fuente de Santa Winifred, a orillas del ancho río Dee. Lo vadeó casi por la desembocadura, con marea baja, y llegó a través de las arenas desoladas al salvaje bosque de Wirral. Aquí se topó con más ladrones y forajidos que acechaban junto a la senda del bosque y el solitario arroyo, escondidos entre las rocas de los desfiladeros y los árboles de los valles, y contra todos ellos tuvo que luchar Gawain para poder seguir adelante.

Allá por donde iba pedía nuevas del Caballero Verde, y de la Capilla también Verde cerca de la cual moraba, pero ninguno de los habitantes del bosque sabía ayudarle en su búsqueda. Sólo un muy esforzado caballero podría haber hecho ese camino, y Gawain soportó cuanto se le opuso: los hombres que le atacaron y el frío cruel del crudo invierno.

El día de Nochebuena le halló sobre *Gringolet* cabalgando exhausto por entre ciénagas y barrizales, y rogó al cielo que le permitiera encontrar cobijo para la noche. De repente llegó a una zona de amplios parques que rodeaban un hermoso castillo. La fortaleza, situada sobre una pequeña elevación, dominaba un profundo valle por el que corría un ancho caudal. Ante Gawain se abría una límpida pradera, flanqueada por grandes robles, mientras que un foso y una empalizada**[21]** baja de madera rodeaban el castillo.

—Dios sea alabado —exclamó sir Gawain—, que me ha traído a esta hermosa morada por Navidad; quiera Él que encuentre una honorable acogida. ¡Señor! —gritó al portero que vino al portalón a responder a su llamada—, dadme alojamiento, os lo ruego, y decid al señor de este castillo

que soy un caballero de la corte del rey Arturo al que ha traído hasta aquí una aventura.

Con sonrisa gentil el portero le franqueó la puerta, y Gawain pasó al patio por el puente levadizo. Allí encontró escuderos y sirvientes que le ayudaron a bajar de *Gringolet,* al que llevaron al establo. Gawain fue conducido a un agradable salón donde ardía un buen fuego y al que vino a recibirle el señor del castillo.

—Bienvenido seáis a mi casa, señor caballero, todo lo que aquí tengo está a vuestra disposición: seréis mi huésped de honor todo el tiempo que deseéis permanecer en mi castillo.

—Os lo agradezco, noble señor —respondió Gawain—, que Dios os bendiga por vuestra hospitalidad. —Con lo que se estrecharon la mano como es costumbre entre los buenos amigos. Y Gawain observó al caballero que tan cálidamente le recibía, y advirtió lo buen guerrero que tenía por señor ese castillo. Pues se trataba de un varón alto y ancho de hombros, de gesto franco y abierto y tez enrojecida por el sol, de barba y cabellos rojos, firme apretón de manos, paso decidido y hablar directo: un hombre nacido para gobernar hombres resueltos y señorear amplias posesiones.

A continuación los escuderos condujeron a Gawain a una hermosa estancia en la torre del homenaje, donde le ayudaron a despojarse de la armadura y le vistieron con ropajes ricos y cómodos, forrados de suave piel. Entonces le trajeron de vuelta al salón, a una silla junto al fuego, al lado del señor del castillo. También dispusieron largas mesas sobre caballetes, las cubrieron de finos manteles blancos, colocaron sobre ellas saleros y cubiertos de plata, y enseguida platos y copas de vino. El señor del castillo brindó a la salud de sir Gawain, y se congratuló con todos sus seguidores de que la fortuna hubiera traído a caballero tan afamado hasta su solitaria morada.

Cuando la comida estuvo acabada los dos caballeros fueron juntos a la iglesia del castillo, donde el capellán ofició Vísperas y todo el servicio de Nochebuena.

Entonces el caballero llevó a sir Gawain a una cámara recogida y le invitó a sentarse junto al fuego. Y allí vino a visitarle la señora del castillo, acompañada de sus doncellas, una dama cautivadora, más hermosa aún que la reina Ginebra. Y así pasaron la velada, entre risas y juegos y la más agradable compañía. Después condujeron a Gawain a sus aposentos a la luz de brillantes velas, pusieron una copa de vino caliente y especiado a su vera y le dejaron para que descansara.

Tres días pasaron entre los festines y las alegrías propias de la Navidad: danzando y cantando villancicos, y con muchas diversiones. Y la dama del castillo se sentó junto a Gawain, y cantó para él y conversó con él, y en todo punto atendió a su contento.

—Quedaos con nosotros un poco más —dijo el señor del castillo el atardecer del cuarto día—, pues mientras yo viva se considerará un gran honor el que un caballero tan esforzado y cortés como sir Gawain haya sido mi invitado.

—Mucho os lo agradezco, buen señor —fue la respuesta de Gawain—, pero debo continuar mañana mi viaje, debo llegar a la Capilla Verde el día de Año Nuevo, pues antes preferiría ser fiel a mi palabra que señorear todas estas tierras. Además, todavía no he encontrado a nadie que sepa indicarme dónde está esa capilla.

El señor del castillo se echó a reír alborozado:

—¡Vive Dios que éstas son buenas nuevas! —exclamó—, pues bien podéis quedaros aquí hasta el mismo día del final de vuestra empresa. Habéis de saber que la Capilla Verde se encuentra a menos de dos horas a caballo de este castillo; uno de mis hombres os llevará allá el primer día del año nuevo.

Esta noticia llenó de contento a Gawain, que también rió gozoso:

—Os agradezco, señor, estas nuevas y vuestra gran generosidad. Ahora que mi búsqueda ha terminado, de muy buen grado seguiré en vuestro castillo quedando enteramente a vuestro servicio.

—Entonces estos tres días —dijo el señor del castillo— saldré a cazar al bosque. Pero vos, que habéis hecho tan largo viaje y habéis sufrido tantas penalidades, os quedaréis en mi castillo para descansar como mejor os plazca. Y mi esposa os atenderá, y os alegrará con su compañía mientras yo estoy por la floresta.

—Ciertamente os lo agradezco —dijo Gawain—, de ninguna otra forma podría pasar mejor los tres días que restan antes de mi encuentro con el Caballero Verde.

—Bien —dijo el señor del castillo—, que así sea. Y como ésta es una época alegre, de bromas y entretenimientos, hagamos un trato festivo: yo me comprometo a traeros cada día aquello que consiga en el bosque, a cambio vos me entregaréis cualquier cosa que podáis conseguir aquí, en el castillo. Comprometámonos a realizar este intercambio, para bien o para mal, sin importarnos lo que de él se pueda derivar.

—De todo corazón —rió Gawain. Y el juramento quedó sellado.

Al día siguiente el señor del castillo salió a cazar venados por los bosques de Wirral y Delamere, y muchos ciervos y ciervas cayeron bajo sus certeros dardos.

Pero Gawain yació muchas horas en una blanda cama rodeada de cortinas, y muchos sueños tuvo entre el dormir y la vela, hasta que la señora del castillo entró sin hacer ruido en su aposento, y se sentó a su vera en la cama e intercambió con él dulces palabras. Largo tiempo hablaron juntos, y muchas palabras de amor pronunció la dama, pero Gawain todos los esquivó entre bromas y cortesía, como toca a un caballero que conversa con la dama de su anfitrión.

—Dios os guarde, buen caballero —dijo ella al final—, y os recompense por vuestras alegres razones. ¡Mas no me queda sino poner en duda el que realmente seáis el auténtico sir Gawain!

—¿Y qué es lo que os hace dudar de esa manera? —preguntó el caballero inquieto, temiendo haber faltado en algún punto en lo tocante a la cortesía.

—Un caballero tan verdadero como sir Gawain —respondió ella—, y uno tan galante y gentil con las damas, no habría conversado con una tan largo rato sin pedirle al despedirse ni siquiera un beso.

—Fe, hermosa dama —dijo Gawain—, que, si vos me lo mandáis, ciertamente os he de pedir un beso vuestro; mas un caballero auténtico no lo debe solicitar de otra manera, por miedo a que ello pueda incomodaros.

Así que la dama le besó dulcemente, y le bendijo y partió; y Gawain salió del lecho y llamó a su ayuda de cámara para que le vistiera. Después comió y bebió, y pasó el día reposadamente en el castillo hasta que el señor volvió a su morada cuando la tarde se tornaba gris, portando los trofeos de la jornada de caza.

—¿Qué os parecen estas piezas, señor caballero? —exclamó—. ¿No merezco vuestro agradecimiento por mi destreza como cazador? Pues todo esto es vuestro, según lo convenido en nuestro trato.

—Que os lo agradezco —respondió Gawain— y acepto el regalo como acordamos. Y yo os daré todo lo ganado entre estos muros. —Y con esas palabras cogió al señor del castillo por los hombros y le besó, diciendo—: Éste es mi botín, pues otra cosa no he ganado; si más hubiera habido, igualmente os lo habría entregado.

—Bien está —dijo su anfitrión— y muchas gracias os doy por ello. Y siendo éste el caso, mucho me gustaría saber de dónde vino vuestro beso y cómo os hicisteis merecedor de él.

—¡Eso no! —respondió jovial Gawain—, ¡pues no era esa parte del trato! —Y con ello rompieron los dos a reír alegremente y se sentaron a disfrutar entre los platos.

A la mañana siguiente el señor del castillo bajó por las faldas de la colina y recorrió el interior de profundos valles en busca de los salvajes jabalíes que hozaban en los cenagales.

Pero Gawain se quedó en la cama y la señora volvió una vez más a sentarse junto a él. Y volvió a probar a atraerle a la dulce conversación del amor, palabras de seducción no apropiadas para la señora de un caballero. Mas Gawain, el cortés, convirtió en bromas el intento, y su ingenio le defendió tan bien que no ganó más de dos besos, besos que le dio la dama antes de partir y de dejarle riendo.

—Y ahora, sir Gawain —dijo el señor del castillo tras volver a casa esa noche y depositar a sus pies la cabeza de un jabalí—, aquí tenéis los despojos de esta jornada, que os entrego según lo convenido. Bien, ¿qué habéis ganado para mí a cambio?

Ante lo cual Gawain cogió de los hombros al señor del castillo y le dio dos besos, diciendo:

—Estamos en paz, una vez más, pues esto y no otra cosa conseguí en este día.

—¡Por San Gil! —rompió a reír el señor del castillo—. ¡No tardaréis en ser rico si seguimos en tales tratos! —Y con eso fueron al banquete, y largo tiempo estuvieron entre la comida y el vino, y la señora no cesó de esforzarse por agradar a Gawain, dirigiéndole miradas secretas y dulces, miradas que, por su honor, un caballero no debe nunca retornar.

La mañana siguiente era la última del año. Gawain estaba desazonado por tener que ir en busca del Caballero Verde, pero el señor del castillo le retuvo con palabras hospitalarias.

—Juro por mi honor de caballero verdadero que el día de Año Nuevo estaréis en la Capilla Verde mucho antes del mediodía. Quedaos pues en mi castillo mañana y descansad en el lecho. Yo me levantaré con la aurora para cazar el zorro; renovemos ahora nuestro pacto de intercambiar los trofeos que ganemos. Pues por dos veces os he puesto a prueba y las dos os he encontrado sincero, mas la próxima será la tercera, y ésa ha de ser la buena.

Así pues, reafirmaron su juramento, y mientras el señor del castillo salía con sus cazadores y su ruidosa jauría, Gawain se quedó durmiendo, soñando con el terrible encuentro que le esperaba con el Caballero Verde. Entonces vino la señora, alegre como un ave del cielo. Abrió los bastidores para que

entrara la luz clara y gélida del sol, despertó a Gawain de sus ensoñaciones y le robó un beso.

Más radiante estaba que el mismo sol esa mañana, el cabello le caía a ambos lados de su risueño rostro, y la fina piel de su garganta le brillaba entre los ribetes de piel del manto, más blanca y luminosa que la misma nieve. Dulcemente besó a Gawain y le llamó perezoso.

—Sin duda sois un hombre de hielo, pues no tomáis más que un beso. ¿O es que os espera alguna dama en Camelot?

—No —respondió Gawain con voz grave—, ninguna dama tiene todavía mi amor. Pero no puede ser vuestro, pues ya tenéis un señor, ¡un caballero más noble de lo que yo nunca alcanzaré a ser!

—Pero ¡en este día nos podemos amar! —dijo ella—. Sin duda que podemos. Y así, durante todos los días de mi vida, podré recordar que sir Gawain me tuvo una vez entre sus brazos.

—No, por mi voto de caballería y por la gloria de Logres, no puede ser, pues eso sería gran deslealtad y villanía.

Entonces ella le recriminó y le suplicó, mas él rechazó cortésmente sus palabras y se mantuvo fiel a su honor de caballero de Logres. Al fin, suspirando dulcísimamente, la señora le besó por segunda vez y le dijo:

—Sir Gawain, sois un caballero de verdad, el más noble que haya habido. No me queda sino pediros un presente por el que pueda recordaros y así, al pensar en mi caballero, aliviar en algo mi duelo.

—¡Ay! —exclamó Gawain—. No tengo nada que daros, pues viajo sin cofre ni sirvientes en esta peligrosa aventura.

—Entonces os daré este lazo verde de mi cinturón —dijo la dama—. Llevadlo por mí, al menos.

—Eso no ha de ser —respondió Gawain—, pues ni puedo ser vuestro caballero ni debo aceptar vuestra prenda.

—No es sino un pequeño presente que podéis llevar oculto —dijo ella—. Tomadlo, os lo ruego, pues es un lazo mágico y aquel que lo lleve no puede ser muerto, ni siquiera con la magia más poderosa del mundo. Mas os suplico que lo escondáis y no se lo digáis a mi señor.

Ésta demostró ser una tentación demasiado grande para Gawain que, consciente de la dura prueba que le esperaba al día siguiente con el Caballero Verde, cogió el lazo prometiendo no revelar a nadie su existencia. Entonces la dama le besó por tercera vez y se marchó rápidamente.

Esa tarde el señor del castillo volvió de la cacería llevando consigo la piel de un zorro. En el brillante salón donde el fuego iluminaba las mesas

ricamente dispuestas para la cena, Gawain se reunió con él alegremente:

—Vengo con mis trofeos, y esta noche seré yo el primero en entregarlos —exclamó ufano, y procedió a besar tres veces al caballero solemnemente.

—¡Por mi fe que sois un buen mercader! —respondió el señor del castillo—. Me dais tres besos, y yo no tengo más que esta ruinosa piel de zorro para vos.

Entonces, entre bromas y risas, se sentaron a la mesa, donde estuvieron más joviales esa noche que ninguna de las anteriores. Mas Gawain no dijo nada del cordón verde que la señora le había entregado.

El día de Año Nuevo trajo tormentas: los vientos aullaban crueles y el aguanieve golpeaba los cristales de las ventanas. Gawain no pudo dormir a su gusto y se levantó con la primera claridad del alba. Se vistió él solo con ropas calientes y se abrochó la armadura, anudando el verde lazo en torno a la cintura con la esperanza de que su magia le protegiera. Entonces salió al patio, los escuderos le trajeron a *Gringolet* bien alimentado y aparejado, y le ayudaron a montar.

—Adiós —dijo al señor del castillo—. Os agradezco vuestra hospitalidad y pido al cielo que os bendiga. Si llegara a vivir un poco más os premiaría vuestra gentileza, pero mucho me temo que no veré la luz de un nuevo día.

Dejaron caer el puente levadizo, el portalón se abrió de par en par y Gawain salió del castillo con un escudero como guía. Cabalgaron en el frío despiadado de la mañana, bajo el gotear incesante de los árboles y a través de campos barridos por un viento gélido que les mordía hasta el hueso. Llegaron a un gran valle por el que discurría el camino dejando a un lado despeñaderos preñados de brumas.

—Señor —dijo el escudero—, no sigáis, os lo ruego. Cerca de aquí habita el Caballero Verde, un guerrero temible y cruel. No hay nadie en esta tierra que se le pueda igualar en fuerza o fiereza, ningún hombre puede resistirle. Allá delante, en la Capilla Verde, es su costumbre detener a los que pasan, y luchar con ellos, y matarlos, pues nadie consigue vencerle. Huid ahora, que yo nunca contaré que escapasteis por miedo del terrible Caballero Verde.

—Te lo agradezco —dijo Gawain—, pero debo continuar: sería un cobarde indigno de la orden de caballería si ahora me faltara el ánimo. Por lo tanto, lo quiera o no, debo seguir adelante, que Dios sabe bien cómo salvar a los suyos si es ésa su voluntad.

—Bien está —dijo el escudero—, vuestra muerte será obra vuestra. Seguid este sendero que baja por el precipicio hasta un valle profundo. A la

izquierda, cruzando el río, encontraréis la Capilla Verde. Ahora hemos de despedirnos, noble Gawain, pues no me atrevo a acompañaros más lejos.

Por el sendero bajó Gawain, y descendió hasta el fondo del valle. No se divisaba capilla alguna, sólo el abrupto precipicio que ahora se cernía por encima de él, y altas y desoladas laderas en la distancia. Pero al final vislumbró, bajo los árboles empapados, un túmulo[22] verde junto a la corriente. Y distinguió el sonido de una guadaña sobre una piedra de afilar proveniente de un negro agujero que se abría en el túmulo.

—¡Ay, ésa debe de ser la Capilla Verde! —se lamentó Gawain—. Un auténtico oratorio del diablo, ¡y verde, válgame Dios, una capilla infausta! Dentro de ella puedo oír al caballero que afila el arma con la que ha de cortarme la cabeza en este día. ¡Oh, Dios, que tenga que perecer a sus manos en este lugar maldito!… Y aun así, seguiré adelante, pues a ello mi deber me obliga.

Gawain saltó del caballo y caminó hasta el arroyo.

—¿Quién vive, para que cumpla su cita conmigo? —gritó—. Soy Gawain, y he venido a la Capilla Verde como dije que haría.

—Aguardad un instante —respondió una voz potente que venía del túmulo—. Cuando tenga el arma lista tendréis aquello que os prometí.

Entonces salió el Caballero Verde blandiendo un hacha nueva y brillante en la mano. Su aspecto era tan formidable como siempre, con su rostro verde y su pelo verde, mientras caminaba por la orilla y salvaba de un salto el ancho arroyo.

—¡Bienvenido seáis, Gawain! —gritó con su voz terrible—. Ahora os devolveré el hachazo con que me obsequiasteis en Camelot. Nadie se interpondrá entre nosotros en este valle solitario. ¡Bien, fuera ese casco, y preparaos para recibir el golpe!

Gawain hizo lo que se le indicaba, echó la cabeza hacia delante y ofreció la nuca desnuda.

—Disponeos a golpear —dijo con voz queda al Caballero Verde—, pues me he de quedar quieto sin hacer nada para estorbar vuestro hachazo.

El caballero blandió el acero de forma que lo hizo silbar, y dirigió un golpe terrible con el borde afilado. Mas Gawain, por mucho empeño que puso en ello, no pudo evitar apartarse al oír el zumbido.

—¡Ja! —gruñó el Caballero Verde, bajando el hacha y apoyándose en el mango—. ¿Seguro que vos sois Gawain el bravo, con ese miedo que tenéis al silbido de mi hoja? Cuando vos me cortasteis la cabeza en el salón del rey Arturo, yo no moví un dedo por eludir vuestro hachazo.

—Me he apartado una vez —dijo Gawain—, pero no volverá a suceder, ni siquiera cuando mi cabeza caiga a tierra, ¡y eso que yo no la puedo reponer en su sitio como habéis hecho vos con la vuestra! Venid, daos prisa, que no volveré a esquivar esa hacha.

—¡Vamos pues a ello! —gritó el Caballero Verde, trazando un molinete con el arma. Hizo ademán de golpear una vez más, y una vez más detuvo su brazo justo antes de que la afilada hoja tocara la piel. Pero Gawain no movió un músculo, ni tembló ninguno de sus miembros.

—Volvéis a demostrar vuestro coraje —exclamó satisfecho el Caballero Verde—, con lo que yo puedo despachar con valentía a un valiente. Retiraos un poco más la capucha, que me voy a emplear con todas mis fuerzas.

—Golpead de una vez —dijo Gawain—. ¿Por qué habláis tanto? ¿Quizás os da miedo matar a un hombre indefenso?

—¡Aquí tenéis pues el hachazo prometido! —gritó el Caballero Verde, dejando caer la hoja por tercera vez. Y en esta ocasión golpeó ciertamente, aunque dirigió su arma con tanto tiento que sólo cortó la piel de un lado del cuello.

Mas, cuando Gawain sintió la herida y que la sangre le corría por los hombros, se levantó de un salto, se puso el yelmo, se colocó delante el escudo y le dijo al Caballero Verde:

—He sufrido vuestro hachazo. Si lo volvéis a intentar, eso no forma parte del trato, ¡ahora ya puedo defenderme devolviendo golpe por golpe!

El Caballero Verde se quedó apoyado en el hacha.

—Gawain —dijo, y toda la fiereza había desaparecido de su voz—, sin duda habéis soportado el golpe, y ningún otro os he de asestar ya, ¡sois libre de todo compromiso! Si así lo hubiera deseado, os podría haber dado un golpe más cruel, y os hubiera cortado la cabeza igual que vos cortasteis la mía. El primer y el segundo golpe que no os hirieron fueron por las promesas que con verdad mantuvisteis honrosamente, por el beso primero y los dos siguientes que os dio mi esposa y que vos cumplidamente me entregasteis. Pero la tercera vez no mantuvisteis a lo acordado y por ello recibisteis esa herida: me disteis los tres besos, mas no la cinta verde. Oh, bien sé todo lo que pasó entre mi esposa y vos: ella os tentó por voluntad mía. Gawain, yo os proclamo el más noble, el más sin mácula caballero de toda la tierra. Si hubierais cedido al deshonor y mancillado vuestros votos de caballería, entonces yo tendría ahora a mis pies vuestra cabeza. En cuanto a la cinta, la escondisteis sólo por amor a vuestra vida; poca falta es ésa, y no os la quiero tener en cuenta.

—Estoy avergonzado —dijo Gawain ofreciéndole la cinta verde—. El miedo y la codicia me hicieron traicionar mis votos de caballería. Cortadme la cabeza, señor caballero, pues ciertamente soy indigno de la Tabla Redonda.

—¡Vamos, vamos! —dijo el Caballero Verde con risa franca, por lo que Gawain le reconoció sin duda como el señor del castillo—. Habéis cumplido vuestra penitencia y habéis sido absuelto y perdonado. Guardad la cinta verde en recuerdo de esta aventura y volved a mi castillo a dar alegre término a estas fiestas.

—Debo volver a Camelot sin más demora —replicó Gawain—. Pero decidme, noble señor, ¿cómo sucede este encantamiento? ¿Quién sois vos que andáis por la tierra todo de verde y que no morís al ser decapitado? ¿Cómo es que sois el noble señor de un magnífico castillo y también el Caballero Verde de la Capilla Verde, que blande el hacha con mano cierta?

—Me llamo sir Bertilak, el Caballero del Lago —respondió—, y mi encantamiento es obra de Nimue, la Dama del Lago, favorecida de Merlín. Ella me envió a Camelot, a poner a prueba la fama que se extiende de los caballeros de la Tabla Redonda y el valor de Logres.

Con esto se abrazaron los dos caballeros y se despidieron dándose la bendición. Gawain cabalgó ligero por el bosque de Wirral, y, tras muchas peripecias, llegó a Camelot, donde le recibió el rey Arturo, quien se maravilló con su relato y le sentó con honor en su lugar en la Mesa Redonda. Y de todos los caballeros que alguna vez se sentaron allí, pocos fueron de tanta valía como sir Gawain.

CAPÍTULO 2

La primera aventura de sir Lanzarote

La víspera de la fiesta de Pentecostés, un año después de que Merlín hubiera establecido la Tabla Redonda, el rey Arturo y algunos caballeros suyos salieron temprano de Camelot para cazar en el bosque. No habían cabalgado mucho cuando se toparon con un caballero herido al que transportaban cuatro escuderos; el caballero se quejaba de un terrible dolor y, al revolverse en la litera, todos pudieron ver la hoja rota de una espada que le salía de una gran herida en la cabeza.

—Decidme —dijo el rey Arturo—: ¿por qué venís en semejante litera, y qué buscáis, un físico[23] o un sacerdote?

—Ninguno de los dos, señor —se quejó el caballero—. Busco la corte del rey Arturo, pues sólo allí me podrán curar mi grave herida. Allí encontraré al mejor caballero de todo Logres, al que se le reconocerá por su primer hecho de caballería, que será el sacarme este acero y la curación de mi llaga con el contacto de su mano. Y una curación así será también su última proeza, después de muchos años, antes de que la noche se abata sobre Logres. Todo esto me fue revelado por la dama Nimue de Avalón.

Entonces Arturo pidió a todos sus caballeros que procuraran, por turnos, curar aquella herida, pero ninguno lo consiguió, ni siquiera Gawain, el mejor de todos ellos.

—Mañana es la fiesta de Pentecostés —dijo el rey Arturo—, y en ese día todos mis caballeros de la Tabla Redonda vendrán a renovar sus votos. Entonces buscaremos al elegido, mas no puedo imaginar quién pueda ser si ni siquiera mi sobrino Gawain es considerado digno de ello.

Entonces el caballero herido fue llevado a un gran salón en Camelot, donde fue atendido todo el día, mientras Arturo cabalgaba por el bosque.

A la mañana siguiente todos los caballeros se reunieron para la fiesta, ocupando cada uno su lugar en la Tabla Redonda, pero algunas sillas aparecían vacías, pues desde el año anterior habían caído en batalla algunos caballeros.

Cuando los presentes hubieron contado a los demás sus gestas del año y renovado sus votos en la alta orden de caballería, por turno le impusieron las

manos al herido de la litera, mas ninguno consiguió sanarle.

—Vive Dios —dijo el rey Arturo— que ésta es gran maravilla: y yo no sé si aún nos espera alguna mayor antes de que nos pongamos al banquete en este día.

Casi no había acabado de hablar cuando del exterior llegó el toque de una trompeta y en el salón entró Nimue, la Dama del Lago de Avalón, la misma que había sumido a Merlín en su largo sueño. Y tras ella venían tres jóvenes muchachos, escuderos vestidos de blanco, muy hermosos a la vista. El primero de ellos era un joven tan apuesto —de cabellos dorados, ancho de hombros y gesto abierto— que todos quedaron sin habla al contemplar la perfección de su rostro, y la reina Ginebra suspiró y el color huyó de su faz ante tantas bondades.

—Vengo a vos, mi rey y señor —comenzó la dama Nimue—, para traeros a este hombre, mi hijo adoptivo, el hijo del rey Ban de Gwynedd. También a haceros saber la última encomienda de Merlín para vos, pues, antes de ser puesto vivo bajo tierra, buscó a este muchacho y le mandó que viniera a vuestra corte en la fiesta de Pentecostés y que os pidiese que le ordenarais en la alta regla de caballería. Mi señor Arturo, éste es Lanzarote, llamado «del Lago» por haber vivido conmigo muchos años en mi morada encantada cuando el malvado rey Rience saqueó sus tierras de Gwynedd. Ya Merlín os mencionó su nombre… ¡y mirad, ese nombre aparece en letras de oro sobre la silla vacía a la derecha de la Silla Peligrosa!

Entonces Arturo se puso en pie y bajó de su trono. Sacó de la vaina la espada Excalibur, se la impuso en los hombros a Lanzarote y le ordenó incorporarse convertido ya en caballero. Y, como todavía quedaban tres lugares vacíos en torno a la Tabla Redonda, sitios ocupados por caballeros ahora muertos, también hizo caballeros a los dos escuderos que acompañaban a Lanzarote, su medio hermano Héctor y su primo Lionel.

Todo esto sucedía mientras el caballero herido seguía gimiendo en la litera junto al fuego. Cuando Arturo hubo retornado a su asiento, la dama Nimue tomó a Lanzarote del brazo y le condujo hacia el hogar. Entonces Lanzarote extendió la mano y sacó la hoja con gran delicadeza, y cuando hubo salido se cerró la herida y el dolor abandonó al caballero, que se levantó de la litera para recibir el último lugar que quedaba libre en la Tabla Redonda.

Entonces la dama Nimue se inclinó doblando la rodilla ante el rey Arturo, besó tiernamente a sir Lanzarote en la frente y salió ligera del salón. Pero a alguno de los caballeros de más edad no les pareció bien que este muchacho, Lanzarote, ganara el honor de sentarse junto a la Silla Peligrosa cuando no

había realizado ninguna hazaña ni culminado misión alguna, e intercambiaron comentarios innobles sobre Lanzarote, y sobre sir Héctor y sir Lionel.

A pesar de ello, tanto el rey Arturo como la reina Ginebra tuvieron en mucho a sir Lanzarote, y creyeron de inmediato que él era sin duda el caballero sin igual de quien les había hablado Merlín. Pero no sabían que otro nuevo caballero, Mordred, el hijo de la reina Morgana el Hada, que también se sentaba ese día a la Tabla Redonda, iba a ser el Traidor de Camlann en la todavía lejana hora cuando la oscuridad se había de abatir una vez más sobre Logres.

Lanzarote, aunque parecía no hacer cuenta de los poco corteses murmullos que cruzaban algunos de los caballeros que se sentaban en torno a Mordred, igualmente se percataba de ellos y le llenaban de tristeza. Así que, a la mañana siguiente temprano, se levantó y llamó a su primo sir Lionel.

—Aprestaos a partir, mi buen primo —dijo—, pues en este día saldremos a buscar nuestra primera aventura. No dudéis que hemos de toparnos con muchas antes de nuestra vuelta a Camelot.

Hacia el bosque cabalgaron con la armadura completa, entrando y saliendo de las sombras de la mañana, dos caballeros tan valientes como jamás los hubo en el mundo. El sol subía y subía y cada vez apretaba más el calor, hasta que a sir Lanzarote le entró tal sueño que le dijo a sir Lionel que mejor harían deteniéndose a descansar.

—Mirad —dijo entonces Lionel—, allá delante hay un buen manzano junto a un seto, bien podremos reposar a su sombra nosotros y nuestras monturas.

—En buena hora —dijo Lanzarote—, pues verdad es que no he estado tan cansado en estos siete años.

Así que ataron los caballos al árbol y, mientras sir Lionel hacía guardia para prevenir ataques de ladrones, Lanzarote se echó en el suelo con el yelmo por almohada, y cayó en un profundo sueño.

Era un día de gran calor y sosiego, y Lionel daba cabezadas de pie como estaba, apoyado sobre el pomo de la espada. De repente se oyó el sonido metálico de armaduras, y a poca distancia, sobre la llanura, aparecieron tres caballeros lanzados a todo galope, y un cuarto de extremada fuerza y poder que los perseguía. Pronto el caballero más vigoroso alcanzó al primero de los que huían, y al segundo y al tercero, y los derribó sucesivamente de sus monturas. Entonces descabalgó, echó a cada caballero atravesado sobre su propio caballo, los ató con sus mismas riendas, volvió a montar sobre su

corcel y partió otra vez llevando por delante las tres monturas con sus vergonzosas cargas.

Cuando sir Lionel hubo visto todo esto pensó para sí: «Gran ocasión se me ofrece de acrecentar mi honra». Así que, sin despertar a Lanzarote, saltó sobre su caballo y galopó en busca del grupo. Enseguida alcanzó al caballero fornido y le conminó a defenderse o a liberar de inmediato a los tres jinetes de los que de forma tan humillante había dispuesto. Entonces el caballero se dio la vuelta, puso la lanza en ristre y se vino contra Lionel tan rápido que hizo rodar por el suelo a caballo y caballero. Entonces desmontó, le ató de pies y manos, lo atravesó sobre el caballo igual que había hecho con los tres anteriores y siguió su camino, llevando a todos ante sí.

Mientras tanto, en Camelot, sir Héctor de Maris se había percatado de la ausencia de su medio hermano Lanzarote y de su primo Lionel y, creyendo que debían de haber partido en busca de aventuras, se preparó él también y cabalgó hacia el bosque.

Largo rato estuvo vagando sin encontrar rastro alguno de ellos, hasta que por fin, al ver a un viejo guardabosques, se detuvo y le preguntó:

—Buen hombre, ¿conoces algún sitio por aquí cerca al que se puedan dirigir los caballeros que andan en busca de aventuras?

—Sí, señor caballero, lo conozco —respondió el viejo—. A poco menos de una milla de aquí vive sir Turquin en un fuerte castillo junto a un vado. Sobre el vado se levanta un gran roble de cuyas ramas cuelgan los escudos de muchos buenos caballeros a los que sir Turquin ha derrotado y puesto en las mazmorras de su castillo. También cuelga de él una gran vasija de cobre: golpeadla con el cuento de vuestra lanza y sir Turquin saldrá y entrará con vos en batalla.

—Te doy las gracias —respondió sir Héctor cortésmente, y con estas palabras picó espuelas.

Pronto llegó al castillo junto al vado; y allí, como le habían anunciado, vio una abigarrada colección de escudos colgando de un gran árbol, y entre ellos sir Héctor reconoció el de sir Lionel. Entonces, enfurecido, golpeó la vasija de cobre, que resonó como una gran campana, para a continuación dar de beber a su caballo del agua del vado.

—¡Salid del río y justad conmigo! —gritó una voz potente a sus espaldas, y, volviéndose con gran celeridad, sir Héctor se encontró con un caballero enorme que, con la lanza ya en ristre, le estaba esperando.

Salió del agua rabioso y arremetió contra el caballero con tal fuerza que, de la embestida, dos veces giraron sobre sí mismos corcel y jinete.

—¡Bien hecho! —rugió sir Turquin—. Os habéis enfrentado a mí como corresponde a un caballero esforzado; caballeros así ponen gran contento en mi corazón. —Con estas palabras arremetió contra sir Héctor, le ensartó por debajo del brazo derecho, le levantó limpiamente en la punta de su lanza, y de esta forma le llevó hasta su castillo, donde le lanzó sobre el suelo del patio.

—Os perdonaré la vida —dijo sir Turquin—, pues justáis con gran poder —entonces le despojó de la armadura y le llevó a un oscuro calabozo junto a los demás caballeros.

—¡Ay! —se quejó sir Héctor con gran aflicción cuando vio a Lionel también prisionero—. ¿Cómo os ha sucedido esto? ¿Y dónde está sir Lanzarote? Nadie sino él puede salvarnos, pues ningún otro es tan fuerte que pueda luchar con sir Turquin y vencerlo.

—Le dejé durmiendo bajo un manzano —respondió Lionel apesadumbrado.

Y allí seguía sir Lanzarote, plácida y cómodamente dormido, sin tener ni idea de lo que les había sucedido a su primo y a su hermano. Pero cuando hubo pasado el mediodía llegaron cuatro reinas a lomos de cuatro mulas, y cuatro caballeros las protegían de la fuerza del sol sosteniendo sobre ellas un gran lienzo de seda verde que sujetaban con una lanza de cada esquina.

Mientras avanzaban oyeron el relincho de un caballo y, al mirar, vieron al animal atado a un arbusto, y junto a él, bajo un manzano, a un caballero dormido completamente armado salvo por el casco.

En silencio se aproximaron, y el caballero les pareció tan hermoso que las cuatro reinas al punto se enamoraron de él.

—No disputemos ahora —dijo una de ellas, que era el hada Morgana, la malvada hermana del rey Arturo—. Echaré sobre él un hechizo que le haga dormir siete horas sin despertar; de esta forma le podremos llevar a mi castillo y, cuando despierte, le obligaremos a elegir a una de nosotras por señora; de lo contrario morirá de una muerte espantosa en mis mazmorras.

Así se hizo el encantamiento sobre sir Lanzarote que, al despertar, se vio a sí mismo en una fría celda de piedra, y a una hermosa doncella que dejaba la cena para él.

—¿Y bien, señor caballero? —dijo ella cuando se percató de que estaba despierto—. ¿Cómo os sentís?

—Nada bien —respondió Lanzarote—, pues pienso que por un cruel encantamiento he sido traído a esta lóbrega prisión.

—Alegrad vuestro ánimo todo lo que podáis —dijo la doncella—, y más os diré mañana por la mañana. No hay tiempo para palabras ahora. —Y con

esto se marchó rápidamente, lamentándose en silencio de que tan buen caballero fuera víctima de la malvada reina, su ama.

Temprano a la mañana siguiente, Lanzarote fue llevado a presencia de las cuatro reinas, y el hada Morgana le dijo:

—Bien sabemos que vos sois Lanzarote del Lago, caballero del rey Arturo, al que Nimue la Dama del Lago crió en Avalón para que fuera el mejor caballero de Logres y el más noble de los caballeros vivientes. También sabemos que de todas las damas servís tan sólo a la reina Ginebra; y sin embargo, ahora, a pesar del destino, ella os perderá, y vos a ella, o si no a vuestra vida. Pues con vida no saldréis de este castillo a no ser que toméis por señora y amor vuestro a una de nosotras.

—Difícil elección me imponéis —dijo Lanzarote—, morir o elegiros a una para tenerla por señora… Y sin embargo la respuesta es fácil: prefiero morir a mancillar mi honor y mis votos de caballería. ¡No os tomaré a ninguna, pues las cuatro sois falsas encantadoras! En cuanto a la reina Ginebra, probaré en batalla con cualquier hombre vivo que es la dama más leal a su señor de cuantas viven.

—Entonces, ¿nos rechazáis? —preguntó el hada Morgana.

—Sí, por mi vida. ¡Os rechazo a todas! —gritó Lanzarote.

Las cuatro reinas se fueron profiriendo terribles amenazas, y dejaron a Lanzarote para que se afligiera en la soledad de su fría mazmorra, preguntándose qué muerte cruel le harían padecer.

Al poco escuchó pasos quedos en la escalera de piedra, se abrió la puerta gentilmente y en el marco se paró la doncella que había hablado con él la noche anterior, y que le traía algo de pan y de vino.

Puso el alimento en una mesa de piedra y, al igual que la otra vez, le preguntó por su ánimo.

—En verdad, doncella —respondió Lanzarote—, nunca estuvo tan bajo como ahora.

—¡Ay! —suspiró la doncella—, mucho me duele ver a un caballero de tan alta nobleza sufrir esta prisión cruel y malvada. Quizás pueda ayudaros de alguna forma, pues no aprecio a estas reinas a las que sirvo, ni me atan a ellas votos de ningún tipo.

—Ayudadme a escapar, hermosa doncella —exclamó Lanzarote con ansia —, y os prometo gratificaros como mejor os plazca, siempre que no sea en menoscabo de mi honra.

—Os pediría entonces, señor, que seáis el campeón de mi padre, el rey Bagdemagus, en un gran torneo que ha de tener lugar el próximo martes. En

él combatirán muchos caballeros del rey Arturo. Tres de ellos le vencieron en el último de estos encuentros.

—En verdad, vuestro padre es un buen caballero —dijo Lanzarote—, y con gusto entraré en batalla por él.

—Entonces, señor —continuó ella—, os sacaré de este castillo temprano mañana por la mañana, y os conseguiré vuestro arnés, escudo, lanza y caballo. Adentraos entonces por la floresta y encontraos conmigo en una abadía que encontraréis a poca distancia, a la que haré venir a mi padre para que se reúna con vos.

—Todo se hará en la manera que decís —dijo sir Lanzarote—, como caballero verdadero que soy.

Antes de que el sol estuviera alto, la dama vino otra vez a él y, franqueando doce puertas cerradas, salieron del castillo.

—Señora, no os fallaré, por la gracia de Dios —dijo Lanzarote, y se alejó en la luz de la mañana, con la blanca bruma subiéndole casi hasta la silla, que casi parecía que se deslizaba sobre las aguas del Lago de Nimue, y se perdió entre las sombras del bosque. Y la doncella daba grandes suspiros mientras se volvía al castillo, y tenía los ojos arrasados de lágrimas, pues no muchas mujeres podían mirar a Lanzarote y dejar de amarlo.

Pocos días después sir Lanzarote se reunía con la doncella y con el rey Bagdemagus en la abadía. El martes Lanzarote cabalgó al torneo portando un escudo blanco sin emblema ni blasón alguno, de forma que nadie podía adivinar de quién se trataba.

Allí combatió con valentía, y con una sola lanza derribó a sir Mador y a sir Mordred y a sir Gahalantine, y les perdonó la vida cuando le juraron presentarse ante el rey Arturo en la siguiente fiesta de Pentecostés y contarle cómo habían sido derrotados por el Caballero Sin Nombre.

Entonces, sin esperar a recibir el agradecimiento del rey Bagdemagus, se internó por la floresta una vez más y por ella vagó muchos días, hasta que de repente vio a un gran caballero que montaba un fuerte corcel, y que justaba con sir Gaheris, hermano de sir Gawain, caballero de la Tabla Redonda. Y el corpulento caballero derribó a sir Gaheris, lo levantó del suelo, lo atravesó sobre su propia montura y siguió su camino llevando ante sí caballo y caballero.

Sir Lanzarote picó espuelas a su corcel y fue tras ellos dando grandes voces:

—¡Deteneos, señor caballero! Dejad que descanse ese hombre al que lleváis herido y midamos nuestras fuerzas en batalla, pues tengo entendido

que habéis hecho gran desprecio y menoscabo a muchos caballeros de la Tabla Redonda. Por lo tanto, ¡defendeos!

—¡Ajá! —exclamó sir Turquin, pues de él se trataba—, ¡si vos sois caballero de la Tabla Redonda, mejor que mejor! ¡Os desafío a vos y a toda vuestra compañía!

—Ya habéis hablado bastante —gritó Lanzarote—, ¡que hablen ahora las armas!

Entonces pusieron las lanzas en ristre, se apartaron un trecho por el camino y se embistieron a todo correr de sus corceles. Con tanta fuerza se golpearon en el centro de los escudos que las dos monturas rodaron por el suelo con el espinazo roto, y los dos caballeros también rodaron y quedaron conmocionados un buen rato. Después combatieron más de dos horas con la espada, sin ventaja para ninguno, aunque los dos sangraban por muchas heridas.

—Sois el más fuerte caballero que nunca haya yo encontrado —dijo sir Turquin mientras recuperaban el aliento apoyados en las espadas—. Y yo aprecio a un buen guerrero, y por este aprecio pondré en libertad a todos los caballeros que tengo en mis mazmorras. Siempre que no seáis aquel Lanzarote que acabó con mi hermano, sir Carados de la Torre Dolorosa, pues he jurado matarle en venganza.

—En esa torre habitaba más perfidia y maldad de la que haya visto en otro sitio —dijo Lanzarote—, ¡y de justicia fue que diera muerte al cobarde sir Carados, quienquiera que fuera!

—¡Ah! —aulló Turquin—, ¡entonces vos sois Lanzarote! A vos más que a nadie os recibo con gusto… No habrá cuartel ahora hasta que uno de los dos haya muerto.

Con esto recomenzaron la batalla, y el final de ella fue que Lanzarote le cortó la cabeza a sir Turquin.

—Vámonos —dijo Lanzarote a Gaheris, y juntos los dos caballeros heridos fueron al castillo de Turquin, donde colgaban los escudos de sir Héctor y sir Lionel, y los de sir Kay, sir Marhaus y los de muchos caballeros más de la Tabla Redonda.

Entonces, mientras Lanzarote se lavaba las heridas en el vado, Gaheris fue al castillo, arrojó al portero contra el suelo y con sus llaves abrió las puertas de las mazmorras y dejó en libertad a los prisioneros.

Al ver que estaba herido, todos pensaron que había sido él quien había combatido y vencido a Turquin.

—No hay tal, nobles señores —dijo Gaheris—. Es a sir Lanzarote del Lago a quien debéis vuestra libertad, pues él luchó con sir Turquin, a quien ningún otro podía derrotar, y acabó con él. Ahora os manda que os apresuréis a ir a la corte del rey Arturo, donde él se reunirá con vosotros el año que viene para Pentecostés, si es vuestro deseo verle. Mas ruega a sir Lionel y a sir Héctor que estén allí con él ese día, cuando el rey Arturo celebre su próximo gran banquete.

—Así lo haremos —dijeron todos los caballeros.

—Mas nosotros cabalgaremos ahora en su búsqueda —dijeron Lionel y Héctor.

—Y yo iré con vosotros —dijo sir Kay—. Quisiera pedirle perdón por las palabras descorteses que dije de él cuando le hizo caballero nuestro señor Arturo.

Mientras tanto sir Lanzarote había lavado sus heridas en el vado y dado de beber al caballo que Gaheris le había cedido. Al percatarse de que las heridas no eran tan profundas ni dolorosas como había temido, no fue hacia el castillo de Turquin, donde le esperaban los demás caballeros, sino que se internó una vez más por la floresta, en busca de nuevas aventuras.

Cabalgó y cabalgó durante semanas, yendo de acá para allá por los bosques que en aquel entonces cubrían gran parte de Bretaña. Rescató a muchas damas a las que afligían hombres malvados, batalló con muchos caballeros y a todos derrotó; incluso gigantes cayeron bajo su diestra lanza y la gran espada que blandía su fuerte brazo.

No podemos hablar aquí de todas las aventuras con que se topó en esos días, pero una de las más extrañas tuvo lugar no mucho antes de su vuelta a Camelot para la fiesta de Pentecostés, un año después de haber sido hecho caballero.

Se internó por una espesa floresta, más negra y salvaje que ninguna de las que hubiera atravesado hasta entonces. De repente, entre las sombras de los matorrales vio a una perrita que husmeaba como si siguiera una pista, mas el rastro resultaba evidente, pues grandes manchas de sangre oscura se alejaban por el suelo. Entonces Lanzarote picó espuelas en busca de la perra, que volvía una y otra vez la cabeza para asegurarse de que la seguía. Atravesaron un gran pantano y por fin cruzaron por un puente hasta una vieja mansión cuyos resquebrajados muros, medio ocultos por la hiedra, estaban rodeados por un foso lleno de zarzales.

La perra se metió en el salón y allí vio Lanzarote a un caballero que yacía muerto. Y la perrita fue y lamió sus heridas y aulló quejumbrosamente.

Entonces salió una dama, llorando y restregándose las manos, y le dijo a Lanzarote:

—¡Ay, cuánto dolor me habéis causado!

—Señora —respondió él—. Jamás hice mal a este caballero, pues lo único que he hecho ha sido seguir hasta aquí a esta perrita por el rastro de la sangre. Así pues, no estéis disgustada conmigo.

—Verdaderamente, señor —respondió ella—, no creo que fuerais vos el que mató a mi esposo. Pero el que lo hizo está gravemente herido, herida de la cual me he de asegurar de que jamás sane enteramente.

Entonces se echó a llorar y a maldecir al caballero que había dado muerte a su marido, sir Gilbert, infligiéndole muchas y terribles heridas.

—Que Dios envíe alivio a vuestro pesar —dijo Lanzarote, y partió de allí entristecido. No se había alejado mucho cuando se encontró con una doncella que lo reconoció por el emblema de su escudo, y que le gritó:

—¡Bien hallado seáis, sir Lanzarote del Lago, el más esforzado de los caballeros! Suplico de vuestra nobleza que socorráis a mi hermano, que está gravemente herido con una llaga que no cesa de sangrar. En el día de hoy luchó con un tal sir Gilbert, y le mató en abierta y leal batalla. Mas su esposa es una mala hechicera, que hizo con sus malas artes que jamás se pueda cerrar la herida de mi hermano. Pero no hace poco que encontré a la dama Nimue, que vagaba por el bosque, y ella me dijo que la herida de mi hermano se cerraría sólo si podía hallar un caballero esforzado capaz de entrar en la Capilla Peligrosa, de donde debería sacar una pieza de paño y la espada del caballero herido que allí yace.

—Cosa maravillosa es ésa —dijo sir Lanzarote—. Pero, decidme, ¿quién es vuestro hermano?

—Señor —respondió ella—, sir Meliot es su nombre, caballero verdadero de Logres.

—Eso me mueve aún más a congoja —dijo Lanzarote—, pues ciertamente es mi compañero de la Tabla Redonda, y por ayudarle haré cuanto esté en mi mano.

Entonces dijo ella:

—Señor, seguid esta senda que os llevará a la Capilla Peligrosa; yo me quedaré aquí hasta vuestro regreso. Si no volvéis es que no hay caballero viviente que pueda culminar esta empresa.

Por el camino marchó Lanzarote, y pronto llegó a una extraña y solitaria ermita que se levantaba en mitad de un pequeño claro. Ató su caballo a un árbol y bajó a pie hasta el patio de la capilla, en cuyo extremo opuesto vio

colgados boca abajo muchos hermosos escudos. Súbitamente, vio surgir bajo ellos a treinta enormes caballeros ataviados con negro arnés, todos ellos por lo menos un pie y medio más altos que cualquier hombre mortal. Los treinta caballeros hicieron rechinar los dientes y clavaron sus ojos pavorosos en sir Lanzarote.

Éste, sobreponiéndose a su miedo, sacó la espada, puso ante sí el escudo y cargó contra ellos. Mas los espectros se abrieron a ambos lados sin decir una palabra ni descargar un golpe, lo cual dio renovado ánimo a Lanzarote, que entró en la capilla. El interior estaba iluminado por la tenue llama de una lamparilla que proyectaba extrañas sombras bajo los arcos de piedra, y Lanzarote vislumbró un cadáver que yacía sobre una losa, cubierto con un paño de seda.

Se inclinó reverentemente y cortó un trozo del paño. Al hacerlo, el suelo se conmovió como si un temblor hubiera sacudido la capilla, y la lámpara se balanceó, haciendo crujir lúgubremente su cadena de modo que las sombras parecieron retorcerse y abalanzarse sobre él.

El miedo obligó a sir Lanzarote a hincarse de rodillas, y así permaneció hasta que vio una hermosa espada descansando junto al caballero muerto. La cogió con presteza y salió de la capilla. Entonces los caballeros negros, sin mover los labios, hablaron al unísono con voz cavernosa y hueca:

—¡Caballero sir Lanzarote! Dejad esa espada o, de lo contrario, hallaréis muerte terrible.

—Viva o muera —gritó Lanzarote—, no serán meras palabras las que me harán desistir. Así que ¡aprestaos a luchar si os atrevéis!

Ni una mano se levantó contra él, por lo que deshizo sin contratiempo el sendero que atravesaba el patio. En la puerta lo esperaba una extraña doncella:

—Sir Lanzarote —le conminó—, dejad esa espada o moriréis por ello.

—¡No la abandonaré —replicó él—, no importa cuáles sean vuestras amenazas!

—Habláis sabiamente —dijo la doncella—, pues, si hubierais dejado la espada, no habríais vuelto a ver la corte del rey Arturo.

—¡Entonces sería un tonto si la soltara! —respondió.

—Pues si es así, gentil caballero —dijo la doncella—, debéis besarme una vez si queréis que os abra el paso.

—No, no habrá tal —respondió sir Lanzarote—, pues ése sería un beso impuro.

—¡Ay! —sollozó la doncella—, todos mis trabajos han sido en vano. Si me hubierais besado, habríais caído fulminado al suelo. Pues con magia he hecho yo esta Capilla Peligrosa, para atrapar a los tres caballeros más nobles de Logres: a sir Gawain, y a vos, y a sir Perceval, que todavía no ha nacido. Pues yo soy Hellawes la Hechicera, compañera del hada Morgana.

—Que Jesucristo me preserve de tus artes sutiles —dijo sir Lanzarote, haciendo el signo de la cruz. Y cuando alzó la vista, Hellawes la Hechicera había desaparecido.

Entonces Lanzarote desató su caballo y volvió veloz por la senda para encontrar a la doncella, la hermana de sir Meliot. Cuando ella le vio venir, le cogió las manos y se echó a llorar de alegría.

Con presteza fueron al castillo cercano donde yacía sir Meliot, y le encontraron pálido como la muerte, pues la sangre de la vida le seguía manando de la herida. Lanzarote se arrodilló junto a él, tocó la herida con la espada y se la vendó con el paño, y de inmediato sir Meliot fue sano. Tras esto, Lanzarote se quedó con sir Meliot y con su hermana, y descansó en su castillo muchos días. Pero una mañana les dijo:

—Se acerca la fiesta de Pentecostés, por lo que debo partir hacia Camelot, hacia la corte del rey Arturo; allí me encontraréis, por la gracia de Dios, si es ese vuestro deseo.

Entonces se internó velozmente por la floresta, con la luz de la primavera reflejándose en su bruñida armadura, luz que se derramaba como lluvia dorada al filtrarse por entre las frescas hojas verdes de los árboles. Mas no llegó a Camelot sin toparse con nuevas aventuras.

Se aproximaba Lanzarote a la corte a través de campos abiertos y amenos parques cuando, de repente, se encontró con una dama que lloraba bajo un gran roble.

—¡Ah, Lanzarote, flor de la caballería! —sollozó—, necesito vuestro auxilio. Allá en la copa del árbol está el halcón de mi señor enganchado por las correas de sus garras. Se me escapó mientras lo tenía conmigo, y mi señor es hombre de temperamento terrible que seguro me ha de matar si se lo pierdo.

—Bien, hermosa señora —dijo Lanzarote—, dado que conocéis mi nombre y me requerís por mis votos de caballería, haré lo que esté en mi mano. Mas el árbol es alto y tiene muchas ramas muertas.

La dama le ayudó a desarmarse de forma que, vestido sólo con su camisa y sus calzones, escaló el árbol y llegó donde se hallaba trabado el halcón. Lo liberó cuidadosamente, ató las correas a una rama podrida y la tiró del árbol,

de forma que la rapaz, amortiguando con su aleteo la caída, cayó al suelo, donde la recogió la dama.

Entonces Lanzarote empezó a descender del árbol, pero antes de llegar a tierra un caballero fornido salió a grandes zancadas de un pabellón cercano con una espada desenvainada en la mano.

—¡Ajá, sir Lanzarote! —gritó—, ya os tengo como quería, no escaparéis sin que os dé muerte.

—¡Ah, señora! —dijo Lanzarote—, ¿por qué me habéis traicionado?

—Hizo lo que yo le indiqué —bramó el caballero—. Esta trampa se os tendió por orden de la dama Hellawes. ¡Y ahora bajad, que acabe con vos!

—Gran vergüenza sería la vuestra, que vais armado —dijo Lanzarote—, si matáis a un hombre que no lo está.

—Esas palabras no os salvarán —gruñó el caballero.

—Dadme por lo menos mi espada —dijo Lanzarote—, para que muera con ella en la mano.

—No, no me engañaréis —se echó a reír el caballero—. No tendréis arma alguna si puedo impedirlo.

Mucho se temió sir Lanzarote que había llegado su hora, pero aun así se negaba a dejarse matar dócilmente; tampoco deseaba saltar del árbol y huir corriendo, como podía haber hecho con facilidad pues no llevaba armadura. Entonces, al mirar a su alrededor, vio una rama muerta muy nudosa, la partió y saltó con ella a tierra, esquivó los golpes del caballero y entonces se irguió con valentía. El caballero le tiró una estocada que Lanzarote desvió con su garrote, y entonces, haciendo con él un molinete, dio al caballero tan fuerte golpe en la sien que le partió el cráneo. Entonces, tras recoger del suelo la espada, le cortó la cabeza de un tajo.

—¡Ay! —gritó la dama—. ¿Por qué habéis matado a mi esposo?

—No ha sido culpa mía —respondió Lanzarote con voz sombría—. Me habríais dado muerte a traición si hubierais podido, y ahora vuestra vileza se ha vuelto contra vosotros mismos.

Con esto se puso su armadura y se marchó a caballo. Poco antes de que cayera la noche llegó a un castillo donde fue bien acogido: le dieron comida y un mullido lecho para pasar la noche. Pero antes de la aurora le despertaron unos golpes en la puerta; al mirar por la ventana vio a sir Kay, al que tres caballeros tenían acorralado contra los muros.

«En verdad que he de bajar y ayudar a sir Kay, pues de lo contrario esos tres caballeros van a matarlo», se dijo Lanzarote.

Entonces se puso el arnés y se descolgó por la ventana con ayuda de una sábana.

—¡Daos la vuelta! —conminó a los tres caballeros antes de echárseles encima; y con siete mandobles los tuvo a los tres tumbados en tierra.

—¡Señor caballero! —exclamaron—. Nos rendimos a vos como a un contendiente sin igual.

—Rendíos a sir Kay —dijo Lanzarote—, o de lo contrario os acabaré según estáis tumbados en el suelo. —Cuando hubieron prometido hacerlo así, aunque a regañadientes, pues Kay no era tan buen luchador como ellos, Lanzarote prosiguió—: Ahora id ligeros a Camelot, y presentaos al rey Arturo en la fiesta de Pentecostés, diciéndole que es sir Kay quien os envía.

Cuando se hubieron ido llevó a sir Kay al castillo y le condujo a su aposento. Entonces Kay le reconoció a la luz de la vela, e hincó la rodilla en tierra ante él por salvarle la vida.

—No —dijo Lanzarote—. No hice sino cumplir mi obligación de caballero. Venid y descansad, pues estáis exhausto.

Así pues Kay comió y bebió, y se quedó profundamente dormido en la cama de Lanzarote. Cuando despertó, el sol estaba ya alto en el cielo y Lanzarote había desaparecido, ¡y también la armadura de sir Kay!

—¡Ajá! —rió Kay—. Van a tener problemas algunos caballeros del rey Arturo, pues, creyendo que de mí se trata, justarán con Lanzarote; y yo, por mi parte, cabalgaré con su arnés y nadie se meterá conmigo —pues sir Kay no era muy popular entre los caballeros de la Tabla Redonda, y algunos de los más jóvenes se vengaban de él por las palabras hirientes que decía de ellos, y le derribaban del caballo cada vez que se topaban con él cuando iba en busca de aventuras, ¡lo cual sucedía con la menor frecuencia que Kay se podía permitir!

Esta vez volvió a Camelot sin que le desafiara un solo caballero. Mas Lanzarote, ataviado con la armadura de Kay aunque portando su propia espada, tuvo un viaje muy accidentado.

—¡Allá va el orgulloso sir Kay! —exclamó uno de los tres caballeros recién armados que habían levantado su pabellón no lejos del castillo en que se había alojado Lanzarote—. Se cree que no hay caballero que le supere, no importa las veces que le demuestren lo contrario. Crucemos nuestras lanzas con él por turnos, no se mostrará tan arrogante mañana en la fiesta cuando haya recibido una buena lección.

Lanzarote los derribó del caballo como si fuesen bolos y, mientras le contemplaban incrédulos sentados en el suelo, les ordenó que se rindieran al

día siguiente a la reina Ginebra, y le dijeran que sir Kay los había enviado.

Entonces siguió adelante, y antes de que hubiera pasado mucho tiempo se encontró a sir Héctor con tres de los mejores caballeros de la Tabla Redonda: sir Sagramore, sir Uwain y el mismo sir Gawain.

—Ahora, por mi fe —dijo sir Sagramore—, aquí os he de probar la fuerza de sir Kay, de la que tanto se ufana.

Puso lanza en ristre y arremetió contra Lanzarote, que obró de la misma manera, mas sir Lanzarote dio tal golpe a sir Sagramore que hombre y caballo rodaron por tierra.

—¡Observad, amigos! —exclamó sir Héctor—. Ése ha sido sin duda un golpe poderoso. Creo que ese caballero es mucho más grande de lo que nunca fue sir Kay. Veamos qué puedo hacer con él.

Así que sir Héctor puso lanza en ristre, y él y Lanzarote chocaron con el fragor del trueno, y Lanzarote le sacó por la grupa del caballo y lo dejó tendido en el suelo.

—Por mi fe —dijo sir Uwain—. Aquél es sin duda un caballero de extremada fortaleza. Estoy seguro de que ha muerto a sir Kay y lleva ahora su arnés. Será difícil vencerle, pero veremos cuál es la fuerza de mi brazo.

Se encontraron en medio del campo, galopando como si hubieran perdido el juicio, y Lanzarote sacó a sir Uwain de la silla, de forma que este último se dio tal golpe contra el suelo que se quedó allí tendido sin moverse largo rato.

—¡Ahora veo que me toca enfrentarme a este caballero! —dijo sir Gawain, y levantando su rodela, cogió una buena lanza y arremetió contra sir Lanzarote a todo correr de su caballo. Los dos caballeros alcanzaron al otro en el centro del escudo; pero mientras la lanza de sir Gawain se rompió en pedazos, sir Lanzarote le dio tal golpe que el caballo no se pudo mantener en pie y dio varias vueltas por el suelo.

Y Lanzarote se fue con una sonrisa en los labios, diciéndose para sí: «Que Dios dé gozo al que hizo esta lanza, pues nunca he tenido una mejor entre las manos».

—Aquél debe de ser sir Lanzarote del Lago —dijo Gawain, incorporándose trabajosamente y ayudando a los demás a hacer lo propio—. Vayamos rápido a Camelot pues allí sin duda lo sabremos.

Al día siguiente, en la fiesta de Pentecostés, todos los caballeros de Arturo se reunieron en torno a la Tabla Redonda. Y allí se presentó sir Lanzarote con el arnés de sir Kay, pero, por supuesto, sin el yelmo. Entonces Gawain, Uwain, Héctor y Sagramore supieron con certeza quién los había derribado con una sola lanza y hubo muchas risas y chanzas entre ellos. Entonces sir

Kay contó al rey cómo sir Lanzarote le había rescatado de los tres caballeros que querían matarle.

—E hizo que los tres se rindieran a mí en vez de a él —dijo sir Kay, y allí estaban los tres para dar testimonio—. Entonces sir Lanzarote cogió mi armadura —prosiguió Kay— y me dejó la suya, y yo volví aquí sin cuidado, pues ningún caballero se atrevió a justar conmigo.

Entonces se adelantaron todos los caballeros a los que sir Turquin había tenido prisioneros y contaron cómo los había salvado Lanzarote. Y sir Gaheris dijo:

—Yo vi toda esa batalla desde el principio hasta el final, y Turquin era el caballero más fuerte que jamás he visto.

Allí estaba también sir Meliot para contar la forma en que le había salvado Lanzarote, y el rey Bagdemagus, por quien había luchado, y muchos más, cada uno con su relato de proezas y coraje extremado.

Y el rey Arturo se sintió feliz por tener a semejante caballero en su corte, y la reina Ginebra más le amaba cuanto más oía contar de sus maravillosas hazañas, y nadie tenía reproche que hacer al rey Arturo por haber armado caballero a un escudero no probado, pues sir Lanzarote había ganado en un año más renombre que ningún otro caballero del mundo, y era al que más honra hacían tanto los humildes como los elevados. Nunca hubo otro caballero en el reino de Logres como sir Lanzarote del Lago.

CAPÍTULO 3

Sir Gareth o el Caballero de la Cocina

¡Ahora, mi señor Arturo, podéis sentaros al festín! —dijo sir Gawain un día de Pentecostés en el que todos los caballeros de la Tabla Redonda se hallaban en Camelot. Mas no podían sentarse a la mesa sin que hubiera ocurrido aventura alguna, ni haber venido nadie con alguna extraña demanda o petición de auxilio—. Que empiece el banquete, pues aquí llega un joven muchacho vestido con sencillos ropajes, apoyado en los hombros de dos robustos servidores, ¡y fijaos en su altura, pues a los dos les saca la cabeza!

—¿De quién creéis que se pueda tratar? —preguntó el rey Arturo mientras ocupaba su asiento junto a la reina Ginebra.

—No lo sabría decir —respondió Gawain—, y a pesar de ello según le miro ya le estoy amando, pues jamás vi hombre tan valiente y tan bien dispuesto para honrar la caballería.

Al poco, el extraño entró en el salón y, cuando llegó junto al rey Arturo, se irguió y dijo en voz alta para que todos le oyeran:

—¡Que Dios os bendiga, muy noble rey Arturo, y también a esta vuestra compañía de la Tabla Redonda! Hasta aquí he venido para pediros que me concedáis tres dones, pues no serán descabellados, ni habéis de temer pérdida alguna por otorgármelos. El primero os lo pediré ahora, y los otros dos, dentro de doce meses.

—Pedid lo que gustéis y será vuestro —dijo el rey Arturo, pues a él también le agradaba este joven alto de cabellos rubios y mirada franca, y depositó en él su confianza nada más verle.

—Solicito de vos, señor, que me deis alojamiento y comida en vuestra corte durante el primer año.

—¡Y yo os suplico que pidáis algo mejor que eso! —exclamó el rey Arturo.

—Señor, ése es todo mi deseo —respondió el extraño.

—Bien está —dijo el rey—. Tendréis comida y bebida suficiente, pues nunca le niego eso a nadie, sea amigo o enemigo. Mas decidme, os lo ruego, ¿cuál es vuestro nombre?

—Eso, señor, prefiero no revelarlo hasta que llegue el momento.

—Que así sea —respondió el rey Arturo—. Sin embargo, mucho me intriga quién podáis ser, pues a pocos jóvenes he conocido con vuestra planta. —Dicho lo cual le dejó a cargo de sir Kay, al que encomendó que le diera comida y bebida como si de un gran duque o barón se tratara.

—¡No es ninguna de las dos cosas! —dijo sir Kay con desprecio—. Si tan siquiera fuera el vástago de un caballero hubiera pedido un caballo y un arnés, no comida y bebida. Apostaría a que no es más que el hijo de un vulgar campesino, inadecuado para mezclarse con nosotros, caballeros. Bien, le daré un lugar en la cocina, y toda la comida que pueda tragar. ¡En menos de un año estará tan gordo como un cebón! Y, como no tiene nombre, le llamaré Beaumains, Buenas Manos, pues nunca las vi tan grandes, tan blancas, o tan ociosas y gandulas.

Así, durante un año, Beaumains sirvió en la cocina, y sir Kay se mofó de él, le hizo burla, le sometió a pesadas burlas, y en general hizo todo lo que pudo para hacer su vida lo más desagradable posible.

Pero Beaumains siempre se mostraba gentil y paciente, sin responder nunca a las provocaciones de sir Kay, sin negarse a hacer las tareas que se le encomendasen, por sucias o bajas que fuesen. Y sir Kay, consciente de la injusticia que podía estar cometiendo, se metía con él de forma cada vez más mortificante.

La fiesta de Pentecostés llegó una vez más, y toda la Tabla Redonda se volvió a reunir en Camelot. Y el rey Arturo no se quiso sentar a la mesa hasta que llegó un escudero que dijo:

—Señor, ya podéis empezar el banquete, pues aquí llega una doncella con una extraña aventura…

Pocos minutos más tarde, la doncella entró en el salón y se arrodilló ante el rey Arturo, suplicando su auxilio.

—¿Para quién? —preguntó el rey—. ¿Qué es esta aventura?

—Para mi hermana, doña Lyonesse —respondió ella—, a la que tiene prisionera en su castillo un tirano malvado que ha destruido todas sus tierras. Su nombre es el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas.

Ante estas palabras Beaumains se presentó de repente ante el rey y le dijo:

—Mi señor, os doy las gracias por haberme tenido doce meses en vuestra cocina con abundancia de comida y bebida. Desearía pediros ahora los otros dos dones que me prometisteis: el primero, que me otorguéis la aventura de esta doncella; el segundo, que sir Lanzarote del Lago cabalgue conmigo hasta que yo pruebe ser digno de ser armado caballero, pues es mi deseo que sea sir Lanzarote y no otro quien me dé entrada en la orden de caballería.

—Las dos cosas os concedo —comenzó el rey Arturo, pero la doncella, cuyo nombre era dama Lynet, le interrumpió muy enojada:

—¡Vergüenza os debería dar, rey Arturo! ¿Qué insulto es éste? ¿Me mandáis un sucio criado de vuestra cocina a salvar a mi hermana, cuando aquí, en vuestra mesa redonda, tenéis a sir Lanzarote y a sir Gawain, a sir Gaheris y a sir Bors, a la flor de los caballeros, a tantos de alta alcurnia y gran merecimiento?

Entonces, con gran furia, montó en su caballo blanco y se partió de Camelot. Beaumains se dispuso a seguirla, y en esto llegó un enano portador de una gran espada para él, que le ciñó al costado, y fuera del salón le esperaba un soberbio corcel sobre el que Beaumains montó para alejarse con presteza. Y Lanzarote le seguía un poco retrasado. Entonces sir Kay se levantó enfadado y exclamó:

—¡Tendré que ir a por mi pinche de cocina para darle una buena tunda por encumbrarse de esta manera!

—¡Mejor será que te quedes aquí! —dijo sir Gawain. Pero sir Kay no estaba para consejos. Marchó rápidamente, armado de pies a cabeza, a toda la velocidad de que era capaz su caballo. Pronto alcanzó a Beaumains, que acababa de ponerse a la altura de la doncella Lynet.

—¡Eh, Beaumains! —gritó sir Kay—, ¿qué haces que no estás en la cocina? ¿Dónde está tu respeto por tus mejores? ¿Es que no sabes quién soy?

—¡Bien que lo sé! —respondió Beaumains, haciendo girar su caballo—. Sois sir Kay, el más descortés y menos gentil caballero de la corte, así que ¡guardaos de mí!

Estas palabras pusieron a sir Kay tan fuera de sí que, tras poner la lanza en ristre, cargó furioso contra Beaumains, el cual, desarmado como estaba, picó espuelas para encontrarle, la espada desnuda en la mano. Justo en el momento en que la lanza de sir Kay parecía a punto de ensartar a Beaumains como un alfiler a una mariposa, éste echó el caballo a un lado, apartó la lanza con la hoja de la espada y, con la punta, alcanzó a sir Kay de lleno en el costado. Entonces sir Kay cayó del caballo y quedó tendido en tierra, sangrando por una gran herida. Beaumains le cogió la lanza y el escudo y se fue tras la doncella Lynet. Al poco llegaba Lanzarote, que seguía de cerca a Beaumains; puso a sir Kay atravesado sobre su propio caballo y le dejó suelto para que llevara a Kay a Camelot como mejor pudiera.

Mientras tanto Baumains alcanzó a la doncella Lynet: mas no encontró una buena acogida.

—¡Qué escarnio! —gritó ella—. ¿Cómo te atreves a seguirme? ¡Apestas a cocina y tus ropas están empapadas de sebo y grasa! En cuanto al caballero al que acabas de herir o matar, le atacaste con maldad. Vuélvete, te lo advierto, vete a tu cocina, pues bien sé que eres sólo un sucio ganapán al que sir Kay llamaba Beaumains por sus grandes manos. ¡Bah! Tus manos sólo valen para desplumar gallinas y para abrir el tapón de los barriles de cerveza.

—Doncella —respondió Beaumains cortésmente—, podéis insultarme cuanto queráis que no os he de devolver el ultraje, pues he prometido al rey Arturo dar fin a vuestra aventura y eso es lo que haré, o moriré en el intento.

—¿Tú terminarás mi aventura? —rió sarcástica Lynet—. Vaya, dentro de poco te encontrarás con un adversario tal que darás todo el caldo de Camelot por poder volver vivo a tu cocina.

—Ya veremos —respondió Beaumains con voz tranquila, y prosiguieron en silencio, con la doncella Lynet ligeramente adelantada.

No había pasado mucho tiempo cuando llegaron a un gran espino negro que se erguía en un claro del bosque. De él colgaban un estandarte y un escudo negros y, junto a ellos, un caballero ataviado con negra armadura, jinete sobre un gran corcel también negro.

—¡Huid ahora, rápido! —le dijo la doncella Lynet a Beaumains—, pues éste es el Caballero Negro de las Landas Negras.

—Os agradezco vuestras palabras —respondió Beaumains, pero no hizo intención alguna de hacer lo que se le aconsejaba.

—¡Doncella! —gritó el Caballero Negro—, ¿habéis traído a este caballero de la corte del rey Arturo para que sea vuestro campeón?

—¡El cielo no lo permita! —exclamó Lynet—. Éste no es más que un insolente patán que me sigue a mi pesar. Os suplico, señor caballero, que me libréis de él, pues mucho me fatiga su presencia.

—¿Cómo entonces? —exclamó el Caballero Negro, recogiendo escudo y lanza—. Le derribaré y le dejaremos que vuelva andando a Camelot… No parece esa mala montura, ¡me puede resultar muy útil!

—Os tomáis demasiadas libertades con mi caballo —dijo Beaumains—. Venid y cogedlo si podéis; y si no podéis, entonces apartaos y franqueadme el paso, que he de atravesar vuestras landas negras.

—¿Así dices? —gritó el Caballero Negro—. Son palabras arrogantes para un mero villano.

—¡Mentís! —replicó Beaumains—. ¡No soy ningún villano, sino un caballero de buena cuna, de mucho más alto linaje que vos!

Con estas palabras pusieron las lanzas en ristre y se embistieron como dos toros furiosos. La lanza del Caballero Negro rebotó en el escudo de Beaumains sin causar daño alguno, pero la de Beaumains atravesó el escudo y la armadura del Caballero Negro, de forma que éste cayó de la silla, muerto.

—¡Qué vergüenza, patán cobarde! —le recriminó Lynet—. ¡Le has matado a traición! —con lo cual echó a andar su caballo.

Pero Beaumains se bajó del suyo y se vistió con el arnés del Caballero Negro, aunque conservó su propia espada y la lanza y el escudo de sir Kay. Sir Lanzarote, que había sido testigo del lance, se llegó hasta Beaumains y le dijo:

—Señor, os habéis conducido con rectitud y valentía, por lo que de todo corazón os haré caballero. Pero decidme antes vuestro nombre, y sabed que a nadie se lo revelaré hasta que sea ese vuestro deseo.

—Mi señor —respondió Beaumains, arrodillándose con la cabeza inclinada—, mi nombre es Gareth de Orkney y soy el menor de los hijos del rey Lot y de la reina Morgawse, hermana de Arturo. Sir Gawain es mi hermano y también Gaheris y Agravain; pero no me reconocieron, pues ninguno de ellos me ha visto en los últimos diez años.

—¡Vuestras palabras me llenan de contento! —exclamó Lanzarote—. Y aquí mismo os armo caballero. Seguid adelante como hasta ahora y habrá un sitio para vos en la Tabla Redonda, pues tengo para mí que seréis uno de los más acabados caballeros del reino de Logres, y uno de los más bravos y gentiles.

Entonces Lanzarote, que no cabía en sí de gozo, se volvió para Camelot, pero Beaumains, a quien a partir de ahora llamaremos sir Gareth, saltó sobre el corcel del Caballero Negro y partió tras la doncella Lynet.

—¡Déjame, pinche de cocina! —gritó ella—. ¡Puag! Apártate del viento, que me marea el olor a tocino rancio… ¡Ay, que tan buen caballero haya sido asesinado por alguien como tú! Pero no está lejos quien te haga pagar caro tu crimen. ¡Huye, pues!, que todavía estás a tiempo de salvarte.

—Puede que sea derrotado o muerto —replicó Gareth gentilmente—, pero huir, jamás; ni tampoco os dejaré hasta que haya acabado esta aventura.

No había pasado mucho tiempo cuando se encontraron con un caballero vestido todo de verde, con escudo y lanza verdes.

—¡Mis saludos, doncella! —dijo el Caballero Verde de las Landas Verdes —. ¿No es aquél mi hermano, el Caballero Negro, el que os acompaña?

—¡Ay, no! —dijo Lynet—. Es sólo un miserable pinche de cocina que ha matado con maldad a vuestro hermano.

—¡Traidor! —exclamó el Caballero Verde—. ¡Moriréis por esto!

—Os desafío —respondió sir Gareth—. Vuestro hermano murió honorablemente y en justo combate. De hecho, la villanía fue suya, pues él llevaba armadura completa y yo nada más que este escudo.

Entonces los dos caballeros justaron con furia, y sus lanzas se rompieron en pedazos. De ahí pasaron a las espadas, a caballo, hasta que Gareth derribó al Caballero Verde, tras lo cual siguieron pie a tierra.

—¡Señor caballero! —gritó entonces Lynet—, ¿por qué os demoráis tanto en dar cuenta de un mero patán? ¡Ay, es una vergüenza permitir que viva tanto tiempo!

Entonces, loco de rabia, el Caballero Verde asestó tal golpe a sir Gareth que le rajó por la mitad el escudo; Gareth dejó caer la parte que le había quedado colgando del brazo, tomó la espada con ambas manos y le dio tal mandoble en el yelmo al Caballero Verde que le hizo rodar por el suelo como un conejo alcanzado por una ballesta; y allí se quedó, pidiendo clemencia.

—En vano suplicáis —dijo sir Gareth—, pues ciertamente os he de matar a no ser que esta dama me ruegue que os perdone la vida.

—¡Jamás haré una cosa así! —exclamó Lynet—. ¡No le quiero deber nada a un torpe patán!

—Entonces morirá —dijo Gareth.

—No me matéis, os lo suplico —dijo el Caballero Verde con voz entrecortada—. Os perdonaré la muerte de mi hermano y os serviré fielmente con mis cincuenta caballeros.

—De nada os servirá lo que digáis a no ser que esta doncella ruegue por vos —dijo Gareth—. Estáis a punto de morir.

—¡No le matéis, sucio pícaro! —exclamó Lynet.

—Doncella —dijo Gareth, inclinándose ante ella—, vuestras órdenes son siempre mis deseos: a requerimiento vuestro le perdono la vida a este noble caballero. Señor Caballero de las Landas Verdes, os impongo que vayáis a Camelot, con vuestros cincuenta caballeros, a jurar fidelidad al rey Arturo; ¡decidle que el Caballero de la Cocina es quien os envía!

Esa tarde el Caballero Verde alojó a Gareth y a Lynet en su castillo y, aunque ella no dejaba de insultarle y hacerle menosprecio, Gareth fue honrado y estimado de todos los demás.

—¡Vergüenza! —gritaba indignada la doncella Lynet—. Es una ofensa que todos honren así a este villano.

—En verdad —replicó el Caballero Verde— que sería gran vergüenza si yo le hiciera mengua alguna a quien ha demostrado ser mejor caballero que

yo.

—Señora —dijo sir Gareth mientras cabalgaban por la floresta a la mañana siguiente—, sois descortés al reprenderme y mofaros así de mí, pues creo haberos prestado hasta ahora buenos servicios derrotando a esos caballeros que, según vos, habían de vencerme. Es más, no importa lo que digáis, de ninguna manera me separaré de vos hasta que mi misión esté acabada.

—Bien —dijo ella—, muy pronto te toparás con quien sin duda es mejor que tú, pues ya nos acercamos al castillo del Caballero Azul de las Landas Azules, y sólo sir Lanzarote, sir Gawain, sir Bors o el mismo rey Arturo podrían vencerle. Y dudo que ni siquiera ellos pudieran salvar a mi hermana, la dama Lyonesse, pues el Caballero Bermejo de las Landas Bermejas que la tiene sitiada es el más fuerte caballero del mundo, y el secreto de su fuerza le viene de la magia del hada Morgana.

—Cuanto más fuertes y poderosos sean mis enemigos, mayor será mi honra si los venzo —dijo Gareth.

Entonces salieron de la floresta a una gran pradera alfombrada de verónicas azules y salpicada de pabellones de seda azul, entre los que paseaban muchos caballeros y damas vestidos del mismo color. En mitad de la pradera crecía una gran morera de la que pendían los escudos de muchos caballeros a los que el Caballero Azul había derrotado, y de una rama baja colgaba un enorme escudo azul, y una lanza azul había junto a él clavada en tierra, y un corcel color gris ferroso atado al tronco del árbol.

—¡Corre, patán apestoso! —le recriminó la doncella Lynet—, pues aquí está el Caballero Azul con sus cien seguidores.

—Entonces aquí me he de quedar a luchar —dijo Gareth—. A unos cuantos derribaré si vienen a mí de uno en uno.

—Mucho me maravilla quién podáis ser —dijo la doncella Lynet abandonando de repente su habitual tono de escarnio—. Sin duda procedéis de sangre noble y gentil, pues nunca antes había una dama menospreciado e injuriado así a un caballero, y a pesar de ello seguís respondiéndome cortésmente sin abandonar mi servicio.

—Señora —dijo sir Gareth con voz grave—, de poca valía sería el caballero que no pudiera soportar las ofensas de una dama. Sin duda me mueven a ira vuestras ofensas, pero eso me da más fiereza para batallar contra vuestros enemigos. En cuanto a mi nacimiento, os he servido como corresponde a un caballero, y si soy o no de alta alcurnia lo sabréis en su

momento, pues aún os he de prestar mejores servicios antes de que nos separemos.

—¡Ay, buen Beaumains! —sollozó Lynet—, perdonadme todo lo que he dicho contra vos y huid antes de que sea demasiado tarde.

—Todo os lo perdono de buen grado —dijo Gareth—, mas no pienso retirarme; al contrario, lucharé con mayor denuedo por obtener de vos palabras aún más hermosas.

En ese momento el gran Caballero Azul divisó a Gareth y de un salto se encaramó sobre su corcel a la vez que decía:

—¡Oídme vos, caballero del negro arnés! Tiraos de vuestra montura y besadme el pie en señal de reverencia en este instante, ¡o si no os mataré sin piedad!

—No, mejor será que vos os hinquéis de rodillas —respondió Gareth—, pues gran merced me va a hacer falta para perdonarle la vida a quien ha muerto a tantos buenos caballeros.

Entonces el Caballero Azul se tentó la azul armadura, bajó la visera de su yelmo azul, puso en ristre la azul lanza y se lanzó como un relámpago azul contra sir Gareth, que le encontró en mitad de su carrera. Tan grande fue el choque que las dos lanzas se quebraron y los dos caballos rodaron por tierra. Entonces los dos caballeros sacaron sus espadas y empezaron a intercambiar tales tajos y estocadas que saltaban chispas con cada golpe; se empleaban con tal ímpetu que a veces los dos caían y se arrastraban por tierra.

Al cabo, sir Gareth le arrancó de un golpe el yelmo al Caballero Azul y le derribó al suelo, e hizo intención de matarlo.

Pero la doncella Lynet imploró por su vida, y el Caballero Azul se rindió él mismo a sir Gareth.

—Seré clemente con vos, no temáis —dijo Gareth—, pues sois un poderoso caballero y sería gran pérdida que muriese alguien así. Id pues a la corte del rey Arturo en Camelot con cien de los vuestros y ofrecedle pleitesía, y decid que os manda el Caballero de la Cocina.

Esa noche sir Gareth y la dama Lynet fueron agasajados por el Caballero Azul en su castillo, y a la mañana siguiente éste cabalgó con ellos para mostrarles el camino.

—Hermosa doncella —dijo—, ¿adónde os dirigís con este caballero?

—Señor —respondió ella—, vamos al Castillo Peligroso, donde está sitiada mi hermana, doña Lyonesse.

—Ah —exclamó el Caballero Azul—, entonces vais en busca del Caballero Bermejo de las Landas Bermejas, que es el más temible y

despiadado caballero que vive sobre la tierra, pues por artes mágicas tiene la fuerza de siete hombres. Largo tiempo ha que puso cerco a ese castillo, y bien lo podría haber tomado muchas veces, mas no lo hizo, pues todo está hecho con arreglo a la voluntad de la reina Morgana el Hada, de cuya magia recibe él toda su fuerza. Y ambos esperaban que fuera sir Lanzarote o sir Gawain quien tomara sobre sí esta empresa, o el mismo rey Arturo, y que el Caballero Bermejo los matara, como me temo que os ha de suceder a vos.

—Que se cumpla la voluntad de Dios —respondió sir Gareth—, y quizás sea Su voluntad que el Caballero Bermejo caiga por mi mano, con lo que ganaría honor y fama para el reino de Logres… Y ahora os diré, aunque no permitáis que llegue a oídos de nadie de Camelot hasta que yo lo desee, que soy Gareth, hermano de Gawain y Gaheris, el hijo menor del rey de Orkney y de Morgawse, hermana del rey Arturo.

El Caballero Azul los dejó poco tiempo después y Gareth y Lynet siguieron su camino. Tras atravesar un denso bosque, salieron a una amplia llanura salpicada de amapolas rojas, en medio de la cual se levantaba un castillo construido con rojas piedras de arenisca. Alrededor del castillo se levantaban multitud de tiendas y pabellones bermejos, los de los seguidores del Caballero Bermejo, que había puesto cerco al castillo. Gareth y la doncella Lynet empezaron a cruzar la llanura y, antes de llegar al campamento, se toparon con un gran árbol de Judas rojo del que colgaban, medio escondidos entre los brotes bermejos, los cuerpos putrefactos de muchos buenos caballeros, todos ellos con la armadura todavía puesta y las espuelas de oro en los talones.

—Éstos son todos los que antes que vos vinieron a rescatar a la dama Lyonesse —dijo Lynet—. El Caballero Bermejo de las Landas Bermejas los venció a todos y cada uno de ellos, y les dio esta deshonrosa muerte sin mostrar piedad ni clemencia.

—¡Entonces ha llegado el momento de que entre con él en batalla! —dijo Gareth, con gran enojo por la visión de esa infamia. Tomó un gran cuerno, hecho con el colmillo de un elefante, que allí colgaba del árbol y se lo llevó a los labios.

—¡Teneos! —exclamó la doncella Lynet—. No sopléis el cuerno hasta que haya pasado el mediodía, pues aún es pronto por la mañana, y dicen que la fuerza del Caballero Bermejo crece y crece hasta que el sol alcanza el cenit; luego vuelve a disminuir por la tarde, de modo que al anochecer no es mucho más fuerte que el resto de los mortales, aunque aun así su fuerza supera la de todos ellos.

—¡Ah, qué vergüenza sería, hermosa dama! —dijo sir Gareth—. En verdad que sería indigno que, antes de luchar yo con él, esperara a que le faltaran las fuerzas.

Entonces sopló el cuerno con tal decisión que los muros rojos del Castillo Peligroso retumbaron con su eco, y todos salieron corriendo de tiendas y pabellones. Y en el castillo todos se asomaron por las ventanas o se llegaron a las almenas para ver quién era el que así se atrevía a desafiar al terrible Caballero Bermejo de las Landas Bermejas.

—Mirad, sir Gareth —exclamó súbitamente Lynet—, allí está mi hermana, la que mira por la ventana, y aquí viene el Caballero Bermejo mismo.

Entonces Gareth se volvió primero hacia el castillo y se inclinó ante la hermosísima señora que se mostraba por uno de los ventanales, saludándole con el brazo; mientras tanto, el Caballero Bermejo, vestido todo de bermeja[24] armadura y montado sobre un gran corcel alazán de brillante pelaje, se vino hacia él.

—Apartad la vista de esa dama —rugió—. ¡Es mía! Miradme a mí si queréis, pues es lo último que vais a ver en esta vida.

Pusieron las lanzas en ristre y se embistieron con el fragor del trueno. De lleno se acertaron en el centro del escudo de forma que las lanzas saltaron hechas astillas, las cinchas y bridas de sus caballos se rompieron como si fueran de algodón y ambos corceles cayeron a tierra muertos por el impacto. Los dos caballeros quedaron tumbados y quietos tanto tiempo sobre la hierba roja que los que asistían al combate empezaron a murmurar: «¡Se han roto el cuello! Poderoso caballero es este extranjero, pues antes de ahora nadie había conseguido siquiera sacar de su silla al Caballero Bermejo».

Pero al fin se incorporaron tambaleándose, desenvainaron las espadas y se embistieron con la fiereza de leones. Tan grandes tajos se daban que los trozos de armadura volaban en todas direcciones y la sangre corría en abundancia tiñendo de un color más encarnado y oxidado la hierba roja. Al cabo, descansaron para enseguida reemprender la batalla, y al mediodía el Caballero Bermejo le arrancó de un mandoble la espada a sir Gareth y se lanzó sobre él para matarlo. Pero Gareth forcejeó con él y, al final, lo derribó al suelo, le quitó el yelmo y le cogió la espada para matarlo.

—¡Noble señor! —gritó el Caballero Bermejo—. Me rindo a vos y os suplico merced: perdonadme la vida, os lo ruego.

—No puede haber merced —respondió sir Gareth— cuando tan grande humillación habéis vos infligido a muchos buenos caballeros colgándolos del

árbol rojo; muerte es ésa de villano, que no de caballero.

—Señor —dijo el Caballero Bermejo—, todo lo que he hecho ha sido por el amor de una dama. Ella fue la que con su magia hizo este castillo, y yo la amé con todo mi corazón. En otro tiempo sus hermanos, así me lo contó, habían sido muertos por caballeros de la Tabla Redonda, por lo que tenía gran inquina al rey Arturo y a todos sus seguidores. Y se negaba a aceptar mi amor, aunque me juró ser mía cuando hubiera matado a cien caballeros del rey Arturo y los hubiera colgado de aquel árbol rojo que allí veis sobre la pradera escarlata.

Entonces vino la dama Lynet y le suplicó a Gareth que le perdonara la vida.

—Sabed, señor caballero, que todo esto es obra de la reina Morgana para traer sufrimiento y desesperación a Logres. Pero, por vuestras grandes proezas, mayor gloria que nunca ha ganado Logres, pues siempre los que son como vos hacen el bien a partir de los manejos de los malvados. Así pues, sed clemente con este caballero cuyo nombre es sir Ironside, pues en días venideros ocupará una silla honorable en la Tabla Redonda.

—Poneos en pie, sir Ironside —dijo Gareth—. Os concedo la vida. Mas ahora cabalgad a la corte del rey Arturo, poneos a su servicio con todos vuestros seguidores y proclamad que el Caballero de la Cocina os envía.

Tras esto sir Gareth descansó durante diez días en el pabellón de sir Ironside, y cuando estuvo completamente recuperado de sus heridas, cabalgó hasta el Castillo Peligroso para reunirse con la dama Lyonesse, a quien había salvado. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, al cruzar el puente levadizo, el portalón se le cerró con gran estruendo y el rastrillo bajó chirriando ante él. Entonces la dama Lyonesse se asomó por la ventana que había encima de la puerta y le dijo de esta manera:

—¡Idos, Beaumains! ¡Marchaos, Caballero de la Cocina! Sólo cuando demostréis ser un noble caballero de alta cuna tendréis mi amor, no antes.

Ante estas palabras Gareth se puso tan furioso que, sin decir palabra, se dio media vuelta y galopó sobre su corcel hasta lo más intrincado de la floresta, seguido sólo por su enano.

Pero la doncella Lynet vino y le reprochó su conducta a su hermana:

—¡Vergüenza os tendría que dar! ¡Tratar así a quien os ha salvado de tanta pena! No es el que parece, aunque de su nombre y nacimiento no os sepa dar cuenta todavía.

Entonces la dama Lyonesse llamó a su hermano sir Gringamore y le dijo:

—Id y seguid al caballero llamado Beaumains. Cuando esté dormido robadle el enano y traédmelo, pues él conocerá sin duda el auténtico nombre y linaje de su amo.

—Hermana —dijo sir Gringamore—, todo esto se hará según vuestros deseos.

Cabalgó todo el día y por la noche halló a sir Gareth dormido bajo un árbol, con la cabeza apoyada en el escudo. Entonces cogió al enano, que estaba sentado junto al caballo, algo apartado, y escapó con él a todo galope. Pero el enano gritó:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Salvadme!

Y Gareth se despertó con estas voces y persiguió a Gringamore en la oscuridad, a través de bosques y ciénagas, hasta el Castillo Peligroso, aunque no sabía en ese momento adónde había llegado.

Gringamore estaba allí, ante él, y también el enano, que ya había contado toda su historia para cuando Gareth, dando grandes voces, entró en el patio.

—¡Caballero traidor! Devolvedme mi enano o por mi fe de caballero que os he de cortar la cabeza aquí mismo.

Entonces la dama Lyonesse se llegó hasta él y le ofreció su mejor recibimiento.

—Sed bienvenido, sir Gareth de Orkney —dijo ella—. Es grande mi gozo al acogeros en el Castillo Peligroso, defensor y amado mío.

—Señora —dijo sir Gareth—, no fueron ésas vuestras palabras no hace tanto, a pesar de que por vos entré en batalla y vencí al Caballero Negro, al Caballero Verde, al Caballero Azul y al Caballero Bermejo. Así pues, aunque con gusto me alojaré en vuestro castillo esta noche, será sólo en calidad de huésped, no de señor y amado.

Estas palabras enojaron a la dama Lyonesse, quien no obstante le dirigió hermosas palabras y dispuso un gran festín en su honor.

Pero, según estaba echado en la cama esa noche, ella envió a un criado con una espada para que lo matara. Mas Gareth se despertó en el momento en que el hombre se erguía sobre él y esquivó el tajo, de forma que sólo le atravesó el muslo. Entonces se levantó de un salto, cogió la espada y mató al asesino, troceándole en mil pedazos llevado por la furia.

Por la mañana, la dama Lyonesse cabalgó hasta Camelot y allí le contó al rey Arturo cómo sir Gareth la había salvado del Caballero Rojo, y le pidió que convocara un gran torneo en honor de Gareth, pues bien sabía ella que estaba muerto, o herido con tan mala tajada que no se podría curar fácilmente.

Mas Lynet había encontrado a Gareth quejándose en la cama, y lloró ante la perfidia que su hermana había obrado mediante las artes mágicas del hada Morgana. Pero también ella había aprendido las artes sutiles que se conocen en Avalón, donde mora Nimue, la Dama del Lago, y se esmeró tanto que Gareth estaba casi completamente restablecido de su herida para el día del torneo. Entonces le dio un anillo mágico de muchos colores: y a los que le veían les parecía que un momento estaba armado de amarillo, al siguiente de marrón, una vez de blanco y la otra de rojo. Y nadie conseguía distinguir quién era.

Y en ese torneo hizo muchas carreras, justando por turnos con los más esforzados caballeros de la Tabla Redonda, y a todos los derrotó. Mas con sir Lanzarote no quiso justar, ni con sir Gawain, su hermano, y sir Tristán no estaba allí todavía. Pero de entre los demás no había caballero tan fuerte ni esforzado como sir Gareth, hasta que llegaran los días en que sir Galahad y sir Perceval habían de venir también a Camelot.

Cuando hubo terminado el torneo, el rey Arturo dio su fiesta en el gran salón, y sir Gareth le puso el anillo a Lynet en el dedo y de inmediato todos le reconocieron.

Entonces el Caballero Verde, el Caballero Azul y el Caballero Bermejo vinieron con sus seguidores a rendir homenaje al rey Arturo y a decirle cómo el Caballero de la Cocina los había vencido a todos en justo combate. Y el rey Arturo tuvo gran alegría por la gloria que su sobrino sir Gareth había ganado, y le otorgó un lugar honorable en la Tabla Redonda. Y Gareth se casó con la dama Lynet con gran gozo y vivieron felices el resto de sus días.

Mas la dama Lyonesse partió de Camelot, triste y avergonzada. Y renunció a todas las magias negras que tanto tiempo había practicado, y en años por venir sir Gaheris, el hermano de Gareth, la ganó para que fuera su esposa.

CAPÍTULO 4

Sir Tristán y la bella Isolda

Muchos años después del establecimiento de la Tabla Redonda, dos sillas seguían aún vacías, además de la Silla Peligrosa. Los demás sitios podían a veces quedar sin nombre durante un tiempo, cuando algún caballero era muerto en una batalla desesperada o una peligrosa empresa, pero siempre había caballeros dispuestos a ocupar esos asientos. Mas el rey Arturo sabía que las dos sillas a ambos lados de la Silla Peligrosa no se podían ocupar tan fácilmente: estos dos lugares, más uno a cada lado de ellos y la Silla Peligrosa eran para los cinco mejores caballeros de Logres, y sólo para ellos. Gawain ocupaba uno y Lanzarote el otro a la derecha y a la izquierda de la Silla Peligrosa, pero ni siquiera sir Gareth o sir Bors se podían sentar en los otros dos asientos.

Entonces, durante una fiesta de Pentecostés, cuando estaban reunidos en Camelot todos los caballeros, el rey Arturo habló con Lanzarote y Gawain respecto a estas dos sillas.

—He oído hablar de un caballero de quien se dice que es el más grande de su tiempo —dijo Gawain—, pero que nunca ha estado en vuestra corte. Es un caballero de Cornualles, sobrino del rey Marco, vuestro vasallo, y su nombre es Tristán de Lionís.

—Lo conocí una vez —dijo Lanzarote—. Justó con dos caballeros de la Tabla Redonda, sir Lamorak y sir Sagramore, y los venció a ambos. Yo rompí una lanza con él, y puedo dar fe de que es el mejor caballero con el que nunca he justado.

—Enviaremos mensajeros a Cornualles —dijo el rey Arturo— y le pediremos que venga a nuestra corte. Pues estoy seguro de que a él se refería Merlín cuando hablaba de un caballero que por un breve periodo se sentaría a nuestra mesa y traería fama y renombre a Logres. Pero me parece que aquí comienza la aventura del día, sin la cual no podemos empezar el banquete.

Pues de repente, mientras hablaba, oyeron venir de fuera del salón las notas dulces y melancólicas de un arpa que, mientras escuchaban, se iba acercando. Era una música tan suave y lastimera como ningún hombre había

oído, de tal forma que, al escucharla, pocos podían evitar que blandas lágrimas les corrieran por las mejillas.

Entonces llegó el trovador al salón: un hombre apuesto, alto y fuerte a la vista. De cabellos morenos, ojos negros y un aura de dignidad en torno a su persona que bien le sentaría al más digno rey de este mundo. A pesar de ello, vestía las ropas humildes de un trovador y, tras hacer una profunda reverencia al rey Arturo, se fue a sentar en una banqueta al lado de la puerta.

—Acércate, buen juglar —dijo Arturo, cuando el hechizo de la música se hubo disipado un poco—, toca algo más para nosotros; cántanos romances de insólitas hazañas, de nobles caballeros y hermosas damas, pues así se llenará nuestro corazón de contento. Pero antes dime, ¿de dónde vienes?

—De Cornualles, noble rey —respondió el trovador.

—¿Has oído hablar de sir Tristán de Lionís?

—Sí, noble Arturo, y bien le he visto muchas veces. Os cantaré su historia, cuento tristísimo y verdadero, como vos podréis juzgar.

Bebió el vino que se le ofrecía en un cuerno, brindando a la salud del rey Arturo. Luego, sentándose en una banqueta junto a un gran pilar, empezó su balada, unas veces haciendo de ella relato y otras acompañándose de la música dulce y triste del arpa:

—La historia cuenta que en Lionís vivía un rey con su reina, y muy felizmente moraban allí los dos juntos hasta que un día un enemigo vino a los dominios de Riwalin, el rey, para devastarlos a sangre y fuego. Riwalin fue contra él con todos sus hombres, pero fue derrotado en la batalla, y Morgan, el malvado, se apoderó de sus tierras. Y en ese tiempo Morgan hizo buscar a la reina, pero ella había huido a la floresta con un vasallo fiel llamado Rual. Y allí, en el bosque, le nació un niño a la reina, y allí murió ella y fue enterrada. Pero antes de morir le entregó el niño a Rual diciendo:

»—Guardián de la fe, cumplid con la fidelidad que debéis a vuestro señor muerto y a vuestra señora, que pronto se reunirá con él. Tomad a mi hijo y llamadle Tristán, pues nació en penoso día; atendedle bien y criadle como si fuera vuestro propio hijo, para que en días venideros pueda vengar nuestras muertes y reinar una vez más en Lionís. Cuando sea hombre, que busque ayuda en la corte de mi hermano, el rey Marco de Cornualles.

»Rual tomó al recién nacido, y nunca niño alguno recibió tanto amor y cuidados de sus padres como los que prodigaron a Tristán Rual y su esposa. Cuando creció, Curvenal, el sabio, le enseñó muchas artes: a tocar el arpa y a jugar al ajedrez, a manejar la espada y la lanza y a montar a caballo. Y le llevó por tierras extranjeras para que aprendiera a hablar sus lenguas.

»Cuando Tristán fue muchacho crecido sucedió que un barco de Noruega vino a Lionís a comerciar, y el mercader habló con Rual y fue amablemente recibido. Pero ¡ay!, puso sus ojos en Tristán y le invitó a subir al barco a jugar con él al ajedrez, y Tristán vino, y derrotó al mercader en cada partida. Pero, mientras jugaban, los marineros levaron el ancla sin hacer ruido, izaron las grandes velas blancas y se hicieron a la mar con la intención de vender a Tristán como esclavo por mucho dinero.

»Mas se levantó una gran tormenta que durante nueve noches y nueve días arrastró la nave ante sí, y todos en el barco temieron por sus vidas. Entonces los marineros se quejaron, diciendo que había caído sobre ellos una maldición por haber robado a Tristán, y el mercader los escuchó y llevó a Tristán a la orilla más próxima que acertó a ver; y sucedió que esa costa era la de Cornualles. Y en cuanto Tristán arribó a tierra, la tormenta cesó de repente y el sol volvió a sonreír.

»En Cornualles pronto llegó a Tintagel, a la corte del rey Marco, aunque desconocía que Marco era su tío, pues seguía creyendo que su auténtico padre era Rual. El rey Marco acogió con amabilidad al vagabundo, y Tristán le sirvió tan bien que pronto se elevó en su consideración hasta llegar a ser su consejero más cercano, aquel en quien Marco más confiaba. Entonces llegó Rual, que recorría el mundo en busca de su perdido hijo adoptado, y encontró a Tristán con el rey Marco, y supo que Dios tenía parte en estos sucesos.

»Cuando Marco supo que Tristán era su propio sobrino mucho contento tuvo con él, y los dos moraron allí con gran alegría. Marco envió sus ejércitos a Lionís con Tristán al frente, y Morgan el malvado fue muerto; pero Tristán dejó a Rual el gobierno de Lionís, aunque no sin hacerlo primero parte del reino de Marco, y él mismo se quedó en Tintagel.

»Un día Tristán llegó a la corte y se la encontró presa de gran duelo y aflicción: en el estrado de honor vio sentado a un hombre inmenso de mirada fiera, rostro fiero y manos poderosas. Se trataba de sir Marhaus de Irlanda, que venía enviado por Gurmun, rey de aquel país, para pedirle tributo a Marco, al que una vez había vencido en batalla. Y el tributo consistía en que treinta mancebos de noble nacimiento debían ir a Irlanda para servir en la corte, pues de lo contrario un campeón tenía que entrar en batalla con sir Marhaus y matarlo. Pero nadie quería hacer tal combate, pues nunca hubo en el mundo un caballero tan fuerte como Marhaus.

»—Que la vergüenza caiga sobre todos vosotros —gritó enfurecido Tristán—. ¿Os llamáis hombres y vendéis a vuestros hijos como esclavos?

»—Pero, sobrino, no podemos hacer de otra manera —replicó el rey Marco.

»—¡Podéis luchar! —exclamó Tristán—. Negaos a pagar el tributo. Luchad contra Gurmun, el tirano irlandés, o haced que uno de vuestros caballeros luche y mate al fanfarrón de sir Marhaus.

»Mas nadie se atrevía a tanto, y Marhaus dejó escapar una carcajada de desprecio.

»—¡Yo lucharé contra ti, perro sarnoso irlandés! —gritó Tristán, y abofeteó a sir Marhaus con su guantelete[25], de forma que no fuera posible vuelta atrás honrosa.

»El duelo tendría lugar en una pequeña isla frente a las costas de Cornualles: sólo con espadas lucharían, y a solas, sin testigos. Marhaus llegó el primero en un pequeño bote que amarró a la orilla, pero Tristán, tras saltar a tierra, empujó su barca al mar para que se la llevara la deriva.

»—¿Qué haces, niño insolente? —gruñó Marhaus—. Necesitarás esa barca cuando quieras huir de mí.

»—Dos hombres llegaron vivos a este islote —se limitó a replicar Tristán —; ¡sólo uno saldrá con vida!

»Entonces Marhaus se rió y desenvainó la espada, Tristán también sacó la suya, y lucharon todo el día, dándose el uno al otro muchas y muy terribles tajadas. Y Marhaus alcanzó a Tristán una vez, propinándole un corte profundo en el muslo.

»—¡Por ahí te ha de venir la muerte! —se rió—, pues hay un ungüento mágico en mi acero, y pocos hay que sepan sanar la herida en la que entra.

»Entonces, poseído por la furia, Tristán se lanzó contra él, gritando:

»—Caballero traidor y descortés, ésta es mi respuesta. —Y le asestó tan poderoso mandoble que le atravesó el yelmo, y también el cráneo, y la espada se quebró, dejando una pequeña esquirla de acero en la herida. Marhaus cayó a tierra, herido de muerte, y se rindió entonces a Tristán. Esa tarde los hombres de Irlanda le pusieron en un barco y partieron tristes hacia Dublín; y allí murió Marhaus, a pesar de los cuidados de su hermana, la reina Iselda, que era diestra por encima de todas las mujeres en la sanación de heridas. Mas ella extrajo la rota astilla de acero y la guardó en un pequeño cofre, y juró vengarse de quien asestó aquel golpe.

»Tristán yacía enfermo en Tintagel y nadie sabía cerrarle la herida. Al fin hombres sabios le dijeron que en Irlanda estaba la respuesta, pues de allí venía el veneno y sólo la reina Iselda sería capaz de remediarle.

»Tristán fue a Irlanda disfrazado, se hacía llamar el trovador Tantris y cantaba tan bien que los que le oyeron le llevaron a la corte. Gurmun e Iselda tenían una única hija, la más adorable doncella del mundo, de nombre Isolda. Por todo el mundo los hombres la celebran como la bella Isolda, y ciertamente ninguna hay más hermosa que ella; dan fe estos ojos que la han visto y que también han catado las bellezas de otras muchas tierras. El rey Gurmun tenía gran deseo de que su hija aprendiera a tocar el arpa, mas no había en Irlanda quien tuviera la destreza para enseñarla. Oyó hablar del trovador Tantris, cuyo arte con este instrumento todos alababan, y mandó a buscarle. Tantris fue traído en una litera:

»—Esta herida me la infligieron unos piratas mientras viajaba a Irlanda —le dijo al rey—. Yo navegaba con un mercader en un barco cargado de ricas mercancías, y los ladrones del mar nos abordaron y dominaron tras fiera batalla: mataron a todos los del barco menos a mí, pues les gustaba cómo tocaba el arpa. Al cabo me pusieron en una barca, con agua y comida, y de esta manera me encontró vuestra gente cuando la deriva me trajo a las orillas de Irlanda.

»Entonces la reina Iselda atendió a Tantris, el trovador, de forma que se le curó la herida y fue recobrando fuerzas día a día, hasta que sanó del todo. Y día a día él enseñaba a la bella Isolda a tocar el arpa y a cantar, y se le conmovía el corazón ante su belleza. Pero, aunque así era, Tristán ponía la fama y los hechos de armas por encima del amor, de forma que no la cortejaba.

»Durante un año moró Tristán en Irlanda sin ser reconocido, y transcurrido ese tiempo volvió a Lionís, en Cornualles, y se presentó ante el rey Marco en Tintagel. Pero Marco había oído hablar de Isolda la Bella, y cuando Tristán le habló de ella su corazón real se turbó de amor; y tuvo consejo con sus barones, y les dijo:

»—El rey Gurmun de Irlanda no tiene más hijos: ¿no sería un gran bien para los dos reinos que asentáramos una paz firme entre nosotros y que yo tomara a la bella Isolda por esposa?

»Los nobles opinaron que era sabia idea, sin duda, “pero ¿cómo llevarla a cabo? —preguntaron—. Gurmun de Irlanda y su reina Iselda nos odian por la muerte de Marhaus, y también por dejar de pagar el tributo. ¿Cómo pues ganaremos la mano de la princesa Isolda?”. Entonces respondió Marco:

»—En este plan tengo puesto el corazón, hay que encontrar la manera.

»Volvió la vista hacia Tristán y los barones murmuraron entre ellos, pues estaban celosos de él y temían que fuera el próximo rey de Cornualles si

Marco moría sin descendencia. Tristán lo sabía y, deseoso de probar que no tenía ambiciones al trono, se puso en pie y dijo:

»—Tío mío, y vosotros, señores de Cornualles, ciertamente es esta peligrosa aventura; aun así yo la emprenderé. Pues ya he estado una vez en Irlanda y allí la reina Iselda me curó la herida, aunque contra Tristán de Lionís había jurado venganza y odio eterno.

»Tristán se hizo a la mar con una pequeña embarcación y no más de treinta hombres; llegó a Irlanda en mitad de la noche y ancló su barco en una cala tranquila.

»—Si alguien te pregunta —dijo a su fiel Curvenal, que iba con él—, responde que somos mercaderes, y que yo, tu capitán, he ido a tierra a tratar con mis colegas de Irlanda.

»Y sucedía que en aquella época había un dragón en aquel país, un monstruo espantoso que devoraba a la gente y devastaba los campos. El rey Gurmun había prometido a quien lo matara la mano de su hija, la bella Isolda. Esto llegó a oídos de Tristán, que esa noche bajó a tierra armado de pies a cabeza y buscó la guarida del dragón entre las más altas peñas que dominaban un valle achicharrado por el fuego. Temprano por la mañana, cuando los rayos sesgados del sol naciente iluminaban el valle como sangre que goteara entre las rocas, Tristán divisó a tres caballeros, y a un cuarto que los seguía de cerca, que cabalgaron hasta el paso y bajaron hacia la guarida del dragón. Y pronto oyó el rugido de la bestia, y gritos de hombres presos de mortal angustia, y humo cruel que subía serpenteando entre las rocas; entonces el hombre que había seguido a los caballeros apareció galopando por el camino en la dirección opuesta, espoleando cruelmente su caballo para hacerlo ir aún más deprisa. Éste era el senescal del rey Gurmun, un caballero cobarde y fanfarrón, que jamás se atrevió a enfrentarse con el dragón, pero que alardeaba de haber ido muchas veces en su busca.

»Tristán avanzó pausadamente remontando el valle, y por fin vio al dragón, que se inclinaba sobre uno de los caballeros a los que había matado. Era sin duda un monstruo pavoroso, de enormes y relucientes garras, escamas azuladas y verdosas, y mandíbulas por las que vomitaba fuego y humo entre puntiagudos colmillos blancos. Tristán puso su lanza en ristre y arremetió súbitamente contra él, protegiéndose con el escudo por delante. La bestia se giró al oír los cascos y, abriendo las mandíbulas, se preparó para recibir a dentelladas al caballero. Bien apuntó sir Tristán, pues la lanza entró por la boca del dragón y penetró muy adentro, hacia el corazón. Tristán saltó sobre la cabeza del monstruo y éste, rugiendo de dolor y de rabia, mató al caballo

con una llamarada de fuego y empezó enseguida a devorarlo. Mas la lanza, aunque el asta de madera se consumió rápidamente por el fuego, dejó su afilada punta metálica profundamente clavada en las entrañas de la bestia, que huyó bramando hasta un barranco rocoso dejándose a medio comer el caballo.

»Tristán corrió en su busca sin perder un instante, y lo encontró en la parte alta del valle. Allí durante una hora hubo enconada batalla, pues Tristán se resguardó tras una roca para evitar que las llamas abrasadoras lo destruyeran. Muchas veces hirió al monstruo, aunque sin llegar a matarlo, pero la punta de la lanza seguía abriéndose paso hacia el corazón, hasta que al final el dragón rodó por el suelo agonizante. Entonces Tristán se precipitó hacia él y le hundió la espada hasta el pomo, y así acabó con él. Mas la criatura al morir exhaló tal bocanada de fuego y veneno que el escudo de Tristán se le fundió en el brazo, y él cayó al suelo medio envenenado por el fétido aliento.

»Aun así se arrastró hasta el dragón muerto y le cortó la lengua, y la colocó en la bolsa que llevaba al costado. Entonces empezó a buscar la salida del valle, pero al poco el veneno le abrumó, y perdió el sentido y quedó sobre el suelo como muerto.

»Entonces el falso senescal volvió sigilosamente al valle y vio al dragón que yacía muerto, y a Tristán muerto también, o así le pareció. Con risa torva el cobarde caballero cortó la cabeza del dragón, la ató a su silla y volvió a todo galope a la corte del rey Gurmun.

»—¡Mi rey y señor, mirad, he matado al dragón! —gritó—. Cumplid vuestra promesa y dadme en matrimonio a vuestra hija, la bella Isolda.

»Esto turbó sobremanera a Gurmun, pues estaba bien seguro de que el cobarde senescal jamás podría haber matado a aquella bestia. Pero ahí estaba la cabeza, y no sabía cómo poner en duda la proeza. Pero Isolda la Bella vino a su madre con los ojos arrasados en lágrimas y acertó a decir entre sollozos:

»—Me daré muerte antes que casarme con él.

»—Todavía no han llegado las cosas a ese punto —respondió Iselda, la reina—, pues estoy segura de que no fue el senescal el que mató al dragón.

»Esa noche fueron las dos en secreto al lugar de la batalla y encontraron al dragón muerto, descabezado y terrible a la luz de la luna. Y también hallaron allí a Tristán, sumido en un profundo sopor. Entonces Isolda exclamó sorprendida:

»—¡Mirad, aquí está Tantris, el trovador!, aunque si vivo o muerto no lo sabría decir. Lleva la armadura de un caballero, su escudo se ha fundido y su espada está manchada hasta el pomo con la sangre negra del dragón…

»Hicieron trasladar en secreto a Tristán al palacio, y la reina Iselda se afanó tan bien con su saber de sanadora que no tardó mucho Tristán en salir de su inconsciencia para contarles cómo había matado al dragón, mostrándoles como prueba la lengua que había guardado en la bolsa. La reina Iselda le preguntó entonces:

»—Dime, Tantris, ¿por qué viniste a Irlanda, y por qué luchaste con el dragón?

»—Vine como mercader —respondió Tristán—, y conocedor de que los de Cornualles no son bien vistos por los irlandeses, pensé que me ganaría vuestro favor y buena acogida si conseguía matar al dragón.

»—Favor y buena acogida tendréis hasta el día de vuestra muerte —dijo la reina Iselda, y selló sus palabras con un solemne juramento.

»Y llegó el día en que el rey Gurmun debía cumplir la promesa hecha al matador del dragón, y el senescal se presentó orgulloso ante la corte, alardeando de su coraje y jactándose de que Isolda la Bella ya era suya. Pero la reina Iselda se puso en pie y le desafió, y allí vino Tristán que le tachó de falsario y cobarde.

»—¡Yo maté al dragón! —gritó el senescal—. ¡Contemplad esta cabeza que le corté estando la bestia aún con vida!

»—Mirad dentro de la boca del dragón —ordenó la reina. Y cuando se vio que le faltaba la lengua y que la tenía Tristán en la bolsa, todos se regocijaron ante la verdad y se mofaron del senescal. Éste se volvió loco de furia, llamó mentiroso y ladrón a Tristán y le desafió a la ordalía[26] por combate.

»—Al tercer día será la batalla —dijo el rey Gurmun.

»Cuando llegó el día, Isolda la Bella comprobó bien la armadura de Tristán, pues sentía un gran peso en el corazón al pensar en lo que podía acontecer ese día. Sacó la espada de Tristán de su vaina y la observó atentamente. Al hacerlo, vio que faltaba un fragmento de la hoja. Con el corazón encogido buscó el trozo de acero que habían extraído de la cabeza de su tío, sir Marhaus, y halló que encajaba perfectamente. Entonces fue corriendo a su madre y le dijo:

»—¡Ay, este trovador Tantris a quien hemos salvado no es otro que Tristán de Lionís, el matador de Marhaus! Aquí podéis ver la prueba, en la espada que descargó el golpe mortífero. ¡Con esta misma hoja lo he de matar yo en este día!

»Pero la reina contuvo a su hija y juntas fueron a hablar con Tristán. Entonces él les contó la verdad, sin ocultar siquiera la auténtica razón de su segunda venida a Irlanda.

»—Juremos ahora paz con sir Tristán —dijo la reina Iselda—, pues el rey Marco es buen esposo para ti, y hombre valiente también. Pero, si Tristán no nos ayuda, entonces el senescal se convertirá en tu marido.

»Entonces se hizo el juramento y Tristán fue al combate con el senescal, y tan bien luchó ese día que el senescal murió bajo su acero, y así ganó a Isolda la Bella para esposa del rey Marco.

»El barco de Tristán atracó en Dublín con todos los honores, y el camarote del capitán se aparejó para recibir a Isolda, que subió a bordo, la más hermosa doncella del mundo, seguida únicamente por Brangaene, su fiel criada y amiga.

»Entonces, antes de que el barco se hiciera a la mar, la reina Iselda preparó mediante sus artes mágicas una rara poción. La puso en un frasco de vino y se la llevó a la dama Brangaene con estas palabras:

»—Aquí te entrego la felicidad de mi hija. Guarda esta pócima con tu vida y procura que el día de sus nupcias la princesa beba de ella, y el rey Marco también, y nadie más, pues es una pócima de amor tan fuerte que nada en este mundo podrá revocar sus efectos; tan poderosa que, una vez que un hombre y una doncella la han bebido juntos, se amarán hasta el fin del mundo con un amor más grande que ninguna otra cosa de esta tierra.

»Tristán partió de Dublín, y el barco estuvo muchos días en alta mar, navegando gozoso por las mareas de primavera, saltando como una blanca avecilla de amor entre las rizadas olas. Isolda la Bella pasaba el día en su camarote, y allí Tristán se ocupaba de atenderla, le cantaba hermosas baladas de grandes amantes y hazañas sin par y le relataba leyendas de la vieja Cornualles: de la reina Igraine, y de cómo Merlín llevó a Uter Pendragón a la oscura Tintagel, y también los romances y aventuras de Arturo el buen rey y de sus seguidores, la flor de la caballería, y del maravilloso reino de Logres, que estaban construyendo para que resplandeciera como la clara luz de Dios en medio de las tinieblas de Bretaña. Pero la dama Brangaene no hallaba deleite en el baile de las olas, sino que yacía postrada en un camarote apartado.

»Y sucedió que un día, cuando habían acabado las canciones y los cuentos, y Tristán e Isolda jugaban al ajedrez con piezas de marfil rojo y blanco sobre un tablero de cedro labrado, tuvieron sed. Entonces Tristán reparó en la ampolla de vino que estaba en un cofre en el gran camarote, e Isolda dijo entre risas:

»—Brangaene se la ha traído para beber cuando se le pasen los mareos. ¡Bebamos de ella, y que cuando se levante no encuentre más que una botella

vacía!

»Escanciaron el vino en copas doradas, sin saber que era la poción de amor confeccionada por la sabia reina, ignorantes de que era el destino lo que levantaban entre las manos y que, con esa poción, se entregaban a un gran gozo y a un dolor aún mayor. Entonces, sin dejar de reír, brindaron por ellos y apuraron el dulce vino hasta los posos.

»De inmediato un amor intenso se despertó en sus corazones, y el mundo se oscureció ante la luz que sus cuerpos irradiaban a los ojos del otro. Acababan el vino cuando Brangaene entró en el camarote y de un vistazo supo lo que había ocurrido. Durante un año no les explicó nada de lo sucedido, mas, con el corazón helado, lanzó la botella al mar profundo, lamentando haberse embarcado nunca en ese viaje, deplorando aquellos tragos de vino que no habían de ser sino la muerte para Tristán e Isolda.

»Y fue aquél un viaje hermoso por los mares bajo el sol, un sol más luminoso de lo que quizás vuelva jamás a brillar, pues Tristán e Isolda pronto hablaron de su gran amor, y fueron felices durante las horas de su breve juventud, más dichosos de lo que lo hayan sido jamás dos amantes desde que comenzara el mundo. Volando sobre el mar azul se olvidaron de la tristeza que les aguardaba en Cornualles, se olvidaron del conflicto entre el amor y el honor, y se acordaron sólo de que la primavera es corta, y de que el amor les hacía uno sólo a la radiante luz del sol.

»Demasiado pronto llegó el alto barco a los oscuros acantilados de Tintagel, y allí la bella Isolda se desposó con Marco, rey de Cornualles. Pues ése parecía ser el camino del honor para ella, y por honor tuvo Tristán que dejar a su amor y abandonar su juventud tras de sí. Además, si hubiera navegado a otras tierras llevando consigo a Isolda, se hubiera desatado una guerra tal entre Cornualles e Irlanda que no hubiera cesado sin la muerte de muchos buenos caballeros y sin que un profundo pesar se abatiera sobre los dos reinos.

»Poco queda que decir. Tristán realizó grandes proezas en Lionís y su fama se extendió por todo el mundo. Pero no dejaba de amar a Isolda, la reina de Cornualles; y ella a él, y odiaba al rey Marco.

»Y una primavera el amor triunfó sobre el honor, y la mujer de Marco buscó a Tristán en los senderos de un verde bosque. Salió ella a cazar con Brangaene, su ama; y Marco, sin sospechar nada, puso a su sobrino Tristán al mando de sus ojeadores y monteros. Pero los amantes pronto dejaron atrás la cacería y se sentaron solos junto a una corriente clara donde las margaritas salpicaban la hierba fresca como lágrimas blancas y amarillas.

»Otra vez se encontraron, y muchas, muchas veces más. El amor se tornó miedo y creció sombrío y salvaje, pues así suele suceder con el amor que no conoce ley ni honestidad. Y sin embargo no se les pueden hacer muchos reproches, pues el hechizo de amor jamás remitía. Tenían ellos pues cierta disculpa, la que no tienen otros incapaces de respetar sus votos.

»Y sucedió que los barones, que seguían odiando a Tristán, empezaron a sospechar de su amor y murmuraron de él al oído del rey Marco. Durante mucho tiempo el rey se negó a creerlo, pues confiaba en su sobrino y en su esposa y a los dos amaba con ternura. Pero un día Marjodo, un caballero celoso, llevó a Marco a donde pudo ver a Tristán y a Isolda sentados juntos bajo un árbol, cerca del arroyo susurrante; después ya no hubo más lugar para la duda.

»El rey Marco convocó a su consejo, pues pretendía que condenaran a Tristán a muerte. Pero esto, aunque le odiaban, no lo podían permitir los nobles, pues no había ninguno tan fuerte como Tristán, ni tan preparado para salvar a Cornualles en caso de apuro. Además, el pueblo le amaba y si le condenaban a muerte podría estallar una guerra civil.

»Marco desterró a sir Tristán, le expulsó de Cornualles y le mandó lejos de Lionís, tan lejos de la bella Isolda que difícilmente podría volver a verla. Y desde entonces vaga Tristán sin rumbo por las tierras britanas, buscando una paz que no puede encontrar, yendo de acá para allá vestido de trovador y cantando, siempre cantando la misma canción de amor:

Isolda de la isla esmeralda
aún yo te busco, milla tras milla.
Por el ancho mundo te seguiría,
amor, al vuelo un ave blanca.
Isolda, aunque el mundo envejezca,
jamás se enfriará nuestro amor,
pues mientras hay luz y primavera
que viva el amor y que crezca.
Isolda, hasta el fin de los siglos
su lira los poetas tañerán
por cantar nuestro amor sin par:
el de Tristán e Isolda la Bella.

Cesó el juglar su historia, y un gran silencio se hizo entre todos los presentes en el gran salón de Camelot. Mas Lanzarote hundió la cara entre las

manos y las lágrimas le corrieron entre los dedos, pues recordó su propio amor por Ginebra, la reina del rey Arturo.

—Buen trovador —dijo entonces el rey Arturo—, ¿cómo es que conoces tan bien todas las cosas de sir Tristán de Lionís?

Una sonrisa de tristeza se pintó en el rostro del juglar cuando se levantó de la banqueta y se plantó, alto y de noble continente, ante el rey Arturo.

—Bien las conozco —dijo—, bien las conozco a fe mía, tan bien como conoce un hombre su propia pena… ¡pues yo soy sir Tristán de Lionís!

Un murmullo recorrió todo el salón, murmullo de admiración y simpatía. Entonces el rey Arturo se levantó de su sitial, bajó hasta Tristán y le dio la bienvenida.

—Sed bienvenido a Camelot —exclamó—. De corazón os recibo yo y toda la compañía de la Tabla Redonda. De vos nos habló Merlín, el mago encantador, el día en que se constituyó la Tabla. ¡Y mirad! Allí hay un asiento para vos, en aquella silla junto a Lanzarote, donde ahora mismo letras de oro escriben vuestro nombre. ¡Bienvenido seáis, caballero fiel de Logres!

Y de esta manera se convirtió sir Tristán en caballero de la Tabla Redonda y, tras Lanzarote y Gawain, no hubo otro caballero más digno de sentarse allí que él. Durante muchos años ocupó esa silla en las fiestas de Pentecostés, y muchas fueron las empresas que terminó para mayor gloria de Logres. Pero siempre penó su corazón por el amor de Isolda la Bella, con una nostalgia y un dolor que ni el tiempo mitigaba.

Tras muchos años se casó con otra Isolda, la hija de Jovelín, duque de Arundel, llamada Isolda de las Manos Blancas. Esta Isolda le dio mucha paz y él fue para ella un esposo noble y leal. Pero su corazón siempre volvía a Isolda, reina de Cornualles, por lo que los celos anidaron en el corazón de Isolda de las Manos Blancas.

Al fin Tristán recibió una lanzada envenenada mientras trataba de socorrer a Kaedín, el hermano de su esposa, y la herida se le infectó y de ninguna manera sanaba. Entonces dijo Tristán:

—La muerte me ronda, a no ser que Isolda de Cornualles venga en mi ayuda, pues sólo ella tiene el saber que fue de su madre.

Así que encomendó a su fiel Curvenal que se embarcara y fuera a Tintagel, a rogar a Isolda que viniera a curarle. Si la reina se avenía a acompañarle, Curvenal debía izar una vela blanca al aproximarse, mas la vela debía ser negra si ella no venía.

Isolda de Cornualles embarcó con la mayor presteza que pudo, y Curvenal izó velas blancas. Pero Tristán yacía tan postrado en su lecho que ni

incorporarse podía para mirar por la ventana. Entonces le dijo a su esposa:

—Ve y otea el mar: el barco de Curvenal pronto se acercará a tierra desplegando blancas velas si la bella Isolda viene a bordo; de lo contrario, la vela será negra.

Entonces Isolda de las Manos Blancas observó el mar, y divisó el barco de Curvenal que volaba sobre las olas con todo su blanco velamen ofrecido al viento. Pero movida por los celos y por su odio a Isolda de Cornualles le dijo a Tristán:

—Reparad aquí, señor mío, que veo el barco de Curvenal que rompe pesadamente las olas. Y trae todas las velas negras…

Entonces Tristán volvió el rostro hacia la pared y dijo:

—Dios te guarde, mi amor, mi bella Isolda, pues nunca más he de volver a ver tu rostro.

Entonces dejó de luchar por su vida, con lo que expiró casi al punto.

Y cuando Isolda la Bella, reina de Cornualles, lo encontró muerto, se arrodilló junto a él hasta que el dolor le rompió el corazón, y murió también. Y los enterraron en la misma tumba, pues Isolda de las Manos Blancas se arrepintió de sus celos cuando ya era demasiado tarde.

Y sobre la tumba plantaron dos rosales, uno rojo y otro blanco; y al crecer se inclinaron el uno hacia el otro, las ramas se entrelazaron, y ascendieron como si de un único rosal se tratara, plagado de flores rojas y blancas. Pues nunca hubo en este mundo dos amantes tan fieles como Tristán de Lionís y la bella Isolda.

CAPÍTULO 5

Gereint y Enid

Aunque la alta fiesta de Pentecostés la celebraba siempre el rey Arturo en Camelot, en cuyo castillo se hallaba la Tabla Redonda, a menudo convocaba a la corte otros días de fiesta en distintos lugares, y allí se venían a reunir todos los caballeros que estuvieran en la vecindad. A veces tenía corte en Cardiff, y a veces en Colchester o en Carlisle; y en una ocasión fue en Chester y en otra en Cardigan; pero el lugar más usual solía ser Caerleon, al sur de Gales, en el castillo en el que por primera vez había sido proclamado rey legítimo del reino de Logres. El rey Arturo no siempre esperaba a que sucediese alguna aventura antes de empezar el festín, pero sí le placía en extremo cuando así sucedía. De modo que su corazón se llenó de contento un día de Pascua en el que, estando sentados a comer en Caerleon, vio que entraba de repente en el salón un muchacho alto y hermoso, vestido de verde y blanco y con una gran espada de pomo de oro ceñida a la cintura.

—¡Os saludo, noble rey Arturo! —dijo el joven, haciendo una profunda reverencia al rey.

—Y yo os doy la bienvenida, buen señor —respondió el rey Arturo—. ¿Venís a contarme alguna aventura? Me parece haberos visto antes de este día, aunque no creo recordar vuestro nombre.

—Soy Gereint, hijo de Erbin —fue la respuesta—, y habito en la Floresta de Dean, no lejos de aquí. Paseaba yo hoy por un herboso claro cuando vi un extraño y magnífico ciervo: era blanquísimo de color y tenía las astas de oro claro; pisaba con delicadeza entre las hojas y las hierbas, y evitaba juntarse con los demás venados de vuestro bosque. Entonces busqué a vuestros monteros reales y les pedí que marcasen hacia dónde iba, tras lo cual vine rápidamente a comunicároslo.

—Habéis hecho bien, joven señor —dijo Arturo—. Mañana nos levantaremos temprano y saldremos muchos caballeros a cazar ese ciervo.

—Permitidme ir con vos a ver la cacería —rogó la reina Ginebra—. Y que este joven escudero, Gereint, venga conmigo.

—Sea como deseáis —respondió Arturo—. Y no importa quién mate al ciervo, la cabeza será para Gereint, bajo esta condición: que él se la dé a la

señora de su corazón.

—¡Ay, que no tengo dama! —suspiró Gereint.

—¡Entonces os encontraremos una! —rió Ginebra. Y con esto quedó todo dispuesto.

Por la mañana el rey Arturo, con Gawain, Kay y muchos otros caballeros, se levantó temprano y fue a la floresta en busca del ciervo blanco. Ginebra los siguió más tarde, acompañada sólo por una doncella y por Gereint, que cabalgaba vestido todavía con su túnica de tela blanca y verde, sin llevar otra arma que la espada de pomo de oro al costado.

Pronto llegaron al borde del bosque y escucharon cuernos de monte en la distancia, mas no les era posible adivinar en qué dirección iba la cacería. Mientras esperaban en el verde lindero de la floresta, vieron que una pequeña cabalgata se aproximaba hacia ellos por el camino. Primero venía, montado en un fogoso caballo, un enano contrahecho que llevaba un cruel látigo de correas de cuero en la mano. Tras él venía una altiva dama en un hermoso caballo blanco, vestida con vestidos de brocado dorado. La seguía un caballero de reluciente armadura, jinete sobre un gran corcel de guerra negro: un hombre gigantesco sobre un caballo monstruoso.

—Gereint —dijo Ginebra—, ¿conocéis el nombre de aquel caballero?

—No lo conozco —dijo Gereint—, y no puedo verle la cara, pues lleva la visera bajada.

—Ve y pregunta por él —ordenó Ginebra a su doncella, que fue rápidamente hacia el enano y le preguntó el nombre del caballero.

—¡No te lo digo! —replicó el enano.

—Como sois tan descortés, se lo preguntaré al caballero —dijo la doncella.

—¡No harás eso, por mi fe! —dijo el enano.

—¿Y por qué no? —preguntó la doncella.

—Porque no eres digna de hablar con alguien de tan alto linaje —respondió el enano. Pero la doncella hizo girar su caballo y se disponía a ir hacia el caballero cuando el enano le asestó tal latigazo en el rostro que la sangre le corrió por las mejillas.

Llorando amargamente, la doncella volvió a la reina Ginebra y le contó lo que había pasado.

—¡Un vil patán es ese enano! —gritó Gereint—. Iré a ver qué me tiene que decir.

—¡Id! —dijo Ginebra, y Gereint se dirigió hacia el enano.

—¿Quién es aquel caballero? —preguntó.

—¡No te lo digo! —replicó el enano.

—Como sois tan descortés, se lo preguntaré al caballero.

—¡No harás eso, por mi fe! —gritó el enano.

—¿Y por qué no? —preguntó Gereint.

—Porque no eres digno de hablar con alguien de tan alto linaje —respondió el enano.

—¡He hablado con quienes son más grandes que él! —dijo Gereint, enojado, y, tras hacer girar su caballo, se dirigía hacia el caballero cuando el enano le dio tal latigazo que le corrió la sangre por la cara y ensució la blancura de su túnica.

La mano de Gereint voló hacia el pomo dorado de su espada, pero entonces pensó: «Poca venganza será si mato a este enano y el caballero a su vez me mata estando como estoy desarmado». Por lo que volvió a la reina Ginebra y le contó lo sucedido.

—Los seguiré —dijo Gereint—, y cuando lleguemos donde me pueda procurar armadura, escudo y lanza, desafiaré a ese arrogante caballero.

—Id pues —dijo la reina—, y si probáis vuestra valía, seréis caballero de la Tabla Redonda.

—Pronto tendréis nuevas mías —dijo Gereint, y con éstas partieron.

Todo el día siguió Gereint al caballero, a la dama y al enano, bordeando la floresta, bajando a valles profundos y remontando las colinas del sur de Gales. Al anochecer llegaron a una extraña villa en cuyo centro se erigía una alta torre. Mientras el caballero recorría las calles hacia el castillo, la gente salía a las puertas y se inclinaba reverente ante él, y por todas partes se oía el ajetreo de los caballeros y hombres de armas y el tintinear de sus aceros. Pero para Gereint no hubo sonrisas cordiales mientras atravesaba la villa. La cruzó de lado a lado hasta salir por el otro extremo una vez que se hubo asegurado de que el caballero, su enemigo, entraba en la amenazadora torre.

Las sombras se espesaban cuando Gereint llegó otra vez al borde de la floresta y advirtió entre los árboles las ruinas de una gran mansión, una casa fortificada, casi un castillo, con foso y altas torres, gruesos muros y angostas ventanas. Pero el foso estaba lleno de arbustos y matojos, las torres agrietadas y partidas, las escaleras se enroscaban en el vacío y los muros en muchos sitios eran poco más que montones de ruinas. De todas las ventanas del lugar sólo una aparecía iluminada.

Sentado en el pretil del puente, sobre el foso, distinguió a un viejo vestido con lo que en otra época habían sido buenas ropas. El anciano saludó a Gereint amablemente:

—Joven señor, ¿por qué cabalgáis tan ensimismado, con la cabeza gacha?

—Estoy sumido en mis pensamientos —respondió Gereint—, pues no sé dónde alojarme esta noche; estoy en tierra extraña y todos los hombres que encuentro me dirigen miradas hostiles.

—Venid conmigo —dijo el viejo—, que os recibiré lo mejor que pueda. Hubo un tiempo en que hubiéramos compartido un rico banquete en mis salones, pero muchos males y desgracias me han sucedido desde entonces.

Gereint entró por el puente en la derruida mansión, ató el caballo en un establo sin techo y siguió a su anfitrión por una escalera de piedra hasta una agradable estancia donde ardía el fuego y la mesa esperaba con una cena frugal. Junto al fuego se sentaba una anciana en una alta silla de roble labrado y, en una pequeña banqueta a su lado, la doncella más adorable que Gereint jamás hubiera visto.

—Con certeza —dijo Gereint a su anfitrión al sentarse a la mesa—, no siempre habéis vivido en una mansión en ruinas sin nadie que os sirva.

—Oh, no, joven señor, hubo un tiempo en que todo era muy distinto —dijo el anciano—. Yo soy Liconal, duque de derecho de esta villa y de todas las tierras circundantes. Pero, por el orgullo de mi corazón, le quité su ducado a mi sobrino Ydier y lo goberné por él hasta que alcanzó la mayoría de edad. El resultado fue que él tomó sus dominios y los míos, y me expulsó de mi castillo, de forma que yo y mi esposa y nuestra hija Enid, que no era más que una niña, nos vimos forzados a habitar en el único sitio que nos quedó, esta vieja mansión donde hacía muchos años que no vivían sino los grajos y las cornejas.

—¿Entonces era el duque Ydier el que atravesó hoy la ciudad y al que todos saludaban? —dijo Gereint—. Tengo grandes deseos de romper con él una lanza, pues es un caballero descortés y arrogante; un enano suyo levantó su látigo contra una doncella de la reina Ginebra, y también a mí me cruzó el rostro. Pero yo no tenía ni arnés ni lanza, pues todavía no soy armado caballero, por lo que no pude desafiarle. Por eso fui tras él, para descubrir dónde vivía y para ver si encontraba a alguien que me quisiese dejar armas.

—Eso lo haré yo gustoso —exclamó el duque Liconal—, y mañana podréis luchar con Ydier. Pues por la mañana celebra su torneo anual, donde espera ganar el Gavilán.

—Contadme de qué trata este Gavilán —dijo Gereint—, pues jamás oí mentar esta costumbre.

—Es un trofeo forjado en plata pura —respondió Liconal—, y cada año vienen caballeros con sus damas para justar por él. El que lo gana tres años

seguidos es llamado Caballero del Gavilán, y eso es lo que será el duque Ydier si lo gana mañana; luego entregará el Gavilán a su dama, con lo que será considerada la dama más hermosa del mundo.

—Mañana entraré en batalla con él por el Gavilán —dijo Gereint, con voz tranquila.

—No podréis entrar en el torneo —dijo Liconal—, a no ser que vuestra dama cabalgue con vos, y que la proclaméis la más bella dama del mundo.

—No tengo dama —dijo Gereint—. No obstante no he visto doncella más hermosa que vuestra hija, la dama Enid. Si viene conmigo mañana, será mi señora mientras yo viva… y si muero, no queda peor de lo que estaba en este día.

Entonces la dama Enid enrojeció deliciosamente, y dijo que sin duda estaría dispuesta a ir al torneo con Gereint, pero de lo que sucediera después no quería decir nada.

Esa noche Gereint durmió en la mansión en ruinas. Al día siguiente temprano el duque Liconal le dio una vieja armadura, le puso una buena lanza en la mano y, junto con su esposa y con Enid, le condujo a una gran pradera que se extendía a los pies del castillo. Allí había reunida mucha gente ricamente vestida, y muchos caballeros con relucientes armaduras.

Entonces el duque Ydier avanzó por el campo montado en su gran corcel negro hasta donde se hallaba su dama, sentada bajo un dosel.

—Señora —exclamó—, ved que allá, al otro extremo de la pradera, os espera el Gavilán. Pues vos sois la más hermosa de las mujeres, y eso lo he probado estos dos años, y lo probaré otra vez en este día si alguien pone en duda mis palabras… Levantaos ahora e id a por el Gavilán, pues no hay hombre tan esforzado que quiera entrar en batalla conmigo.

—¡Teneos un poco! —gritó Gereint, que apareció de repente—. No vayáis a por él, hermosa dama, pues hay aquí una dama todavía más bella que vos. ¡Y he de probar el derecho de mi dama al Gavilán a quien se atreva a negarlo!

El duque Ydier se echó a reír:

—¿Quién tenemos aquí? ¿Un patán que se ha encontrado una armadura vieja y oxidada en una zanja? —dijo—. Será divertido castigar su insolencia, aunque primero le he de derribar de ese caballo.

Entonces se apartaron los dos y se lanzaron el uno contra el otro corriendo todo el campo con tanta fuerza que las lanzas se les hicieron pedazos. Tres veces justaron, y cada vez se les rompieron las lanzas en mil partes. Pero para

el cuarto encuentro el duque Liconal le dio una gran lanza a Gereint con estas palabras:

—Esta lanza recibí el día en que fui hecho caballero, y desde ese día he justado con ella sin que nunca se quebrara. Además, la punta está afilada todavía.

Gereint se lo agradeció, puso la lanza en ristre y arremetió una vez más contra el duque Ydier. Y esta vez le alcanzó con tal fuerza que se rompieron las cinchas que sujetaban la silla de Ydier al caballo. Por la grupa del corcel salió volando, con la silla aún debajo.

Gereint echó pie a tierra, desenvainó su espada de pomo de oro y lucharon por toda la pradera, dándose tan grandes tajos que la hierba estaba pisoteada y manchada de sangre. Tanto es así que la vieja armadura de Liconal aparecía repartida en pedazos por todas partes como pétalos oxidados y rojizos de amapolas mustias.

El duque Ydier asestaba fortísimos mandobles, y Gereint se empezaba a tambalear bajo los golpes.

—¡Recuerda los insultos infligidos a ti y a la reina Ginebra! —gritó Liconal—. ¡Piensa en la belleza de mi hija Enid!

Entonces Gereint se sintió poseído de nuevas fuerzas; con un molinete de su espada se lanzó contra el duque Ydier y le descargó tal mandoble que dio con él en tierra, con el casco hendido y sangrando por la cabeza.

—Merced, noble caballero —gritó Ydier—. Me rindo a vos. Además, vuestro es el Gavilán, vuestro para entregárselo a quien vos deseéis.

—Id pues a la corte del rey Arturo en Caerleon —dijo Gereint—, vos, vuestra dama y vuestro enano, suplicad el perdón de la reina Ginebra por el insulto del enano y decidle que Gereint, hijo de Erbin, os envía. Además, el viejo duque Liconal hará el viaje con vos, y expondréis vuestra querella ante el rey Arturo, pues ya hace demasiado tiempo que despojasteis a vuestro tío de sus dominios y que por ello habita en una mansión derruida.

—Todo eso haré —dijo el duque Ydier—. Pero acompañadme ahora a mi castillo, y mi tío Liconal también, para celebrar allí un gran banquete que ponga fin a nuestro antiguo odio.

Grande fue el festín aquella noche en el castillo de Ydier, y por la mañana se prepararon para cabalgar hasta Caerleon.

—Venid también vos con nosotros, valiente caballero —propuso Ydier a Gereint.

—No puede ser —respondió Gereint—, pues aún no soy caballero. He de andar por bosques y florestas en busca de aventuras y así demostrar la fuerza

de mi brazo. También así, bella dama Enid, podré probarme a mí mismo ser digno de vuestro amor.

Entonces Enid se enojó con Gereint, pues pensaba que ya era armado caballero y que ese día había de cabalgar con ellos hasta Caerleon para desposarla allí al día siguiente. Y en su enfado le dirigió palabras necias:

—¡En verdad que no sois digno de ser hecho caballero! —le recriminó—, pues ahora huís acobardado. Que vais en busca de aventuras no lo creo; si marcháis ahora, estad seguro de que buscaré en Caerleon un caballero más noble y esforzado que vos para que sea mi señor.

Con los labios blancos de indignación y de ira respondió Gereint:

—Señora, gran injuria me hacéis en este día. Por mi honor, no puedo ir con vos a Caerleon; mas, si así os place, cabalgad delante de mí por el camino que debo seguir y entonces seréis testigo de lo que pueda suceder. Id muy por delante sin mirar atrás. ¡Y no me dirijáis la palabra, no importa lo que suceda!

—Así lo haré —dijo Enid, arrepentida ya de sus crueles e injustas palabras. Y con esto se despidió de su padre, hizo girar al caballo y marchó hacia las montañas, con Gereint, ceñudo y taciturno, siguiéndola de cerca.

No había pasado mucho tiempo cuando, al bajar una empinada senda que llevaba al bosque, se toparon con tres bandidos de caminos ataviados con armaduras, y uno de ellos les dijo a los otros:

—¡En verdad que es gran ocasión ésta! Capturemos a la dama y a los dos caballos, pues aquel caballero que va tan pensativo con la cabeza gacha nada puede hacer contra nosotros.

Entonces Enid se dio la vuelta y galopó hacia Gereint: «Le he de avisar —pensó—, aunque me haya ordenado que no le dirija la palabra». Pero Gereint se limitó a decir:

—Puede que deseéis verme muerto a manos de estos bandidos, mas no ha de suceder así. Por lo que os ordeno que guardéis silencio.

Bajó la lanza y arremetió de repente contra el primer ladrón, le alcanzó en el cuello y le dejó muerto en el suelo; al segundo le atravesó escudo y armadura, y al tercero le alcanzó y mató por detrás cuando emprendía la huida.

Entonces Gereint despojó a los cadáveres de sus armaduras, las ató sobre sus caballos y le dijo a Enid:

—Volved a cabalgar por delante llevando estos tres caballos ante vos. Pero no digáis una palabra a no ser que os hable yo primero.

Siguieron avanzando por un espeso bosque, en medio del cual se toparon con otros seis bandidos armados.

—¡Aquí se nos presenta una gran ocasión! —exclamaron—. Capturemos a la dama y a los cinco caballos, pues aquel caballero que tan ensimismado va con la cabeza gacha poco puede hacer contra nosotros.

«Le he de advertir esta vez —pensó Enid— aunque me mandara que no hablara con él».

—¿No os ordené que guardarais silencio? —dijo Gereint—. Por mucho que deseéis mi muerte a manos de estos bandidos, no les tengo ningún miedo.

Bajó la lanza, y con ella derribó a los seis ladrones, uno tras otro, atravesándolos como a polillas con un alfiler. Entonces los despojó de sus armas y las ató sobre sus caballos, y le dijo a Enid:

—Seguid cabalgando por delante, con estos nueve caballos ante vos. Pero cuidaos de no decirme una palabra a no ser que os hable yo primero.

Por la floresta siguieron hasta salir a un valle grande y desolado cubierto de rocas desnudas. Allí distinguió Enid nueve ladrones armados que venían hacia ella. Y el cabecilla exclamó:

—¡En verdad que buena ocasión se nos presenta! No ha de sernos costoso capturar estos caballos con las armaduras, y a la doncella también, pues aquel caballero que tan melancólico va con la cabeza baja no nos lo podrá estorbar en modo alguno.

«¡Sin duda que perecerá esta vez si no le aviso!», pensó Enid.

Pero Gereint respondió lo mismo que las otras dos veces:

—No me dan miedo estos bandidos, aunque vos deseéis que muera a sus manos. Además, creo recordar que os ordené que mantuvierais silencio.

Entonces bajó la lanza y cargó contra los ladrones, atravesando el escudo y la armadura del cabecilla, que cayó muerto. Gereint se fue entonces a por el grupo desde el otro lado y, a la que pasaba entre ellos, dejó a otro muerto en el suelo. Y así, fue atravesándolos de un lado y del otro, hasta que estuvieron todos muertos sobre el campo. Entonces ató todas las armaduras a los caballos y le dijo a Enid:

—Seguid por delante, conduciendo ante vos estas dieciocho monturas. Pero no me digáis ni una palabra, a no ser que me dirija yo a vos primero.

Al poco empezó a oscurecer y llegaron a un castillo en la cabecera del valle; allí pidió Gereint hospitalidad para la noche.

—Bienvenido seáis —dijo el señor del castillo, cuyo nombre era sir Oringles de Limors—, y también vuestra bella dama, pues ciertamente nunca fue vista aquí una doncella tan hermosa.

Tras el banquete Gereint se sentó taciturno a un lado, pues todavía se dolía su corazón de las palabras crueles y precipitadas de Enid. Ella también

se sentó sola, sin saber cómo recuperar el amor de Gereint, pues mucho se temía que por su necedad le había perdido para siempre. Y de esta forma estaban cuando sir Oringles se vino hasta ella y le dijo:

—Hermosa doncella, con seguridad que el viaje con este caballero doliente no es de vuestro agrado.

—Con él prefiero viajar antes que con ningún otro —fue la respuesta de Enid.

—Dejaos aconsejar por mí —prosiguió sir Oringles—. Abandonad a este hombre y vivid siempre conmigo. Todos mis dominios serán vuestros, y todas las cosas que podáis ambicionar: joyas, vestidos, sirvientes y criadas.

—¡Jamás haré eso, por el cielo! —exclamó Enid—. He entregado mi fe a aquel hombre, y nunca le seré inconstante.

—Si le diera muerte —dijo sir Oringles, frunciendo el ceño—, podría teneros conmigo todo el tiempo que quisiera, y desdeñaros luego en cuanto me cansara de vos. Mas si decidís quedaros junto a mí por vuestra propia voluntad, entonces seréis mi esposa y señora de todas estas tierras.

—Que sea como deseáis —dijo Enid—. Mañana proseguiremos nuestra marcha como antes, pero al poco me saldré del camino y me esconderé hasta que vos vengáis. Aseguraos de que nos seguís con rapidez.

—Así se hará —respondió sir Oringles—. Y ningún mal sufrirá el hombre con el que viajáis.

Esa noche durmieron en paz en el castillo y partieron pronto a la mañana siguiente. Enid abría la marcha con los dieciocho caballos y su carga de armaduras. Pero, en cuanto perdieron de vista el castillo, ella se volvió rápida hacia Gereint y le dijo:

—Mi señor, perdonadme que me dirija a vos contra vuestro deseo, pero corremos peligro de muerte a causa de sir Oringles, el malvado señor del castillo. —Entonces le contó lo que habían hablado la noche anterior, y cómo ella había simulado aceptar las malvadas sugerencias de sir Oringles, sabedora de que si no lo hacía Gereint habría sido asesinado allí mismo, y ella tomada a la fuerza—. Pronto estará aquí con más hombres de los que podéis vencer. Apartémonos del camino y volemos a las profundidades del bosque antes de que nos alcance.

—Os agradezco este oportuno aviso —dijo Gereint—, pero no he de huir. Aquí me quedaré a esperar a este caballero vil y a los suyos. En cuanto a vos, mi consejo es que vayáis tan rápido como podáis a Caerleon, a la corte del rey Arturo.

—Nunca os dejaré, mi señor Gereint —comenzó Enid, mas se detuvo a escuchar de repente—. Oigo el entrechocar de los arreos de los caballos —exclamó—, el estrépito de las armaduras y el trepidar de los cascos contra el suelo.

Se habían detenido en un espacio abierto a orillas del bosque, donde el camino salía del valle que se extendía entre ellos y el castillo de sir Oringles, que se vislumbraba ahora a sus espaldas, reverberando a la luz de la mañana sobre el mar de bruma blanca que llenaba el valle. De la bruma venía el sonido de muchos jinetes armados lanzados al galope. Gereint tiró de las riendas de su corcel, bajó la lanza y se dispuso para la batalla.

—Veo los reflejos plateados de las armaduras entre la neblina —exclamó Enid—. Justo donde la bruma iluminada por el sol se pega a la tierra.

—La niebla es rojiza a la luz de la mañana —dijo Gereint gravemente—. ¡Aquellos jinetes cabalgan hasta las cinchas en un mar de sangre!

Del valle salieron irrumpiendo en la claridad de la mañana sir Oringles, completamente armado, y cuatro veintenas de caballeros que avanzaban en prietas filas detrás de él.

—¡Rendíos! —gritó sir Oringles—. Somos ochenta contra uno, y si no me entregáis a la dama Enid de inmediato, moriréis a nuestras manos. Mas si ella viene conmigo, y os garantizo que lo hará de su grado, podréis seguir vuestro camino sin recibir ningún daño.

Por toda respuesta Gereint picó espuelas y arremetió contra sir Oringles, al que golpeó con tal fuerza en medio del escudo que hombre y caballo rodaron por el suelo. Entonces cargó contra el centro de los jinetes, y así comenzó un combate feroz en el que Gereint mató a muchos y derribó a otros tantos, luchando con tal saña que a menudo se retiraban sus atacantes con miedo murmurando entre ellos:

—Debe de ser un mago, no un hombre ordinario.

El final de ello fue que, al cabo, se impusieron a Gereint, que cayó al suelo sangrando por múltiples heridas, y quedó inmóvil en el polvo.

—¡Ay! —gritó Enid, arrojándose sobre él—, ¡ahora yace muerto el único hombre al que he amado o amaré! Y yo he sido quien, con mi torpeza, le ha traído a este fin.

—¡Pronto remediaremos vuestro pesar! —dijo sir Oringles, y ordenó a sus hombres que llevaran a Enid al castillo, y que también llevaran allá los cuerpos de los heridos y los muertos.

Cuando el festín estuvo dispuesto para aquella noche, sir Oringles hizo traer al salón a Gereint sobre una camilla que dejaron en el suelo.

—Señora —le dijo a Enid—, no hagáis duelo por este asunto. Aquel caballero está muerto sin duda, mas aquí estoy yo para ser vuestro señor; así pues, regocijaos.

—Jamás he de volver a conocer lo que es el gozo mientras viva —dijo Enid con tristeza.

—Al menos sentaos junto a mí y comed —dijo sir Oringles—. Mirad, aquí tenéis un lugar a mi lado. —La condujo a la mesa contra su voluntad, mas Enid se negó a probar bocado.

—Pongo al cielo por testigo —exclamó— de que no he de comer hasta que aquel hombre que está en aquellas andas coma también.

—Imposible de cumplir es ese voto —se burló sir Oringles—, pues aquel hombre yace muerto.

—Entonces —dijo ella—, no volveré a comer.

—¡Bebed entonces de esta copa! —la apremió sir Oringles—. ¡La fuerza de este vino os hará cambiar de parecer!

—Malhaya yo si algo bebo antes de que Gereint también haya bebido —dijo Enid. Entonces sir Oringles hizo un juramento vil:

—Dado que la gentileza no os prueba —gritó—, veremos lo que pueden hacer las malas palabras y los golpes.

Y con esto la abofeteó hasta que Enid rompió a llorar.

Al sonido de sus sollozos, Gereint despertó del profundo sopor en que se hallaba y se incorporó de un salto, con la espada de pomo dorado en la mano. Entonces, mientras todos le contemplaban espantados, pues creían ver un fantasma, saltó sobre sir Oringles sin pronunciar palabra y le cortó la cabeza de un solo tajo, de forma que ésta cayó sobre la mesa, rebotó en el suelo y se alejó rodando en la oscuridad, llenando de horror a todos los presentes.

Entonces se levantaron todos y huyeron aterrados del salón, no tanto por miedo a los vivos sino por el pavor que les producía ver a quien creían muerto levantarse para llevarlos con él.

—Venid, mi buena Enid —dijo Gereint—. Mostradme dónde están los caballos, pues hemos de alejarnos veloces antes de que vuelvan. Tan débil estoy por la pérdida de sangre y el dolor de mis heridas que no podría luchar mucho tiempo.

Montaron en los caballos y se perdieron rápidamente en la oscuridad de la noche, con las manos entrelazadas, cabalgando por fin el uno al lado del otro.

Mientras tanto el rey Arturo cazaba el venado por la Floresta de Dean, y por los valles y colinas cubiertas de bosques que dominan el Usk y el Wye, en las entrañas del sur de Gales. Durante dos días y dos noches se prolongó la

montería; hacía mucho que la reina Ginebra se había retirado al Castillo de Caerleon, y muchos caballeros que habían quedado retrasados también abandonaron la cacería. Pero en la mañana del tercer día alcanzaron al ciervo blanco, y *Cavall*, el perro favorito de Arturo, lo derribó. El mismo Arturo fue el primero en llegarse hasta él para cortarle la cabeza con su espada Excalibur.

Entonces descabalgaron e instalaron su campamento, y descansaron allí. Pero sir Gawain y sir Kay se quedaron montados, con el escudo y la lanza preparados, para prevenir posibles ataques de ladrones en aquel lugar tan salvaje y apartado. Iban arriba y abajo del camino a escasa distancia de las tiendas, cuando de repente aparecieron Gereint y Enid cabalgando hacia ellos.

—¡Mirad qué extraño caballero viene hacia nosotros! —dijo sir Kay—. ¡Romperé lanzas con él! —Y hacia allá se fue antes de que Gawain pudiera detenerle.

—¡Alto, caballero! —gritó sir Kay—. ¿Quién sois y cuál es vuestra demanda?

—Voy en busca de aventuras, y mi nombre es asunto mío —respondió Gereint, que había reconocido a Kay.

—¡Bien, dejad de buscar aventuras y venid conmigo a ver al rey Arturo, que está acampado aquí mismo! —dijo sir Kay con insolencia.

—¡Por el cielo que no pienso hacer tal cosa! —respondió Gereint enojado.

—Venid presto si no queréis que os haga yo venir —le provocó sir Kay.

Entonces, enfurecido, Gereint cargó de repente contra sir Kay y le golpeó con el cuento de su lanza con tal fuerza que Kay cayó de la silla y rodó por el suelo.

—Bien os han respondido, sir Kay —dijo Gawain con voz grave al acercarse—; y ahora, noble Gereint, hijo de Erbin, os suplico que vengáis, y vuestra dama también, hasta donde se encuentra nuestro señor, el rey Arturo.

—Que nos place —replicó Gereint—, pues estamos exhaustos tras muchas aventuras, y muy malherido voy yo a causa de los desiguales combates que he trabado.

Entonces fueron hasta el rey Arturo, que mucho se alegró de ver a Gereint y de oír sus aventuras. También fue grande su contento al dar la bienvenida a la dama Enid, y al pedirles a ambos que los acompañaran en el camino de vuelta a Caerleon.

Cuando hubieron llegado allí y la fiesta estuvo dispuesta, el rey Arturo le entregó la cabeza del venado a Gereint, y Gereint se la dio a Enid, diciendo:

—Señora, este trofeo estaba destinado a la dama más hermosa de la corte del rey Arturo, pero yo os lo entrego a vos como a la dama más hermosa de la tierra.

Entonces llegaron el duque Liconal y el duque Ydier y les contaron a todos lo que había hecho Gereint. Y los seguidores de sir Oringles también vinieron a jurar lealtad al rey Arturo, y le contaron al rey cómo Gereint había luchado con todos y había matado al mismo sir Oringles. Y con ellos trajeron los dieciocho caballos cargados con las armaduras de los ladrones, y de éstas contó Enid su historia a toda la corte.

Entonces el rey Arturo armó a Gereint caballero, el cual, una vez que se hubo recobrado de sus heridas, se casó con la dama Enid. Y en la fiesta de Pentecostés, cuando todos los caballeros de la Tabla Redonda se reunieron en Camelot, Gereint también estaba allí, y su nombre aparecía escrito con letras de oro en el respaldo de una de las sillas.

CAPÍTULO 6

Sir Gawain y la dama Ragnell

Una de las aventuras más extrañas de las que tuvieron lugar durante el reinado del rey Arturo dio comienzo un día de Navidad, mientras el rey y varios de sus caballeros celebraban un banquete en el Castillo de Carlisle. No hacía mucho que Arturo y sus caballeros habían vencido a los sajones en una batalla en el noreste de Escocia, con lo que los habían expulsado de toda la isla de Gran Bretaña, por lo que parecía que el reino de Logres quedaba definitivamente establecido en todo el país.

Hacia el sur marchaban una vez más los ejércitos, y el rey Arturo y un destacamento escogido de sus mejores caballeros los seguían sin prisas; y la Navidad los alcanzó antes de que hubieran dejado atrás Escocia.

Así que fueron a Carlisle y se preparó allí un gran banquete. Mas apenas habían empezado a comer cuando entró en el salón una hermosa doncella llorando y restregándose las manos.

—¡Rey Arturo! —gritó—. ¡Mi señor rey Arturo, otorgadme un don, os lo suplico! Mi marido, que es un caballero esforzado, ha sido vencido y puesto en una oscura mazmorra por el malvado señor del Castillo de Hewin. Es un lugar terrible que se levanta sobre una negra roca a orillas del profundo lago Tarn Wathelyne; allá acecha el espantoso señor del castillo a los viajeros confiados, a los que lleva a su fortaleza, les roba y los tiene presos hasta que pagan rescate; o los despeña desde los muros del castillo a las siniestras aguas del lago. No fue sino ayer que, mientras mi señor y yo atravesábamos la oscura Floresta de Inglewood, el Caballero del Tarn Wathelyne se nos echó de repente encima. A mi marido lo derribó del caballo y se lo llevó atado tras ultrajarme a mí de vil manera. ¡En el rostro tengo aún las crueles marcas de su látigo!… Ya se marchaba el Caballero del Tarn Wathelyne cuando le grité que el buen rey Arturo vendría presto a vengar esta infamia, a lo que respondió con su risa maligna: «Dile a ese cobarde rey tuyo que me puede encontrar cuando quiera en el Tarn Wathelyne, ¡aunque bien sé que nunca se atreverá a enfrentarse a mí!». Así que he venido a vos con la mayor rapidez, muy noble rey Arturo, pues si hay algún hombre en este mundo que se atreva a luchar con él sois vos.

—¡Vive Dios, por mi fe de caballero, que esta empresa la he de emprender yo mismo! —gritó encolerizado el rey Arturo—. Hace ya mucho que no salgo en busca de aventuras, pero ¡por mis barbas que este Caballero del Tarn Wathelyne no ha de caer bajo otra lanza que la mía!

—Permitidme ir en vuestro lugar, mi señor —dijo Gawain—. Algún mal le puede ocurrir a quien vaya al castillo hechizado de Tarn Wathelyne. Y sin vos, el reino de Logres no se puede mantener.

—Os agradezco vuestra devoción, mi buen sobrino —dijo el rey Arturo gentilmente, pues amaba tiernamente a Gawain por encima de cualquier otro de sus caballeros—. Pero esta vez nadie me apartará de seguir esta demanda. ¡Que me traigan mi espada Excalibur y mi lanza Ron, y que mis escuderos ensillen mi caballo con la mayor rapidez que puedan!

Entonces, a pesar de que Gawain y Lanzarote, Gereint y Gareth intentaron persuadirle de que dejara a uno de ellos llevar a cabo la aventura —hasta sir Kay se ofreció como campeón—, el rey Arturo partió de Carlisle con la doncella, y pronto se perdió de vista entre las sombras de la tenebrosa Floresta de Inglewood.

Muchas millas cabalgaron, y ya se ocultaba el sol tras las colinas y montañas de Cumberland cuando salieron del bosque para encontrarse a orillas de un lago oscuro, rodeado de peñas negras y hostiles que por todas las partes bajaban a pico hasta las aguas; allí contemplaron un castillo negro y amenazador que se erigía sobre una isla algo apartada de la orilla.

—¡Éste es el Tarn Wathelyne! —dijo la doncella—. ¡Mirad! ¡Aquí viene el odioso caballero en persona!

El rey Arturo miró hacia donde ella le señalaba, y vio un gran puente levadizo descender lentamente hasta descansar sobre el reborde rocoso donde se interrumpía el camino. Sentado en un gran corcel a la entrada del castillo estaba apostado el hombre más terrible que jamás hubiera visto, y el más enorme: casi un gigante parecía, con sus largos brazos y su rostro inmenso.

—¡Ajá! —rugió el Caballero de Wathelyne—. ¿Es ése Arturo, el monarca obstinado del miserable reino de Logres? Mucho tiempo llevo esperando vuestra llegada. ¡Bienvenido seas al Castillo del Tarn Wathelyne! ¡Yo soy Gromer Somer Joure, y os desafío, rey cobarde!

Aquello puso tan furioso a Arturo que no esperó más, ni se paró a pensar en lo extrañas que eran todas las cosas ocurridas ese día, ni tampoco advirtió la sonrisa pérfida que se asomó de repente a los labios de la doncella. Puso la lanza en ristre, la poderosa lanza que nadie podía resistir, y se lanzó contra el caballero a todo correr de su caballo. Bajó por el camino, pasó el borde

rocoso y entró en el puente levadizo… y entonces, de repente, el corcel se detuvo en seco, relinchando de terror, y Arturo sintió que los brazos le caían sin fuerza a los costados, mientras se apoderaba de él un pavor tan grande que no parecía cosa de este mundo.

—¡Gromer Somer Joure! —atronó el caballero, y se echó a reír con tan grandes carcajadas que el eco de las colinas devolvió los ecos de su nombre y los cuervos carroñeros echaron a volar chillando desde las torres del Castillo del Tarn Wathelyne—. ¡Gromer Somer Joure ha triunfado! Ningún hombre puede resistir el pánico que provoca su presencia.

—¡Esto es obra del diablo! —musitó Arturo, a quien se le estaba erizando el pelo de la cabeza a causa de un espanto que no podía comprender.

—¡Este castillo es de mi señora, la reina Morgana el Hada! —dijo la doncella viniéndose hasta Arturo para mortificarlo con palabras crueles.

—¡Tened piedad! —dijo Arturo—, ¡y os otorgaré cualquier cosa que deseéis!

—¡Piedad voy a tener! —retumbó la voz de Gromer Somer Joure, el Caballero del Tarn Wathelyne—. Podéis marchar ahora durante un año y un día; pero primero habéis de darme vuestra palabra de rey y de caballero de la Tabla Redonda de que volveréis, y volveréis sin compañía. Y esta empresa os impongo: marchad a donde queráis y preguntad a todos los que encontréis qué es lo que más desean las mujeres en este mundo. Yo sé bien cuál es la respuesta, y si sois capaz de dármela dentro de un año, podréis iros en libertad, lo juro, y soy un caballero sin mentira, no importa a quién esté sirviendo ahora. Pero, si no dais con la respuesta auténtica, entonces os mataré aquí sobre este puente mágico, y arrojaré vuestro cuerpo a las turbias aguas del Tarn Wathelyn. ¡Marchad!

Hablaba maniobrando furiosamente con los brazos, y al decir la última palabra lanzó tan gran rugido que el caballo del rey casi dio media vuelta de un salto y se precipitó por el camino de roca hasta la floresta en un galope desbocado de terror, galope que el rey Arturo no pudo contener hasta después de muchas millas.

Antes de que saliera la luna llegó a Carlisle, y allí se encontró con sir Gawain, que escuchó el extraño relato de su aventura.

—Casi no sé lo que hacer —dijo el rey Arturo—; mi hermana planea mi muerte con un poder nuevo y terrible, y no sé cómo enfrentarlo.

—Sin duda éste es el golpe definitivo contra el poder de Logres —dijo Gawain—. Si conseguimos derrotar al mal una vez más, no volverá a venir contra nosotros en forma de magia negra.

—Una cosa sí que sé —dijo el rey Arturo—. Debo mantener mi palabra y volver a este Caballero del Tarn Wathelyne dentro de un año, y durante ese tiempo buscar la respuesta a este acertijo.

—Yo también la buscaré —afirmó sir Gawain.

Un año había pasado cuando el rey Arturo y sir Gawain atravesaban una vez más la Floresta de Inglewood para encontrarse con sir Gromer Somer Joure. Marchaban apenados, pues, aunque Arturo llevaba consigo dos libros con las respuestas que él y Gawain habían recogido por todo el país, estaban seguros de que ninguna de ellas satisfaría al Caballero del Tarn Wathelyne.

Cerca ya del final de su viaje salieron de la espesa floresta a una tierra alta y desnuda de páramos y ciénagas, y allí se toparon de repente con una dama vestida con finas ropas que cabalgaba sobre un gran caballo blanco. Sus vestidos eran los más exquisitos que imaginar se pudiera, y muchas joyas y diamantes enriquecían su adorno; pero cuando Gawain vio su rostro se puso pálido, y el rey Arturo se santiguó como si estuviese en presencia de una aparición sobrenatural y misteriosa.

Era la dama más repulsiva que jamás viera ojo humano: su tez era roja como la del sol poniente, y largos dientes amarillentos asomaban entre labios hinchados y caídos; la cabeza se apoyaba en un cuello corto y basto, y su figura misma era gruesa e informe como la de un barril. Mas, a pesar de todo, el horror de su persona parecía estar en algo más repugnante que su apariencia, pues en sus ojos amoratados, bizcos y saltones parecía acechar la sombra terrorífica de un sufrimiento y un miedo desesperados.

—¡Os saludo, rey Arturo! —graznó con voz chirriante y cascada—. ¡Dirigíos a mí cortésmente, pues os va la vida en ello!

—Señora —dijo el rey Arturo gravemente—, recibid mis respetos; mi saludo no sería diferente ya fuerais la más grande de las damas de la tierra o la más humilde de las criadas.

—Os lo agradezco —replicó la dama—; escuchadme bien: yo sé de vuestra cuita, y del acertijo que debéis responder en este día… o morir. ¡Y también sé que las respuestas que habéis encontrado no valen un piojo! —Rió con un asqueroso cloqueo de gallina vieja para, de repente, continuar repentinamente seria—: Yo os puedo dar la auténtica respuesta, y os la daré con una condición…

—¿Qué es lo que deseáis? —preguntó el rey Arturo al hacer ella una pausa.

—¡Vuestra palabra de rey y de caballero de Logres de que un caballero vuestro, de tan alta cuna como vos, será mi esposo antes de que acabe el día!

—Eso no está en mi mano prometerlo —dijo Arturo, que contempló su rostro y tuvo que desviar la mirada, abrumado por el horror, a pesar de sus esfuerzos por mantener la compostura.

—Entonces cabalgáis a vuestra muerte —se carcajeó la odiosa dama, cuyos ojos parecían ahora aún más oscuros por el dolor.

—¡Esperad! —exclamó sir Gawain de repente—. Yo soy sobrino del rey Arturo y caballero de la Tabla Redonda; si yo os tomo por esposa, ¿nos daréis la respuesta al acertijo de sir Gromer Somer Joure?

—¡Oh, sí! ¡Ciertamente que sí, sir Gawain! ¡Ciertamente que sí! —respondió ella con vehemencia.

—Pensad bien lo que hacéis —exclamó el rey Arturo—. Es un sacrificio demasiado grande…

—Sin embargo no he de dudar, rey y señor de Logres —dijo sir Gawain con voz queda—. Señora, os doy mi palabra de caballero de que os desposaré en legítimo matrimonio si salváis la vida de mi tío, el rey Arturo.

—Continuad pues hasta el Tarn Wathelyne —dijo la dama—, y cuando volváis os estaré esperando aquí para volver juntos a Carlisle.

Entonces se acercó al rey Arturo y le susurró al oído la respuesta al acertijo.

Un poco más tarde llegaba Arturo al oscuro Tarn de Wathelyne y al tétrico castillo del caballero; y sir Gawain se quedó atrás en el lindero del bosque. Y allí en el puente, sentado sobre su gran caballo como en la ocasión anterior, estaba sir Gromer Somer Joure.

—¡Bienvenido seáis, rey Arturo! —dijo a grandes voces—. Demostráis gran valor al mantener así vuestra cita. Decidme pues, cuál es la respuesta a mi pregunta: «¿Qué es lo que las mujeres desean por encima de todas las cosas de este mundo?». Pues, si contestáis correctamente, os juro que ningún daño habréis de temer de mi parte.

Entonces el rey Arturo abrió los dos libros y leyó las muchas respuestas que había recogido… Mas, al final, sir Gromer Somer Joure se echó a reír tan fuerte que las colinas de alrededor del lago retumbaron con el eco de sus carcajadas.

—¡Sois hombre muerto, rey Arturo! —rugió—. Honores, posición, buenas ropas, risa, amor, lujo, ocio, y todos los demás disparates que me habéis estado leyendo, ninguna de esas respuestas es la buena. ¡Venid acá y ofrecedme el pescuezo que os lo corte y le lleve vuestra cabeza a mi señora, la reina Morgana el Hada!

—Teneos aún un poco —dijo el rey Arturo—. Venía de camino cuando me encontré con una dama odiosa en el páramo, y ella me dijo que lo que desean las mujeres es… dominar a los hombres, sí, incluso a los más grandes…

Entonces el Caballero del Tarn Wathelyne formuló un terrible juramento:

—¡Ha sido esa maldita bruja, la dama Ragnell! —aulló enfurecido—. Nos ha traicionado con la esperanza de escapar, pero ¡jamás lo conseguirá!… Seguid vuestro camino, rey Arturo, pues estáis a salvo de mí; si alguna vez consigo librarme de la tiranía de la reina Morgana, quizás haya un lugar para mí en vuestra corte. Soy un tipo brusco de habla poco elegante, pero también soy fiel a mi palabra, leal a mis señores y arrojado en el combate.

—Venid cuando lo deseéis —dijo el rey Arturo—. El reino de Logres es lo suficientemente ancho para cualquiera que lo sirva con lealtad y pureza de corazón.

Mas sir Gromer Somer Joure ya había hecho darse la vuelta al caballo y, con un grito como de agonía, lo lanzó al galope por el puente y se perdió en el castillo de Hewin, junto a las olas oscuras del Tarn Wathelyne. Tras él cayó el rastrillo con gran estruendo, y el puente levadizo volvió chirriando a su lugar como una tumba que se cerrara tras algún maligno espíritu nocturno.

Con paso lento hizo Arturo volver al caballo por donde había venido, y se encontró a sir Gawain, que lo esperaba al borde de la floresta; mucho se regocijó su sobrino al verle volver sano y salvo de tan terrible aventura.

—Para mí el gozo del que se ha librado de la muerte —dijo el rey Arturo apesadumbrado—, mas para vos, me temo, el sufrimiento de un mal que sólo la muerte puede remediar…

Lentamente fueron atravesando el bosque, y al llegar al desolado páramo encontraron a la abominable dama Ragnell, que los estaba esperando.

—¡Os he salvado la vida, rey Arturo! —graznó con su voz rota—. Y ahora el galante Gawain tiene que casarse conmigo… ¡Adelantaos a Carlisle, señor rey, para que sea recibida con todos los honores la prometida del más esforzado caballero de Logres!

Con gran pesar picó espuelas el rey Arturo y atravesó a toda prisa el bosque de Inglewood para llegar a Carlisle. Allí convocó a los caballeros y damas de su corte, les contó parte de sus aventuras y les comunicó que se habían de preparar para una gran boda.

Esa tarde él y la reina Ginebra recorrieron a caballo las calles que llevaban a las puertas de la ciudad, acompañados de un noble cortejo de caballeros y damas, mientras las gentes de Carlisle se agolpaban a su paso para vitorear a

los novios. Llegaron a la muralla y allí esperaron hasta que apareció sir Gawain, que avanzaba lentamente por el camino real que salía del bosque con una dama sobre un caballo blanco a su lado. En la distancia pudieron apreciar que venía vestida con ricas ropas y que el sol poniente arrancaba destellos de sus joyas; y los allí reunidos empezaron a aclamarlos…

Pero, de repente, un silencio se extendió entre los reunidos, y las expresiones de júbilo se apagaron para dejar paso a murmullos de disgusto y al mutismo, pues pronto se percataron del rostro odioso y repulsivo de la dama Ragnell, del horror de sus grandes ojos bizcos y de la manera en que venía sobre el caballo: encorvada e informe como una bala de paja.

Sir Gawain la presentó ante el rey y la reina como si de la más hermosa dama del mundo se tratara, y ella hizo repugnantes gestos y mohínes que querían ser sonrisas cuando sir Lanzarote y sir Tristán, sir Gareth y sir Gereint, y muchos otros nobles caballeros se acercaron a ella a besarle la mano. Pero las palabras se les atravesaban en la garganta cuando trataban de desearle felicidad a sir Gawain, y en silencio fue que esa hermosa comitiva subió por las calles que llevaban a la gran catedral, el mismo silencio que se hacía de repente entre la multitud al paso de los novios.

Ante el altar mayor, sin que le fallara la voz, sir Gawain tomó por esposa a la dama Ragnell en presencia de toda la corte, después la condujo hasta el lugar de honor en el salón del castillo donde se había dispuesto el gran banquete.

Pero la risa y la alegría fueron forzadas aquel día, todos observaban con repugnancia y horror a la dama Ragnell la cual, sentada al lado de Gawain, tragaba y sorbía de forma asquerosa, y ni uno solo de los presentes dejaba de sentir conmiseración por sir Gawain, maravillándose de tan extraño casamiento.

Pronto se retiraron los comensales, y Gawain, con el rostro pálido y descompuesto por el sufrimiento, llevó a la novia a la gran cámara en penumbra en la torre del castillo, donde la tenue luz de las velas bailaba en los cortinajes bordados, proyectando sombras extrañas sobre los juncos que cubrían las losas del suelo.

Cuando estuvieron solos junto al gran lecho nupcial, labrado y acortinado y cubierto con finas colchas, la dama Ragnell, con su voz ronca y cascada, aún más odiosa por el vino que la hacía espesa, dijo:

—Querido esposo, mi amado señor Gawain, besadme, besadme como debe besar un novio a una novia. Pues ahora sin duda somos marido y mujer

hasta que la muerte nos separe. —Y rió su repulsiva risa hasta que sólo se oyó su respiración jadeante.

Gawain se aproximó a ella, con la tez aún más pálida y los ojos vidriosos de agonía, pero percibió la angustia intensa que se escondía en los ojos de ella, y el horror de su cara empalideció y se difuminó al inclinarse para besarle los labios. Entonces se apartó con un gemido de congoja y se apoyó contra la pared con la cara oculta entre los brazos y los hombros temblándole por los hipos y sollozos que no podía controlar.

—¡Gawain, mi adorado señor Gawain! —dijo una voz detrás de él, un susurro quedo y dulce, trémulo de amor.

Se dio la vuelta lentamente, como en un sueño, y donde un momento antes había estado aquel espanto, contempló ahora a la doncella más adorable que jamás hubieran visto sus ojos. Alta y esbelta se paraba, sus brazos de marfil extendidos hacia él, el dulce rostro y los deliciosos ojos encendidos y brillantes de amor.

—¡Señora! —se atragantó, incrédulo y maravillado—. ¡Señora! ¿Quién sois? ¿Dónde está mi esposa, la dama Ragnell?

—Yo soy la dama Ragnell, y vuestra esposa, si deseáis tomarme por tal —fue la respuesta que pronunció con voz cristalina y musical, que fue como una brisa nocturna, fresca y gentil, para la torturada mente de Gawain—. Por vuestro gran amor y noble sacrificio me habéis liberado del cruel encantamiento en que la malvada hada Morgana nos tenía a mí y a mi hermano, el esforzado caballero sir Gromer Somer Joure… Pero todavía no soy libre del todo, pues sólo durante la mitad del día seré como me veis ahora, mas durante la otra mitad he de aparecer con la forma horrorosa con la que os casasteis. ¡Elegid ahora si de día o de noche he de ser bella, si de noche o de día he de ser odiosa!

Gawain no salía de su sorpresa y desconcierto, por lo que Ragnell continuó:

—¡Pensadlo bien, mi señor! Si soy repugnante por el día, reparad en lo que deberéis soportar cuando yo vaya a la corte como esposa vuestra y sea vista por todos los caballeros y damas de Logres; pensad también lo que deberéis soportar si soy abominable de noche, cuando vos y yo estemos solos, cuando volváis a casa cansado de la larga jornada y os encontréis el horror de ronquido agrio esperándoos para estorbaros el reposo… ¡Elegid ahora cuál de los dos ha de ser!

—Señora —dijo entonces sir Gawain, poniéndose en pie e inclinando su cara hacia ella—, en esta cuestión la elección no es mía. Pensad ahora lo que

deberéis soportar durante el día cuando caballeros y damas os miren con repulsión, se aparten de vos horrorizados, queden en silencio cuando vos habléis; pensad también en lo que deberéis soportar por la noche cuando yo, que os he conocido adorable por el día, no pueda resistir el asco que me abrumará cuando os acerquéis a mí en esa forma de horror… Vos tenéis que afrontar el mayor sufrimiento, y sólo vos debéis decidir cuál de ellos sois más capaz de soportar.

—¡Oh Gawain, Gawain! —exclamó Ragnell, y al momento se refugiaba sollozando entre sus brazos—. ¡Nunca hubo caballero en este mundo tan noble y abnegado como vos! Por esta vuestra elección, la de dejarme la decisión a mí, habéis deshecho el encantamiento para siempre: en la forma hermosa en que me veis ahora seré vuestra día y noche, hasta que llegue la hora señalada por el destino en que me he de apartar de vos; mas tenemos ante nosotros aún muchos años de felicidad antes de que llegue ese día ¡y bien que merecéis toda la dicha que este mundo os pueda deparar!

A la mañana siguiente había un gozo en la corte del rey Arturo como jamás se había visto antes, y ningún honor parecía excesivo para ofrecérselo a sir Gawain y a su adorada esposa, la dama Ragnell.

Siete años vivieron juntos y dichosos, ninguna pareja había más venturosa en todo el reino de Logres; mas, cuando llegó el día señalado, Ragnell se partió de Gawain para siempre. Hay quien dice que murió, aunque otros mantienen que marchó a las profundidades de los bosques de Gales y que allí trajo al mundo un hijo de sir Gawain, que en su momento se convertiría en uno de los más nobles de todos los caballeros de la Tabla Redonda. Pero lo que las leyendas no cuentan es si el nombre de ese hijo fue sir Perceval; algunos le llaman simplemente el Hermoso Desconocido, aunque sus aventuras son tan parecidas a las de Perceval que bien podemos creer que en un romance ahora perdido ése era ciertamente el nombre del hijo de sir Gawain y de la dama Ragnell.

CAPÍTULO 7

Sir Perceval de Gales

En los bosques salvajes de Gales vivía con su madre un niño llamado Perceval. Nunca conoció otra alma viviente durante los quince primeros años de su vida, ni nada sabía de las maneras de hombres y mujeres en el mundo. Pero Perceval creció en el bosque fuerte y resistente, y tenía una puntería mortal con el dardo, y era sencillo de corazón, recto y sincero. Entonces, un día mientras paseaba solo, inquieto de repente y añorando no sabía qué, un sonido nuevo le llegó a los oídos: no era el trinar de un pájaro, ni la música del agua o del viento, aunque música era, de un tipo que le hizo brincar el corazón sin que supiera bien la causa. Se detuvo a escuchar en un claro herboso y, mientras esperaba allí, aparecieron cinco caballeros que vinieron hacia él, con las bridas y las armaduras tintineando como cascabeles.

—¡Os saludo, hermoso joven! —le dijo con voz resuelta el primer caballero, mientras tiraba del freno de su corcel y sonreía a Perceval—. Borrad de vuestro rostro ese gesto de asombro; sin duda habéis visto antes personas como nosotros.

—Por cierto que no —dijo Perceval—. Y la verdad sea dicha, no sé lo que sois, a no ser que seáis ángeles del cielo, parecidos a aquellos de los que me habla mi madre. Decidme, nobles señores, ¿no servís al Rey del Cielo?

—A Él servimos, sin duda —dijo el caballero, santiguándose reverentemente—, como hacen todos los hombres que viven con rectitud en el reino de Logres. Mas en la tierra servimos a quien Él ha designado Su emperador, el noble rey Arturo, a cuya Tabla Redonda nos sentamos. Él nos hizo caballeros, pues eso es lo que somos, y vos también lo seréis si probáis ser digno de ese gran honor.

—¿Cómo puedo conseguirlo? —preguntó Perceval.

—Venid a Caerleon, donde está el rey Arturo —respondió el caballero—, y decidle que yo os envío. Yo, sir Lanzarote del Lago, quien, como vasallo del rey Arturo, enseñoreo esta tierra de Ban, también conocida como Gales del Norte. Entonces él os encomendará las mismas empresas y aventuras que nosotros, sus caballeros, debemos llevar a cabo y terminar en nuestros días. Y si demostráis ser digno, os armará caballero. Pero la auténtica valía de un

caballero no reside en los grandes hechos de armas, sino en el espíritu con el que las emprende. Hay que tener un corazón puro y humilde, y hacer todas las cosas para mayor gloria de Dios y para traer esa gloria y esa paz a nuestro sagrado reino de Logres.

Entonces sir Lanzarote se despidió con una inclinación de cabeza de Perceval y prosiguió su camino, seguido de los otros cuatro caballeros. Perceval quedó anonadado, sintiendo que una añoranza desconocida y una gran humildad se revolvían dentro de él.

—¡Madre! —gritaba Perceval exaltado mientras corría por el sendero que llevaba a la pequeña cueva donde vivían—. ¡Madre, oh madre, sin duda he visto grandes maravillas este día! Dijeron que no eran ángeles, sino caballeros, y sin embargo a mí me parecieron más hermosos que todos los ejércitos del cielo. Y uno de ellos, el que los dirigía, sir Lanzarote era su nombre, dijo que yo también podría ser caballero. Madre, mañana mismo partiré por la mañana a buscar al rey Arturo, que vive en Caerleon.

Entonces la madre de Perceval lanzó un profundo suspiro, y lloró en silencio un corto espacio de tiempo, pues sabía que había llegado la hora señalada en que debía perder a su hijo. Al principio trató de persuadirle de que se quedara con ella en la paz y la seguridad del bosque, advirtiéndole de los peligros y sufrimientos que debe afrontar un caballero. Pero sus palabras no sirvieron sino para estimular el deseo de Perceval de partir en busca de aventuras, por lo que al final inclinó la cabeza y le dejó marchar.

Por la mañana temprano Perceval vistió sus sencillos ropajes de piel, cogió un dardo afilado y se preparó para despedirse de su madre.

—Sé valiente, hijo mío —le decía mientras le besaba y le daba su bendición—. Tu padre fue el más esforzado y el mejor de los caballeros; sé digno de él y de mí. Y si vives todos tus días con honor y pureza, a ti también te contarán entre los elegidos cuyo nombre vivirá por siempre entre el de los auténticos caballeros de Logres. Sigue ahora tu propio destino, y recuerda que, si dama o doncella solicita tu ayuda, debes ofrecérsela libremente y antes que ninguna otra cosa, sin esperar recompensa alguna. Aun así, puedes besar a la doncella que lo desee, pero no más que un beso, a no ser que haya un anillo de por medio, aunque eso sólo cuando tú le hayas colocado tu propia sortija en el dedo. Elige bien a quienes han de acompañarte en tus aventuras, y recuerda que sólo a hombres dignos has de entregar tu corazón. Pero, por encima de todo, ruega a Dios que te ampare siempre en todos tus actos, y no dejes de pasar por delante de iglesia o capilla sin detenerte un instante en Su honor.

Con gran seriedad, Perceval se despidió de su madre con un beso y partió por la floresta, caminando raudo, aunque con la cabeza inclinada, meditando sobre los consejos solemnes que ella le había dado. Pero pronto volvió a marchar con paso alegre y confiado, y se puso a cantar mientras lanzaba su dardo a tanta altura que la fina hoja de acero resplandecía como la plata a la luz del sol antes de caer otra vez entre sus manos.

Las sombras se adensaban bajo los árboles y el sol se recostaba sobre las colinas del oeste cuando Perceval llegó de repente a un claro abierto en el bosque donde las margaritas se arracimaban entre la verde hierba como copos de nieve, y allí vio un pabellón de seda junto a un arroyo susurrante.

«Ya sea iglesia o capilla —pensó Perceval—, por su gran hermosura he de entrar en ella».

Cruzó con paso quedo el umbral de entrada a la cámara en penumbra, y allí se quedó en pie, admirado, contemplando a una doncella que dormía en un lecho de brocado y seda fina, con un brazo extendido, más blanco que la seda de la colcha en que yacía, y unos cabellos dorados que iluminaban la almohada como la luz del sol. Con gran gentileza Perceval se inclinó sobre ella y le quitó del dedo el anillo que llevaba, una sencilla banda de oro con un rubí rojo, y en su lugar puso su propia sortija, también de oro, en la que brillaba un diamante blanco. Entonces, sin despertarla, la besó gentilmente en los labios y salió sin hacer ruido de la tienda, con el corazón imbuido de una nueva y extraña sensación de nostalgia y maravilla.

Perceval se internó por lo más profundo del bosque y al caer la oscuridad se echó a dormir entre las raíces de un gran roble. Con la primera claridad del alba se puso en marcha otra vez, avanzando a grandes zancadas por la floresta hasta que se encontró en el camino que llevaba a Caerleon.

Al mediodía llegó a las puertas de la ciudad, las franqueó sin detenerse y pronto se encontró dentro del mismo castillo.

El rey Arturo con muchos de sus caballeros celebraba un banquete ese día, pues era la época de Pascua y todos habían dejado sus tareas por un breve tiempo. Perceval se quedó junto a la puerta, fascinado por todo lo que veía y envidiando hasta a los criados que allí servían.

De repente, mientras observaba sin que nadie se percatara de su presencia, todos los ojos se volvieron hacia la puerta, por donde un hombre grande con armadura de color dorado y rojo entró sin anunciarse. En ese momento sir Kay estaba de pie junto al rey, y tenía en las manos la copa dorada con la que era costumbre que Arturo brindase por toda la concurrencia, copa que luego

pasaba de mano en mano para que sus caballeros pudieran brindar por él y por la gloria del reino de Logres.

—¡Teneos, atajo de sinvergüenzas borrachos! —rugió el rubicundo visitante—. ¡Pues aquí tenéis quien vale más que todos vosotros juntos! —Y con estas palabras le arrebató la copa a sir Kay, la apuró de un trago y, con una atronadora carcajada, salió del salón con la copa todavía en la mano, saltó sobre su montura y se alejó al galope.

—¡Por mi fe! —gritó el rey Arturo poniéndose en pie de un salto—. Este insulto no puede quedar impune. ¿Quién me ha de devolver la copa?

Entonces todos los caballeros se pusieron en pie al unísono y gritaron:

—¡Permitid que esta misión sea mía!

—No habrá tal —exclamó el rey Arturo, haciendo gesto de que volvieran a sentarse—. Ese fanfarrón rojizo no es digno de caer a manos de un caballero. Que algún humilde escudero le siga y le venza, alguno que desee ser hecho caballero. ¡Armaré caballero al instante a quien vuelva a mi corte con mi copa dorada y la armadura del Caballero Rojo!

Entonces Perceval se plantó de un salto en medio del salón, vestido como estaba, con las pieles de cabra y el dardo en la mano.

—¡Rey Arturo! —gritó—, ¡yo os traeré vuestra copa! ¡Necesito una armadura, y aquélla dorada seguro que me caerá bien!

—¡Bah! —exclamó descortés sir Kay—. ¿Qué puede hacer este infeliz pastor de cabras contra tan gran caballero?

—¿Quién sois vos, buen señor? —preguntó el rey Arturo, comedido como siempre con todos los hombres.

—Mi nombre es Perceval —fue la respuesta—. No sé quién fue mi padre, pues nunca le vi ni oí a mi madre hablar de él. Ella me ha criado aquí, en los bosques de Gales, ¡y yo he venido hasta vos para que me hagáis caballero!

—¡Haceros caballero! —se mofó sir Kay—. Vete a las montañas a cuidar ovejas antes de que aquel carnero de la armadura dorada te haga huir con el rabo entre las piernas.

—Caballero seréis —dijo el rey Arturo—, si me traéis la copa y volvéis con la armadura del ladrón que se la ha llevado. ¡Esta aventura es vuestra! ¡Seguidla hasta el final y ninguna otra!

—No tengo caballo —objetó Perceval.

—Habrá uno aguardándoos en la puerta —respondió Arturo—; comed ahora sin más demora y partid… Pero necesitaréis armas…

—Tengo mi dardo —le interrumpió Perceval—; en cuanto a armadura, ¡esperaré a ponerme el arnés dorado que todos acabáis de ver!

Cuando hubo comido Perceval se levantó para salir: pero, al cruzar el salón, una doncella vino hasta él y le dijo en voz alta:

—¡El Rey del Cielo os bendiga, sir Perceval, el mejor de los caballeros!

—¡Silencio, mujerzuela estúpida! —exclamó sir Kay enojado, y con el guantelete abofeteó a la doncella.

—¡Guardaos de mí cuando vuelva con el arnés dorado! —dijo Perceval, mirando ceñudo a sir Kay—. ¡Pues habré de vengar esa villanía indigna de un caballero con un golpe tal que no lo olvidaréis en muchos días!

Entonces salió con ligereza del salón, saltó sobre el corcel que le esperaba y cabalgó hacia la floresta.

Perceval fue mucho más rápido que el Caballero Rojo, de forma que le alcanzó antes del anochecer mientras éste cabalgaba tranquilamente por un sendero de montaña. Se dirigía hacia una solitaria torre gris que se recortaba contra el rosa pálido de las nubes.

—¡Aguardad, ladrón! —gritó Perceval en cuanto lo tuvo a la distancia adecuada—. ¡Aguardad y defendeos!

Algo por detrás de ellos, tres caballeros del rey Arturo tiraron del freno de sus caballos; les venían siguiendo desde Caerleon para observar lo que sucedía. Se trataba de Gawain, Uwain y Gareth, pero tampoco entonces se percató Perceval de su presencia.

—¡Ja! —rió el Caballero Rojo, haciendo girar su caballo—. ¿Quién es este jovenzuelo insolente? ¿Y por qué me pides que me detenga?

—Vengo de parte del rey Arturo —respondió Perceval—. ¡Devolvedme la copa dorada que hoy robasteis de su fiesta! Es más, debéis ir a su corte a jurarle obediencia; aunque no sin antes rendiros a mí y darme esa bella armadura que lucís con tanta arrogancia.

—¿Y si no lo hago? —preguntó el Caballero Rojo sin alterarse, aunque por sus ojos cruzó un relámpago de furia como el rayo que anuncia la tempestad en el cielo tranquilo.

—¿Cómo? ¡Entonces os mataré, y yo mismo os despojaré de la copa y la armadura! —exclamó Perceval.

—¡Niñato deslenguado! —rugió el Caballero Rojo con voz de trueno—. ¿Vas en busca de la muerte? ¡Pues aquí la tienes!

Con esas palabras se abalanzó cuesta abajo lanza en ristre, pensando atravesar al muchacho como a una mariposa con un alfiler. Pero Perceval saltó inesperadamente del caballo, de forma que la lanza pasó sin rozarle por encima de la cabeza. Entonces se plantó en medio del sendero cubriendo de insultos al caballero:

—A ver, grandísimo cobarde —le espetó—. Primero tratáis de traspasar con la lanza a un hombre desarmado, y luego huís corriendo colina abajo.

Terribles juramentos profería el Caballero Rojo cuando hizo girar su caballo una vez más, tras lo cual remontó a todo galope por el sendero, con la lanza dirigida al corazón de Perceval. Pero esta vez el muchacho echó hacia atrás la jabalina y la lanzó de repente, tan de repente que pareció un relámpago que pasaba sobre el escudo del Caballero Rojo para atravesarle la garganta justo por encima de la gola, de forma que cayó por las ancas del caballo y quedó muerto en el suelo.

Perceval se arrodilló triunfante junto a su caído enemigo y le quitó la copa dorada del rey Arturo de la bolsa que llevaba a la cintura. Mas cuando trató de quitarle la armadura dorada no lo consiguió: no sabía cómo desenlazarla, y de hecho llegó a pensar que estaba hecha de una única pieza.

Tras varios intentos de sacar al Caballero Rojo por la gola del arnés, Perceval cambió de táctica. Apiló unas cuantas ramas secas, y ya estaba ocupado sacando chispas de un pedernal del camino que golpeaba contra la punta de su dardo, cuando, de repente, oyó el sonido de cascos de un caballo y, levantando la vista, vio a un anciano de cabellos grises que le llegaban hasta los hombros, ataviado con armadura oscura, y con el yelmo colgado de la silla.

—Os saludo, joven señor —dijo el viejo caballero, sonriendo cordialmente a Perceval—. ¿Qué hacéis con este ladrón al que con tanta valentía habéis dado muerte?

—Quemar el árbol para sacar el hierro —dijo Perceval, que recordaba el dicho de los leñadores que le había enseñado su madre—. Quiero sacar a este hombre de la armadura para ponérmela yo.

La sonrisa del viejo caballero se volvió aún más ancha; desmontó de su caballo y le mostró a Perceval la manera de desabrochar la armadura y sacarla pieza a pieza.

—Me llamo Gonemans —dijo entonces el caballero— y vivo aquí cerca en una vieja mansión. Venid allá conmigo, joven señor, y os enseñaré todo lo que debe saber un caballero, pues no basta una hazaña como ésta para alcanzar auténtico honor.

Perceval acompañó a sir Gonemans y pasó todo el verano en su morada, aprendiendo a luchar con lanza y espada, a llevar el arnés con brío y a cabalgar sobre un corcel de guerra como corresponde a un caballero. Y Gonemans también le inició en las reglas de la alta Orden de la Caballería, pues era ésta una muy noble condición que suponía mucho más que la mera

terminación de proezas: aprendió sobre el bien y el mal, y sobre el deber del caballero de defender siempre al débil y castigar al cruel y al malvado.

Al cabo, tras despedirse cortésmente de sir Gonemans, salió una vez más a los caminos, ataviado con una resplandeciente armadura y con una larga lanza en la mano. Avanzado estaba ya el otoño y, al cabalgar por los densos bosques, las hojas de los árboles despedían destellos de rojo y oro, iguales a los de su armadura, que se confundía con los helechos y el follaje por los que pasaba.

Muchos días cabalgó Perceval en busca de aventuras, y a menudo resbalaban sus ojos hasta el rubí de su anillo, y se acordaba cada vez más de la adorable doncella que había encontrado dormida en el pabellón.

Un anochecer sombrío en que las nubes se cernían amenazadoras sobre él, llegó por un camino sinuoso que serpenteaba entre grandes riscos a una tierra triste y desolada, y de repente se encontró ante un gran castillo oscuro.

Las murallas aparecían rotas y caídas, y las torres resquebrajadas como si las hubiera alcanzado un rayo. Y sin embargo no crecía hierba alguna entre los adoquines o entre el empedrado del bostezante portalón; y en el centro se levantaba la gran torre del homenaje, firme y sólida en medio de tanta desolación.

Bajo los afilados dientes del rastrillo pasó Perceval, y sobre las piedras resonaban huecos los cascos de su caballo. Atravesando arcos partidos y patios desiertos continuó hasta llegar a la entrada del gran salón. Allí vio arder una luz por lo que, tras atar el caballo a una argolla del muro, subió los escalones y entró en una gran estancia de techo alto y vigas negras. No había nadie a la vista y, sin embargo, en la gran chimenea chisporroteaba un fuego alegre, las antorchas brillaban en las paredes y la cena estaba dispuesta en una mesa sobre el estrado. Perceval caminó lentamente por el salón y se quedó mirando a su alrededor: en un pequeño velador que se encontraba no lejos del fuego vio un fino juego de ajedrez tallado en marfil, con una silla apartada a un lado que parecía estar invitándole a jugar. Mientras Perceval se preguntaba lo que podía significar todo esto se sentó en la silla y, sin darse mucha cuenta de lo que hacía, cogió un peón blanco y lo adelantó dos casillas. De inmediato respondió un peón rojo sin que nadie lo tocara. Perceval se puso alerta al instante, pero todo permanecía tranquilo, sin que se oyera más sonido que el de su propia respiración. Así que movió otra pieza, y de inmediato avanzó una pieza roja. Perceval continuó jugando, como si siguiera la partida, y ¡oh, maravilla!, las piezas rojas se movieron a su vez con tanta destreza que en pocos minutos vio que había perdido la partida.

Reorganizó las fichas con rapidez y esta vez el rojo movió primero, con lo que empezó una segunda partida que Perceval volvió a perder. Y también la tercera, ante lo cual Perceval se incorporó con furia repentina, espada en mano, dispuesto a destrozar el tablero y las piezas.

Una doncella irrumpió entonces en la estancia:

—¡Tened vuestra mano, señor caballero! —gritó—, ¡si destruís este ajedrez mágico os sobrevendrá una desgracia terrible!

—¿Quién sois vos, señora? —preguntó Perceval.

—Soy Blanchefleur —respondió ella, y al hablar se acercó a la luz de las velas que rodeaban el tablero de ajedrez; con un repentino sobresalto de asombro y alegría, Perceval la reconoció como la doncella del pabellón, y casi de inmediato reparó en el anillo de diamante que centelleaba en su mano.

Le ofreció la suya propia, y la vio detenerse al reconocer asombrada el anillo que Perceval llevaba.

—Dama Blanchefleur —dijo él gentilmente—, os he buscado mucho tiempo. Mi nombre es Perceval, y os suplico que me perdonéis mi atrevimiento, pues agraviaros no quería cuando os arrebaté el anillo en vuestro sueño y, también, un beso de vuestros labios.

—Perceval —respondió ella gentilmente—, sólo en sueños os he visto: cada noche venís a mí, con mi anillo, y cada noche depositáis un beso sobre mis labios… y mi corazón vuela hasta vos en la oscuridad. Pero en este castillo mágico os he aguardado, aunque todavía no ha llegado la hora de hablar de amor. Venid, sentaos a la mesa, pues aún habéis de ver cosas de más maravilla que el tablero de ajedrez encantado.

Se sentaron a la mesa, aunque no había ni comida ni vino sobre ella, ni tampoco apareció nadie para servirles.

Y Perceval permanecía en silencio, contemplando a Blanchefleur.

—Señora —dijo al cabo—, para hablar de un amor como el mío cualquier momento es bueno. Señora, ¿consentiréis en ser mi esposa? Os juro que ninguna otra se ha de acercar a mí, y que mis labios no tocarán más labios que los vuestros.

Blanchefleur puso su mano en la de él sin decir palabra, mas en el momento de acariciarle un gran trueno conmovió de repente el castillo, y la gran puerta del salón se abrió de golpe para dejar paso a una extraña doncella que llevaba un vestido y un velo blancos. Entró con paso quedo en el salón llevando en alto un gran cáliz o grial cubierto con un paño. Dentro del Grial brillaba una luz tan intensa que no se la podía mirar directamente. Y fue con

un asombro reverente y sosegado que Perceval se hincó de rodillas y escondió el rostro entre las manos.

Una segunda mujer también con velo seguía a la primera, portadora de una bandeja dorada, y una tercera, con una lanza de cuya punta luminosa y blanca caían gotas de sangre que se desvanecían antes de tocar el suelo. Recorrieron el salón rodeando la mesa junto a la cual permanecían arrodillados Perceval y Blanchefleur, y la habitación entera parecía impregnada con aromas dulces de rosas y de especias. Y cuando la Procesión del Grial hubo rodeado el salón una vez más, volvió a salir por la puerta, que se cerró tras ella, y Perceval se sintió embargado de un gozo y una paz de corazón más allá de todo entendimiento.

—El Santo Grial se acerca a Logres —dijo Blanchefleur—. No me preguntéis más sobre lo que acabáis de ver, pues todavía no ha llegado la hora. Uno falta aún por entrar en este castillo a ver la procesión, y ése es Lanzarote del Lago. Pero, Perceval, vos habéis sido bendecido por encima de él, pues por causa de Lanzarote sobrevendrá el fin de la gloria de Logres, aunque en Logres no haya habido hasta ahora ninguno más glorioso que él, excepto Gawain. Id ahora a Camelot a esperar la llegada de Galahad; el día en que se siente en la Silla Peligrosa volveréis a ver el Santo Grial.

—Señora —dijo Perceval poniéndose en pie, aunque siguió con la cabeza inclinada—. ¡Ahora mismo iría tras él, pues me parece que no hay empresa de más valor en este mundo!

—Ciertamente que no —respondió Blanchefleur—, mas todavía no debéis empezar la búsqueda. El día en que la gloria de Logres alcance su cenit llegará el Grial a Camelot; entonces todos lo perseguirán, pero sólo uno será digno de encontrarlo.

—¡Yo seré uno de ellos! —exclamó exaltado Perceval—. ¡Nadie sino yo acabará la Búsqueda del Grial! —y olvidándose de todo lo demás salió corriendo del salón, sin hacer caso del grito de Blanchefleur. Saltó sobre su caballo, salió del castillo y se adentró al galope en la floresta.

Llegó la mañana y el arrebato de locura pareció abandonarle de repente; se volvió y buscó el camino que le llevaría otra vez a Blanchefleur. Pero a pesar de que vagó durante muchos, muchos días no pudo hallar pista alguna de aquella región desolada ni del misterioso Castillo de Carbonek.

Triste y abatido, Perceval se resignó al cabo y emprendió la vuelta a Caerleon. Ya era invierno y varios palmos de nieve cubrían el camino real cuando Perceval salió de las montañas y bosques del centro de Gales en dirección a la ciudad. Una noche durmió en Tintern, junto al Wye, y por la

mañana temprano cabalgó por el valle a la vera de la corriente, lento y melancólico, siguiendo las aguas relucientes del río.

De repente, según iba en su triste marcha, vio a un halcón picar desde lo alto como un relámpago de luz y caer sobre una paloma. Durante unos instantes las dos aves aletearon en el cielo, hasta que el halcón remontó el vuelo triunfante una vez más, llevando a su víctima entre las garras. Pero del pecho de la paloma cayeron tres gotas de sangre que quedaron brillando sobre la nieve a los pies de Perceval. Mientras las contemplaba se acordó de la sangre que había visto en el Castillo de Carbonek, y también del rubí que llevaba en el dedo; pero, sobre todo, su imaginación voló hasta Blanchefleur, hasta sus labios rojos, rojos como la sangre, y hasta su piel, más blanca que la nieve.

Estaba así sentado sobre su corcel cuando aparecieron en dirección a él cuatro jinetes; y no eran otros que sir Kay, sir Uwain, sir Gawain y el propio rey Arturo.

—Adelantaos —dijo Arturo a sir Kay—, y preguntadle a ese caballero su nombre, adónde se dirige y por qué está ahí sentado perdido en sus cavilaciones.

—¡Eh, señor caballero! —gritó sir Kay al acercarse—. ¡Decidme vuestro nombre y vuestro negocio!

Pero Perceval estaba tan profundamente sumido en sus pensamientos que ni le vio ni le oyó.

—¡Responded, si no estáis mudo! —le imprecó Kay, y al no obtener respuesta perdió los estribos y golpeó a Perceval con su guantelete de hierro.

—¡Por el cielo, nadie puede tratarme así y quedar impune! ¡Defendeos, cobarde caballero!

Los dos se apartaron, bajaron las lanzas y se lanzaron al encuentro del otro a todo correr de sus monturas. La lanza de sir Kay se quebró al chocar con el escudo de Perceval, pero éste justó con tanta pericia que su lanza atravesó el escudo de Kay, se le clavó profundamente en el costado y le hizo caer a tierra.

Perceval se quedó sentado con la lanza preparada, por si decidía atacarle alguno de los otros caballeros.

—¡Puedo justar con todos y cada uno de vosotros! —gritó—. ¡Defenderé mi derecho a estar sentado junto al camino sin tener que sufrir los golpes ni los insultos de ningún caballero indigno!

—¡Es Perceval! —exclamó Gawain de repente—, el que derrotó al Caballero Rojo, cuya armadura luce ahora. ¡Ciertamente debía de estar

perdido en sus cuitas de amor para no percatarse de que sir Kay se disponía a golpearle!

—Ruégale que venga a hablar con nosotros, mi buen sobrino —dijo el rey Arturo, y Gawain se adelantó a hablar con Perceval.

—Gentil caballero —comenzó Gawain con toda cortesía—, aquél de allá es el rey Arturo, nuestro soberano y señor, y desea hablar con vos. En cuanto a sir Kay, a quien habéis derribado, bien merecido se tiene su castigo por su falta de cortesía.

Estas palabras llenaron a Perceval de satisfacción.

—Entonces mis dos juramentos están cumplidos —exclamó—. He castigado a sir Kay por la infame bofetada que le dio a la doncella el día de mi llegada a Caerleon, y me presento ante el rey Arturo luciendo la armadura del Caballero Rojo, a quien he dado muerte, y llevando en mi bolsa la copa de oro que le robó de la mesa.

Perceval se adelantó, desmontó del caballo y se arrodilló ante el rey Arturo.

—Mi señor —dijo—, armadme caballero, os lo suplico. Aquí mismo os juro dedicar mis días a vuestro servicio y a engrandecer la gloria del reino de Logres.

—Levantaos, sir Perceval de Gales —dijo el rey Arturo—. Vuestro sitio os espera en la Tabla Redonda, entre sir Gawain y la Silla Peligrosa. Hace mucho tiempo Merlín, el buen encantador, me anunció vuestra venida cuando se acercara el momento de mayor gloria de Logres.

Entonces sir Perceval cabalgó a Caerleon entre el rey Arturo y sir Gawain; iban seguidos por sir Uwain, que llevaba de las bridas el corcel de sir Kay, sobre el que iba quejándose el propio sir Kay, atravesado en la silla.

Muchas proezas realizó sir Perceval desde entonces, y no hay espacio aquí para contar sus aventuras con Rosette, la Doncella Odiosa; o cómo luchó con el Caballero de la Tumba, que vivía en un gran dolmen[27] en las montañas de Gales; o sus victorias sobre Partinio y Arides, el rey Margón y la Bruja de la Ciudad Desolada. Mas siempre buscaba a la dama Blanchefleur, a ella sólo le fue siempre fiel, aunque no pudo encontrarla hasta que llegó la hora señalada y una vez más encontró el camino del Castillo de Carbonek, no mucho después de que el Santo Grial viniera a Camelot.

CAPÍTULO 8

La historia de Lanzarote y Elaine

Durante muchos años el rey Arturo y sus caballeros se enfrentaron a los sajones por toda Gran Bretaña, pero tras la gran batalla del Monte Badon —una de las batallas más importantes jamás dirimidas en suelo británico— hubo muchos años de paz, y fue entonces como si el reino de Logres sonriera en un largo y bendito verano, en medio de las nubes que se acumulaban terriblemente sobre el resto del mundo.

Al principio había muchos bandidos y hombres malvados, gigantes también, y brujos, contra los que debían estar dispuestos los caballeros en todo momento; y cualquier día podía suceder —no sólo durante las grandes fiestas de Pascua y Pentecostés, San Miguel y Navidad— que viniera alguna doncella a la corte del rey Arturo a buscar reparación por los agravios con ella cometidos. Pero con el pasar de los años eran menos las que necesitaban socorro, la paz de un estado santo y legítimo se afianzaba cada vez más en Logres, y los caballeros del rey Arturo empleaban más tiempo en la celebración de grandes torneos en Camelot y Caerleon, donde demostraban su destreza en el manejo de las armas, aunque tuvieran cada vez menos ocasión de ponerla a prueba.

Los caballeros más jóvenes recorrían el país en busca de aventuras, y los de más edad preferían aguardar en la corte a que se presentaran las grandes empresas; y el más importante de todos ellos era Lanzarote.

Durante muchos años fue el mejor: ningún caballero se le podía equiparar en fuerza y valor, en cortesía y nobleza de espíritu, ni siquiera Tristán o Gareth, Gereint o el joven Perceval; sólo Gawain se podía comparar con él, pero era tal la amistad que los unía que ninguna rivalidad surgía entre ellos.

Sin embargo, desde el día mismo en que llegó a la corte había amado a la reina Ginebra, y sólo a ella de entre todas las dueñas y doncellas del mundo. Fiel y lealmente la sirvió durante muchos años como corresponde a un caballero, y el rey Arturo en ningún momento sintió celos, pues confiaba en el alto concepto del honor tanto de Lanzarote como de la reina. Mucho tiempo la sirvió como leal súbdito y caballero, sin más objeto que el de acrecentar la honra de Ginebra mediante la fuerza de su brazo. Pero en los largos años de

paz, en los que en tan pocas ocasiones se le reclamaba para emprender una empresa lejos de Camelot, y cuando el rey Arturo ya no le necesitaba para que dirigiera sus ejércitos en la batalla, Lanzarote y Ginebra empezaron a pasar más y más tiempo juntos, cada vez con más frecuencia, sin el conocimiento del rey Arturo.

De esta forma la primera sombra de un gran mal se introdujo en Logres, de manera tan silenciosa e inocente en apariencia que nadie le prestó atención; sin que ni siquiera Lanzarote o Ginebra se percataran de dónde los había de llevar. Pero los poderes del mal, en su búsqueda desesperada por encontrar algún resquicio por el que reptar dentro de la fortaleza del bien, vieron su oportunidad y le tendieron a Lanzarote una astuta trampa.

Un despreocupado día de primavera, durante una fiesta de Pascua que el rey Arturo celebraba en Camelot, se presentó un ermitaño que saludó a los que estaban sentados a la mesa.

—¡Que las bendiciones de Dios alcancen a toda esta compañía! —exclamó—. ¡Jamás vio el mundo semejante reunión de gente hermosa! Pero todavía queda un sitio vacío, ¡contadme lo que sepáis de esa silla, os lo suplico, mi señor rey! —Y señaló con su vara el asiento vacío entre sir Lanzarote y sir Perceval.

—Reverendo padre —respondió el rey Arturo—, ésa es la Silla Peligrosa, en la cual sólo uno se ha de sentar, pues así lo predijo Merlín el día en que se hizo esta mesa. Si se sentara en ella otro hombre, al pronto moriría por la magia que hay en esa silla.

—¿Y sabéis quién se ha de sentar en ella? —preguntó el ermitaño.

—No —respondieron el rey Arturo y todos sus caballeros—. No sabemos quién la ha de ocupar.

—No ha nacido todavía —les anunció el ermitaño—, mas verá la luz este mismo año. Y él será el que acabe la Búsqueda del Santo Grial. Pero no he venido a hablaros de eso, sino de otra empresa: de salvar a una dama que es víctima de un cruel encantamiento en la Torre Dolorosa. Sólo el mejor de los caballeros que se sienta entre vosotros puede ganar su libertad, y ése es sir Lanzarote del Lago; por lo tanto, os suplico que le enviéis con la mayor prontitud…

Muchas leguas cabalgaron sir Lanzarote y el ermitaño hasta que un día divisaron, en la cima de una oscura colina, una ciudad de calles umbrías y tortuosas, dominada por una gran torre negra. Al entrar en la villa, todas las gentes vinieron a ellos gritando:

—¡Bienvenido seáis, sir Lanzarote, flor de la caballería! ¡Por vuestro concurso será nuestra señora liberada!

A la torre se llegaron Lanzarote y el ermitaño. Entraron y subieron por una gran escalera hasta una pesada puerta de hierro.

—En este lugar —comenzó el ermitaño— lleva encerrada cinco años la más bella dama de estas tierras. Mediante encantamientos la tiene presa el hada Morgana, por celos malos, y nadie puede salvarla excepto el mejor de los caballeros.

Entonces Lanzarote puso la mano en la puerta y de inmediato las grandes barras y cerraduras de hierro cayeron hechas pedazos, y las bisagras chirriaron de forma horrible hasta que, al entrar Lanzarote en la habitación, se encontró a la Dama Dolorosa en el baño de agua hirviendo al que la había condenado su malvada enemiga. Pero el encantamiento se rompió en cuanto Lanzarote forzó la puerta, con lo que la Dama Dolorosa pudo volver con los suyos.

—Señor caballero —dijo el ermitaño—, ya que habéis rescatado a esta dama, debéis liberarnos también a nosotros de la serpiente que mora cerca de aquí, en una tumba antigua.

Entonces sir Lanzarote cogió el escudo y dijo:

—Con la ayuda de Dios, haré lo que esté en mi mano para protegeros del mal. Llevadme a ese sitio.

Cuando llegó a la cima de la montaña, se encontró allá un gran dolmen de piedra hecho con tres grandes rocas verticales y una cuarta que descansaba sobre ellas. De esta oscura morada salió un poderoso dragón sin alas que echaba fuego por la boca y silbaba horriblemente. Todo el día duró la batalla hasta que, al anochecer, Lanzarote le cortó la cabeza al dragón. Entonces volvió a montar en su corcel y se echó una vez más al camino. Dejó atrás la colina y se internó por los solitarios pasos de Gales hasta que llegó a las Tierras Baldías, en donde se levantaba un poderoso castillo medio en ruinas, en medio del cual se erigía la gran torre del homenaje por encima de murallas rajadas y torres caídas. Lanzarote rodeó el castillo, maravillándose de ver la desolación en que se hallaba, hasta que al final llegó a una parte de la edificación que permanecía intacta.

Allí se encontró con dos escuderos que le condujeron al gran salón donde Pelles, el Rey Tullido, aquél al que Balin había asestado el Golpe Doloroso hacía años, se sentaba entre sus caballeros y damas a una gran mesa sobre un estrado.

—Bienvenido seáis, buen caballero —dijo el rey Pelles, que, postrado en su lecho dorado, levantó un brazo consumido en señal de bienvenida—. ¡Sentaos a mi mesa! Hace ya mucho tiempo que no viene caballero alguno al hechizado Castillo de Carbonek, y me temo que todavía han de pasar muchos años antes de que venga el que pueda sanarme de mi cruel herida… Pero decidme vuestro nombre, os lo ruego; y decidme la verdad, por vuestro honor de caballero.

—Señor —dijo Lanzarote, inclinándose reverentemente—. Es para mí un gran honor que vos me recibáis de esta manera. En cuanto a mi nombre, Lanzarote del Lago es mi gracia.

—Y yo —respondió su anfitrión— soy Pelles, rey de las Tierras Baldías y de Carbonek, el Encantado. Y tengo conmigo un depósito sagrado, pues José de Arimatea fue mi antepasado, y pronto seréis testigo de una gran maravilla.

Lanzarote se sentó a la mesa, y advirtió que no había comida ni bebida ante ninguno de los presentes y que un gran silencio había caído sobre todos ellos.

Entonces se escuchó un gran trueno, la puerta se abrió de par en par y en el salón entraron tres mujeres con velo vestidas completamente de blanco, y se movían de forma tan silenciosa que Lanzarote pensó que más parecían espíritus que mujeres. La primera llevaba en la mano una lanza de punta luminosa de donde caían gotas de sangre que se desvanecían antes de tocar el suelo; la segunda, una bandeja dorada cubierta con un paño; y la tercera, una copa dorada cubierta también, pero que parecía llena de una luz tan pura y brillante que ningún hombre podía mirarla sin quedar deslumbrado. Con una profunda sensación de maravilla y respeto reverente fue que Lanzarote se sumió en oración ocultando el rostro entre las manos, mientras la procesión pasaba en torno a la mesa antes de salir del salón una vez más. Cuando hubieron desaparecido, una gran paz y serenidad embargaron a todos los presentes, y le pareció a Lanzarote que había comido y bebido algo más allá de la comida y la bebida terrenales.

—Mi señor —dijo en un susurro—, ¿qué significa todo esto?

—Señor —respondió el rey Pelles—, habéis visto los objetos más preciosos del mundo; y yo, descendiente de José de Arimatea, soy su guardián. De la Copa y la Bandeja bebió y comió Nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena; con esa Lanza, Longinos, el centurión romano, Le perforó el costado mientras estaba en la Cruz; y en esa misma Copa, conocida como el Santo Grial, recogió José de Arimatea la sangre tan preciosa que le manaba de la Herida. Sabed, os digo, que el Santo Grial ha pasado ante vos tapado por un

paño. Cuando de esta misma manera pase entre los caballeros de Camelot, la Tabla Redonda se quebrará durante un año mientras todos parten en su busca.

Cuando el asombro por lo que había visto hubo remitido un poco, Lanzarote habló con su anfitrión de otras cuestiones, y durante muchos días fue su huésped en el Castillo de Carbonek, aunque nunca jamás volvió a ver la Procesión del Santo Grial.

El rey Pelles tenía una hija llamada Elaine, una de las más hermosas doncellas del mundo, y Elaine amó a Lanzarote desde el momento en que le vio. Elaine se ocupó de él mientras Lanzarote permaneció en el Castillo de Carbonek: le sirvió en todas las cosas e hizo lo que estuvo en su mano para ganar su amor. Pero, aunque Lanzarote la trataba con cortesía, salía a cazar con ella, escuchaba sus cantos y jugaba con ella al ajedrez, aun así, su corazón no se conmovía y seguía fiel a la reina Ginebra; aunque infiel, de pensamiento al menos, a su rey y a su honor de caballero de Logres.

Elaine habló con su padre, el rey Pelles, y él, que podía vislumbrar algo del futuro, como a través de un oscuro cristal, le dio esta respuesta:

—No llores ni te lamentes, hija mía, Lanzarote será ciertamente tu señor, y tú le darás un hijo que se llamará Galahad y que arrancará estas Tierras Baldías de la sombra de la maldición, y a mí me curará mi herida… No sé la manera en que esto llegará a ser, pero de que así sucederá no has de tener duda alguna.

Los días pasaron y Lanzarote seguía reposando en paz en Carbonek, pero Elaine no prosperaba en su amor por él. Al cabo, desesperada, buscó el auxilio de encantamientos, y allí vino una dama llamada Brisen, que era diestra en las artes en las que reinaba el hada Morgana.

—Ah, mi señora —dijo la dama—, sabed bien que sir Lanzarote ama sólo a la reina Ginebra y a ninguna otra mujer en todo el mundo. Por lo tanto, debemos obrar con astucia si es que has de tenerle.

Tras esto departieron juntas muy largo rato con el resultado de que Elaine se partió en secreto de Carbonek. Entonces llegó hasta Lanzarote un mensajero que portaba un anillo, que a él le pareció reconocer como uno que siempre llevaba la reina Ginebra.

—¿Dónde está tu señora, la reina? —preguntó Lanzarote.

—Señor —respondió el hombre—, está en el Castillo de Caso, a no muchas millas de aquí, y os manda que vayáis a reuniros con ella tan pronto como sea posible.

Entonces Lanzarote se despidió apresuradamente del rey Pelles, montó en su corcel y cabalgó veloz por las Tierras Baldías hasta que dejó atrás

Carbonek. Al atardecer llegó al pequeño Castillo de Caso, en el borde del gran bosque. Y allí encontró a la reina Ginebra, o así le pareció a él, que le esperaba con ojos henchidos de amor. Pero en realidad se trataba de Elaine, quien, por las artes de Brisen, había tomado la forma de Ginebra durante un tiempo a la incierta luz del crepúsculo.

Cuando Lanzarote la vio de esta manera, olvidó por completo su honor y sus votos, la gloria de Logres y la fidelidad debida al rey Arturo: su pensamiento todo estaba puesto en Ginebra y, cuando ella le habló de matrimonio, incluso se olvidó de que era la esposa de su rey quien le hablaba. Brisen, la encantadora, lo tenía todo bien dispuesto en el Castillo de Caso.

El día amaneció gris y ominoso, y Lanzarote se despertó para encontrar a la dama Elaine dormida a su lado. Entonces recordó todo, y cómo estaba deshonrado para siempre, a pesar de que fuera Elaine y no Ginebra la que yacía junto a él.

—¡Ay! —se lamentó amargamente—, ¡he vivido demasiado, pues ahora estoy deshonrado! —entonces se despertó Elaine, que se arrodilló ante él, le confesó todo y le rogó que la perdonara.

—¡Ah, noble sir Lanzarote, todo lo he hecho por vuestro amor! —exclamó.

Pero Lanzarote no acertaba más que a gritar y llorar en su angustia, y le parecía que el mundo giraba alocado en torno a él. Abrió de un manotazo la ventana y saltó fuera, vestido sólo con su camisa. Cayó sobre un macizo de rosales, se puso en pie de un salto sangrando por mil cortes y arañazos, y echó a correr aullando desesperado hasta que se perdió en la floresta. Y por allí vagó sin sentido, y por las desoladas colinas de Gales, con el juicio casi extraviado por completo.

Pasaron los meses, y en Camelot los hombres empezaron a preguntarse qué habría sido de sir Lanzarote, que nadie sabía dar cuenta de él desde hacía tanto tiempo. La Navidad llegó y pasó, y Lanzarote seguía sin aparecer; y tampoco honró con su presencia las fiestas de Pentecostés o de San Miguel.

Cuando hubo entrado el nuevo año, sir Bors de Ganis, primo de Lanzarote, salió discretamente de Camelot en su busca. Con el tiempo llegó a las Tierras Baldías y al misterioso Castillo de Carbonek, que tan pocos hombres tenían el privilegio de encontrar. Allí encontró al rey Pelles y a la dama Elaine, y Elaine llevaba en brazos un niño recién nacido.

—¡Contemplad, señor caballero, a este niño! —dijo Elaine—. Yo soy su madre, y sir Lanzarote del Lago su padre. Hoy en el bautizo recibirá el nombre de Galahad.

Entonces Elaine le contó a sir Bors toda la historia de la visita de Lanzarote a Carbonek y a Caso, y cómo había huido enloquecido de vergüenza y aflicción, y se había perdido por las colinas de Gales.

Esa noche, a la hora de cenar, la Procesión del Grial volvió a pasar por el salón. Pero, en lugar de la Lanza Sangrante, la segunda doncella fantasmal portaba un candelabro de siete brazos.

—Una gran maravilla habéis visto —dijo el rey Pelles—, pues esta procesión no ha pasado ante los ojos de nadie salvo los de sir Perceval y los de sir Lanzarote. Allá, en una estancia en lo más alto de la torre del homenaje, arden sin consumirse esas velas en un altar dentro de una pequeña capilla, y allí se encuentra el Grial, y la Lanza Sangrante con la que Longinos hirió a Nuestro Señor. Yo, el Guardián del Grial, he entrado en esa cámara, y mi padre antes que yo, y su padre, y así hasta José de Arimatea, que construyó este castillo. Pero ningún otro hombre ha entrado en esa cámara, a excepción del buen caballero sir Gawain. Una vez entró otro caballero y tocó la Lanza con sus manos impuras, y ése era sir Balin, el que asestó el Golpe Doloroso y que, por su pecado, tuvo una muerte desgraciada. Ahora id en busca de sir Lanzarote; los dos vendréis aquí una vez más, aunque él por razón de su pecado no será digno de tocar el Grial, a pesar de que en cuestiones terrenales es el mejor caballero del mundo.

Sir Bors partió a la mañana siguiente, y cuando hubo salido de las Tierras Baldías se encontró con sir Gawain y sir Perceval, sir Uwain y sir Sagramore, y muchos otros caballeros que también andaban a la búsqueda de sir Lanzarote. Al este y al oeste fueron, y también al norte y al sur, pero en ningún sitio encontraron traza alguna de su presencia. Muchas aventuras les ocurrieron en su empresa, y muchas cosas extrañas y maravillosas vieron, pero a nadie encontraron que hubiera visto a un caballero sin juicio que corriera enloquecido sin armas ni coraza.

Un día, sir Perceval y sir Bors llegaron hasta el Castillo de Caso, y allí los recibió Elaine con gran contento, pues había ido allí con Galahad desde Carbonek, y ni siquiera ella sabía encontrar ahora el camino de vuelta.

Los recibió bien en su castillo, pero gran pesar tuvo al saber que Lanzarote seguía perdido. Muchos días se quedaron en Caso, con la esperanza de que Lanzarote apareciera por ahí en su vagar sin sentido; hasta que al fin, un día…

Elaine paseaba por el jardín cuando el pequeño Galahad vino hacia ella gritando:

—¡Madre, venid a ver! ¡Hay un hombre durmiendo junto a la fuente!

Cuando lo vio, Elaine supo que se trataba de Lanzarote, y entre grandes sollozos corrió a decírselo a Perceval y a Bors.

—No le despertéis —dijeron—, pues puede suceder que no haya remitido su locura y que os mate en un arrebato de furia, o que eche a correr otra vez como un poseso.

Entonces un ermitaño que moraba por allí en una pequeña capilla les aconsejó que sacaran a Lanzarote del castillo mientras dormía para llevarlo a su ermita.

—Velaré por él toda la noche ante el altar —dijo el ermitaño—. No puede ser que caballero de tan altas cualidades como sir Lanzarote pase el resto de sus días sin juicio, vagando desnudo por los bosques.

A la mañana siguiente Perceval y Bors, con la cabeza descubierta, observaban desde el umbral al ermitaño arrodillado ante el altar, mientras Lanzarote yacía como muerto sobre unas negras andas[28] en una pequeña capilla. Largo tiempo permanecieron allí en la quietud del portal, las cabezas gachas, rezando también por Lanzarote. De repente el Santo Grial apareció en la ermita, suspendido en medio de un gran halo de luz sobre el altar, brillando con tal fuerza que los dos caballeros se hincaron de rodillas y escondieron el rostro entre las manos. Cuando levantaron la vista Lanzarote estaba también de rodillas, pero del Santo Grial no quedaba rastro alguno, tan sólo un rayo de luz del sol naciente que, tras pasar a través del ventanuco redondo del altar, iluminaba la figura entera de Lanzarote.

Sir Bors y sir Perceval le dieron las gracias al ermitaño y después llevaron a Lanzarote al Castillo de Caso, aunque éste iba caminando como un hombre dormido. Le llevaron a un lecho y allí le atendieron Elaine y su criada Brisen. Pero sir Bors y sir Perceval volvieron a Camelot a contarle al rey Arturo lo que habían visto.

Al cabo, sir Lanzarote despertó de su largo sueño, su mente sana y sin nada que la turbara, y se encontró a Elaine inclinada sobre él.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó—. ¡Decidme, por amor de Dios, dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí!

—Señor —respondió Elaine—, a este país llegasteis desquiciado, ibais de acá para allá sin ropas y sin juicio. En mi jardín os encontramos, y vuestra locura desapareció gracias a los buenos oficios de Nacien, el Divino Ermitaño, y por la venida del Santo Grial.

Muchas jornadas permaneció Lanzarote en Caso, y Elaine le atendió hasta que estuvo plenamente recuperado. Pero entonces, a pesar de sus súplicas y lágrimas, Lanzarote se despidió de ella, montó en su caballo y volvió a

Camelot. Pues su corazón seguía añorando sólo a la reina Ginebra, a la que amaba con una pasión aún más grande y arrebatada, a pesar de que Elaine le hubiera engañado bajo la forma de Ginebra, y se hubiera unido a él haciéndole creer que de la reina se trataba.

Las viejas leyendas no cuentan lo que sucedió con Elaine cuando Lanzarote se separó de ella, o lo hacen de forma confusa. Cuando Lanzarote volvió una vez más a Carbonek, Elaine ya no estaba allí, y Galahad, casi desde el día en que Lanzarote partió del Castillo de Caso, fue confiado a la custodia de ciertas monjas y frailes santos que moraban a poca distancia de Camelot.

No obstante, las viejas leyendas sí cuentan la historia de otra Elaine que amó a Lanzarote y de la que él se alejó, rechazando su amor por causa de la fe infiel que le mantenía falsamente leal a Ginebra, reina del rey Arturo. Esta Elaine le añoró tanto tras su partida que se le rompió el corazón y dejó esta vida; y tras morir sus criados la pusieron, ricamente adornada, en una barca en un ancho río que fluye por Camelot, y en su mano colocaron una carta y dejaron que la barca fuera bajando por la corriente, pues ése había sido su último deseo.

—Señor —dijo Kay al rey Arturo mientras éste estaba con muchos de sus caballeros algunos días más tarde—, ¡ha sucedido un gran prodigio! Por el río baja una barca negra, y dentro de ella yace muerta una bella dama ataviada con ricas joyas y vestidos.

Entonces el rey Arturo, la reina Ginebra y muchos de sus caballeros fueron junto al río y contemplaron la barca que bajaba mansamente por la corriente hasta embarrancar en la orilla. Todos vieron entonces la carta que la doncella tenía en la mano. Inclinándose delicadamente la cogió el rey Arturo, rompió los sellos y leyó:

«Muy noble caballero, mi señor sir Lanzarote: la muerte me ha arrebatado ahora de vuestro amor. Pues os he amado con el corazón, y mi nombre fue Elaine de Astolat. Por ello pido a todas las mujeres que tengan pena de mí, y que rueguen por mi alma, y que den honrosa sepultura a mi cuerpo… y a vos que recéis también por mí, caballero sin par, sir Lanzarote».

Cuando oyó esto, Lanzarote ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar.

—Ah, mi señor Arturo —dijo—, sabed que me ahoga la tristeza y la piedad por la muerte de esta doncella. Mas pongo a Dios por testigo de que no fue por mi deseo el que se produjera este hecho. De corazón me amaba, y por encima de todas las cosas quería ella ser mi esposa, mas no podía ser, pues no

se puede gobernar el amor, y gran bajeza y deshonra sería desposar a una doncella a la que no se puede amar.

—Sin duda decís verdad —dijo el rey Arturo—. El amor es un don divino y, como tal, debe ser tratado con todo honor y reverencia; no es auténtico caballero quien comete la más mínima acción que pueda mancillarlo.

Entonces todos pasaron junto a la dama Elaine con la cabeza inclinada, tras lo cual fue solemnemente enterrada en la gran catedral. Pero hubo de pasar algún tiempo antes de que se disipara aquella sombra de la corte de Camelot, corazón del alto reino de Logres. Y nunca se disipó del todo de sir Lanzarote, pues él sabía que en una cosa era indigno de ese alto lugar; y pese a ello no dejaba de amar a la reina Ginebra, ni ella a él, y de este amor había de venir el final de la gloria de Logres.

LIBRO TERCERO

LA BÚSQUEDA DEL SANTO GRIAL

CAPÍTULO 1

De cómo el Santo Grial llegó a Camelot

Era la víspera de Pentecostés, y los caballeros venían a Camelot de todas las direcciones para, al día siguiente, ocupar sus asientos en la Tabla Redonda. Casi todos llegaron a tiempo de asistir al servicio vespertino en la gran catedral, tras lo cual fueron al salón del castillo a compartir la cena.

De repente se presentó una hermosa dama que venía aprisa sobre un caballo blanco, y que, llegándose al rey, le hizo una reverencia y le dijo:

—Señor, por amor de Dios, ¡decidme dónde está sir Lanzarote!

—Aquél de allá es —respondió el rey Arturo. Entonces ella fue hasta Lanzarote y le dijo:

—Señor caballero, os requiero para que me acompañéis a la floresta cercana.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó sir Lanzarote.

—Eso lo sabréis cuando estéis allá.

—Bien, con gusto os acompañaré —y con esto, sir Lanzarote se levantó para despedirse del rey y de la reina.

—¡Cómo! —exclamó Ginebra—. ¿Nos dejáis ahora, la víspera de Pentecostés?

—Mi señora —dijo la dama—, cuando mañana llegue la hora de sentarse a la mesa, Lanzarote estará con vosotros, os lo prometo.

Entonces cabalgaron hasta el bosque y llegaron al poco a una abadía. Lanzarote fue bien recibido por los monjes y monjas, que le condujeron a un bien dispuesto aposento donde se despojó de la armadura. Allí encontró a sus dos primos, sir Bors y sir Lionel, que estaban pasando la noche en el convento de camino a Camelot, y mucho se alegraron los tres de volver a verse.

Mientras hablaban entraron doce monjas que llevaban con ellas a Galahad, el mejor y más hermoso joven del mundo.

—Señor —dijo la abadesa a Lanzarote—, este muchacho es de sangre real, y aquí lo hemos cuidado desde que era un niño. Le ha educado Nacien, el ermitaño de Carbonek, y también ha sido instruido en el uso de las armas. Os rogamos ahora que le arméis caballero, pues no hay manos más dignas que las vuestras de las que recibir la alta Orden de la Caballería.

—Lo cual mucho me place —dijo sir Lanzarote, pues conoció que Galahad era su propio hijo, nacido en el misterioso Castillo de Carbonek.

Toda esa noche veló[29] Galahad, de rodillas ante el altar en la iglesia del monasterio, y por la mañana, tras el servicio de vísperas, Lanzarote le bendijo y le hizo caballero.

—Que Dios haga de vos un hombre bueno —le dijo—, igual que ya os ha hecho más bello que ningún otro a ojos del mundo. Y ahora, hermoso sir Galahad, ¿vendréis conmigo a la corte del rey Arturo?

—Todavía no ha llegado el momento —respondió—, mas pronto me veréis allá.

Lanzarote volvió a Camelot con Bors y Lionel y encontró a toda la hermandad reunida en el gran salón en torno a la Tabla Redonda. Y en letras de oro aparecía escrito en cada silla el nombre del que se debía sentar en ella; y esa mañana estaban ocupados todos los lugares a excepción de la Silla Peligrosa, en la que nadie se podía sentar y volver a levantarse con vida salvo aquel para el que estaba reservada.

En el momento en que Lanzarote iba a ocupar su sitio a un lado de ella, con Perceval al otro, vieron aparecer de repente letras de oro sobre la Silla Peligrosa:

CUATROCIENTOS Y CINCUENTA Y CUATRO AÑOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR SE OCUPARÁ ESTA SILLA.

—Me parece —dijo Lanzarote, una vez que todos hubieron observado en silencio estas palabras— que esta silla encontrará su dueño este mismo día. ¡Pues hoy es el primer Pentecostés después de pasados cuatrocientos cincuenta y cuatro años! Mas cubramos ahora la Silla Peligrosa con un paño de seda hasta que venga aquel al que está destinada.

Tras seguir la recomendación de Lanzarote, el rey Arturo les pidió a todos que se sentaran a cenar, mas sir Kay, el senescal, exclamó:

—Señor, si empezáis ahora el festín quebraréis la tradición de vuestra corte, pues nunca antes de este día os habéis sentado a cenar sin haber sido testigo de alguna extraña aventura.

—Decís verdad —dijo el rey Arturo—, pues tanto me asombraron las palabras escritas sobre la Silla Peligrosa que me olvidé de esa costumbre.

No habían terminado de hablar cuando entró un escudero que le dijo al rey:

—¡Señor, os traigo nuevas de un gran prodigio!

—¿De qué se trata? —preguntó el rey.

—Señor —respondió el escudero—, hay una gran roca cuadrada flotando sobre el río, y en ella hay clavada una brillante espada con empuñadura de oro en forma de cruz.

Entonces dijo el rey:

—Tengo que ver esta maravilla.

Y con él salieron todos los caballeros, y fueron a la amplia explanada que se extendía entre el castillo y el río. Allí encontraron la piedra flotando junto a la orilla del río, y la luz del sol arrancaba destellos de las joyas engarzadas en el pomo de la espada hasta formar una sutil esfera de luz, como un halo. Y sobre la espada estaban escritas estas palabras:

NUNCA HOMBRE ALGUNO HA DE SACARME
DE AQUÍ SALVO AQUEL CUYO COSTADO HE DE CEÑIR,
QUE SERÁ EL MEJOR CABALLERO DEL MUNDO.

Cuando el rey lo hubo leído, le dijo a Lanzarote:

—Buen señor, este acero debe de estar destinado para vos, pues estoy seguro de que sois el mejor caballero del mundo.

Pero sir Lanzarote pensó en la reina Ginebra y en el amor deshonroso que había entre ellos, y dijo con voz queda:

—Señor, esta espada no es para mí, pues no soy digno de llevarla al costado. El mal se abatirá sobre aquel que trate de sacarla a sabiendas de que no es digno…

—Entonces, mi buen sobrino —le dijo Arturo a sir Gawain—, probad vos a extraerla.

—Mi señor —respondió Gawain—, no es ése mi deseo.

—Probad de igual manera —dijo el rey Arturo—. Os lo ordeno.

—Mi señor, vos ordenáis y yo obedezco —dijo Gawain. Y tomó la espada por la empuñadura, pero no la pudo mover el grosor de un cabello.

Después lo intentó sir Perceval, por deseo del rey Arturo, pero tampoco la pudo aflojar: y no hubo allí ningún otro caballero que osara intentarlo.

—Ahora podemos volver a la mesa —dijo sir Kay—, pues sin duda habéis sido testigo de una maravillosa aventura.

Volvieron al salón y ocuparon sus puestos, todos los asientos estaban ocupados excepto la Silla Peligrosa, que permanecía cubierta por un paño de seda. Pero no habían puesto aún sus manos sobre la comida cuando sintieron un formidable golpe de viento que pareció conmover el castillo entero, al que siguió una profunda calma.

—Ante Dios, mis buenos amigos —dijo el rey Arturo en un susurro—, que éste es día de prodigios; ¿qué otros extraños sucesos ocurrirán antes de

que caiga la noche?

No había terminado de hablar cuando apareció en el umbral un anciano con una larga barba que llevaba de la mano a un caballero joven y apuesto, el muchacho más hermoso que jamás hubiesen visto, y que lucía una gran armadura de color rojo oscuro. No tenía espada ni escudo, aunque de la cintura le colgaba una vaina vacía. Lanzarote reconoció a su hijo sir Galahad y a Nacien, el ermitaño de Carbonek.

—Que la paz sea con todos vosotros, buenos señores —gritó Nacien, y al rey Arturo le dijo—: Mi señor rey, os traigo un joven caballero de linaje real, descendiente de José de Arimatea. Por este caballero las maravillas de vuestra corte y del fuerte reino de Logres serán culminadas.

—Sed bien venido a nuestra compañía —dijo el rey Arturo.

Entonces Nacien el Ermitaño condujo a Galahad directamente por el salón a la Silla Peligrosa, entre sir Lanzarote y sir Perceval, a la que quitó de encima el paño de tela. Y todos pudieron ver que las letras de la mañana habían desaparecido y que en su lugar relucía una nueva inscripción:

ÉSTE ES EL ASIENTO DE GALAHAD EL ALTO PRÍNCIPE.

—Señor —dijo Nacien—, notad que este lugar os pertenece.

Entonces Galahad se sentó en la Silla Peligrosa, y dijo:

—Podéis marchar ahora, hombre santo, pues se han cumplido vuestros mandatos. Pero sabed que yo he de volver a Carbonek, y eso antes de que pase mucho tiempo.

Entonces se partió de entre ellos Nacien el Ermitaño, y todos los caballeros de la Tabla Redonda mucho se maravillaron de que sir Galahad se sentara en la silla sin sufrir daño alguno. Mas Lanzarote observaba a su hijo y sonreía con orgullo.

—¡Por mi vida, que este joven caballero acabará altas y grandes gestas! —exclamó sir Bors de Ganis.

Al terminar la cena, el rey Arturo llevó a Galahad a la orilla del río y le mostró la espada clavada en la piedra flotante.

—Aquí tenéis uno de los mayores prodigios de los que jamás fui testigo —dijo el rey—. Dos de los mejores caballeros del mundo han tratado de sacarla en vano.

—Señor —dijo sir Galahad—, eso no os ha de extrañar, ya que esta aventura no es suya, sino mía. Ved, llevo esta funda sin espada, pues sabía que ésta me había de estar esperando.

Con estas palabras extendió el brazo, sacó la espada sin dificultad de la roca y la deslizó en la funda que llevaba al costado, diciendo:

—Ahora tengo la espada que asestó el Golpe Doloroso. Una vez ciñó el costado de sir Balin, que con ella dio muerte a su hermano Balan. Pero Merlín la puso así en esta roca para que el día señalado viniera a mi diestra, y en ella brillara para mayor gloria de Dios.

Tras esto mandaron traer caballos y armaduras, y justaron en la pradera junto al río.

—Buen señor —dijo el rey Arturo a Galahad—, dejadme que os ofrezca un escudo.

—No habrá tal —respondió sir Galahad—, pues Dios me enviará uno en el momento indicado.

Entonces cogió una lanza y justó con todos los que se presentaron, y tan fuertes golpes daba y tan bien y con tanta furia cabalgaba que nadie pudo resistirle, aun sin escudo como estaba. Ni siquiera sir Tristán o sir Gareth. Pero con sir Lanzarote, sir Gawain, sir Perceval y sir Bors no justó.

Cuando al anochecer el rey Arturo y sus caballeros volvían al castillo, se llegó hasta ellos una doncella montada sobre un blanco caballo. Saludó al rey Arturo y preguntó por el paradero de sir Lanzarote. Él mismo respondió:

—¡Aquí estoy, buena dama!

Entonces dijo ella, llorando desconsolada:

—Ah, sir Lanzarote, vos ignoráis el cambio tan grande que os ha sobrevenido en este día.

—Señora, ¿por qué decís esas palabras?

—Señor —respondió ella, sin cejar en su llanto—, os digo la verdad. Por la mañana erais el mejor caballero del mundo. Pero ahora ha venido al reino de Logres quien es mejor que vos, y ha sacado la espada de la piedra flotante, como predijo Merlín que sucedería.

—Bien sé que nunca fui el mejor —dijo sir Lanzarote.

—De todos los hombres pecadores seguís siendo el mejor —exclamó la doncella—, pero ahora está aquí quien os aventaja. Ah, rey Arturo, hoy ha de ser vuestra una gloria mayor que la que nunca tuvo rey alguno en la tierra de Britania. Mas llorad, sir Lanzarote, llorad por lo que habéis perdido.

Y así entre sollozos partió y se perdió en la oscuridad creciente.

Volvieron en silencio al gran salón a ocupar sus lugares en torno a la Tabla Redonda. Entonces el rey Arturo miró a su alrededor y vio que todas las sillas estaban ocupadas, y recordó las palabras de Merlín, el buen encantador.

—¡Mis buenos caballeros! —exclamó el rey Arturo—. ¡Reparad en que ahora, alrededor de esta mesa, está sentada la mejor y más hermosa compañía

que haya visto el mundo entero! ¡Ésta es la más alta hora de nuestro reino de Logres, la hora de la Gloria de Logres!

Mientras decía estas palabras, un fuerte viento sopló en torno al castillo y un trueno formidable conmovió sus piedras; entonces un repentino rayo de sol rasgó las sombras de extremo a extremo del gran salón, siete veces más intenso de lo que nunca viera hombre alguno en el más luminoso día de verano, y entonces la gloria de Dios fue con todos ellos. Los caballeros se miraron entre sí y se encontraron mejores y más hermosos de lo que jamás antes les hubiera parecido; pero nadie pronunció palabra, pues todos quedaron anonadados en torno a la Tabla Redonda como si hubieran perdido el habla.

Entonces el Santo Grial entró en el salón cubierto con un paño de blanco brocado, irradiando una luz tan esplendorosa que a todos deslumbraba. Tampoco veían quién portaba el Santo Grial, pues parecía deslizarse sobre el rayo de sol, y pasó por en medio de todos ellos llenándolos con el gozo y la paz de la plenitud de Dios.

Entonces, de repente, desapareció de entre ellos, y ninguno supo decir adónde había ido. También el rayo se desvaneció, tras lo cual quedaron sentados en silencio, poseídos por una gran sensación de serenidad. Sólo sir Mordred ocultaba su rostro entre las manos mientras las lágrimas abrasadoras de la vergüenza se escurrían entre sus dedos.

Entonces el rey Arturo dijo en un susurro:

—Debemos dar gracias a Nuestro Señor Jesucristo por enviarnos Su bendición en esta alta fiesta de Pentecostés.

—En verdad que podemos considerarnos afortunados por encima de todos los hombres —añadió sir Gawain—. Y aun así, se nos ha mostrado en este día que todavía quedan glorias mayores que perseguir. Incluso ahora, cuando el Santo Grial ha venido entre nosotros, estaba velado a nuestros ojos de forma que ni lo podíamos ver ni acercarnos a él. Por lo tanto, hago aquí voto solemne de salir por la mañana sin demora en busca del Santo Grial, y no cesar en tan alta misión hasta haberla acabado, o hasta saber que no soy digno de ella.

Cuando los demás caballeros de la Tabla Redonda oyeron a sir Gawain hacer este voto, casi todos se pusieron en pie e hicieron el mismo juramento.

—¡Ay! —exclamó el rey Arturo—, mi buen sobrino, vuestras palabras casi me quitan la vida: con ellas me arrebatáis a los mejores y más leales caballeros que jamás se juntaran en reino alguno de este mundo, ya que cuando todos partáis de aquí estoy seguro de que nunca más se ha de reunir al completo tan noble compañía en torno a la Tabla Redonda, pues muchos

morirán en esta aventura. Y este pensamiento me apena profundamente, pues os he amado tan bien como a mi vida. Es más, bien sé que se aproxima el final del reino de Logres y que se acerca la hora de la última batalla de la que me advirtió Merlín.

Por la mañana todos los caballeros que se habían juramentado para esta gran aventura se reunieron en la catedral para renovar sus votos de caballería. Entonces de uno en uno y de dos en dos marcharon de Camelot, tomando las más diversas rutas, en busca del Santo Grial.

CAPÍTULO 2

Las primeras aventuras de sir Galahad

Por valles y colinas, bosques y llanuras cabalgó sir Galahad sin encontrar ninguna aventura, y al atardecer del cuarto día llegó a una gran abadía. Los monjes le recibieron amablemente, le ayudaron a quitarse el arnés y le condujeron al aposento de los huéspedes. Allí encontró a otros dos caballeros de la Tabla Redonda ya sentados a la cena, el rey Bagdemagus y sir Uwain.

—Señores —dijo Galahad tras saludarlos—, ¿qué aventura os trae por aquí?

—Señor —respondieron—, hemos oído hablar de un escudo maravilloso que se guarda en esta abadía y que ningún hombre puede llevar sin que le suceda alguna desgracia en menos de tres días. Mas también se dice que quien consiga embrazarlo acabará la Búsqueda del Santo Grial.

—Mañana —dijo el rey Bagdemagus— tomaré el escudo e intentaré culminar su aventura. Por lo que os ruego que permanezcáis aquí tres días, pues, de no ser yo el que se haga con el escudo, volverá a esta abadía antes de que pase ese tiempo. Y creo que, si no soy yo el elegido, entonces es seguro que está destinado a sir Galahad.

—Esperaré, sin duda —dijo Galahad—, pues buena falta tengo de un escudo.

A la mañana siguiente oyeron misa juntos, tras lo cual el rey Bagdemagus le preguntó al abad por el escudo.

—Está reservado sólo para el mejor caballero —dijo el abad—, por lo que os aconsejo que no lo toquéis. —A pesar de ello los llevó al altar y les mostró el escudo, que de bruñido que estaba parecía más blanco que la nieve, excepto por una cruz roja pintada en el centro.

—Yo sé bien que no soy el mejor caballero del mundo —dijo el rey Bagdemagus—, y sin embargo lo he de intentar. —Con esas palabras embrazó el escudo, montó su caballo y se echó al bosque, seguido por su fiel escudero. No habían recorrido dos millas cuando llegaron a un amplio valle en una de cuyas vertientes se alzaba una ermita de piedra. Apenas había dejado el rey Bagdemagus la cubierta boscosa cuando un extraño caballero, armado con un reluciente arnés blanco, salió del otro extremo de la floresta

galopando hacia él con la lanza en ristre. Entonces Bagdemagus bajó también la lanza y los dos chocaron como el yunque y el martillo. A pesar de que Bagdemagus apuntó de frente, pareció como si su lanza no hallara resistencia, mas la lanza del Caballero Blanco le alcanzó en el hombro, donde no le cubría el escudo, con lo que cayó sin sentido al suelo.

—Este hombre ha cometido una gran temeridad al llevar ese escudo —dijo el Caballero Blanco al escudero de Bagdemagus—. Subidlo con cuidado al caballo y volved por donde habéis venido. Llevaos también el escudo, pues pertenece a Galahad, el buen caballero, y a él solamente.

—Señor —dijo el escudero—, decidme vuestro nombre, para que se lo pueda decir a sir Galahad.

—No os cuidéis de mi nombre —dijo el Caballero Blanco—. No es cosa vuestra, ni de ningún hombre de la tierra.

Entonces el escudero puso al rey Bagdemagus sobre su caballo, colgó el escudo de la silla y le condujo lentamente a la abadía, donde le acostaron en un lecho y le atendieron largo tiempo hasta que sanaron sus heridas.

—Señor —dijo el escudero a sir Galahad—, el Caballero Blanco que derribó al rey Bagdemagus os envía sus saludos, y me encomienda que os diga que el escudo es vuestro y que, con él al brazo, realizaréis grandes hazañas.

—Bendita sea la fortuna que trae hasta mí este escudo —exclamó sir Galahad; y poniéndoselo al brazo, se adentró por la floresta.

Pronto llegó al claro próximo a la ermita de piedra, y allí se le apareció de repente el Caballero Blanco, que salió de entre los árboles semejante al rayo de sol en el que no se ha reparado hasta el momento de verlo.

—Os saludo, caballero, en nombre de Dios —gritó Galahad—. Contadme, os lo ruego, las maravillas de este escudo.

—Durante muchos, muchos años ha estado colgado en aquella abadía —dijo el Caballero Blanco—, a la espera de que el caballero santo de Logres viniera a por él, y vos sois ese caballero. Hace más de cuatro siglos que fue forjado en la ciudad de Sarras, en Tierra Santa; José de Arimatea lo trajo a Bretaña en el Barco Encantado. Al morir trazó sobre él esa cruz con su propia sangre e hizo que lo colgaran tras el altar, donde vos lo habéis encontrado. ¡Marchad ahora, Galahad, auténtico Caballero de Dios, pues bien ha de acabar vuestra aventura!

Con estas palabras, el Caballero Blanco se volvió y se alejó cabalgando, mas no había alcanzado los primeros árboles del bosque cuando se desvaneció de la vista, como los rayos del sol cuando ante él se interpone una nube.

Galahad quedó ahí sentado, maravillado, y así estaba cuando el escudero, que le había seguido desde la abadía y había escuchado las palabras del Caballero Blanco, se postró ante él y le dijo:

—¡Otorgadme un don, noble sir Galahad! ¡Armadme caballero y permitidme cabalgar con vos en vuestra misión! Melias es mi nombre, y mi padre es el rey de Dinamarca.

—Buen señor —respondió Galahad—, dado que venís de linaje de reyes, tened buen cuidado de dar ejemplo de caballero, pues habéis de ser espejo en que se mire toda la caballería. Por ello aquí mismo os armo caballero, y os pido que cabalguéis a mi lado hasta que nos separe alguna aventura.

Así fue que cabalgaron juntos sir Galahad y sir Melias, pero al poco llegaron a un cruce de caminos donde encontraron un peregrino que les dijo:

—Señores, debéis elegir qué senda queréis tomar. El que vaya a la derecha llegará sin dificultad al final de su jornada, aunque sin valentía alguna por su parte. Mas el que prefiera la izquierda sólo conseguirá llegar a su meta, si es que lo consigue, por su propio arrojo y la fuerza de su brazo.

—¡Yo tomaré el camino de la izquierda! —exclamó sir Melias, que deseaba ardientemente probar sus méritos de caballero, y se alejó sobre su corcel antes de que Galahad pudiera detenerle.

Se adentró en lo más profundo del bosque y al poco se topó con un rico pabellón en el que nadie había, y en su interior halló una corona de oro que colgaba de un trono espléndido, y un rico banquete sobre una mesa. Melias desmontó y dio buena cuenta de la comida; luego cogió la corona y ya se disponía a seguir su camino cuando de repente apareció un caballero que le gritó:

—Dejad en el suelo esa corona dorada que no os pertenece y disponeos a defenderos.

—Señor del cielo, socorred ahora a Vuestro recién armado caballero —se encomendó Melias. Entonces puso la lanza en ristre y se abalanzó contra el extraño. Pero el otro caballero le derribó del caballo, cogió la corona, volvió a montar y le dejó casi muerto con una gran lanzada en el costado.

Galahad tomó el otro camino, pero éste no hacía sino serpentear por el bosque para volver a unirse al que Melias había elegido; llegó pues al lugar abierto junto al pabellón a tiempo de ver al extraño caballero alejarse tras derribar a sir Melias.

—¡Volveos, cobarde! —gritó Galahad, y el caballero se dio la vuelta y le atacó con saña. Galahad justó tan bien que el caballero rodó por tierra, pero la lanza se le rompió en pequeños pedazos.

—Lucháis bien —dijo el extraño caballero poniéndose en pie lentamente —. Me rindo a vos. No temáis por este hombre al que he vencido, pues yo le atenderé y le curaré la herida que le he causado. Soy ermitaño, aunque ahora lleve esta armadura, y soy maestro en el arte de sanar. Por su orgullo, que le hizo elegir la senda de la izquierda, y por su codicia, que le hizo coger la corona de oro que no necesitaba, sir Melias ha padecido esta caída. Pero marchad, noble sir Galahad, y confiad siempre en Dios más que en vuestras fuerzas terrenales.

Entonces Galahad se arrodilló para recibir la bendición de este extraño ermitaño y siguió su camino por ciudades y florestas, entre cultivos y tierras yermas, durante muchas, muchas jornadas, corriendo más aventuras que espacio hay aquí para contarlas, hasta que un día una hermosa dama se llegó hasta él y le dijo:

—¡Sir Galahad! ¡Venid veloz conmigo! No lejos de aquí nos espera el Barco Encantado que vos debéis abordar. Allí están ya sir Perceval, mi hermano; y el fuerte caballero sir Bors de Ganis. Sólo vos faltáis para que el barco parta en esta aventura. Pues vuestra búsqueda se acerca a su fin, y juntos entraréis los tres caballeros al castillo donde aguarda el Santo Grial.

—¡Indicadme la ruta, hermosa doncella! —dijo sir Galahad, y cabalgaron por empinados senderos rodeados de peñascos hasta que, al cabo, llegaron a la bahía secreta donde los aguardaba el Barco Encantado.

CAPÍTULO 3

Las aventuras de sir Perceval

Cuando Perceval partió de Camelot en busca del Santo Grial, vagó muchas semanas sin toparse con ninguna aventura inusual. Un día se encontró de repente con Galahad, y justaron, sin que ninguno se percatara de quién era el otro, y sir Galahad derribó a Perceval del caballo y se alejó de allí.

«Debo encontrar a este caballero que lleva una cruz roja sobre un escudo blanco —pensó Perceval mientras se incorporaba trabajosamente y subía al caballo—. Hasta el día de hoy ningún caballero del mundo había sido capaz de derribarme, a excepción de sir Lanzarote, ¡y seguro estoy de que no era él!».

Perceval se metió por lo más intrincado del bosque, y la rabia y la envidia crecían en su corazón contra el caballero desconocido de la cruz roja y el escudo blanco. Al cabo llegó a una pequeña ermita donde habitaba una reclusa, una mujer santa que pasaba sus días atendiendo a aquellos que acudían a ella en busca de ayuda, y rezando por sus almas y por la suya propia.

Le brindó una cálida acogida a Perceval, quien poco a poco le fue contando muchas cosas, tanto de su vida pasada como de la presente empresa.

—Noble señor —le dijo ella cuando le hubo hablado del caballero que lo había vencido—, si buscáis venganza cometéis un grave pecado, pues es el orgullo nada más lo que os impulsa a ello. Sabed, además, que el que os derribó del caballo era Galahad, el caballero santo de Logres, que ocupa la Silla Peligrosa. No le conocisteis por el escudo, y, sin embargo, ese escudo es el distintivo divino de su misión y lleva la marca de la sangre de José de Arimatea.

—Señora —dijo sir Perceval—, ahora que sé todo lo que me habéis contado, os doy mi palabra de que nunca más volveré a sentir envidia de sir Galahad; es más, le buscaré y le acompañaré en esta empresa, si soy digno de ello.

—Bien lo podéis ser —respondió la eremita—, si os cuidáis de toda tentación. Los poderes del mal os acechan dotados con fortísimos encantamientos; si triunfáis sobre ellos con toda la pureza de vuestro corazón

y llegáis al Castillo de Carbonek en las Tierras Baldías, allí encontraréis el Santo Grial; y también encontraréis allí a la dama Blanchefleur, a quien habéis buscado todos estos años, y la haréis vuestra esposa. Pero todo esto sólo pasará si os mostráis digno. ¡Marchad pues, sir Perceval, con el corazón puro y obediente a las leyes del cielo, y ganad vuestro reino!

Entonces la ermitaña le dio su bendición, le ayudó a ponerse la armadura y le dejó marchar; Perceval llevaba el corazón lleno de alegría al pensar en la empresa. Así cabalgó toda la mañana, y a la mitad del día se topó de repente con una veintena de hombres con armadura que llevaban a un caballero muerto en una litera, todo herido y mutilado con muchos tajos de lanza y espada. Cuando vieron a sir Perceval, le preguntaron de dónde venía, a lo que éste respondió:

—De la corte del rey Arturo.

Entonces gritaron todos al unísono:

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —y se le echaron encima por todos los lados.

Perceval se defendió con valor, y más de uno quedó muerto en tierra por sus golpes. Pero siete de esos cobardes le atacaron al tiempo mientras otros le mataban el caballo, de forma que cayó al suelo, y allí mismo le hubieran matado si de repente no hubiera salido de la floresta un caballero con arnés rojo y escudo blanco con una cruz roja en el medio. Como un relámpago se abalanzó contra ellos, y a derecha e izquierda caían los hombres bajo su lanza y su espada. Al poco, los que quedaban vivos huyeron despavoridos, aullando de terror, y el caballero los persiguió y desapareció en la distancia.

—¡Buen caballero, esperadme y permitidme que os lo agradezca! —gritó Perceval, pues se daba cuenta de que de sir Galahad se trataba; corrió tras él a pie tan deprisa como pudo, suplicándole que se detuviera, pero Galahad se había alejado demasiado, y a los pocos minutos Perceval no podía distinguir siquiera el sonido de los cascos de su caballo.

Triste y abatido vagó por el bosque, y al caer la noche se detuvo a descansar bajo un roble donde pronto se quedó dormido. A medianoche se despertó de repente para encontrar en pie junto a él a una extraña mujer cuyos ojos relampagueaban a la luz de la luna.

—Sir Perceval, ¿qué hacéis aquí? —preguntó.

—Me han matado el caballo —respondió—, y he seguido a pie a sir Galahad hasta que el cansancio se ha apoderado de mí.

—Si prometéis ayudarme en aquello que os pida —propuso la extraña doncella—, os prestaré mi propio caballo, y él os llevará donde deseéis ir.

—Así os lo prometo —exclamó sir Perceval sin dudarlo.

—Esperadme aquí e iré a buscar el caballo —dijo la extraña dama. En pocos minutos volvió llevando de la brida un gran caballo negro. Perceval se quedó mudo de admiración al verlo, pues nunca antes había visto un corcel tan poderoso y tan fiero. Aun así cogió las riendas, saltó sobre los lomos del animal y le picó espuelas. El animal se lanzó por el bosque, por pasos de montañas y por laderas rocosas, siempre adelante a través de la clara y fría luz de la noche, cortando el aire tan rápidamente que a Perceval le parecía haber cubierto en una hora la distancia de cuatro días.

Al fin bajaron por una ladera hasta un ancho río que se precipitaba rugiendo entre las dos orillas, y parecía como si el caballo fuera a llevarle directamente a donde con más ímpetu corrían las aguas. Perceval tiró del freno, pero el animal no respondía: ni se detenía ni cambiaba de dirección. Hasta el mismo borde del agua llegaron, y Perceval vio las aguas espumeantes y negras que se arremolinaban ante él. Entonces hizo la señal de la cruz, y de repente el caballo se levantó sobre las patas traseras, lanzó un relincho atronador y le tiró de la silla para, de inmediato, precipitarse en el río con un chillido terrible y perderse de vista, dejando sólo tras de sí una estela como de agua hirviente.

Perceval se arrodilló en la orilla y rezó a Dios, pues era claro que todo aquello era obra de un espíritu maligno que había intentado llevarlo al Infierno. El resto de la noche lo pasó de rodillas, orando, mas por la mañana fue testigo de otro extraño suceso. Un gran león se llegó a la orilla a beber y, al inclinarse hacia el agua, una espantosa serpiente le cayó de repente encima desde una roca que colgaba sobre el río. El reptil abrazó con sus anillos el cuello y el cuerpo del león tratando de estrangularlo. Entonces dio comienzo una terrible batalla entre las dos fieras, sólo que parecía que la serpiente pronto conseguiría la victoria. Entonces el león rugió, como si pidiera ayuda, y Perceval sacó la espada y atacó a la serpiente, y al poco le cortó la cabeza y la arrojó a las oscuras aguas.

Entonces sir Perceval se dio la vuelta para ver si el león también se disponía a atacarlo, pero en lugar de ello la fiera se vino hasta él y frotó la cabeza contra la pierna del caballero, ronroneando como un gran gato. Perceval dejó caer el escudo y descansó tras la batalla, con el león junto a él, guardándolo.

«Por fiero y poderoso que es el león —reflexionó Perceval—, la serpiente le cogió desprevenido, fue incapaz de vencerla, y tuvo que recurrir a mí y solicitar mi ayuda. Yo estuve en un caso semejante cuando el espíritu malo

me tentó, pues, aunque soy fuerte, hubiera sucumbido miserablemente si no hubiera recurrido a Dios en busca de auxilio».

Tras esto vagó muchos días por un país salvaje y desolado, y el león le acompañó, protegiéndole día y noche de los peligros del camino. Pero al fin llegó a la orilla del océano y el animal se separó de él donde acababa el bosque, mientras sir Perceval se sentaba a descansar junto a la orilla, sin tener idea de qué dirección tomar.

—Noble señor —dijo de repente una voz gentil detrás de él—, con certeza vos sois el buen caballero sir Perceval de Gales, que va en busca de las maravillas del Castillo de Carbonek.

Al volverse, Perceval descubrió a una bella doncella vestida toda de negro que estaba en pie junto a él con las manos entrelazadas. Entonces se incorporó, le dio cortésmente la bienvenida y le dijo:

—Señora, ¿cómo es que sabéis mi nombre y la empresa que persigo?

—No hace mucho —respondió ella—, mientras venía por las Tierras Baldías, me encontré con un caballero que lucía un arnés rojo y que llevaba una cruz bermeja pintada sobre un escudo blanco…

—¡Ah, hermosa doncella! —la interrumpió Perceval sin pensar—, ése es sir Galahad, el buen caballero, al que llevo buscando todos estos días. Decidme dónde puedo encontrarle, os lo ruego.

—Le vi en el Bosque Baldío —fue la respuesta—, persiguiendo a dos caballeros malvados hasta las Aguas Muertas; allí los mató, pero su caballo se ahogó y casi no sale de allí con vida. Ahora descansa en una ermita cercana a la que yo os conduciré mañana. Pero venid ahora a mi pabellón y descansad, pues no me parece que hayáis tenido reposo en muchos días.

—¿Quién sois vos, que me tratáis con tanta gentileza? —preguntó Perceval.

—Una pobre doncella desheredada que una vez fue la más rica del mundo —respondió—. Hombres malvados me expulsaron de mi castillo y me arrebataron la mayor parte de mis posesiones. Ahora viajo a la corte del rey Arturo a pedirle que mande caballeros y hombres de armas para que derroten a esos ladrones.

Mientras hablaban, la dama desheredada condujo a Perceval por la orilla del mar hasta que llegaron a un pequeño claro alfombrado con hierba y flores donde se levantaba un pabellón de seda.

—Aquí, noble señor, podréis descansar y esperar a que pasen las horas más calurosas —dijo, y Perceval se lo agradeció y se despojó de la armadura, que colocó bajo un árbol, dejando la espada apoyada contra el tronco.

Entonces se echó en un lecho cubierto de seda y suave lino y durmió durante todo el día.

Despertó por la tarde para encontrar a la dama esperando junto a él, sentada a una riquísima mesa aderezada con los más finos manjares que él jamás hubiera visto. Cuando hubieron comido, ella le condujo a un pabellón y le ofreció vino en un gran recipiente dorado, vino rojo, dulce y fuerte; y brindó por él, y le alcanzó la copa; y Perceval bebió de ella el vino más fuerte que jamás hubiera probado. Ella volvió a llenarla, pero no se la dio hasta pasado un rato; mientras tanto cantó para él una melodía lenta y misteriosa, y se le fue acercando cada vez más, hasta rodearle con los brazos.

—Señora —dijo él con voz rota—, sois de una belleza extremada.

—Señor —murmuró ella—, noble Perceval, soy vuestra, vuestra para siempre, de todos los hombres del mundo os amo sólo a vos. Así pues, besadme ahora, y brindad por mí con esa copa de vino, y juradme que a partir de este momento seréis mío solamente, y que haréis todo lo que yo os ordene.

Entonces Perceval brindó por ella, y bebió el vino, y se inclinó para besarle los labios. Pero entonces se acordó de Blanchefleur, su dama verdadera, y de cómo le había jurado amarla sólo a ella; y vio su espada apoyada contra el árbol, y el pomo centelleando a la luz nocturna como un gran y resplandeciente crucifijo. Gritó pidiendo ayuda a Dios e hizo la señal de la cruz sobre su propia frente.

De inmediato un gran viento arrancó el pabellón y se lo llevó por los aires como si fuera una nube negra que desapareciera en la oscuridad de la noche.

—¡Mi buen y dulce Señor Jesucristo, no permitáis que hoy sea deshonrado! —suplicó Perceval. Ante lo cual la dama dio un fuerte alarido:

—¡Ay, sir Perceval, vos me habéis traicionado!

Entonces aquella brisa poderosa y pura la arrebató a ella también, y se la llevó por el mar, e iba profiriendo horribles aullidos, y fue como si el agua hirviera detrás de ella.

Una vez más Perceval se arrodilló a solas, rezando junto a la orilla del mar cuando el espíritu maligno hubo desaparecido. Entonces durmió bajo el árbol y por la mañana se despertó para encontrar un barco anclado junto a la costa y a una mujer vestida con las blancas ropas de una monja, con un crucifijo de marfil al cuello, que se inclinaba sobre él.

—¡Despertad, sir Perceval! —exclamó—. ¡Despertad y poneos vuestra armadura! Habéis superado las tentaciones de este mundo y ahora podéis subir al Barco Encantado y navegar conmigo hasta Carbonek. Pronto estará sir Galahad a bordo con vos; y también sir Bors, para que dé testimonio de los

prodigios que van a suceder. No temáis, venid conmigo; soy vuestra hermana Dindrane, aunque no me conocéis, y Nacien el Divino Ermitaño de Carbonek ha sido quien me ha instruido.

Entonces Perceval se sintió embargado de gozo, y se puso la armadura y bajó con su hermana hasta donde el Barco Encantado los estaba esperando.

CAPÍTULO 4

Las aventuras de sir Bors de Ganis

Sir Bors de Ganis, que era primo de sir Lanzarote, marchó discretamente de Camelot en busca del Santo Grial. No llevaba mucho tiempo cabalgando cuando se encontró con un ermitaño montado sobre un asno.

—Mis saludos, señor caballero —dijo el viejo asceta—, ¿qué clase de hombre sois vos?

—Buen padre —respondió sir Bors—, soy un simple caballero de la corte del rey Arturo, y mi gran deseo es aprender la mejor forma de buscar el Santo Grial, pues ésa es la empresa que me ocupa.

—Venid conmigo —dijo el ermitaño— y os instruiré. Pues no es por fuerza terrenal por lo que podéis alcanzar el Grial, sino sólo por la pureza de vuestro corazón.

Durante muchos días sir Bors se quedó en la ermita aprendiendo muchas cosas, y durante todo ese tiempo no tomó otra cosa que no fuera pan y agua, como el ermitaño.

Por fin llegó el día en que tuvo que salir al camino una vez más.

—Gentil señor —dijo el ermitaño—, no comáis más que pan y no bebáis más que agua hasta que os hayáis sentado a la mesa del Santo Grial.

—Buen padre —respondió sir Bors—, eso os lo prometo. Mas ¿cómo sabéis que yo he de sentarme a la mesa del Santo Grial?

—Muy pocos caballeros se sentarán a ella —dijo el ermitaño—, y vos, sir Bors, sois uno de los elegidos, pues, aunque no habéis realizado grandes hazañas ni ganado fama eterna en Logres, es en la pureza de la vida y no en el orgullo de los actos donde reside aquello que hace a un hombre digno de terminar su empresa. Marchad con temor de Dios, y vivid para dar testimonio del final de la Búsqueda del Santo Grial. Podéis dar crédito a mis palabras, pues yo soy Nacien, el ermitaño de Carbonek.

Bors cabalgó durante muchos días, encontrando algunas aventuras por el camino, aunque ninguna demasiado extraña. Hasta que, al pasar por un bosque donde el camino se dividía en dos, le sucedió un extraño suceso. Por una de las sendas vio de repente a dos caballeros que conducían un caballo sobre el que iba atado un hombre desnudo, y los dos caballeros le azotaban

con espinos de modo que la sangre le corría hasta el suelo. Al acercarse sir Bors, la víctima levantó la cabeza y Bors advirtió espantado que se trataba de su hermano, sir Lionel. Lleno de furia, sir Bors se dispuso a atacar a los dos cobardes caballeros, pero, cuando ya iba a picar espuelas, oyó un grito que venía de la otra parte del camino.

—¡Socorredme, por amor de la Virgen María! —sir Bors se giró, y vio a una hermosa doncella forcejear con un caballero armado que trataba de arrastrarla hasta su caballo.

—¡Socorredme, noble caballero! —gritó la doncella—. Por el amor del rey Arturo, que con seguridad os hizo caballero, ¡ayudad a una doncella en apuros y no consintáis que sea deshonrada por este malvado!

Cuando sir Bors oyó estas palabras, no supo qué hacer. «Si permito que esos dos malvados se lleven a mi hermano —pensó— probablemente estará muerto para cuando vaya a rescatarlo. Pero, si no protejo a esta doncella, sufrirá negro deshonor y quizás la muerte también, y por mis votos de caballería no puedo abandonar a ninguna mujer que precise mi ayuda». Entonces Bors rezó de esta manera: «Buen Señor, Vuestra criatura soy, preservad a mi hermano Lionel de sus enemigos y no permitáis que le den muerte, pues es mi deber socorrer primero a esta dama».

Entonces se fue hacia el caballero que ya se alejaba con la doncella atravesada sobre el cuello del caballo.

—¡Señor caballero, soltad a esa dama de inmediato, o de lo contrario os he de cortar por detrás la cabeza! —le gritó sir Bors.

El caballero trató de escapar al galope, pero, al ver que sir Bors se le iba echando encima, dejó que la doncella resbalara hasta el suelo, dio media vuelta y con la lanza en ristre arremetió a todo correr contra sir Bors. Éste también bajó la lanza y los dos chocaron con tal violencia que las dos lanzas saltaron en pedazos. Desenvainaron entonces las espadas y se tiraron tan grandes tajos que saltaban chispas; pero al poco sir Bors asestó al caballero un mandoble mortal que le hizo caer al suelo, donde quedó inmóvil.

—Hermosa doncella —dijo Bors—, ahora sois libre de este caballero malvado.

—Os lo agradezco, noble señor —dijo la doncella—, mas acompañadme a mi morada, os lo suplico, pues témome que pueda toparme con otros semejantes en esta oscura floresta.

—Con gusto iré con vos, señora —respondió sir Bors, y cabalgaron hasta el atardecer, cuando llegaron a una fuerte torre que dominaba una colina. Allí la doncella ofreció una cálida acogida a sir Bors, y le sentó a la mesa para que

disfrutara de las mejores viandas junto a ella, mientras diez hermosas doncellas los atendían, y cantaban y tañían dulces instrumentos.

—Os ruego —dijo sir Bors— que tan sólo me ofrezcáis pan y una copa de agua pura, pues nada más puedo tomar hasta haber acabado mi empresa.

Y aunque la señora y las demás doncellas se esforzaron por persuadirle, sir Bors no probó ninguna de las viandas. Y cuando hubo tomado el pan y el agua, se negó a descansar en un blando lecho que habían dispuesto para él, sino que prefirió echarse sobre el duro suelo de piedra entre los juncos, y allí se quedó pronto dormido.

En mitad de la noche la dama vino a la cámara de sir Bors y le tentó de muchas maneras; él le respondió cortésmente, pero se negó a cometer los actos indignos a los que ella le inducía. Entonces le guió a lo alto de la torre a la clara luz de la luna, donde los aguardaban las demás doncellas.

—Ah, sir Bors, gentil caballero —exclamaron todas—, tened merced de nosotras y consentid que nuestra señora satisfaga su deseo, pues de lo contrario se arrojará desde esta torre y nosotras deberemos hacer lo mismo y morir con ella. Salvad nuestras vidas, noble señor, o quedaréis deshonrado para siempre.

Entonces sir Bors se echó a temblar sin saber si cometer pecado mortal o si salvar de la muerte a las damas; sumido en esta duda rogó al cielo que lo guiara, e hizo la señal de la cruz sobre su frente.

De inmediato la luna pareció apagarse como una vela, se levantó una fuerte brisa y se oyó un alarido horroroso, como si de todos los diablos del infierno se tratara. Entonces volvió a salir la luna, y sir Bors se encontró solo sobre la colina desolada, donde no quedaba rastro ni de la torre ni de las damas.

Por la mañana prosiguió sir Bors su camino, y antes de que pasara mucho tiempo, mientras cabalgaba por la floresta, oyó que la brisa le traía un sonido dulce de campanas. Se apartó del camino real y siguió un sendero que le llevó a una abadía construida sobre un hermoso claro donde varios cedros enormes crecían entre amplias y amenas praderas. Hasta la abadía llegó, y cuál no sería su sorpresa y alegría cuando vio a su hermano sir Lionel, completamente armado, sentado en su caballo en el portal. Saltó a tierra y se fue hacia él alborozado.

—¡Mi buen y dulce hermano, qué alegría volver a veros sano y salvo! Pero sir Lionel le lanzó una mirada amenazadora y fiera, y exclamó:

—Ah, sir Bors, vos que deseabais mi muerte estáis decepcionado. Fuisteis a socorrer a una damisela y me abandonasteis para que esos dos caballeros me

torturaran y mataran. ¡No volváis a acercaros a mí nunca más pues, si lo hacéis, lucharé con vos y no pararé hasta veros muerto!

Cuando sir Bors se percató de lo enfurecido que estaba su hermano, se arrodilló ante él y suplicó su perdón.

—¡Alejaos de mí, sir Bors! —era todo lo que Lionel decía—. ¡Alejaos de mí pues si no lo hacéis os trataré como a bandido y traidor, y os cortaré en pedazos mientras estáis de rodillas! ¡Maldito cobarde, no sois digno de llamaros hijo del rey Bohort de Ganis, nuestro padre! Pero subid rápido a vuestro caballo y alejaos de mí o, de lo contrario, disponeos a luchar conmigo como corresponde a un caballero.

Cuando sir Bors se percató de que no tenía más opción que luchar contra su hermano o morir, no supo qué hacer. Mas no deseaba combatir, pues era una batalla deshonrosa; además recordó que, siendo Lionel su hermano mayor, le debía mostrar siempre respeto y obediencia. Así que se arrodilló ante él y le dijo:

—Mi buen y dulce hermano, tened merced de mí y no me matéis; recordad más bien el gran amor que siempre hubo entre nosotros.

Pero Lionel parecía estar poseído por el diablo, tan lleno de odio y rabia se veía. Dando un terrible grito, picó espuelas y lanzó su caballo contra sir Bors, al que los cascos pisotearon en tierra causándole tan graves heridas que el dolor le hizo perder la consciencia.

Lionel saltó a tierra, sacó la espada, y ya se disponía a cortarle la cabeza a su hermano cuando un monje salió de la abadía y se interpuso entre ellos, cubriendo con su cuerpo el de sir Bors mientras gritaba:

—¡Ah, gentil caballero! ¡Tened piedad de mí y de vuestro hermano! Que, si lo matáis, cometeréis uno de los actos más pecaminosos de este mundo, pues de los caballeros que andan por el mundo él está muy cerca de ser el mejor de todos ellos.

—¡Apartaos, señor cura, que si no también a vos os he de cortar la cabeza! —aulló Lionel.

—Ciertamente preferiría que me matarais a mí que a él —replicó el viejo fraile—, pues con mi muerte este reino no perdería ni la mitad de lo que perdería con la suya.

—¡Que se cumpla pues vuestro deseo! —gritó Lionel enloquecido, y le dio tal tajada al monje que la cabeza le saltó de los hombros y se alejó rodando por la hierba. Entonces Lionel levantó la espada una vez más para matar a sir Bors, pero en ese momento un frío golpe de viento pareció soplar entre los dos y una voz dijo:

—¡Ten tu mano, pues el espíritu maligno ha salido ya de ti!

Entonces sir Lionel se arrodilló temblando y llorando, y allí apareció Nacien, el ermitaño de Carbonek, puesto en pie y algo apartado, apoyado en su vara.

—Por amor de Dios, mi buen y dulce hermano, perdonad mi desvarío —sollozó Lionel.

Y sir Bors se puso lentamente en pie y abrazó a su hermano y le dijo:

—Que Dios os perdone como yo de corazón ya os he perdonado.

Entonces Nacien condujo a los dos a la abadía, donde sir Bors se alojó muchos días hasta sanar del todo. Lionel permaneció allí un año y un día haciendo penitencia, pero Bors partió otra vez en busca de aventuras por el bosque hasta que llegó a la orilla del mar.

Y allí, cabeceando mansamente en las aguas tranquilas, vio un barco misterioso que desplegaba velas de blanco brocado, velas de seda blanca que resplandecían a la luz dorada y grana del ocaso.

Sir Bors dejó su montura y abordó el Barco Encantado, y de inmediato éste se apartó de la costa, deslizándose sobre las olas tan ligero como un pájaro, y se alejó de la luz del día por el sendero centelleante del sol poniente hacia la oscuridad de la noche.

Sir Bors se echó a dormir, y cuando despertó encontró a otro caballero que yacía junto a él en el barco, completamente armado salvo por el yelmo, y le reconoció como a sir Perceval de Gales.

—Debéis haber llegado aquí por la guía expresa de Dios —dijo Perceval, y mucho se alborozaron de la buena fortuna del otro.

Sobre las olas navegaba el Barco Encantado, y Perceval le contó a Bors sus aventuras y las tentaciones que le habían acechado, y su hermana, la monja santa de Carbonek, los atendió y los instruyó sobre muchas verdades divinas que ella había aprendido de Nacien el Ermitaño.

—Y ahora —dijo sir Perceval a sir Bors mientras el Barco Encantado los llevaba velozmente sobre las brillantes olas a lo largo de la costa de Gran Bretaña—, ya sólo nos falta sir Galahad, el buen caballero.

CAPÍTULO 5

Las aventuras de sir Lanzarote

Muchas leguas recorrió sir Lanzarote en su empresa, con la esperanza de volver a encontrar el camino del Castillo de Carbonek, donde ya había visto una vez el Santo Grial pasar tenuemente por el salón en manos de la Doncella del Grial. Tras muchos días de viaje llegó a las Tierras Baldías, que estaban yermas desde que Balin diera el Golpe Doloroso el primer año del reinado del rey Arturo; pero, aunque recorrió de un extremo a otro aquella tierra desolada, no pudo encontrar ni rastro del misterioso castillo.

Una noche, mientras avanzaba cansado, llegó a una cruz de piedra donde se bifurcaba el camino, y vio junto a la cruz una losa de mármol blanco. Pero la noche estaba tan oscura que sir Lanzarote no pudo discernir con claridad de qué se trataba. No lejos de la cruz se levantaba una vieja ermita de paredes maltrechas, medio ocultas por el denso follaje de hiedra. Una luz brillaba en una ventana y, con la idea de encontrar a alguien que le pudiera orientar, Lanzarote desmontó, ató el caballo a un árbol, dejó allí su escudo y fue a la capilla. Trató de abrir la puerta, pero estaba muy bien cerrada y nadie vino a abrir cuando la golpeó. Al fin escaló por la hiedra y miró por la ventana, y dentro vio un altar cubierto de reluciente seda sobre el que se veía un candelabro de plata de siete brazos, cada uno de los cuales sostenía una vela que iluminaba toda la estancia. Entonces Lanzarote tuvo grandes deseos de entrar, mas no podía ni abrir la puerta ni entrar por la ventana, así que, finalmente, se dio por vencido. Volvió a su caballo y lo desensilló, y desembarazándose de la espada y del yelmo, se echó a dormir cerca de la cruz de piedra.

Y de esta manera quedó dormido. Y entre el sueño y la vela vio acercarse dos caballos blancos que portaban una litera donde yacía un caballero enfermo. Cuando estuvieron cerca de la cruz, los caballos se detuvieron.

Entonces Lanzarote, ni dormido ni despierto, oyó murmurar al enfermo:

—¡Ah, buen Dios! ¿Cuándo acabará esta agonía? ¿Cuándo vendrá Tu cáliz sagrado a aliviar este dolor que tanto tiempo he soportado?

Entonces Lanzarote vio la puerta de la capilla abierta y al anciano ermitaño, Nacien, el mismo que había traído a Galahad a Camelot, salir con el

candelabro de plata y dejarlo sobre el bloque de mármol que entonces pareció un altar ante la cruz.

Y así, mientras Nacien se paraba delante de la improvisada ara en oración, apareció de repente el Santo Grial, cubierto con un hermoso paño blanco, y avanzó flotando sobre un purísimo rayo de luna hasta posarse junto a las velas, cuya luz parecía ahora tan tenue como si el sol brillara a su vera, y leve parecía también el brillo de la luna llena ante el resplandor glorioso de la Luz del cubierto Grial.

El caballero enfermo se arrastró dolorido sobre pies y manos, se acercó al altar y, estirando los brazos, alcanzó el Santo Grial y de inmediato se curó de su mal.

Entonces, mientras se arrodillaba en oración, el Santo Grial se elevó del altar y se perdió en el cielo como la más brillante de las estrellas, hasta que se perdió de vista.

El caballero se puso lentamente en pie y se inclinó reverente ante Nacien el Ermitaño.

—¡En verdad me encuentro sano otra vez! —exclamó lleno de júbilo—. ¡Gracias sean dadas a Dios, que me ha curado por medio de Su cáliz sagrado! Pero ¡mucho me maravilla ver a este caballero tan dormido que no ha despertado ni siquiera cuando tuvo tan cerca el Santo Grial!

—¡Por sus pecados está sujeto a tierra! —respondió Nacien—. Éste es sir Lanzarote del Lago, noble caballero de la Tabla Redonda.

—Graves deben de ser sus faltas —dijo el caballero—, pues sin duda marcha en busca del Santo Grial.

Cuando hubo dicho esto, cogió el yelmo y la espada de sir Lanzarote que Nacien le ofrecía, también el caballo, y se alejó en la noche. Entonces Nacien tomó el candelabro de plata, volvió a entrar en la capilla y cerró la puerta tras de sí.

Mientras esto sucedía, Lanzarote yacía quieto, incapaz de moverse, sin estar del todo despierto. Pero al final, cuando la luna volvió a brillar, se despertó del todo y, preguntándose si habría estado soñando, fue hacia la cruz de piedra. Cuando encontró que le faltaban la espada, el yelmo y el caballo supo que no había sido un sueño y se dijo con voz triste: «Mi pecado y mi maldad me han traído la deshonra. Cuando sólo perseguía aventuras del mundo no había empresa tan difícil que no pudiera terminar; pero ahora que busco cosas santas mi gran culpa me impide alcanzarlas, y ni fuerzas tuve para moverme o hablar cuando estuvo el Grial cerca».

Mientras se estaba lamentando de esta forma, se abrió otra vez la puerta de la capilla y Nacien el Ermitaño se acercó hasta él y le dijo:

—Lanzarote, más le debéis a Dios que los demás caballeros, pues ninguno iguala vuestra fama terrena; no, ni vuestra belleza, fuerza ni honor de grandes gestas. Pero venid y alojaos conmigo, para que os pueda instruir en cosas espirituales. Hablaremos de vuestras faltas y veremos la forma en que podáis alcanzar el perdón.

—¡Ay! —se lamentó Lanzarote—, todas mis grandes proezas de armas las he hecho para mayor gloria de la reina Ginebra, sin detenerme a pensar si había bien o mal en ello. Y al amarla, a ella que es la esposa de mi señor el rey Arturo, he cometido el gran pecado que me mantiene apartado del Santo Grial.

Muchos días se quedó Lanzarote con Nacien, y le confesó todo lo que andaba torcido en su vida, en especial cómo se había unido a Elaine creyendo que era Ginebra, y cómo, desde entonces, no había dejado de hacerle el amor a la auténtica reina Ginebra.

—Debéis renunciar a todos esos pensamientos —le dijo Nacien—. Ya hace mucho que murió Elaine, y del mal de vuestra unión con ella Dios hizo el bien, pues Galahad, el Santo Caballero de Logres, es vuestro hijo. —Entonces proveyó a Lanzarote de caballo y yelmo, y le encomendó que se volviera a poner en camino.

Muchos días después Lanzarote llegó a la orilla del mar, donde, mientras cabalgaba entre las dunas desoladas, se topó con un caballero que llevaba un escudo blanco con una cruz roja en el centro.

—Noble caballero —dijo Lanzarote—, hace muchos días que no me encuentro con ningún caballero, y aquí hay una buena playa, ¡crucemos nuestras lanzas de forma amistosa!

Ante estas palabras el extraño puso lanza en ristre, y los dos caballeros arremetieron contra el otro a todo galope como un rayo de luz blanca y un relámpago rojo. Lanzarote había creído que vencería sin dificultad a su adversario, mas cuál sería su sorpresa cuando se encontró fuera de la silla y tendido en tierra cuan largo era, mientras el extraño cabalgaba hacia una pequeña cala donde un barco singular le aguardaba.

—¡Por mi fe! —exclamó Lanzarote todavía no recuperado de la sorpresa—. ¡Sólo sir Galahad puede hacer algo así! ¡Es el único caballero del mundo que me puede derribar en justo combate!

Entonces saltó sobre su caballo deprisa y galopó hasta la bahía. Allí encontró el Barco Encantado en el que Galahad, Bors, Perceval y la hermana

de Perceval le estaban esperando.

En cuanto subió al barco, éste salió de la bahía y se alejó veloz sobre las olas. Entonces los cuatro caballeros se alegraron de volver a verse, y se contaron las aventuras y las tentaciones que habían pasado. Dindrane, la hermana de Perceval, también les hizo saber muchas cosas extrañas que Nacien le había enseñado: sobre José de Arimatea, que había venido a Bretaña en el Barco Encantado trayendo consigo el Santo Grial, y sobre la espada que llevaba Galahad, y muchas otras cosas. Pero, cuando hablaba del futuro, se refería siempre a lo que les había de pasar a ellos, sin decir nada de lo que el destino había de depararle a ella misma; y al cabo Perceval le preguntó:

—Mi bella hermana, ¿qué pasará con vos cuando lleguemos a las Tierras Baldías y nos aproximemos al Castillo de Carbonek?

—Yo os dejaré antes de que lleguéis allá —dijo ella—, aunque ignoro de qué manera. Mas primero debemos visitar el Castillo de la Doncella, al que nos estamos acercando ahora mismo.

Poco después el Barco Encantado entró en una profunda ensenada rodeada de altas peñas a ambos lados, y los cuatro caballeros bajaron juntos a tierra con Dindrane, a quien siguieron por un estrecho sendero que subía entre las rocas hasta que se encontraron en un bosque más allá de los acantilados.

No habían recorrido mucho trecho cuando apareció ante ellos un castillo. Pero antes de llegar se les presentó un caballero armado que les dijo:

—Señores, esta dama que viaja con vosotros, ¿es doncella o es dueña y esposa de alguna de vuesas mercedes?

—Señor —replicó Dindrane—, doncella soy, y he hecho votos de servir a Dios y de ser monja el resto de mis días.

Al oír estas palabras, el caballero la tomó del brazo diciendo:

—¡Por la Santa Cruz! ¡No escaparéis de mí hasta haber cumplido la costumbre de este castillo!

—¡Dejadla! —exclamó sir Perceval—. ¿Acaso desconocéis que una doncella santa es libre de ir donde le plazca?

Mientras discutían, vino del castillo un grupo de doce o más caballeros para rodearlos, detrás de los cuales caminaba una dama con una fuente de plata.

—Aun así —repitió el primer caballero— se tendrá que someter a la tradición.

—¿Y cuál es pues la costumbre de este castillo? —preguntó sir Galahad.

—Señor —dijo el caballero—, todas las doncellas que pasan por aquí deben llenar esta fuente con sangre de su brazo diestro.

—Un hábito infame, sin duda —exclamó Galahad—, al que jamás se plegará esta doncella mientras yo esté con vida para protegerla.

—Que Dios me asista —dijo sir Perceval—, a mí también deberéis arrebatarme la vida.

—Y a mí —añadieron al unísono sir Lanzarote y sir Bors.

—¡Por mi fe! —dijo el caballero—. ¡Moriréis los cuatro, aunque seáis los mejores caballeros del mundo!

Entonces dio comienzo un combate desigual y terrible: los cuatro caballeros de Logres se pusieron espalda contra espalda con la hermana de Perceval en el medio, mientras los caballeros del castillo cargaban contra ellos desde todos los lados con intención de matarlos. Y no estaban lejos de conseguir su objetivo, cuando del castillo salió un caballero con una armadura dorada que ordenó con voz potente:

—¡Que cese este combate!

Entonces se dirigió a los cuatro que todavía guardaban a Dindrane:

—Señores, si lo deseáis, venid y pasad la noche en mi castillo. Os prometo por mi honor que no sufriréis daño alguno, ni tampoco la dama que os acompaña.

—Vayamos pues —dijo Dindrane.

—Iremos con vos —le dijo Galahad al Caballero Dorado.

Cuando hubieron descansado y comido, Galahad le preguntó a su anfitrión por la costumbre del castillo, y el Caballero Dorado los condujo a una cámara en los aposentos de arriba donde una bella dama yacía sobre un fino lecho, muy enferma y consumida, y tan débil que apenas se movía.

—Señores —dijo el Caballero Dorado—, esta dama era la hija de un rey de gran virtud, pero la alcanzó un encantamiento malo del que puede que nunca se recupere a no ser por la sangre de una virgen pura, la más noble del mundo. Y por esta razón hemos detenido a todas las doncellas que pasan por aquí, y las hemos obligado a llenar una fuente con su sangre, pero todavía no se ha curado nuestra señora.

—Ahora veo —dijo Dindrane al oír estas palabras— que a mí me toca sanar a esta dama, si es que puedo.

—Pero ¡si sangráis en exceso moriréis! —exclamó Perceval.

—Aun así, debo correr ese riesgo —respondió ella.

Entonces consintió en cumplir el uso del castillo, con lo que la dama se levantó de su lecho tan fresca y fuerte como la más sana del mundo.

Pero Dindrane se fue debilitando cada vez más, y nada de lo que hicieron fue bastante para detener el flujo de sangre.

—Éste es mi destino —dijo gentilmente mientras Perceval y sus camaradas se arrodillaban llorando junto a ella—. Mas es la mía una muerte digna, pues ha servido para curar a esta dama. Ponedme en una litera y llevadme al Barco Encantado, y dejadme allí cuando haya muerto, que el Barco me llevará a donde esté dispuesto.

Así pues hicieron una litera, y la señora del castillo les dio un corcel a cada uno de ellos, y otros dos caballos para portar la litera, y cabalgó con ellos hasta la orilla del mar, donde dejó a Dindrane en el Barco Encantado.

Pero mientras cruzaban el bosque vieron a un caballero herido y sin arnés que galopaba desesperado por la floresta, y tras él iba un caballero malvado que le seguía con intención de matarlo. Cuando el jinete herido los vio, gritó:

—Socorredme, por amor de Dios, o soy muerto.

—En verdad —dijo Galahad—, debemos ayudarle, por Aquél cuyo nombre invoca.

—Hijo mío —dijo Lanzarote—, permitidme ir tras él, pues es tan sólo un caballero el que trata de matarlo.

—Id pues —dijo Galahad—, que nos hemos de encontrar en Carbonek si es ésa la voluntad de Dios —así pues, Lanzarote se metió por la floresta y el resto continuó la marcha. Tras ver el Barco Encantado hacerse a la mar con Dindrane muerta en su interior, Perceval les dijo:

—Mis buenos amigos, esta noche velaré a la orilla del mar para rezar por el alma de mi hermana. Pero vosotros debéis continuar con esta dama hacia el castillo. Mañana por la mañana os seguiré para reunirme con vosotros si es que puedo; si no, nos veremos en Carbonek, pues yo, que ya he estado antes allí, bien sé que no está lejos.

Galahad y Bors partieron con la dama y llegaron, cuando ya cerraba la noche, al Castillo de la Doncella. Pero al aproximarse descubrieron que el fuego del cielo se había desencadenado contra él, pues no quedaba nada en pie, salvo la carcasa de muros vacíos y negros, y ningún ser viviente en su interior.

—Éste es el castigo por derramar la sangre de tantas doncellas —dijo la dama del castillo, y los condujo a una pequeña capilla donde se veían las tumbas de muchas damas que habían muerto a causa de las sangrías.

—¡Ay! —sollozó la dama—, que he traído el mal sobre muchos sin que fuera ésa mi intención.

Entonces se separó de ellos y tras muchas jornadas llegó a la corte del rey Arturo, donde contó todas las cosas que habían sucedido.

Pero sir Galahad y sir Bors siguieron su marcha juntos a través de las Tierras Baldías hacia el misterioso Castillo de Carbonek.

CAPÍTULO 6

De cómo Lanzarote y Gawain llegaron a Carbonek

Al comienzo de la Búsqueda, sir Gawain partió de Camelot sin compañía, y así continuó durante muchas, muchas jornadas hasta que llegó cerca de las Tierras Baldías. Allí encontró un día a sir Héctor de Maris, hermano de Lanzarote, y los dos se saludaron con gran contento.

Mientras cabalgaban por el bosque de árboles muertos y por los yermos páramos donde no asomaba brizna alguna de hierba verde, sir Gawain dijo:

—En verdad creo que he cabalgado demasiado, pues seguro estoy de no contarme entre los dignos de ver el Santo Grial.

—Hay algo que no me deja de admirar —observó sir Héctor—: he encontrado a más de veinte de nuestros compañeros, todos caballeros de la Tabla Redonda, y sin excepción se quejan de que no encuentran rastro del Grial, ni tampoco noticias de alguien que lo haya visto.

—Me pregunto dónde estará vuestro hermano, sir Lanzarote —dijo Gawain pensativo.

—En verdad —respondió sir Héctor—, no he tenido nuevas de él, ni de sir Galahad, sir Perceval o sir Bors.

—Esos cuatro caballeros no tienen igual —dijo Gawain—, son sin duda los más auténticos y leales caballeros del reino de Logres. Si ellos no pueden culminar la Búsqueda del Santo Grial, entonces ningún hombre del mundo la podrá acabar.

Con esta conversación salieron del bosque muerto y llegaron a una pequeña capilla junto a una cruz de piedra. Caía la oscuridad, por lo que ataron sus monturas a un árbol y entraron a descansar en ella, acomodándose tan bien como pudieron en sendos bancos. Allí, en un agitado duermevela, contemplaron prodigios extraños.

Primero vieron en la oscuridad una vela que se movía lentamente hacia ellos; al acercarse vieron que la sostenía una mano y un brazo cubierto de brocado rojo del que colgaba una brida. Pero más allá del brazo no había nada, y sin embargo se movía como si alguien recorriera la capilla portando la vela y la brida.

El brazo se detuvo delante de sir Héctor y de la nada del aire salió una voz que dijo:

—Caballero, estáis lleno de descreimiento y mala fe; en estas dos cosas habéis fallado: no habéis seguido la Luz y no os habéis inclinado ante la Brida, por lo tanto no sois digno de llegar hasta el Santo Grial.

Entonces el brazo con la vela siguió hasta el santuario y desapareció de la vista.

—Debo partir —dijo sir Héctor con voz resignada; y, cuando se hubo despedido de sir Gawain, salió de la capilla, montó sobre su caballo y volvió apesadumbrado hacia Camelot.

Pero Gawain se arrodilló en la oscuridad frente al altar, y entonces, al levantar el rostro de entre las manos, advirtió un gran candelabro de plata con siete velas encendidas que creaban un gran halo de luz a su alrededor, a pesar de lo cual el resto de la capilla permanecía a oscuras. Entonces, mientras observaba, salió de la negrura un gran puño negro y extinguió las velas una por una, hasta que todo volvió a quedar en tinieblas.

«De igual manera se ha de abatir la oscuridad sobre Logres», pensó Gawain entristecido, y volvió a humillar la cabeza en oración.

Por la mañana Nacien el Ermitaño vino a él, le oyó en confesión, le dio la absolución y le aconsejó sobre muchas cosas.

—Cabalgad por las Tierras Baldías sin miedo —le dijo—, pues habéis de llegar a Carbonek y ver el Santo Grial, aunque el acabar esta empresa está reservado para otros. Aun así, noble Gawain, podréis librar a esta tierra del mal que la aflige si probáis ser digno de ello. Marchad ahora a Carbonek, y cuando todo esté consumado volved raudo a Camelot, pues todavía tenéis tareas que cumplir por Logres. Pero os encomiendo que seáis moderado en todas las cosas y que habléis sólo cuando os corresponda, más no os puedo revelar. Marchad ahora y que la bendición de Dios os acompañe.

Entonces Gawain montó en su caballo y cabalgó una vez más por el bosque muerto. Y así pasaron muchas jornadas hasta que al cabo se encontró a sir Lanzarote, que también vagaba por allí, pues, tras salvar al caballero herido y matar al cruel bandido, trató una vez más de reunirse con sir Galahad, aunque en vano.

Gawain y Lanzarote se saludaron y continuaron juntos su camino por las Tierras Baldías y por las montañas yermas, y al cabo llegaron al misterioso Castillo de Carbonek.

Esta vez había muchas personas atareadas en su interior que recibieron a los dos caballeros y los condujeron al gran salón donde el viejo rey Pelles

yacía sobre un rico lecho, todavía atormentado por la herida que Balin le había infligido hacía ya tantos años.

El suelo del salón estaba cubierto de rosas, y se dispuso una gran fiesta sobre largas mesas a las que se sentaron todos los caballeros y damas de las Tierras Baldías. Y sin embargo no hablaban entre ellos, sólo se dirigían a los dos extranjeros, y aun entonces con un murmullo triste y apagado.

—Bienvenido seáis otra vez, sir Lanzarote del Lago —dijo el rey Pelles con un hilo de voz—. Muchos años han pasado desde que estuvisteis aquí, y fue aquélla una triste ocasión, pues en pecado mi hija Elaine se unió con vos, ella que había sido Doncella del Grial, y así la perdí y murió al poco de nacer su hijo.

Entonces Lanzarote se arrodilló ante el rey Pelles y le suplicó que le perdonara por el mal que le había ocasionado. Y el rey Pelles le perdonó y le bendijo, imponiéndole sus manos ajadas y temblorosas en la cabeza.

Tras esto se sentaron a cenar atendidos por hermosas doncellas que les ofrecían finos platos y fragantes vinos. Tras vacilar unos instantes, Lanzarote comió las viandas y bebió de la copa que la doncella más hermosa le ofrecía, pero Gawain no dijo ni una palabra y bebió sólo agua clara en una copa de plata. Entonces las doncellas le tentaron más que nunca con copas de dulce vino, mas él seguía sin probarlo. Tras esto muchas cosas extrañas aparecieron ante él, pero Gawain no dijo palabra ni hizo pregunta alguna. Entonces todos los que había en el banquete le importunaron y se mofaron de él, tachándole de cobarde y timorato, de caballero descortés y sin modales. Gawain permaneció sentado en silencio en su sitio, sin hacerles caso, mas sir Lanzarote apoyó la cabeza sobre la mesa y se quedó dormido.

Y el extraño silencio se hizo una vez más en el salón y todos los que estaban a las mesas se quedaron quietos. Entonces se abrieron súbitamente las puertas y entró una procesión de doncellas vestidas de blanco. Figuras de sombra escasamente humanas eran las tres primeras: una portaba un candelabro de plata en el que brillaban siete velas; la siguiente, la Lanza de cuya punta brillante caían sin parar gotas de sangre que se desvanecían en el aire; y la tercera, una fuente dorada en la que había un Pan más blanco y brillante que la clara luz del sol. Pero tras ellas venía la Doncella del Grial misma, la más hermosa doncella del mundo, y llevaba en las manos, cubierto con un fino paño blanco, el Santo Grial, del que emanaba una luz que la rodeaba entera, de forma que sus blancos ropajes parecían tejidos con la misma luz del sol.

Todos los que estaban en el salón escondieron la cara entre las manos en un movimiento de ola que recorrió las hileras de comensales como el viento que atraviesa los trigos en el campo. Gawain fue el único que no escondió el rostro; al contrario, se puso en pie, se adelantó para recibir a la Procesión del Grial y preguntó con voz firme:

—¡Doncella del Grial! Decidme, en nombre de Dios, ¿qué significa todo esto?

—¡Seguidme y lo sabréis! —respondió la Doncella del Grial con voz clara y calmada, y Gawain se fue tras la procesión, como en un sueño.

Atravesó el salón y salió por la puerta, y entonces, de repente, Lanzarote levantó la cabeza de la mesa, se puso lentamente en pie y también los siguió, con los brazos extendidos ante sí, caminando como en un sueño, con los ojos abiertos aunque sin ver nada.

Recorrieron el castillo por pasajes oscuros y habitaciones vacías; luego subieron por una escalera de caracol que se enroscaba hasta la parte más alta de la torre del homenaje, hasta la Capilla del Santo Grial.

Lanzarote llegó al umbral, pero allí, de repente, la puerta se cerró con un golpe seco, dejándole fuera de la estancia, con lo que despertó de su extraño sueño.

Mientras estaba así, al otro lado de la puerta, oyó a la Doncella del Grial exclamar con voz dulce:

—¡Gloria a Dios en las alturas!

Entonces Lanzarote supo que el Grial estaba en la habitación y, cayendo de rodillas, rezó de esta manera:

—¡Salvador bueno y dulce, si alguna vez realicé alguna acción que resultara agradable a Tus ojos, permíteme al menos contemplar lo que busco!

Entonces se entreabrió un poco la puerta y Lanzarote vio la capilla inundada de luz, y el Grial, todavía cubierto de brocado blanco, reposaba en el altar de plata entre la Lanza Sangrante y el candelabro; también vio a sir Gawain de rodillas ante el altar, a un lado tenía a la Doncella del Grial y al otro a Nacien el Ermitaño; y vio a éste retirar el paño de brocado de forma que la luz brilló más gloriosa que nunca.

—¡Sir Lanzarote, no entréis aquí, pues no sois digno de acercaros! —exclamó Nacien con voz resuelta—. ¡Contemplad, si acaso, el Santo Grial, mas beber de él os está prohibido!

Entonces pareció que la luz del Grial llenaba de fuego la estancia y Lanzarote cayó a tierra como fulminado, abandonado de todos sus sentidos.

Pero Gawain se levantó de donde estaba, cruzó la luz cegadora sin recibir daño y se arrodilló junto a Lanzarote; entonces la puerta de la capilla se cerró a su espalda, negando para siempre a sus ojos la visión del Santo Grial.

Con gran ternura Gawain llevó a Lanzarote al salón del castillo y lo dejó sobre un lecho; al poco Nacien el Ermitaño se unió a ellos y con voz potente se dirigió a todos los presentes:

—Rey Pelles y todos los demás moradores de las Tierras Baldías, congratulaos y regocijaos en extremo, pues Gawain ha revocado la Maldición de Desolación que Balin trajo sobre vosotros cuando asestó el Golpe Doloroso. Tened por seguro que el Caballero del Grial se acerca, con lo que la larga penitencia toca ya a su fin.

Todos los allí reunidos respondieron con tales gritos de júbilo que el estruendo hizo temblar el techo, pues Gawain había resistido las tentaciones del salón y había formulado la pregunta que deshacía la maldición. Pero el rey Pelles seguía sin curarse de su grave herida y el Castillo de Carbonek y todos los que moraban en las Tierras Baldías seguían separados del resto de la tierra de Bretaña.

Gawain se quedó en Carbonek con Lanzarote, que estuvo veinticuatro días sin recobrar el sentido. Cuando al fin despertó y preguntó dónde estaba, el rey Pelles le respondió:

—Señor, estáis en el Castillo de Carbonek.

—He visto grandes maravillas —dijo sir Lanzarote—, y no hay lengua que las sepa decir ni puede mi corazón recordarlas con claridad. Si no hubiera sido por mi pecado habría visto muchas más, aunque ahora ya es tarde para eso.

—Yo también vi esos prodigios —dijo sir Gawain— y muchas otras cosas que no se pueden contar. Y aun así, aunque vi el Santo Grial claramente y sin el velo, no me corresponde a mí beber de él; pues la Doncella del Grial me reveló que es con ese mismo cáliz que yo sostuve entre las manos con el que Nuestro Señor dio el Primer Sacramento a Sus discípulos en la Última Cena; pero que, aunque ella lo tenga a su cargo, y con ella Nacien el Ermitaño, nadie lo ha de tocar con los labios hasta la venida del Caballero del Grial.

Entonces Lanzarote y Gawain se despidieron del rey Pelles y marcharon hacia Camelot. Al pasar por las Tierras Baldías vieron los primeros brotes verdes en los árboles del bosque y las primeras briznas de hierba sobre la tierra yerma. Y todos bendecían a sir Gawain y le deseaban buena ventura.

—¡Ahora sólo nos queda esperar al Caballero del Grial! —exclamaban.

CAPÍTULO 7

El final de la búsqueda

Mientras esto les sucedía a Lanzarote y Gawain, Perceval había alcanzado a Galahad y a Bors, y cabalgaba con ellos por la floresta de árboles muertos que rodeaba Carbonek. Por fin salieron del bosque y, tras un mes de vagar por las colinas desnudas, franquearon una tarde un estrecho paso entre grandes riscos y se encontraron de repente en las cercanías del castillo.

Entonces avanzaron con mayor rapidez con Perceval dirigiendo la marcha, pues recordaba su anterior visita al misterioso castillo cuando encontró y perdió a la hermosa Blanchefleur. Antes de que oscureciera entraron en el patio en ruinas y, avanzando con precaución entre los resquebrajados muros, llegaron al gran salón y dejaron fuera los caballos.

Subieron los escalones y en el interior encontraron al rey Pelles, como siempre postrado en su lecho sobre el estrado a la cabecera de la mesa, mientras que la silenciosa compañía se sentaba en largas mesas en la parte inferior de la estancia. Pero esta vez Nacien, el Divino Ermitaño de Carbonek, estaba a la vera del rey Pelles, y les dio la bienvenida a los tres caballeros con estas palabras:

—Señores, os saludamos en el nombre de Dios. Vuestro vagar ha terminado, pues éste es el Castillo del Santo Grial, y esta noche se han de cumplir todas las cosas.

Los tres caballeros ocuparon su lugar en la mesa, con lo que dio comienzo el festín. Pero los tres declinaron probar los ricos manjares y el vino fragante que se les ofreció, sólo pan y agua clara aceptaron.

Entonces, cuando llegó el momento, las puertas se abrieron solas y, con un rayo de luz clara, entró la Procesión del Grial por vez última. Allá iban las fantasmagóricas doncellas portadoras de la Lanza Sangrante, la Fuente de Plata y el candelabro; tras ellas, la Doncella del Grial llevaba el Santo Cáliz cubierto de blanco brocado. Y Perceval tembló al verla, pues reconoció en ella a Blanchefleur, su amor perdido.

Cuando se acercó la procesión, Galahad se puso en pie y, levantando la espada que hacía tanto tiempo Merlín había puesto en la piedra flotante, exclamó:

—¡En nombre de Dios, deteneos un instante!

La procesión se paró, y un murmullo de asombro y admiración se elevó de entre los presentes en el salón, pues Galahad, tras bajar lentamente del estrado, se puso al frente de la procesión, sujetando ante sí la espada por la hoja de forma que la empuñadura formaba una gran cruz resplandeciente levantada sobre su cabeza. Entonces, caminando como un sonámbulo, pasó junto a la larga mesa, atravesó el salón y se introdujo por los oscuros pasajes del castillo, llevando tras de sí en todo momento la Procesión del Grial. A una señal de Nacien el Ermitaño, Perceval y Bors tomaron la litera en la que descansaba el rey Pelles y siguieron a la Doncella del Grial. Y por último venía Nacien, cerrando la procesión.

Recorrieron el castillo envueltos en un halo de luz resplandeciente, subieron la escalera y llegaron a la capilla. Allí pusieron el candelabro y la fuente sobre el altar de plata, y también sobre él la Lanza Sangrante suspendida una vez más en el aire, manando gotas de sangre que se desvanecían sin tocar el suelo.

Perceval y Bors dejaron al rey Pelles al pie de los escalones del altar y se arrodillaron a ambos lados de él; pero Galahad se hincó de rodillas en el primer escalón y la Doncella del Grial subió y colocó el Santo Cáliz en el centro del ara. Entonces se acercó Nacien el Ermitaño Divino, y lo cogió, y tras orar un breve tiempo se lo llevó a Galahad y le dijo:

—Caballero Sagrado de Dios: yo, que he sido Sacerdote del Grial todos estos años, os lo entrego en vuestras manos para que se cumplan todas las cosas. Ahora, sir Galahad, mi misión ha terminado, ha llegado la hora de que parta en paz. Pues ya hace muchos, muchos años, pequé gravemente contra el buen José de Arimatea, que trajo estos portentos a Bretaña. Y cuando él murió me fue impuesta esta penitencia: que había de vivir más años que el resto de los mortales para ser Sacerdote del Grial hasta la llegada de sir Galahad, el Buen Caballero.

Entonces Galahad cogió el Santo Grial entre las manos, le quitó el paño y bebió del Vino Sagrado. Tras esto, se puso en pie y dejó el Grial en el altar y a todos les pareció que en su rostro resplandecía una luz majestuosa. Entonces se arrodilló junto a Nacien, le tomó entre los brazos y le besó en la frente; y con un suspiro feliz Nacien el Ermitaño Divino se quedó dormido para no volver a despertar nunca más en este mundo.

Entonces sir Galahad se volvió hacia el rey Pelles, y fue hacia él llevando la Lanza Sangrante en la mano. Y el rey Pelles se incorporó sobre un codo y le dijo:

—Señor Galahad, buen caballero de Logres y nieto mío, sed muy bien venido, pues largo tiempo he aguardado este momento. Todos estos años he soportado una angustia y un tormento como pocos hombres han conocido. Pero ahora pongo mi confianza en Dios en que el fin de mi sufrimiento está próximo y en que ahora podré dejar en paz este mundo.

Entonces Galahad dispuso la Lanza de forma que las gotas de sangre cayeran en las heridas del Rey Tullido; y de inmediato Pelles se curó de todos sus padecimientos, y su carne pareció tan sana y su piel tan sin cicatrices como si Balin jamás hubiera asestado el Golpe Doloroso.

Mientras Pelles daba gracias a Dios, Galahad se volvió a arrodillar junto al altar, y entonces apareció de repente la Doncella del Grial, y en las manos llevaba los tres pedazos de una espada rota.

—Perceval —dijo ella gentilmente—, coged esta espada y ved si podéis unir estos tres fragmentos. Muchos caballeros lo han intentado, pero sólo aquél destinado a ser el primer rey del Carbonek liberado, y esposo mío, podrá conseguirlo.

Sir Perceval tomó los tres trozos entre las manos y, tras encomendarse a Dios, los puso juntos, y de inmediato se unieron, salvo por una leve fisura.

—Si hubieseis pronunciado las palabras que revocaban el hechizo la primera vez que vinisteis a Carbonek —dijo ella—, no habría grieta alguna en esta hoja.

Perceval se puso en pie y tomándola de la mano le dijo:

—Dama Blanchefleur, hace muchos años que os amo, y os he sido fiel en mi corazón y en mis actos, aunque no creía que os había de volver a ver nunca más.

Entonces la tomó entre los brazos y la besó; y allí, en la Capilla del Santo Grial, sir Galahad, que ahora era el Sacerdote del Santo Grial, los bendijo y los convirtió en marido y mujer.

Sir Perceval y la dama Blanchefleur se arrodillaron ante el altar, y junto a ellos sir Bors, que había sido testigo de todas estas cosas. Y Galahad volvió a coger el Santo Grial, y de él les dio el Santo Sacramento, y ellos se sintieron embargados de la paz y el gozo divinos.

Entonces Galahad dejó el Grial sobre el altar y se hincó de rodillas una vez más. Y estando así se cumplió su vida, y su alma fue llevada a los Cielos y su cuerpo quedó muerto ante el altar. Entonces el rayo de sol bajó de las alturas, atravesó limpiamente el techo de la capilla, y la Lanza Sangrante y el Santo Grial se desvanecieron de la vista, y no se los volvió a ver nunca más sobre la tierra.

Cuando se hubieron cumplido todas estas cosas, Perceval y Blanchefleur se convirtieron en rey y reina de Carbonek y de todas las amplias tierras que rodeaban el castillo y que nunca más volvieron a estar yermas. Y el castillo mismo dejó de ser un misterio y ya no estuvo separado del resto de la tierra de Bretaña. Pero tras la última batalla, donde acabó el reino de Logres, el reino de Perceval siguió siendo un pequeño punto de luz en la oscuridad de una Bretaña conquistada y devastada por los bárbaros. Muchos y muy felices años vivieron Perceval y Blanchefleur en Carbonek y, al morir, su hijo Loherangrín, el Caballero del Cisne, les sucedió en el trono.

Sir Bors de Ganis se quedó con ellos el tiempo necesario para ver a Galahad enterrado ante el altar, en la capilla donde había estado el Santo Grial, con Nacien al lado derecho y Pelles al izquierdo. Luego se despidió de Perceval y de Blanchefleur y volvió a Camelot.

Llegó durante la fiesta de Pentecostés, dos años después del comienzo de la Búsqueda del Santo Grial, y encontró al rey Arturo y a su corte reunidos en torno a la Tabla Redonda. Pero había muchos lugares vacíos, pues muchos caballeros habían caído en la Búsqueda.

Ese día el rey Arturo no tuvo que esperar a que sucediera algún prodigio o se presentara alguna aventura antes de dar comienzo a la fiesta, pues sir Bors les contó la historia completa del Santo Grial tal y como la habían visto él y Galahad y Perceval, y cómo habían acabado la Búsqueda. Gawain y Lanzarote también relataron sus peripecias, tras lo cual sir Bors le dijo a Lanzarote:

—Sir Galahad, vuestro hijo, os envió sus saludos conmigo antes de que nos fuera arrebatado, y al rey Arturo y a toda su corte. Y el buen sir Perceval os saluda también desde la morada que comparte con su adorable esposa Blanchefleur, que antes fue la Doncella del Grial. Y por vos rezan, sir Lanzarote, para que sepáis encontrar el buen camino entre las asechanzas de este mundo.

—En Dios confío para que sus oraciones me ayuden —respondió sir Lanzarote. Pero al poco sus ojos volaron una vez más hasta la reina Ginebra, y olvidó la razón que le impidió culminar, cuando tan cerca había estado, la Búsqueda del Santo Grial.

LIBRO CUARTO

LA PARTIDA DE ARTURO

CAPÍTULO 1

Lanzarote y Ginebra

La Búsqueda del Santo Grial había terminado y todos los caballeros que seguían con vida habían vuelto a Camelot. El rey Arturo mucho se gozaba de verlos sentados una vez más en torno a la Tabla Redonda; pero también había tristeza en su gozo, pues sabía que se acercaba la hora en que el reino de Logres se volvería a perder en la oscuridad. Un cambio se produjo tras la Búsqueda: muchas sillas permanecían vacías en torno a la Tabla Redonda, y ahora no aparecían nuevos nombres en letras de oro sobre los respaldos, pues no había nuevos caballeros que ocuparan los lugares de los muertos.

Entonces el mal, que nunca había sido arrancado del todo de Logres, empezó a actuar una vez más, y en poco tiempo se quebraron la hermandad y armonía de la corte.

Aun así, durante un corto espacio de tiempo el sol brilló con la fuerza de siempre, y sólo Arturo, que recordaba las palabras de Merlín, el buen encantador, sabía que el final estaba cerca.

Tras la muerte de sir Galahad, Lanzarote volvía a ser el mejor caballero de Logres y, durante un breve periodo, también fue el más noble, pues recordaba su fracaso en la Búsqueda del Santo Grial a causa de su amor pecaminoso por la reina Ginebra. Y la reina advirtió que Lanzarote ahora la evitaba y marchaba a todas las empresas que se presentaban, y un día fue a él y le dijo:

—Señor Lanzarote, cada día siento y percibo que vuestro amor por mí disminuye, y que no dejáis nunca de salir en socorro de dueñas y doncellas. ¿Habéis encontrado por ventura alguna dama que vuestro corazón estime por encima de mí?

—Ah, señora —se quejó Lanzarote—, sólo a vos amo y a ninguna otra mujer de este mundo. Pero tengo muchas razones para tratar de evitar vuestra presencia. Hace poco, durante la Búsqueda del Santo Grial, me fue mostrado cuán pecaminoso era mi amor por vos; ¡por vos!, que sois la esposa de mi querido rey Arturo. De no haber sido por este amor, yo también habría visto lo que vio sir Gawain, y habría participado del mismo Grial con mi hijo sir Galahad y con sir Perceval y sir Bors, y ésa es para mí una pérdida que no será fácil de olvidar. Y tampoco me es ajena vuestra reputación, pues hay en

esta corte caballeros que sólo esperan una oportunidad semejante para causar sufrimiento al rey Arturo y traer vergüenza y discordia al reino de Logres.

Entonces la reina Ginebra se enojó con sir Lanzarote y, movida por el despecho, le recriminó cruelmente:

—¡Mentiras, eso son todo mentiras! Ahora veo clara vuestra falsedad, ¡os habéis cansado de mí y habéis encontrado otra dama! ¡Marchad pues y no volváis a acercaros a mí!

Con gran aflicción sir Lanzarote cogió su caballo y se partió de Camelot, adentrándose por los bosques del centro de Bretaña, de forma que nadie sabía por dónde andaba. Pero al poco la reina Ginebra se arrepintió de sus palabras y tuvo gran deseo de ver a Lanzarote. A pesar de ello, a nadie podía abrirle el corazón, por lo que llamó a su presencia a diez caballeros de la Tabla Redonda y les dijo que deseaba salir con ellos a celebrar la primavera por los bosques y campos próximos a Camelot, pues era entonces el mes de mayo, cuando los árboles retoñaban y las flores se abrían a la luz del sol, y los corazones de hombres y mujeres se llenaban alborozados de amor y de alegría.

—Debéis venir a caballo —les dijo—, vestidos completamente de verde; y yo traeré conmigo diez damas para que cada una lleve a la vera un caballero; y cada dama llevará consigo una doncella para que la atienda; y cada caballero, un escudero. ¡Pues es mi deseo que aquellos que de entre vosotros sean amantes lleven por siempre en el corazón el mes de mayo!

Por el bosque verde se metieron, las bridas relucían al sol y tintineaban a tono con sus risas y sus cantos.

Pero ese mismo día llegó hasta la corte del rey Arturo un caballero llamado sir Urré, que venía en una litera, con tres graves heridas en la cabeza que ningún hombre podía curar. Muchos años hacía que sir Urré padecía grandes dolores, pues ningún físico conseguía sanarle; por fin su madre y su hermano salieron a peregrinar por todas las cortes de Europa, llevando consigo a Urré, por ver si hallaban quien pudiera poner remedio a su mal. Al cabo llegaron a Bretaña, a la corte de Camelot, y ya se acercaban cuando encontraron por el camino a la dama Nimue, que los acompañó hasta el castillo de Arturo.

—Mi rey y señor —comenzó Nimue—, a este hombre, sir Urré, sólo le podrá curar el contacto de las manos del mejor caballero del mundo.

—Si alguien puede sanar a sir Urré —respondió Arturo—, sin duda que es alguien de mi corte, pues no hay caballeros que aventajen a los míos en toda esta tierra, a no ser el buen caballero sir Perceval, que ahora es rey de

Carbonek. Y para dar ejemplo, yo mismo le impondré las manos en primer lugar, aunque bien sé que no soy digno de sanarle, y a continuación lo intentarán todos mis vasallos: reyes, duques, condes y caballeros.

Entonces, toda la hermandad de la Tabla Redonda, ciento diez en aquel tiempo, impuso las manos por turno a sir Urré, pero ninguno consiguió curar sus heridas.

—¿Dónde está sir Lanzarote del Lago? —preguntó el rey Arturo—. Pues, si tampoco él puede curarlo, nadie podrá remediar a este caballero.

Mientras estaban teniendo esta discusión, Lanzarote volvió a Camelot. Arturo le contó la historia de sir Urré y le pidió que intentase sanarlo.

—No habrá tal —exclamó sir Lanzarote—; no sería más que vano orgullo por mi parte pensar que podría tener éxito donde han fracasado tantos buenos caballeros.

—No tenéis elección —dijo el rey Arturo—, pues soy vuestro señor y os lo mando.

Así que Lanzarote se arrodilló junto a sir Urré y, tras orar unos instantes, le impuso las manos sobre las tres crueles llagas, y de inmediato sir Urré se encontró tan sano y despejado como si jamás hubiera sufrido herida alguna.

Todos los caballeros, y el rey Arturo con ellos, hicieron grandes muestras de alegría y dieron gracias a Dios por Su misericordia. Mas Lanzarote rompió a llorar como un niño que ha sido castigado. Entonces el rey Arturo se quedó en silencio también, pues se acordó del día en que Lanzarote llegó a Camelot por primera vez, cuando había curado a un caballero herido de la misma forma, y de cómo Nimue, la Dama del Lago de Avalón, había profetizado que Lanzarote había de realizar otro prodigio semejante, el último suyo antes del final de Logres.

Mientras estas cosas sucedían en Camelot, Ginebra cabalgaba por el bosque celebrando la primavera con sus caballeros y damas. Mas había entre ellos un caballero llamado Meliagaunt que hacía mucho que amaba a la reina Ginebra, y que ahora, al verla cabalgar rodeada de tan pocos seguidores, y sabedor de que Lanzarote llevaba algún tiempo fuera de Camelot, pensó que su oportunidad había llegado. Así que salió con veinte hombres armados y un centenar de arqueros, y le tendió una emboscada a la reina y de repente la rodeó, a ella y a su séquito.

—¡Ah, caballero traidor! —exclamó la reina Ginebra cuando se percató de lo que sucedía—. Recordad que sois hijo de rey y caballero de la Tabla Redonda; con esta acción deshonráis a toda la caballería, a vuestro señor el

rey Arturo, al rey Bagdemagus vuestro padre, a mí vuestra reina y a vos mismo.

—Nada se me da de esta charla —exclamó sir Meliagaunt—, pues habéis de saber, señora, que os amo hace ya mucho tiempo, mas nunca antes tuve una oportunidad semejante.

Los diez caballeros que venían con la reina Ginebra trataron de defenderla, mas no llevaban armaduras y en poco tiempo estuvieron todos tendidos en el suelo.

—¡Sir Meliagaunt, no matéis a mis nobles caballeros! —rogó Ginebra—. Iré con vos si prometéis que no les haréis daño; de lo contrario, yo misma me daré muerte en este instante.

—Señora —dijo sir Meliagaunt—, por vos les perdonaré la vida y los llevaré a mi castillo, donde serán bien atendidos, si consentís en cabalgar conmigo.

Así pues, Ginebra y sus caballeros fueron llevados al castillo de sir Meliagaunt; pero, mientras iban de camino, un muchacho joven y osado escapó de repente y, a galope tendido, se dirigió a Camelot. Consiguió huir, a pesar de las flechas de los arqueros, y llegó a la corte del rey Arturo muy poco después de que Lanzarote hubiera sanado a sir Urré.

Tras escuchar las nuevas que traía, Lanzarote, que todavía no se había quitado la armadura, saltó de inmediato sobre su caballo:

—¡Iré hacia allá al instante! —gritó al rey Arturo—. Seguidme con muchos hombres en cuanto se hayan armado. Me encontraréis en el castillo de sir Meliagaunt, si es que aún estoy con vida.

Entonces picó espuelas a su corcel y partió en medio de una gran polvareda. Pero no había avanzado mucho trecho cuando un grupo de arqueros apareció ante él con los arcos tensos y le ordenó que se parara.

—¡No pasaréis por aquí! —gritaron—. Y si os resistís será a pie, pues os mataremos el caballo.

—Poca ventaja os reportará eso —dijo Lanzarote, y cargó contra ellos a galope tendido. Entonces los arqueros lanzaron sus flechas y el caballo rodó por tierra con el corazón atravesado, pero Lanzarote se presentó de un salto entre los arqueros, que se dispersaron en todas direcciones, de forma que no pudo alcanzar a ninguno de ellos.

Prosiguió por el camino, pero avanzaba muy despacio pues mucho le pesaban la armadura, la lanza y el escudo; mas no quería desprenderse de sus armas por temor a las celadas de Meliagaunt.

Entonces se encontró con dos leñadores que iban en una carreta.

—¡Mis buenos amigos! —los saludó Lanzarote—, ¡dejadme subir a vuestro carro, os lo suplico!

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó entonces uno de ellos.

—A hablar con sir Meliagaunt en su castillo —respondió Lanzarote gravemente.

—Él es nuestro señor —dijo el leñador—, y nos ha enviado a recoger leña al bosque. ¡No os dejaremos subir al carro!

Y, al acabar de decir estas palabras, intentó golpear a Lanzarote con el látigo y le cubrió de feos insultos; pero el del Lago le dio tan fuerte puñada en la sien que le rompió el cráneo, con lo que cayó muerto a tierra.

—¡Buen señor, perdonadme la vida y os llevaré a donde queráis ir! —dijo el segundo leñador.

—Entonces da media vuelta al carro —ordenó Lanzarote— y llévame al castillo de sir Meliagaunt con la mayor rapidez que jamás hayas usado en tu vida.

—¡Subid, que estaremos allí al instante! —gritó el leñador.

Así pues, fueron con gran ligereza; y sucedió que la doncella de la reina Ginebra, que estaba mirando por la ventana del castillo de Meliagaunt, exclamó:

—¡Ah, mirad, señora! ¡Aquí viene una carreta de las que usan los verdugos para ahorcar rufianes, y en ella viene un buen caballero!

—¿Dónde? —exclamó Ginebra, que miró entonces por la ventana y reconoció a Lanzarote por el emblema de su escudo—. ¡Oh, sabía que vendría! —murmuró—, ¡lo sabía!

Mientras tanto la carreta llegó a la puerta y de ella se bajó Lanzarote, que empezó a gritar con voz tan potente que resonó por todo el castillo:

—¿Dónde estáis, sir Meliagaunt, caballero falso y traidor? Salid y luchad, y con vos toda vuestra traidora canalla. ¡Aquí estoy, sir Lanzarote del Lago, dispuesto a habérmelas con todos vosotros!

Entonces Meliagaunt se asustó y se llegó hasta la reina Ginebra, se arrastró a sus pies y le suplicó clemencia. Al cabo Ginebra le dijo que pediría a Lanzarote que le perdonara la vida, pues ella prefería la paz a la guerra. Abrieron pues las puertas y Lanzarote irrumpió en el castillo como un león furioso, mas Ginebra consiguió aplacarle y persuadirle de que hiciera las paces con sir Meliagaunt; pero no pudo ser hasta que hubieron acordado librar batalla con armadura completa, caballero contra caballero, en Camelot, en presencia del rey Arturo.

Ginebra tomó a Lanzarote de la mano y le condujo a sus aposentos. Allí le ayudó a quitarse la armadura y le bañó las heridas de los flechazos que había recibido.

Esa noche permanecieron en el castillo, y temprano al día siguiente llegó el rey Arturo con una gran compañía de caballeros. Pero, cuando la reina Ginebra le hubo contado lo ocurrido, consintió en no tomar venganza de Meliagaunt ni de ninguno de los suyos siempre que Meliagaunt cruzara armas con Lanzarote.

—En una semana a partir de este día será la batalla —dijo el rey Arturo—, en la pradera que se extiende entre Camelot y el río. Y si alguno de los caballeros no se presenta a la cita, será considerado el más cobarde caballero de todo Logres.

Tras esto el rey Arturo condujo a Ginebra de vuelta a Camelot, llevando consigo en literas a los caballeros heridos.

—Señor —dijo Meliagaunt a Lanzarote—, ahora que ya no hay odio entre nosotros, o en eso yo confío, pues en una semana nuestro honor quedará satisfecho, os ruego que aceptéis ser mi huésped en este día para que os pueda agasajar como a un rey en mi castillo.

—Que me place vuestra gentil invitación —respondió Lanzarote.

Pero al llegar la noche Meliagaunt fue hasta la habitación de Lanzarote para conducirle al salón, y le llevó por un pasaje en mitad del cual había una trampa, y cuando Lanzarote la pisó, una losa basculó bajo sus pies y se abrió, y Lanzarote cayó a gran profundidad, a una oscura bóveda llena de paja.

Siete días y siete noches estuvo en esa mazmorra, y cada noche una hermosa dama le traía agua y comida, y cada noche ella le decía:

—Noble señor Lanzarote, si me prometéis ser mi amor y mi señor, os liberaré de esta prisión. De lo contrario, aquí os quedaréis hasta que hayáis perdido vuestro honor para siempre.

—Mucho mayor sería mi deshonra —dijo Lanzarote— si hubiera de comprar mi libertad a ese precio. El rey Arturo sabrá bien que sólo una traición me puede mantener lejos de Camelot el día de la justa.

Pero la mañana del día en que se había dispuesto la batalla con sir Meliagaunt, la dama vino hasta sir Lanzarote con los ojos arrasados en lágrimas y le dijo:

—¡Ay, noble Lanzarote, os he amado en vano! ¡Concededme sólo un beso y seréis libre!

—No hay vergüenza en un beso que se da de esta manera —dijo Lanzarote. Entonces besó a la dama una vez y se apresuró a dejar la prisión,

deteniéndose solamente a ponerse su armadura, que ella le había traído. Cuando estuvo dispuesto saltó sobre su caballo, que le esperaba en el patio, y partió al galope hacia Camelot.

Y la doncella se quedó llorando junto a las puertas del castillo.

—¡Ay! —sollozó—, mi beso no ha significado nada para él. ¡Sólo la reina Ginebra ocupa su corazón!

Mientras tanto la reina y el rey con muchas damas y caballeros se reunieron en la gran pradera de Camelot para ser testigos de la batalla. Llegó la hora sin que hubiera noticia de sir Lanzarote, y sir Meliagaunt fanfarroneaba, jactándose de ser el mejor caballero del reino de Logres, mientras que Lanzarote no era más que un cobarde que no había acudido a la cita.

Ya se iba a volver a su castillo, con lo que toda la compañía de la Tabla Redonda quedaba avergonzada para siempre, cuando de repente se oyó un grito, y Lanzarote apareció a lo lejos espoleando desesperadamente su caballo.

Cuando llegó ante el rey Arturo, le contó la traición que Meliagaunt había tramado contra él, y todos los presentes empezaron a imprecar a sir Meliagaunt y a tildarle de cobarde, hasta que al cabo éste cogió su lanza y le gritó a sir Lanzarote:

—Preparaos.

Entonces los dos caballeros se apartaron a los dos extremos de la explanada, y a una señal dada arremetieron contra el otro como relámpagos, y sir Lanzarote golpeó a sir Meliagaunt tan fuerte que lo sacó volando por las ancas del caballo. Entonces desmontó, sacó la espada, esperó hasta que Meliagaunt se hubo puesto en pie, y le atacó con gran fiereza. Meliagaunt trató de escapar de muchas formas, pugnando por conseguir ventaja mediante tretas indignas, pero al final Lanzarote le asestó tal mandoble que casco y cabeza se le abrieron por la mitad, y ése fue el final del traidor Meliagaunt.

Gran regocijo hubo en Camelot tras estos sucesos, y el rey Arturo le dio las gracias a Lanzarote ante toda la corte por haber salvado a su reina. Sin embargo, Ginebra casi no abría la boca, se limitaba a mirar a Lanzarote con ojos brillantes, hasta que al final le susurró:

—Venid a mi jardín al anochecer, pues mucho me placería daros las gracias a solas.

Y sucedió que Agravain, el hermano de sir Gawain, escuchó estas palabras. Agravain era uno de los caballeros malvados y desleales que odiaban a la reina y estaba celoso de la fama y el renombre de Lanzarote. Se

lo contó a sir Mordred, su primo, el hijo del hada Morgana, que era el más malvado de todos los caballeros, pues, al igual que su madre, aborrecía las cosas buenas, y rumiaba continuamente la manera de traer la vergüenza y la ruina al rey Arturo y a todo el reino de Logres.

Mordred vio entonces su oportunidad, y él y Agravain se escondieron esa tarde en el jardín de la reina mientras el sol proyectaba sombras alargadas bajo los manzanos. Entonces vino ella a pasear entre las flores, más hermosa y rutilante que la más bella de las rosas de este mundo.

Ginebra caminó a solas por el jardín un rato, y al cabo llegó sir Lanzarote, el mejor caballero del mundo. Se arrodilló ante Ginebra y ella le agradeció el que la hubiera salvado de sir Meliagaunt y le pidió que le perdonara sus agrias palabras de la ocasión anterior.

—Oh, Lanzarote, Lanzarote —exclamó dulcemente—, os vi y os amé desde el primer día en que vinisteis a Camelot, cuando yo era poco más que una niña, la prometida del rey Arturo.

—Yo también os amo desde ese día —dijo Lanzarote—, y durante estos años he luchado contra este amor… mas en vano.

—Lanzarote —dijo Ginebra con voz temblorosa—, por encima de todas las cosas del mundo deseo que seáis mi amor y mi señor, aunque tenga que ser en secreto… desearía pues que me visitarais esta noche en mis aposentos…

—Señora mía y amor mío —respondió Lanzarote con voz entrecortada—, ¿lo deseáis con todo vuestro corazón?

—Ciertamente lo deseo —susurró la reina.

—¡Entonces así será, por vuestro amor! —exclamó Lanzarote.

Ginebra se acercó a él y le besó en los labios, tras lo cual se dio la vuelta y se alejó, como flotando a la luz del crepúsculo, deslizándose entre las flores, de las cuales había desaparecido todo color, pues se veían grises a la luz mortecina del ocaso. Pero Lanzarote se quedó inmóvil con la última luz del sol en el rostro, estremeciéndose de pies a cabeza, y suspirando de gozo al recordar el tacto de los labios de Ginebra.

Al cabo dio media vuelta y salió del jardín, en el que ya se acumulaban las sombras.

—Y ahora —dijo Mordred— ha llegado mi hora. Estos dos han puesto en mis manos el reino de Logres. —Y en sus ojos centelleaba un destello inquietante mientras él y Agravain se fundían con la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 2

Las intrigas de sir Mordred

En una de las cámaras superiores del Castillo de Camelot esa misma noche, mientras la luz de una vela proyectaba sombras vacilantes sobre las desnudas paredes de piedra, sir Agravain hablaba con sir Gawain, su hermano, mientras Mordred les escuchaba apoyado en el quicio de la puerta y un brillo extraño iluminaba sus ojos oscuros.

—Hermano Agravain —dijo sir Gawain con voz alterada—, os suplico y os encargo que no me volváis a hablar de esos asuntos, pues tened la seguridad de que no he de tener parte en ellos.

—¡Me maravilla que consintáis en esta vergüenza! —exclamó Agravain, mientras gestos nerviosos deformaban su débil rostro—. Todos sabemos que Lanzarote ama a la reina y que traería deshonra al rey Arturo y a todo el reino de Logres si pudiera… Sólo tenemos que avisar al rey Arturo y esta noche Lanzarote será tomado preso en el aposento de la reina, y se le dará muerte por traición.

—Si tenéis miedo de hablar —intervino Mordred con voz tranquila—, puedo ir yo solo a hablar con el rey.

—Eso bien lo puedo creer —dijo Gawain—, pues vos, señor, siempre estáis dispuesto a promover desgracias. Pero vos, hermano mío, considerad bien las consecuencias de un acto semejante.

—¡No importa lo que ocurra, se lo he de decir al rey! —gritó Agravain.

—¡Ay! —se quejó Gawain apesadumbrado—, ahora ha de venir la destrucción de este reino sagrado de Logres, y la guerra civil hará saltar en pedazos la noble compañía de la Tabla Redonda.

Pero Agravain y Mordred salieron de la habitación y buscaron al rey Arturo.

—Tomad doce caballeros y haced lo que tengáis que hacer —dijo el rey Arturo cuando hubo escuchado su relato—. Pero cuidaos de mí si me habéis venido con mentiras y calumnias, pues éstos son los afanes más tristes que haya conocido noche alguna en esta tierra.

Entonces los dos conspiradores fueron a elegir a sus seguidores. Algunas horas más tarde, sir Gawain encontró a Arturo sentado a solas en el gran salón

vacío donde se hallaba la Tabla Redonda. Y el rey tenía los ojos arrasados en lágrimas, cuyas gotas resbalaban inadvertidas por las mejillas y por la barba gris hasta caer sobre sus manos.

Sir Lanzarote, que reposaba con sir Bors en su aposento, se puso por fin en pie y le dijo:

—Os doy las buenas noches, mi buen primo. Voy a conversar con la reina.

—Señor —dijo Bors—, os lo suplico, no vayáis esta noche.

—¿Por qué no? —preguntó Lanzarote.

—Me da miedo sir Mordred —respondió Bors—. Él y sir Agravain están constantemente al acecho para haceros daño a vos y traernos a todos la ruina.

—No temáis —dijo Lanzarote—. Iré rápido y en silencio, y volveré enseguida.

—Que Dios os dé camino franco —dijo sir Bors— y os traiga de vuelta a salvo.

Entonces Lanzarote se puso la espada bajo el brazo, se envolvió en su largo manto de piel y fue por los oscuros pasajes del castillo hasta el aposento de Ginebra.

No llevaban mucho tiempo juntos cuando sir Mordred y sir Agravain, con sus doce caballeros, llegaron hasta la puerta y gritaron:

—¡Traidor, sir Lanzarote, ahora os hemos cogido! —y daban muy grandes voces para que los oyeran todos los del castillo.

—¡Ay! —lloró la reina Ginebra—. ¡A los dos nos han traicionado!

—Señora —dijo Lanzarote—, ¿hay alguna armadura aquí que me pueda poner? Pues, si es así, estos cobardes no me cogerán tan fácilmente.

—¡Ay, no! —dijo Ginebra—. No hay ninguna, ni yelmo, ni escudo siquiera, por lo que me temo que nuestro largo amor ha llegado a un triste final.

Pero Lanzarote se volvió hacia la puerta y gritó:

—Buenos señores, que cese todo este ruido y abriré la puerta sin tanto alboroto.

—¡Salid rápido, caballero traidor! —respondieron dando grandes gritos—, si os rendís os haremos preso y os llevaremos ante el rey Arturo.

Entonces Lanzarote se lió la capa en torno al brazo, descorrió los cerrojos de la puerta con la mano izquierda y la entreabrió ligeramente. De inmediato un caballero —de nombre sir Colgrevaunce— se lanzó dentro, lanzando un tajo a Lanzarote con todas sus fuerzas. Pero Lanzarote amortiguó el golpe entre los pliegues del manto y devolvió a sir Colgrevaunce tal golpe en la

cabeza que cayó al suelo para no moverse nunca más. Rápidamente Lanzarote le arrastró dentro de la habitación y volvió a cerrar la puerta. Entonces, con la ayuda de la reina, le quitó la armadura al muerto y se la puso él encima.

—¡Caballero traidor! ¡Salid de la habitación de la reina! —aulló sir Agravain, golpeando la puerta.

—¡Que cese tanto alboroto, que ya salgo! —replicó Lanzarote—. Y os lo advierto, sir Agravain, más os valdría salir corriendo y esconderos de mí.

Entonces Lanzarote abrió la puerta de par en par y se quedó allí un momento, el caballero de mejor estampa que jamás haya visto el mundo. Lo siguiente que supieron sus enemigos es que estaba entre ellos y que las espadas destellaban como relámpagos entre nubarrones negros: del primer mandoble mató a sir Agravain, y tales golpes siguieron que pronto estuvieron todos sus oponentes muertos en el suelo, excepto sir Mordred, que huyó de allí maltrecho.

—¡Ahora tengo que partir! —gritó Lanzarote a la reina—. Pero sabed que, si algún peligro os amenaza por los sucesos de esta noche, no debéis temer pues, mientras yo esté con vida, acudiré a vuestro rescate.

Entonces Lanzarote partió con gran prisa de Camelot, y con él fueron sir Bors y sir Lionel y muchos otros caballeros; y se escondieron en la floresta cercana para esperar a ver lo que acontecía.

Mientras tanto sir Mordred, cubierto de heridas, fue a hablar con Arturo, que estaba con Gawain en el gran salón.

—¿Cómo ha sucedido esto? —preguntó el rey—. ¿No le cogisteis preso en la cámara de la reina?

—Ciertamente estaba allí —tragó saliva Mordred—, y sin su armadura. Pero mató primero a sir Colgrevaunce, se puso su arnés, y mató a todos los que venían contra él, excepto a mí, que escapé así, cubierto de heridas.

—¡Ah, en verdad es un caballero de proeza! —dijo el rey entristecido—. ¡Ay, que Lanzarote se tenga que poner contra mí! Ahora estoy seguro de que la noble compañía de la Tabla Redonda se ha roto para siempre, pues muchos caballeros se pondrán de su parte.

—¿Y qué hay de la reina? —preguntó Mordred—. ¡Es culpable de alta traición! ¡La ley dice que debe morir en la hoguera!

Entonces Arturo se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—No os apresuréis, mi señor —dijo Gawain gentilmente—. ¿Sabemos acaso que Lanzarote y la reina son culpables? Pudiera ser que ella enviara a por él simplemente para agradecerle que la rescatara de sir Meliagaunt.

—La reina debe morir de acuerdo con la ley —dijo el rey Arturo—. Y si Lanzarote vuelve por aquí, también él sufrirá una muerte deshonrosa.

—Entonces que Dios me quite de ser testigo de ello —exclamó Gawain.

—Pero él mató a vuestro hermano Agravain —replicó el rey Arturo.

—Muchas veces le advertí a Agravain —respondió sir Gawain— lo que sus maquinaciones habían de traerle. Además, eran catorce caballeros con armadura los que atacaban a uno desarmado, por lo que perdono a sir Lanzarote esa muerte.

—Estad preparado por la mañana para llevar a mi reina a la hoguera —dijo el rey Arturo.

—No haré tal, mi muy noble señor —exclamó Gawain—. Nadie dirá nunca que yo fui de vuestro consejo en la muerte de la reina.

—Entonces —dijo el rey Arturo—, convocad a mi presencia a vuestros hermanos, sir Gaheris y sir Gareth.

Cuando vinieron, el rey Arturo les dio sus órdenes.

—Señor —respondieron ellos—, haremos lo que nos mandéis. Sin embargo, está muy en contra de nuestra voluntad, por lo que iremos allí desarmados y vestidos con ropas de luto.

—Disponeos entonces —exclamó el rey—, pues ya ha llegado la hora.

—¡Ay! —dijo sir Gawain—, ¡que haya tenido que vivir para ver este día!

Así pues, Ginebra fue llevada a la hoguera, vestida sólo con su camisa, y muchos la seguían con ropa de duelo. Pero sir Mordred estaba allí armado de pies a cabeza, y con él un grupo de caballeros también con arnés completo.

Ya se había encendido la antorcha cuando de repente apareció sir Lanzarote con sus seguidores, se abrió camino hasta la hoguera matando a cuanto caballero se le oponía, y se llevó sobre el caballo a la reina Ginebra. Pero, sin saberlo, Lanzarote también mató a Gaheris y a Gareth, que estaban cerca de la hoguera, desarmados y con ropa de duelo.

Entonces sir Lanzarote y todos los que favorecían su causa fueron a sus propias tierras de Gwynedd, o norte de Gales, y se hicieron fuertes en su Castillo de la Guarda Gozosa.

Ahora sí que se había roto el reino de Logres, pues la guerra civil partía en dos Bretaña, y había odio donde antes había reinado el amor y la confianza. Cuando se le hubo pasado la ira, el rey Arturo mucho se arrepintió de haber condenado a Ginebra a las llamas con tanta urgencia, y se alegró de que Lanzarote la hubiera salvado. Mas ahora la larga amistad entre Gawain y Lanzarote había terminado, y un odio repentino y un implacable deseo de venganza anidaron en el corazón de Gawain.

—Juro ante Dios que no he de tener reposo —aullaba furioso sir Gawain — hasta que Lanzarote y yo nos encontremos frente a frente y uno de los dos muera derrotado. Pues nunca podré perdonarle el que matara a mis hermanos más queridos, Gaheris y Gareth, el buen caballero, estando como estaban indefensos y desarmados. Y a vos, tío mío, os hago cargo por la sagrada Orden de la Caballería, y como rey verdadero de esta tierra que sois, que mováis guerra de inmediato contra sir Lanzarote, tanto por vengar a mis hermanos como para rescatar a vuestra reina.

Todos los caballeros que permanecían fieles a Arturo también le suplicaron que declarara la guerra. Al cabo, tanto se lo pidieron que reunió sus fuerzas y marchó al norte, al Castillo de la Guarda Gozosa, al que puso sitio.

Tras quince días de cerco sin éxito, sucedió un día que sir Lanzarote habló desde una de las atalayas[30] de la puerta con el rey Arturo y con sir Gawain.

—Mis dos señores —les dijo—, no podéis tomar este castillo.

—Bajad pues aquí —respondió el rey Arturo—, y luchad conmigo en combate singular.

—Dios no permita —dijo Lanzarote— que luche yo nunca con el más noble rey de todos los tiempos; el rey, además, que me hizo caballero.

—¡Malditas sean vuestras hermosas palabras! —gritó el rey—. Sabed que soy vuestro enemigo mortal y que siempre lo seré. Pues vos me habéis robado a mi reina, matado a mis caballeros y roto este buen reino de Logres.

Entonces Lanzarote suplicó al rey Arturo que hicieran la paz, ofreciéndole devolverle a la reina Ginebra y defender su inocencia ante sus acusadores. Y puede que el rey le hubiera escuchado de no intervenir entonces sir Gawain, que le persuadió de no pactar tregua ni paz con Lanzarote.

Al día siguiente, Lanzarote realizó una salida por sorpresa, pues al cabo le habían enfurecido los muchos y muy crueles insultos que sir Gawain le había dirigido el día anterior.

En la terrible batalla que siguió, sir Gawain, en su busca de Lanzarote, derribó a sir Lionel y lo mató, pero sir Bors hizo caer del caballo al rey Arturo y, puesto en pie sobre él con la espada desenvainada, preguntó a Lanzarote:

—Señor, ¿queréis que ponga fin a esta guerra de un solo tajo?

Pero Lanzarote respondió:

—Tened vuestra mano, o de lo contrario os mataré yo mismo. Pues jamás consentiré que nuestro muy noble rey y señor Arturo sea muerto o afrentado por hombre alguno.

Sir Lanzarote saltó de su caballo y con gran ternura ayudó a ponerse en pie al rey Arturo, y también a subir a su propio caballo, al tiempo que le decía:

—Mi estimado rey y señor, por amor de Dios, poned fin a esta matanza. Recibid a la reina Ginebra con todo honor, y os prometo abandonar esta tierra de Bretaña y nunca más volver a ella hasta que vos reclaméis mi presencia.

El rey quedó profundamente conmovido por estas palabras, pues recordaba la gran cortesía de sir Lanzarote y todas las nobles proezas que había realizado en el pasado. Por lo que, a pesar de la oposición de sir Gawain, hizo la paz con Lanzarote.

Cuando todo estuvo acordado, Lanzarote vino desarmado ante el rey, trayendo a la reina Ginebra de la mano, y le dijo:

—Mi muy noble señor, aquí os traigo a vuestra reina. Si hay algún caballero que ose acusarla de falsedad a vos, lucharé con él a muerte. No importa lo que yo haya hecho, o pretendido hacer, esta dama es inocente, pero vos habéis prestado oídos a embusteros y sembradores de discordia —y al decir esto se volvió y miró directamente a sir Mordred— que por sus malos oficios han roto en pedazos la buena compañía de la Tabla Redonda.

—El rey puede hacer lo que le plazca —intervino sir Gawain—, pero mientras yo viva jamás haré las paces con vos, pues vos matasteis a mis queridos hermanos sir Gareth y sir Gaheris, y a sir Agravain también.

—Vos sabéis que a ningún hombre amaba yo más que a sir Gareth —comenzó Lanzarote—, y toda mi vida lamentaré el haberle dado muerte inadvertidamente.

—¡Nunca olvidaré las muertes de mis hermanos! —le interrumpió Gawain con vehemencia—; y sobre todo, nunca perdonaré la muerte de mi hermano Gareth.

—Ahora —dijo Lanzarote— debo decir adiós a esta entrañable tierra y al reino sagrado de Logres, y pasar el mar, a Armórica, en la tierra de Francia.

—¡Estad seguro de que en su momento iré allá a buscaros! —gritó sir Gawain.

Tras estos sucesos reinó la paz en Bretaña durante un breve lapso, pero era una paz viciada e incierta, pues sir Gawain no dejaba de pensar en las muertes de sus hermanos, y sir Mordred no dejaba de agitar el odio contra Lanzarote. Y al cabo fueron tantos los caballeros que se pusieron de parte de sir Gawain que Arturo se vio forzado a declararle la guerra a Lanzarote, y reunió un gran ejército y fue a Francia, dejando a Mordred el gobierno de Bretaña en su ausencia.

Fueron a Armórica, hasta el castillo de Benwick, donde se había establecido Lanzarote, y allí le pusieron cerco durante largo tiempo. Tres veces se encontraron en el campo de batalla Lanzarote y Gawain, y las tres veces venció Lanzarote dejando casi muerto a su antiguo amigo. Pero parecía que Gawain hubiera perdido el juicio, pues, aun cuando yacía en tierra malherido e indefenso, no dejaba de imprecarle:

—¡Caballero traidor! ¡Cobarde! Cuando recobre las fuerzas os buscaré para luchar contra vos. ¡Jamás os perdonaré la muerte de Gareth y jamás reposaré hasta que uno de los dos haya muerto!

Mientras tanto en Bretaña sir Mordred continuaba con sus intrigas. Cuando hubo ganado suficientes adeptos para su causa, anunció que el rey Arturo había muerto en las guerras de Francia y persuadió a los comunes de que lo eligieran rey, llegando incluso a hacerse coronar en Canterbury.

Entonces atrapó a la reina Ginebra y trató de forzarla a casarse con él. Pero ella consiguió escapar, marchó a Londres y envió mensajeros en busca del rey Arturo. Mientras tanto se refugió con sus fieles en la Torre de Londres.

Al poco llegó sir Mordred e intentó tomar la Torre, pero estaba muy bien fortificada. Trató entonces de persuadir a Ginebra de que saliera, pero ella le respondió con entereza:

—¡Antes preferiría morir que ser esposa vuestra!

Entonces el arzobispo de Canterbury, el mismo que había coronado al rey Arturo tantos años atrás y que ahora era un hombre muy anciano, vino hasta Mordred y le advirtió:

—¿No teméis la venganza de Dios? El rey Arturo no está muerto, y vos causáis gran perjuicio a la reina Ginebra y a toda esta tierra.

—¡Tened paz, falso sacerdote! —gritó Mordred—, pues, si más me enfurecéis, os he de cortar la cabeza.

—¡Señor, si insistís en vuestro pecado, os maldeciré por la campana, el libro y la vela! —respondió el obispo.

—¡Haced lo que os plazca! —exclamó Mordred—. ¡No me importáis ni vos ni vuestras amenazas! —De esta forma el arzobispo dejó a sir Mordred y reunió a todos los clérigos y maldijo a sir Mordred, excomulgándole de todos los ritos y bendiciones de la Iglesia.

Entonces Mordred trató de matar al arzobispo, pero éste se refugió en Glastonbury, en Somerset, y allí se hizo ermitaño.

Para entonces el mensajero de la reina Ginebra había llegado hasta el rey Arturo, quien marchó raudo a la costa con todo su ejército y se hizo a la mar

hacia Bretaña. Pero Mordred lo estaba esperando en Dover, y Arturo y sus hombres hubieron de luchar una encarnizada batalla para poder desembarcar. Al fin, llegaron todos a la costa y cargaron contra los rebeldes, que huyeron por los acantilados, con sir Mordred el primero en la desbandada.

Tras la lucha, el rey Arturo encontró a sir Gawain, que yacía herido de muerte, pues se le había abierto la última herida que le había infligido Lanzarote.

—¡Ay, mi estimado sobrino! —dijo el rey Arturo, arrodillándose a su lado—, aquí yacéis ahora moribundo, el hombre que más he amado en esta tierra. Ahora sí que se desvanece toda alegría, pues a vos y a Lanzarote amaba por encima de todos mis caballeros y a ambos he perdido.

—¡Ah, mi buen señor, todo es obra mía! —dijo Gawain—. ¡Ay, qué loco he estado! Loco de rabia y de orgullo malo. Si el noble sir Lanzarote hubiera estado con vos, esta guerra jamás hubiese sucedido. Yo le perdono ahora. ¡Ojalá lo hubiese hecho antes!… ¿Podrá él perdonarme a mí algún día?

Entonces Gawain pidió pluma y papel y le escribió una carta a Lanzarote:

«Oh, Lanzarote, flor de toda la caballería que yo jamás viera ni oyera. Yo, Gawain, que muero por vuestra mano —y no se puede morir por mano mejor—, suplico vuestro perdón. Venid, noble Lanzarote, venid con toda la rapidez de que seáis capaz pues el reino de Logres está en peligro y nuestro querido rey Arturo tiene necesidad de vos. En este día hemos desembarcado en Dover y puesto en fuga al falso traidor sir Mordred; mas la mala fortuna ha querido que recibiera una nueva herida sobre la que vos me disteis, por lo que escribo en la hora misma de mi muerte; y ¡oh, os lo suplico, caballero de más fama de la tierra, acudid prontamente! De mí no encontraréis sino la tumba, mas venid de inmediato antes de que Mordred pueda reunir nuevos rebeldes. Noble Lanzarote, os saludo y… me despido».

Entonces murió sir Gawain, y el rey Arturo le veló toda la noche, a su lado, llorando.

CAPÍTULO 3

La última batalla

Pocos días después, el rey Arturo y su ejército estaban acampados en la llanura de Camlann, y a no más de una milla los esperaba Mordred con un gran ejército de caballeros y hombres de armas que habían apostado su suerte con él, pues preferían su gobierno fácil y sin ley al alto servicio que exigía Arturo, el buen rey de Logres.

Tras la batalla de Dover, Mordred había huido derrotado, pero al poco tiempo llegaron nuevas de que marchaba hacia el oeste, saqueando las tierras de quienes se negaban a luchar a su lado. Entonces Arturo se puso en marcha enseguida hacia Cornualles y Lionís, y llegó una noche a Camlann cerca de donde, años antes, Merlín le había llevado a recibir su espada Excalibur de manos de la Dama del Lago.

Esa noche Arturo no pudo conciliar el sueño, pues sabía que por la mañana habría un gran combate en el que caería la mayoría de sus caballeros, y temía que ésta fuera la última de sus batallas, la que Merlín había predicho, cuando el reino de Logres se había de sumir en la oscuridad. Pues una vez más los sajones, al saber de la discordia y la guerra civil, se lanzaban hacia Bretaña desde el norte y el este —por primera vez desde la batalla del Monte Badon, veinticuatro años antes— y ahora no había compañía de la Tabla Redonda que cabalgara de inmediato tras el rey Arturo para expulsar a los bárbaros de allá donde hubieran arribado.

Arturo se revolvía y daba vueltas en su lecho hasta que, cerca del alba, se quedó quieto. Entonces, entre el sueño y la vela, tuvo una extraña visión. De repente le pareció que sir Gawain, al que habían enterrado en el Castillo de Dover, se llegaba hasta él acompañado de una hilera de hermosas damas.

—Bienvenido seáis, mi noble sobrino —dijo el rey Arturo, o pareció decir—. Doy gracias a Dios, que me permite ver con vida a quien yo creía muerto. Pero decidme: ¿de dónde venís y por qué atendido por estas damas?

—Mi estimado rey y señor, mi muy estimado rey y señor Arturo —respondió sir Gawain, o pareció responder—, todas estas son damas por cuya causa alguna vez combatí cuando estaba con vida, pues siempre luché sólo por causas rectas, y es gracias a ello que Dios ha sido misericordioso conmigo

y las ha enviado a traerme hasta vos para que os advierta de vuestro final pues, si en este día lucháis con sir Mordred, los dos moriréis, y también la mayor parte de los vuestros. Pero he venido a advertiros, por la gracia de Dios, de que no combatáis en este día: haced una tregua con sir Mordred, en los términos que él quiera, una tregua de un mes, pues dentro de un mes vendrá Lanzarote con todos sus nobles caballeros, y juntos vos y él daréis muerte a sir Mordred y derrotaréis a todos los que le siguen.

Entonces sir Gawain y las damas se desvanecieron, y al poco el rey Arturo se levantó del lecho y llamó a sir Lucan y a sir Bedevere. Y, cuando les hubo contado la visita de sir Gawain y el consejo que le había dado, les ordenó que tomaran dos sacerdotes con ellos y que fueran a pactar una tregua de un mes con sir Mordred.

—Y no escatiméis nada —añadió el rey—, ofrecedle todas las tierras y bienes que creáis razonables.

Entonces fueron a donde estaba Mordred con su gran ejército de cien mil hombres, y trataron con él largo tiempo, y al final acordaron que Cornualles y Kent fueran para él de inmediato, y el resto de Bretaña a la muerte de Arturo.

Se acordó que Arturo y Mordred se habían de encontrar entre los dos ejércitos, cada uno con una guardia de catorce caballeros. Entonces el rey Arturo instruyó así a los suyos:

—Si veis desenvainar una espada, cargad con fiereza y matad a ese traidor de sir Mordred, pues no confío en él.

Y sir Mordred habló de igual manera a su ejército:

—¡Si veis sacar algún arma, venid y matadlos a todos! No me fío de este tratado, y estoy seguro de que el rey Arturo tiene grandes deseos de vengarse.

Así pues se reunieron como habían pactado, el acuerdo se escribió y los dos lo firmaron. Entonces trajeron vino, y bebieron todos juntos. Pero mientras esto sucedía, una víbora salió del brezo, tan malévola como la serpiente que tentó a Eva, y mordió a uno de los caballeros de sir Mordred en el talón. Cuando el caballero sintió la mordedura miró para abajo y vio a la serpiente, entonces, sin pensar, sacó la espada y la mató.

Pero cuando los dos ejércitos advirtieron el reflejo de la luz en el acero, un gran alarido se elevó de ambos bandos, y en un minuto estaban los dos ejércitos cargando por la llanura de Camlann.

—¡Ay, jornada fatídica! —gritó el rey Arturo. Entonces tanto Mordred como él saltaron sobre sus corceles y marcharon hacia la batalla.

Nunca desde ese día se vio en tierra cristiana batalla más triste y espantosa. Hubo galopadas y cargas y grandes golpes y lanzazos; y se

infligieron muchas terribles heridas, y muchos tajos de muerte. Y el rey Arturo cabalgó siempre hacia lo más violento del combate realizando grandes proezas, y esta vez Mordred también luchó con valor sin pensar en huir. Pero todos iban a matar, y así la batalla duró todo el largo día, y no cesó hasta que todos aquellos nobles caballeros estuvieron tendidos sobre la fría tierra.

Cayó la tarde, oscura y espantosa, y el terrible silencio de la muerte se extendió por el campo de batalla; y el rey Arturo lloró al ver muertos a todos los suyos. Pues miraba a su alrededor y sólo veía con vida a dos de sus caballeros: sir Lucan y sir Bedevere, y aun éstos estaban gravemente heridos.

—¡Oh, Dios! —exclamó el rey Arturo—. ¿Qué ha sido de mis caballeros? ¡Ay, que haya tenido que ser testigo de esta jornada de aflicción! Ahora sé que ha llegado el final… ¡Ojalá pudiera encontrar al traidor, sir Mordred, la causa de todo este daño y destrucción!

Entonces, al mirar en derredor, vio de repente a sir Mordred, de pie apoyado en su espada, en medio de grandes pilas de cadáveres.

—Dadme mi lanza —dijo el rey Arturo a sir Lucan—, pues allá vislumbro al traidor que ha provocado tanta desgracia.

—Dejadlo estar, señor, que está maldito —respondió sir Lucan—. Además, si conseguís sobrevivir a este día funesto, seréis vengado ciertamente. Acordaos, noble señor, de vuestro sueño y de lo que el espíritu de sir Gawain os contó, pues Dios en Su gran bondad os ha preservado durante la batalla. Por Su bendición habéis ganado el campo, pues quedamos tres de los nuestros, mientras que sir Mordred está solo. Si le dejáis ahora, este día maldito del destino pasará sin más daño.

—¡Que sea vida o muerte, haré justicia con este hombre que ha traído la destrucción al reino de Logres! —exclamó el rey Arturo.

—Que Dios vaya con vos —dijo sir Bedevere.

Entonces, el rey tomó su lanza Ron con ambas manos y corrió contra sir Mordred dando grandes voces:

—¡Traidor, ha llegado el momento de vuestra muerte!

Y cuando Mordred vio al rey corrió hacia él con la espada desenvainada, mas Arturo alcanzó a Mordred bajo el escudo con una finta de su lanza y le atravesó de parte a parte. Pero, al sentir la herida de muerte que se le infligía, Mordred, lleno de furor y de odio, se lanzó en la dirección de la lanza y, agarrando la espada con ambas manos, dio tan gran mandoble al rey Arturo que el acero le rajó el casco y le entró profundamente en la cabeza. Entonces sir Mordred cayó a tierra y murió entre grandes alaridos.

El rey Arturo se desplomó sin hacer ruido, y sir Lucan y sir Bedevere llegaron a él y le levantaron entre ambos con gran dificultad. Y así, avanzando muy poco a poco, pues estaban los dos gravemente heridos, le llevaron a una capilla desierta que había no lejos del misterioso mar, sobre el que se acostaba una bruma roja como la sangre a los últimos rayos del sol poniente. Y entonces sir Lucan cayó y murió, pues ese esfuerzo fue más de lo que pudo soportar con una herida mortal desgarrándole las entrañas.

—¡Ay! —se lamentó el rey Arturo cuando recobró el sentido—, me llena de pesar la visión de este caballero muerto por mi causa, pues más necesidad de ayuda que yo él tenía.

Y sir Bedevere se arrodilló junto a sir Lucan y se echó a llorar, pues los dos eran hermanos y se amaban tiernamente.

El sol se había hundido en el horizonte y ahora la luna inundaba el campo de batalla con una luminosidad blanca y fría, proyectando sombras irreales entre las pilas de muertos; y las aguas misteriosas se veían cubiertas de largos velos de plateada bruma.

Entonces el rey Arturo le dijo a sir Bedevere:

—Dejad ahora vuestras quejas y llantos, gentil caballero, pues de nada os sirven y a mí me resta poco tiempo. Pues ahora que estoy con vos me podéis prestar todavía un último servicio. Tomad mi buena espada, Excalibur, y subid a aquellos peñascos; al otro lado veréis un lago oscuro junto a un paso de montaña; id allá y cuando lleguéis os ordeno que lancéis mi espada al agua y volváis y me contéis lo que hayáis visto.

—Mi señor —respondió sir Bedevere—, vuestro mandato será cumplido, y yo os traeré noticia de lo que vea.

Y así partió sir Bedevere, llevando la espada Excalibur. Y mientras caminaba observó esa arma, admiró las piedras preciosas de la empuñadura y se dijo a sí mismo: «Si lanzo al agua este valioso acero ningún bien saldrá de ello, sólo daño y perjuicio». Así que, cuando llegó al lago oscuro en el paso de montaña, escondió la espada entre los juncos, se apresuró a volver junto al rey Arturo y le dijo que la había tirado al agua.

—¿Y qué visteis allá? —preguntó el rey Arturo.

—Señor —respondió sir Bedevere—, nada vi, salvo las ondas que levantaba el viento en las aguas oscuras del lago.

—Entonces no decís la verdad —dijo el rey Arturo—. Así pues, volved veloz y lanzad la espada al centro del lago.

Sir Bedevere volvió a marchar y tomó el acero en la mano, pero otra vez pensó que era una pena desprenderse de una hoja tan noble. Así que la

escondió una vez más y retornó junto al rey.

—¿Qué visteis? —le preguntó el rey Arturo.

—Señor —respondió Bedevere—, nada vi salvo las aguas oscuras turbadas por el ulular del viento.

—¡Ah, mentiroso y traidor! —exclamó enojado el rey Arturo—, ¡ya me habéis traicionado dos veces! ¿Quién podría pensar que os he amado tan bien, y que vos habéis sido un noble caballero de la Tabla Redonda, cuando defraudáis así a vuestro rey por el valor de una espada? Marchad otra vez y haced lo que os ordeno; pues esta larga espera pone mi vida en peligro, y se va apoderando de mí la gélida brisa de la noche.

Entonces sir Bedevere se sintió avergonzado y subió con rapidez por la ladera de la colina hasta el lago oscuro del paso de las montañas. Llegó hasta la orilla, tomó la espada con ambas manos, y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el centro del lago. Y mientras la luz de la luna arrancaba destellos de luz fría de la hoja, de las oscuras aguas surgieron, llenos de misterio y maravilla, una mano y un brazo vestido de brillante brocado blanco. Y la mano cogió la espada por el pomo, la blandió tres veces en lo alto, y a continuación desapareció sin ruido bajo las aguas, con lo que el lago volvió a quedar, una vez más, oscuro y sosegado.

Sir Bedevere retornó hasta donde estaba el rey Arturo y le contó lo que había visto:

—Ayudadme a levantarme ahora —dijo el rey Arturo—, pues me temo que me he demorado aquí mucho tiempo.

Entonces sir Bedevere ayudó al rey Arturo a bajar por la herbosa ladera, plagada de gotas de rocío que brillaban como diamantes a la luz de la luna, hasta que llegaron a la orilla del misterioso mar. Entonces salió de entre las brumas una barca que parecía venir a su encuentro; y en ella venían muchas hermosas damas, ataviadas todas con velo negro. Y entre ellas estaba Nimue, la Dama del Lago; y también estaba allí la Dama de la Isla de Avalón; y la reina Morgana el Hada, la hermana de Arturo. Y un suspiro triste y lastimero se elevó de entre ellas cuando vieron al rey herido.

—Colocadme ahora en la barca —dijo Arturo a sir Bedevere, que hizo como se le ordenaba; y las tres damas le recibieron con ternura; y allí quedó, con la cabeza en el regazo de la Dama de la Isla de Avalón.

Y entonces el hada Morgana, que estaba arrodillada a sus pies sollozando suavemente, dijo:

—Ah, mi querido hermano, ¿por qué habéis tardado tanto en venir a nosotras? Ay, la herida de vuestra cabeza ha cogido demasiado frío.

Entonces la barca se separó lentamente de la orilla y sir Bedevere se quedó en tierra, y preguntó en voz alta:

—Ah, mi buen señor Arturo, ¿qué será de mí ahora que os vais y me dejáis aquí solo?

—No tengáis pena —respondió el rey—, y haced lo que podáis, pues sólo vos quedáis para llevar mi palabra a los que aún están con vida. Pues yo debo ir al Valle de Avalón a que me curen mi grave herida. Pero tened la seguridad de que volveré cuando la tierra de Bretaña tenga necesidad de mí, para que el reino de Logres se yerga una vez más sobre las tinieblas. Mas, si no oís nunca más de mí, rezad por mi alma.

Entonces la barca se alejó flotando entre las brumas y se perdió de vista. Pero un extraño y apagado llanto de duelo se oyó sobre las aguas hasta que de él desapareció la tristeza y se desvaneció convertido en un susurro quedo más allá de la distancia.

EPÍLOGO

Avalón

Sir Lanzarote desembarcó en Dover y preguntó a las gentes por el paradero del rey Arturo. Le mostraron la tumba de sir Gawain y allí se hincó de rodillas a rezar, lamentando la muerte de un muy noble caballero que había sido amigo suyo; mas del rey Arturo no sabían darle noticia, salvo que hacía un mes que había marchado al oeste.

Entonces Lanzarote dejó a todos sus hombres en Dover al mando de su primo, sir Bors de Ganis, y cabalgó solo hacia el poniente. Tras ocho días llegó a Almesbury y, al caer la noche, buscó refugio en el gran convento de monjas que allí había. La abadesa le recibió cordialmente y le condujo hacia la cámara de los invitados. Pero al pasar por los claustros se cruzaron con una monja que, al ver a Lanzarote, dio un grito y cayó desmayada al suelo. Al inclinarse junto a ella, cuál no sería su asombro al advertir que se trataba de la reina Ginebra.

Esa noche Ginebra le contó a sir Lanzarote que había recibido un mensaje de sir Bedevere en la que le contaba los sucesos de la espantosa batalla de Camlann, el día del destino, y cómo había visto que el rey Arturo era llevado gravemente herido a la tierra desconocida de Avalón. Y sir Bedevere se había dirigido a la abadía de Glastonbury, que no estaba lejos del campo de batalla, y allí se había hecho eremita, con la intención de ser monje el resto de sus días.

Y Ginebra le habló a Lanzarote de su pesar y su arrepentimiento:

—Pues es por nuestro amor que mi señor el rey Arturo está muerto, y con él casi todos los más nobles caballeros de este mundo. Y esta tierra de Bretaña ha quedado abierta a los sajones paganos, y el reino de Logres ha dejado de existir. Por todo ello vine hasta aquí en secreto e hice votos de ser monja y pasar en esta abadía los días que me quedan, rogando a Dios que me perdone por mi gravísima falta.

—Bien, mi dulce dama —le dijo Lanzarote—, jamás os seré inconstante. Pues aquí mismo juro que yo también tomaré los votos que vos habéis tomado y que pasaré el resto de mis días haciendo oración y penitencia.

Entonces se dijeron adiós, a sabiendas de que ésa era la última vez que se habrían de ver sobre la tierra. Y por la mañana Lanzarote cabalgó hasta Glastonbury, y allí encontró al anciano arzobispo de Canterbury y a sir Bedevere, que se había hecho monje. Muy contentos recibieron a Lanzarote en su compañía, y al poco tiempo éste se había deshecho de su espada y armadura y había tomado en su lugar los ásperos hábitos de fraile.

Allí, muchos meses después, se le unió sir Bors tras mandar de vuelta a Francia al gran ejército que los había acompañado. Pues Constantino, duque de Cornualles, era el rey ahora, aunque fueron pocas las tierras de Bretaña que pudo salvar de los sajones.

Pasaron los años y, una noche, Lanzarote soñó que Ginebra yacía moribunda y le llamaba. Por la mañana partió con otros siete monjes hacia Almesbury y se encontró con que ella había expirado en paz antes del alba. Entonces Lanzarote la hizo traer a Glastonbury y él mismo pronunció el responso sobre su cuerpo antes de que fuera enterrada en una profunda tumba cerca del altar mayor.

Pero a las pocas semanas él también se sintió enfermo y murió tranquilamente como quien ya no tiene deseos de seguir viviendo.

Y mientras esperaban para dar sepultura a su cuerpo su hermano, sir Héctor de Maris, se llegó junto a las andas.

—Ay, Lanzarote —dijo—, eráis el mejor caballero de toda la Cristiandad. Vos, señor Lanzarote, que yacéis aquí, nunca tuvisteis ni nunca tendréis rival. Y erais el caballero más cortés que nunca llevó escudo, el más leal amigo que nunca montara a caballo, el más fiel amante que nunca haya amado a una mujer, y el más atento de los hombres que nunca ciñera espada. Erais el mejor hombre que nunca se viera en compañía de caballeros, y el más humilde y el más gentil entre las damas, pero también el más impetuoso caballero para vuestros enemigos mortales que nunca enristrara lanza.

Una vez que Lanzarote fue enterrado, sir Héctor y sir Bors, sir Blamor y sir Bleoberis, los únicos caballeros que quedaban con vida de la Tabla Redonda, partieron en peregrinación hacia Tierra Santa y allí acabaron sus días.

Así terminó el reino de Logres y todos aquellos que habían vivido y luchado por la gloria de Dios y por que se cumpliera Su Voluntad sobre la tierra. Pues muy pronto los sajones conquistaron Bretaña entera y las Edades Oscuras se abatieron sobre todas las tierras de occidente.

Pero jamás fue olvidado el rey Arturo, y siempre persistió la creencia en Bretaña, y en Gales sobre todo, de que vendría otra vez a salvar su tierra en la

hora de más extremo peligro, y de que una vez más Bretaña se convertiría en el reino sagrado de Logres, la tierra de la paz y la virtud y la genuina vida cristiana.

Cerca del año 1200 se anunció de repente que el rey Arturo estaba realmente muerto, pues los monjes de Glastonbury habían encontrado sus huesos en un sarcófago de piedra enterrado en su iglesia, no lejos del de la reina Ginebra. Debe ser verdad, dijeron, pues debajo del sarcófago se hallaba una piedra con una cruz de plomo incrustada en ella con una inscripción que decía en latín: «Aquí yace el rey Arturo en esta tumba con la reina Ginebra, su esposa, en la Isla de Avalón». Los huesos, dijeron, eran más grandes que los de un hombre mortal, y había otras muchas señales y prodigios que probaban que allí yacía sin duda el rey Arturo.

Parece que esta historia fue inventada por los monjes para aumentar el renombre de la abadía, y también para complacer a los reyes normandos de Inglaterra, a los que no gustaba que sus conquistados súbditos creyeran que el rey Arturo podría volver algún día a librarlos de sus nuevos señores.

También podemos pensar, si es ése nuestro deseo, que era Lanzarote y no Arturo el que los monjes desenterraron durante el reinado de Ricardo Corazón de León para volver a enterrarlo con todos los honores en una tumba de mármol.

Y también podemos creer que el rey Arturo todavía duerme en alguna cueva encantada, quizás en algún «Valle de Avalón» en las abruptas zonas montañosas de Gales. Pues allí, según cuenta todavía la leyenda, en la tierra hechizada de Gwynedd, un pastor se encontró una vez con un viejo extraño y misterioso.

—Bajo el árbol del que cortaste esa vara —dijo el Extraño, señalando el retorcido cayado de avellano que el pastor llevaba en la mano—, hay escondido un inmenso tesoro.

Y cuando el pastor hizo más preguntas, le fue revelado el secreto de la cueva.

—De la entrada cuelga una gran campana —prosiguió el Extraño—, mas no debéis tocarla, pues si lo hacéis despertarán los Durmientes de la Cueva. —Y cuando hubo dicho esto el Extraño se desvaneció misteriosamente y el pastor se frotó los ojos, creyendo que había sido un sueño.

Poco tiempo después, un día en que buscaba una oveja perdida por entre los altos riscos de las montañas, se encontró en un pequeño valle en cuya parte más alta reconoció el avellano del que, cuando era un niño que jugaba entre las rocas, había cortado su cayado.

Subió hasta el árbol y entre sus raíces, como le había anunciado el Extraño, encontró la angosta entrada de una cueva. Por ella se metió gateando, y al cabo se encontró en una caverna espaciosa y oscura. Encendió una yesca y prendió una vela que casualmente llevaba en el bolsillo, la levantó sobre su cabeza y contempló las maravillas del lugar. Alrededor de toda la estancia, en un gran círculo, yacía durmiendo un grupo de imponentes guerreros, todos ellos ataviados con armaduras antiguas y con una espada al lado; y, sobre un lecho en el centro, yacía un rey anciano que llevaba una corona dorada y que tenía en la mano una espada brillante con empuñadura incrustada de joyas, mientras que a sus pies había grandes pilas de plata y oro.

Sorprendido por lo que veía, el pastor dio un paso atrás y quiso su mala suerte que golpeara la gran campana que colgaba sobre el umbral. Mientras sus profundos ecos resonaban en la caverna, el anciano rey despertó de su sueño y lentamente se incorporó en el lecho.

—¿Es de día? —preguntó.

Y el pastor, temblando de terror, gritó, sin saber muy bien lo que decía:

—No, no. ¡Seguid pues durmiendo!

Entonces dijo el rey:

—Decís bien. Volveré a dormir hasta que llegue el día en que me levante para traer la victoria a las gentes de Britania. Coge del oro y la plata que tienes ante ti y márchate rápido, pues si mis caballeros despiertan antes del día señalado te matarán, y entonces no habrá nadie que diga las palabras que tú has dicho, y que me envían otra vez a mi largo sueño.

Entonces el rey se volvió a dormir, y el pastor cogió todo el oro y la plata que pudo cargar, y huyó del lugar. Pero nunca jamás, aunque la buscó muchas veces, pudo volver a encontrar la entrada bajo el avellano que lleva a la misteriosa caverna donde duermen el rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda.



Roger Lancelyn Green (1918-1987) fue un biógrafo y escritor inglés interesado profundamente en los mitos y las leyendas, pasión que fue surgiendo durante sus años de estudio de Letras en la Universidad de Oxford. Allí, donde recibió clases de C. S. Lewis, adquirió grandes conocimientos de Grecia y su cultura y, más adelante, se fue enriqueciendo también de las obras de teatro clásicas y los mitos antiguos.

En 1946 comenzó a publicar textos con estas temáticas, desde biografías de sus autores de preferencia, hasta relatos para niños o libros reinterpretando sus leyendas tradicionales favoritas.

Además de su faceta de escritor, Green también fue actor de forma profesional y formó parte de un círculo literario que giraba en torno a las figuras de C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien.

Notas

[1] Los sajones fueron un pueblo germánico que llegó a Inglaterra en el siglo V. <<

[2] Los pictos fueron un grupo de tribus que vivieron en Escocia en la Edad Antigua y hasta la Baja Edad Media. <<

[3] Los escotos fueron una tribu celta que provenía de Irlanda y que se extendió por Britania y Escocia, dando nombre al país. <<

[4] Britanos se llama a los pueblos celtas que habitaban Britania, en la Edad Antigua y hasta la Baja Edad Media. <<

[5] Un vasallo es aquel que tiene una relación de fidelidad y dependencia con su señor. <<

[6] Un yunque es una herramienta de herrería que consiste en un bloque de hierro apuntado en los dos extremos. Sobre su superficie se trabajan los metales. <<

[7] Una justa es una batalla entre dos caballeros montados y con lanza; el objetivo es derribar al otro del caballo. <<

[8] La espuela es una pieza de metal que se ata al talón de la bota y que, cabalgando, sirve para acelerar el ritmo del caballo. Espolear es la acción de dar un toque con las espuelas. <<

[9] La vaina es la funda en la que se guarda la espada, atada con un cinturón a la cintura. <<

[10] Gobernador. <<

[11] Golpe que se da sosteniendo la espada con las dos manos. <<

[12] El cuento de una lanza es la parte opuesta a la punta. Suele estar revestido de metal y tener también forma puntiaguda. <<

[13] Un tajo es un corte que se da con la espada. <<

[14] Descargar el arma sobre el otro. <<

[15] Tela de seda tejida con oro o plata. <<

[16] El rastrillo es una verja metálica elevable que protege la entrada de un castillo. <<

[17] En un río, el vado es el lugar firme y poco profundo por el que se puede cruzar. <<

[18] Apoyar la lanza en el ristre, una pieza de metal de la armadura a la altura del pecho que sirve para sujetar esta arma mientras se cabalga. <<

[19] Prenda de ropa que ciñe el torso hasta la cintura. <<

[20] Una jarretera era una especie de liga para sostener la media. <<

[21] Una empalizada es una hilera de estacas clavadas en la tierra. Su objetivo es de defensa, o para cerrar el paso. <<

[22] Construcción de piedra primitiva que tiene forma circular y una entrada pequeña. <<

[23] En la época, un físico es un médico. <<

[24] De color rojo. <<

[25] Parte de la armadura que protege la mano. <<

[26] La ordalía es una prueba que se celebra con la intención de que Dios determine la culpabilidad o inocencia de alguien. En este caso, la ordalía es mediante un combate. <<

[27] Construcción primitiva formada con grandes losas de piedra verticales y una horizontal que hace de tejado. <<

[28] Tablero similar a una camilla en el que se transportan los cadáveres. <<

[29] Era costumbre que los caballeros pasaran la noche rezando antes de ser ordenados. <<

[30] Torre de vigilancia. <<